«La mentira había crecido a tal punto que opacaba la verdad»

Los Conjurados de Roma

Una novela de
Miguel Betanzos

Miguel Betanzos

Los conjurados de Roma

Grijalbo

Para Valeria
y para Sebastián Luqué
y Antonio Ribas

Tantum religio potuit suadere malorum

LUCRECIO

Primera Parte

I

BUENOS AIRES, 1794

Hacia las cinco de la mañana, arropado hasta el cuello y tocado con un sombrero de lana, el doctor Azuela trepó a su carreta y le ordenó al cochero que se pusiese en marcha. Aún era de noche y estaba algo adormilado, pero el primer sacudón del coche le espabiló el sueño y, tras calzarse unos guantes de estameña, se acomodó en su asiento y se dejó conducir.

Hacía frío a esa hora de la madrugada, las calles estaban demasiado oscuras y desiertas, y sólo de tanto en tanto alguna muda lámpara de aceite arrojaba una escasa aurora de luz sobre los muros. Bostezando aún, sintiendo el aire gélido en sus pulmones, el doctor Azuela se entregó al desapacible traqueteo del coche mientras pensaba en el duro trance que le esperaba. Cada tanto el caballo demoraba la marcha instintivamente ante los muchos hoyos y zanjones que atestaban las calles, y entonces, adivinando la maniobra del animal, el doctor se aferraba a la anilla del picaporte y resistía el zarandeo con todo su cuerpo. Pero a poco le venía el sueño una vez más y cerraba los ojos hundiéndose en una especie de modorra en la que sus recuerdos se mezclaban de manera confusa, irregular, hasta que un nuevo sacudón del coche, que oscilaba como un fardo mal estibado, lo obligaba a recobrar la vigilia. Por momentos, el reflejo del farol que se mecía afuera, colgado del pescante, atravesaba las cortinillas y penetraba en el interior del vehículo desgarrando la oscuridad y provocando un fantasmal juego de luces y sombras.

Cerca de una hora atrás había dejado su lecho ante la inesperada visita de un criado de los Solana, quien, urgido por las circunstancias y luego de atravesar la ciudad a galope de caballo, se había llegado hasta su casa para avisarle de la infausta noticia: su entrañable amigo Agustín Solana, víctima de una dolencia incurable, se hallaba a punto de soltar el último suspiro. El hecho no lo había sorprendido en modo alguno: hacía casi un mes que el enfermo agonizaba presa de fiebres cuartanas y de un horrible ataque de gota que lo tenía a maltraer. En vano, durante las últimas semanas, el propio Azuela había procurado atiborrarlo de medicinas, preparados eméticos y lenitivos que

atemperasen el martirio, pero todo aquello no había hecho sino demorar un final inexorable, y ahora, mientras el coche atravesaba la Plaza Mayor y enfilaba por la Calle de las Torres, el doctor Azuela se consolaba pensando en que al fin su amigo descansaría de aquel suplicio.

Ya casi alboreaba el día cuando el coche se estacionó frente a la casa de los Solana. El doctor Azuela se apeó del carruaje y sintió en sus mejillas el viento frío de la madrugada. Mientras se dirigía hacia la puerta se le ocurrió pensar que, a diferencia de otras muchas ocasiones, cuando era despertado en medio de la noche para atender a algún paciente, esta vez no se presentaba en calidad de médico sino de amigo. Ni siquiera llevaba el maletín con sus medicinas y emplastos, el aparejo para las purgas o la fina lanceta con que sangraba a sus pacientes. Tales recursos ya no eran necesarios en aquella hora en que la Muerte había derribado todas las murallas y sólo restaba el asalto final, el instante en que hundiría sus colmillos en el alma de Agustín Solana.

Azuela avanzó hasta la entrada sorteando algunos charcos de barro y apoyando sus botas de cordobán sobre el pasto humedecido, que a esa hora del alba empezaba a despedir ligeros vahos de bruma. Algunas gallinas y patos le salieron al cruce provocando una enorme algazara, y en más de una ocasión debió lanzar dos o tres puntapiés con el fin de evitar los picotazos de un gallo mal entrazado. Cuando por fin alcanzó la puerta, empuñó la fría aldaba de hierro, golpeó con suavidad y aguardó hasta ser recibido.

Un momento después, una mujer de mediana edad abrió la puerta con gran parsimonia y por algunos segundos su expresión melancólica, agrisada por el dolor, se animó ante la presencia del visitante.

—Conrado —gimió acomodándose una mantilla de merino sobre los hombros—. Gracias por haber venido.

—No tienes nada que agradecerme, Clara —respondió el doctor Azuela—. Ya sabes cuánto aprecio a tu marido.

Sin más preámbulos la mujer lo invitó a pasar al salón y tomó su abrigo. Mientras lo colgaba sobre un perchero, el doctor Azuela pudo observar sus movimientos frágiles y delicados, la espalda algo encorvada, los hombros caídos bajo la mantilla, y notó que en las últimas semanas aquella mujer, de ordinario tan jovial y radiante, había envejecido por lo menos una decena de años.

Poco después fue conducido al cuarto de su amigo. Clara abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar, pero cuando el doctor Azuela esperaba ver al doliente arropado en su cama, sudando bajo las mantas o acaso gimiendo al tener que soportar los últimos estertores

de la enfermedad, se encontró a don Agustín Solana flanqueado por cuatro frailes que rodeaban su lecho y hacían aspavientos con su manos mientras rezaban oraciones, echaban agua bendita al enfermo y elevaban plegarias a Dios por la salvación de su alma. Pese a la gravedad de las circunstancias, la escena parecía casi grotesca. Había algo de artificial y tragicómico en aquellos religiosos empecinados en su artillería litúrgica frente al moribundo, pues aun cuando todo aquel despliegue obedeciera a los oficios de cualquier buen sacerdote, los cuatro ensotanados parecían moscas zumbando en torno a un frasco de miel.

Con una mezcla de sorpresa y disgusto, sabiendo que su amigo Agustín Solana era algo reacio a los hábitos clericales, el doctor Azuela se volvió hacia Clara y, señalando el matorral de sotanas, preguntó en voz baja:

—¿Y éstos? ¿Quién los ha llamado?

—Nadie —respondió la mujer con cierta resignación—. Se han enterado de que Agustín desfallecía y han venido solos. Uno de ellos está aquí desde anoche.

Alzando su cabeza por sobre la frailería, Azuela alcanzó a ver que su amigo tenía los ojos cerrados y parecía no escuchar el insistente zumbido que perturbaba su agonía. Pensó en que acaso estuviera dormido, y con el fin de no molestar al enfermo ni interrumpir la ceremonia, se recostó contra la pared, cruzó sus brazos y permaneció en silencio aguardando su turno.

La habitación olía a bálsamos y ungüentos, apenas atenuados por un incensario que ardía sobre una mesilla. Desde su posición, mudo como una tumba, el doctor Azuela no tardó en descubrir que los cuatro frailes pertenecían a distintas órdenes religiosas: por sus vestiduras y ornamentos conjeturó que se trataba de un dominico, un benedictino, un franciscano y un mercedario. Tan variada concurrencia atrajo su atención y despertó su curiosidad, pero un momento después, descifrando una palabra aquí y otra allá, notando algún ademán o un gesto propio de la situación, comprendió que aquella nutrida presencia no era en modo alguno casual, ya que los cuatro oficiantes se encontraban allí con el sublime propósito de velar las horas finales y disputarse el alma del moribundo.

La escena no le era del todo desconocida. Sabía que en esas circunstancias, cuando alguien se hallaba vecino a la muerte —y sobre todo si era de buena posición—, el clero parecía olerlo a una milla de distancia y, de inmediato, como una turba de buitres en pos de carroña, cada orden enviaba a alguno de los suyos para tener el privilegio de ganar su alma y de paso granjearse alguna gentil

donación de la familia que pudiera engrosar las arcas espirituales de la Iglesia. No era extraño que, durante la agonía, mientras desparramaban óleos y sacramentos, los frailes hicieran dictar un testamento en el que se disponía no sólo de los bienes del desahuciado, sino también de los de toda su familia, y en el cual la Santa Madre Iglesia, por derecho divino, se arrogaba la facultad de mandar a la viuda a un beaterio, al hijo varón a ordenarse de cura y a la mujer a enclaustrarse en un colegio de monjas, mientras que las propiedades del muerto iban a dar a varios destinos: una parte a las órdenes monásticas, otra al obispado de la ciudad, una tercera a las arcas de Roma y una cuarta, la más exigua, a pagar misas por el alma del difunto.

Fijando aún más su atención y aguzando el oído, el doctor Azuela escuchaba algo inquieto los muchos auxilios espirituales que se sucedían tumultuosamente en la cabecera del lecho. Sin embargo, lo que oía no eran sino refriegas desvergonzadas, disputas verbales en las que cada uno de los religiosos procuraba llevar agua para su propio molino. Al principio discutían sobre cuestiones de jurisdicción: que yo soy el párroco del lugar, sus mercedes, insistía uno de los frailes, y por ello su alma me corresponde; os equivocáis, replicaba otro, yo estoy aquí por mandato del obispo y por lo tanto me pertenece a mí; decid lo que queráis, señores, terciaba otro más, pero el alma de este buen cristiano se queda entre los dominicos. Y todo ello salpicado con titulejos y formalismos, que vuesa merced, que ilustrísimo, que reverendísimo, que eminentísimo. Pero al cabo de un rato la discusión se fue calentando y las voces subiendo de tono, de tal suerte que en un momento la disputa se volvió tan ensordecedora que don Pablo Solana, hermano del moribundo, entreabrió la puerta de la habitación y asomando medio cuerpo susurró:

—Por favor, sus mercedes, que no es éste el momento de andar a los gritos…

Por un instante se acalló el bullicio y el doctor Azuela creyó que al fin podría acercarse a su amigo, pero bastó que el fraile dominico echara mano de un cofrecillo y extrajera una botellita llena de aceite sagrado, para que el resto de la frailería estallara en escándalo.

—¿Qué se supone que hacéis? —le preguntó el franciscano alarmado; su hablar era algo tartajoso y provocó una cierta hilaridad en algunos de los presentes.

—¿Qué hago? Pues administrarle los Santos Óleos, ¿qué más? —replicó el dominico sin inmutarse.

—¿Y qué derecho tenéis a otorgarle ese sacramento? —insistió el primero.

Tomado por sorpresa, ignorando qué responder, el fraile dominico reaccionó con cierta brusquedad:

—Más derecho que vos, seguramente, que ni siquiera sabéis cómo hacerlo…

El rostro del franciscano se transfiguró de repente y durante algunos segundos trató de serenarse ante la insolencia de su colega, pero su implacable tartamudez, acentuada aún más por la excitación, embrolló su lengua y le impidió enhebrar una sola frase. En ese momento se sumó a la protesta el fraile mercedario, quien a voz en cuello reclamó para sí el derecho de llevar a cabo la ceremonia, y ante la negativa del dominico, cuyo empeño en otorgar el sacramento parecía invulnerable, renació la discordia y en un santiamén se volvieron a encrespar los ánimos. Todos hablaban y discutían al mismo tiempo, todos codiciaban el derecho a administrar los Santos Óleos y garantizar, de ese modo, la posesión del alma de Solana para su propia Orden. Pero las jerarquías y estamentos parecían enturbiar la cuestión.

—Soy el más indicado para hacerlo —observó el dominico sin soltar la botellita; y señalando al moribundo agregó—: He sido su confesor toda la vida.

—¿Su confesor? —lo interrumpió el benedictino—. Pues habréis de saber, señor fraile, que yo lo he unido en santo matrimonio. Por lo tanto, es a mí a quien corresponde dar el último sacramento.

—Estáis en un error, padre —intervino el mercedario mientras hurgaba en su talego—. Habéis unido al moribundo en matrimonio, pero fui yo quien lo bautizó y confirmó. En tal caso, debo ser yo quien despida su alma de este mundo.

—Eso no le hace—musitó el franciscano meneando la cabeza. Y echando mano de un argumento algo resbaladizo, añadió—: Para vuestra información, yo estoy aquí desde anoche, mientras sus mercedes dormían a pierna suelta. Es evidente que debo ser yo quien le administre los Santos Óleos.

—¡Ya basta, señores! —exclamó el mercedario—. ¡Yo soy el párroco del lugar, me corresponde hacerlo!

—¡Y a mí me lo pidió la familia! —gruñó el benedictino arrugando el morro como un perro que enseña los dientes—. ¡Pregunten a la mujer! ¡Pregunten al hermano!

El festín mortuorio siguió durante un buen rato, siempre en tono apasionado, vecino a la exaltación y entre dimes y diretes, se empezaron a cruzar acusaciones personales que nada tenían que ver con el asunto. Mientras asperjaba al enfermo con agua bendita, el fraile dominico se dirigió a sus colegas y observó:

—Señores, no hay nada más que hablar. Yo soy el más indicado para dar la Extremaunción a este hombre.

—¿Y qué os hace pensar que sois el más indicado? — preguntó el benedictino.

Girando sobre sí mismo, el dominico paseó sus ojos entre la frailería y dijo:

—Porque se trata de un sacramento de suma importancia, mi querido padre, y para administrarlo se precisa de una mano hábil y preparada —mudó el tono de su voz y con un ligero matiz de ironía agregó—: El Señor jamás permitiría que un necio lo llevara a cabo...

Sintiéndose aludido, el benedictino meneó su crucifijo en el aire y preguntó:

—¿Me estáis llamando necio, señor fraile? Pues habréis de saber que prefiero ser necio antes que ladrón.

—¿Ladrón? ¿Por qué me llamáis de ese modo?

—Vamos, padre, todo el mundo sabe que robáis el vino de misa para beberlo a escondidas.

—Sí —añadió el mercedario—. Y también es fama que oficiáis las misas más borracho que un Lutero.

Aparentando una cierta indiferencia, mientras alisaba las arrugas de su sotana, el dominico se despachó con sorna.

—Me extraña que digáis esas cosas, señor fraile —contestó dirigiéndose al mercedario—. Sobre todo viniendo de vos, que mantenéis a un par de barraganas para vuestro servicio.

—¡Eso es una patraña! —exclamó el religioso—. Esas mujeres son almas descarriadas y yo sólo intento mostrarles el camino del Señor.

—¿Y qué otras cosas más les mostráis, señor fraile? ¿O no dicen por ahí que el monaguillo de vuestra parroquia se os parece hasta en el blanco del ojo?

—¡Sois un canalla! ¡Un mentiroso!

—¡Y vos un insolente de la peor calaña!

Pronto los demás se sumaron a la trifulca y, haciendo a un lado cualquier asomo de compostura, los agravios pasaron a mayores. Cada uno dijo lo suyo y no ahorró ultrajes ni ofensas ni blasfemias ni palabrotas: que vosotros los dominicos sois todos pederastas; que los benedictinos os robáis las limosnas de la Iglesia; que los mercedarios copuláis con las monjitas capuchinas; que los franciscanos, alegando la pobreza de Cristo, no os dais siquiera un remojón con agua para espantar la sobaquina, y demás improperios que sólo vinieron a interrumpirse cuando, una vez más, el hermano del enfermo asomó el cogote en la habitación y exclamó:

—¡Sus mercedes, por favor! ¿No podríais arreglar esto en otro

sitio?

En eso se oyeron golpes de cascos y el grito de un cochero que estacionaba su carro a la entrada de la casa. Mientras oía resoplar y piafar a los caballos, el doctor Azuela se aproximó a la ventana rogando que no fuese otro fraile, otro gallo más que viniese a cacarear sus derechos y a reclamar el alma del moribundo. Pero, tras descorrer los visillos, advirtió la magra y fúnebre silueta del enterrador del lugar, quien luego de apearse del coche sacudió sus ropas y se aproximó a la puerta de casa. El hombre, de una extrema y casi lúgubre delgadez, vestía una chaqueta de paño ajustada, pantalones de raso, pañuelo de seda al cuello, y llevaba una mal empolvada peluca de cabellos grises peinados hacia atrás y abrillantados con alguna pomada barata. Por un momento el doctor Azuela se extravió en los rasgos pálidos, mortuorios de aquel personaje, y estaba pensando en la extraña catadura de los sepultureros, en la cadavérica expresión que solían tener las gentes de ese gremio cuando, a sus espaldas, oyó la agitada voz del mercedario, quien, después de sonrojarse ante los muchos insultos, por fin traía algo de cordura a aquella barahúnda.

—Señores, señores —dijo el religioso intentando serenar los ánimos—, ya que no nos ponemos de acuerdo en todo este asunto, preguntemos al enfermo de quién desea recibir la Extremaunción.

Hubo algunas miradas recelosas y desconfiadas, pero al cabo de un rato se hizo patente que alargar aún más la discusión podía conllevar el riesgo de que el enfermo dejara este mundo ayuno de todo sacramento, con su pobre alma a la deriva, y ningún fraile que se preciara de tal estaría dispuesto a tolerar semejante atrocidad. Después de todo, más valía que el ánima quedara en casa y no que se la llevara el diablo.

—Muy bien, preguntadle —convino el franciscano.

Con gran parsimonia el fraile mercedario se inclinó sobre el lecho, y estaba por susurrar a oídos de Agustín Solana cuando se abrió la puerta y entró Clara portando una bandeja con un vaso de agua y una pequeña alcuza que parecía una vinagrera.

—Con perdón, sus mercedes —murmuró tímidamente—. Es hora de las medicinas…

Los cuatro frailes se hicieron a un lado para dejarla pasar. Clara se aproximó a la cabecera del lecho, dejó la bandeja sobre la mesilla de luz y con gran suavidad acarició el hombro de su marido. El enfermo tardó algunos instantes en emerger de su letargo. Poco a poco entreabrió sus ojos aureolados por una sombra violácea y, suspirando largamente, observó la magra silueta de su mujer, quien le acercaba el

vaso con agua mezclada con una porción de tártaro emético. Con mucho esfuerzo, Agustín alzó la cabeza ayudado por la mano de Clara y sorbió algo de aquel preparado que le hizo arrugar la nariz a causa de su intenso y de sagradable aroma. Luego se echó una vez más sobre la almohada, cerró los ojos y pareció extraviarse nuevamente en un mundo de arpas seráficas y melodías celestiales. Clara permaneció unos instantes contemplando a su marido, viendo las arrugas de su rostro, el cabello enmarañado, las implacables huellas de la enfermedad, hasta que la voz del mercedario vino a interrumpir su hechizo.

—Por favor, hija —masculló—, no quisiera dificultar más las cosas, pero es necesario que nos apresuremos antes de que pierda la conciencia.

Y entonces, mientras Clara se hacía a un lado y se ocupaba de renovar el incienso, el fraile se acuclilló a un costado del lecho, aproximó sus labios al oído del enfermo y con un hilo de voz lo interrogó sobre quién debía, según su voluntad, administrarle el sacramento de la Extremaunción.

Don Agustín Solana permaneció callado y sin mover un músculo. Por unos segundos el fraile temió que fuera demasiado tarde: quizá la interminable discusión había demorado las cosas innecesariamente y no quedaba sino irse de allí con las manos vacías. Pero un momento después el enfermo alzó sus párpados violáceos, tragó saliva, inspiró largamente, y cuando todos esperaban que pronunciara su última voluntad, aquella palabra que zanjaría la espinosa cuestión del sacramento, don Agustín soltó un tremendo y descomunal eructo que dejó a la frailería haciendo cruces.

Hubo miradas nerviosas y hasta algún indisimulado gesto de pavor. Clara, que se hallaba dando lumbre a unos cirios, dejó caer el yesquero y se sonrojó ante la involuntaria descortesía de su marido.

—Oh, con el perdón de vuestras mercedes —se excusó, y buscando la aprobación del doctor Azuela, agregó—: Es el tártaro emético, ¿verdad, doctor? Cada vez que bebe ese preparado se le revuelve el estómago.

—Así es —concedió el doctor Azuela, mientras se inclinaba a levantar el yesquero. Miró a los frailes y empleando un tono ligeramente académico observó—: El tártaro emético suele irritar las paredes del vientre...

—Oh, a cualquiera podría sucederle —sonrió el mercedario tratando que quitar importancia al asunto.

Y luego, aunque no sin cierta aprehensión, se aproximó una vez más al moribundo y lo interrogó con suavidad.

—Hijo, es tu derecho de cristiano el recibir los Santos Óleos para estar en paz con el Señor. Dinos quién de nosotros prefieres que te administre el sacramento.

Don Agustín Solana apenas parecía escuchar las palabras del fraile, y menos aún comprender lo que decía, pero al cabo de un momento se removió entre las frazadas, extrajo su brazo con gran dificultad y sin decir palabra señaló al mercedario con el dedo. Una ligera sofocación tiñó de rojo los mofletes del cura.

—¡Oh, por Cristo! —suspiró dando gracias al Cielo y santiguándose por tres veces con ardoroso entusiasmo. Y luego, tras largar una socarrona mirada a sus colegas, preguntó casi amenazante—: Lo habéis visto, ¿verdad?

Ninguno de los religiosos se atrevió a abrir la boca en ese momento, y entonces, ni corto ni perezoso, el mercedario corrió hacia donde se hallaba su alforja, hurgó entre los pliegues de su interior y con gran cuidado extrajo un escapulario, algunos trozos de algodón y un pequeño botellín de vidrio en el que apenas quedaba un poco de aceite. Sus manos frágiles, habituadas al contacto de rosarios y misales, parecían acariciar cada objeto con la exquisitez de un artista. Una vez que se hizo con todos los implementos, regresó al lecho del moribundo y se dispuso a comenzar su trabajo. Sin embargo, un ligero percance lo distrajo de sus tareas. Parado junto a la cama, el fraile benedictino observó el botellín de aceite y objetó:

—Padre, casi no tenéis óleo en esa botella. No creo que os alcance para llevar a cabo la ceremonia.

Había una indudable ojeriza en el tono de su voz, pero el mercedario prefirió hacer oídos sordos y contestó:

—Con esto será suficiente, padre. Sé lo que hago.

Y estaba por calzarse el escapulario sobre los hombros, casi bufando ante la impertinencia de su colega, cuando el fraile dominico tosió dos o tres veces y preguntó:

—Decidme, padre, ¿es aceite de oliva eso que traéis ahí?

—Por supuesto —respondió el mercedario.

—¿Y está bendecido?

—Naturalmente que lo está.

—¿Por quién?

—Por el obispo Cáceres, ¿quién más?

—Y decidme, ¿también os ha dado licencia para otorgar el sacramento de la Extremaunción?

—Claro que sí.

—¿Y se trata de una licencia escrita o de palabra?

—Escrita, por supuesto.

—Y debo entender que la traéis encima, ¿verdad?

En ese momento el mercedario lo fulminó con la mirada y, ya harto de semejantes rodeos, se volvió con todo su cuerpo hacia el resto de los frailes y dijo:

—¿Me dejaréis hacer mi trabajo, señores? ¿O deberé acusaros ante el obispo de no respetar la última voluntad de un moribundo?

El temor a una denuncia pareció atemperar los ánimos y todos los religiosos, a excepción del propio mercedario, abandonaron la cabecera del lecho y fueron a acomodarse en unos sillones. Entretanto, apoyado nuevamente sobre el muro, el doctor Azuela observaba los minuciosos preparativos que exigía el sacramento. Mientras susurraba una plegaria a media voz, el fraile iba terminando de acomodarse el escapulario, descorchaba el botellín de aceite, cortaba un pedacito de algodón, lo empapaba con algunas gotas de aquel óleo sagrado, y todo ello con una extraordinaria y sutil delicadeza, moviendo sus dedos casi femeninos como si estuviese acariciando a un pajarillo recién nacido. Por fin, una vez humedecido el algodón, se inclinó sobre el moribundo y comenzó a ungirlo con gran suavidad. Se había hecho un silencio casi beatífico en el cuarto. El corazón del fraile palpitaba nervioso, consciente del sublime y excelso ritual que estaba llevando a cabo, mientras, en medio de aquel mutismo sagrado, sólo parecía oírse el ligero chisporroteo de los cirios que ardían sobre la cómoda.

Mientras aplicaba el algodoncillo con aceite, gesticulando con sus manos pías e inmaculadas, el fraile pronunció una solemne oración litúrgica hecha de palabras y latinajos que llegaron a oídos de Agustín Solana como un remotísimo y oscuro zumbido. Poco después se irguió nuevamente, y en voz más alta, engolando el tono y como poseído por un delirio místico, llevó un crucifijo a su pecho y sentenció:

—*Per istam sanctam unctionem indulgeat tibi Dominus deliquisti. Amen*...

No había acabado de pronunciar la frase cuando, de repente, el sagrado mutismo que reinaba en la habitación se interrumpió de golpe.

—*Dominus quidquid deliquisti* —dijo el dominico. El fraile oficiante se volvió aturdido.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó.

—*Quidquid*, padre —salmodió el dominico—. Habéis dicho *Dominus deliquisti*, y os habéis saltado el *quidquid*. La frase completa es *Dominus quidquid deliquisti*.

Con un gesto de asombro en el rostro, el mercedario arrugó la frente y dijo:

—¿Y de dónde habéis sacado tal cosa?

—¿De dónde? Pues está en cualquier manual de catecismo, padre. No haríais mal en leer alguno de vez en cuando.

El mercedario tomó aquello como una afrenta y, desatendiendo al enfermo y tiritando de irritación, se volvió hacia su colega y en un tono algo áspero observó que la enmienda era errónea, que no hay ningún *quidquid* en los libros litúrgicos, señor fraile, que de seguro lo habréis inventado para importunarme y fastidiar mi trabajo, y que bien haríais en cerrar la bocota mientras se administra un sacramento de tanta importancia para el alma de un cristiano, a lo que el sacerdote dominico, no sin maliciosa frialdad, afirmó que sí lo había, que ese *quidquid* formaba parte de la oración sacramental desde el principio de los tiempos, como lo sabía cualquier párroco de aldea, y que bien haría el señor fraile en leer con más cuidado los textos de la liturgia, que allí el *quidquid* aparecía claramente y con todas las letras, y que además, sin querer ofender la inteligencia de su merced, bien valdría la pena que estudiase con mayor esmero la pronunciación del latín, pues, al declamarlo de esa manera tan insólita, más que un sacerdote parecía un macaco tratando de hablar en hebreo.

El mercedario hizo un gesto desairado y trató de hacer a un lado la objeción del dominico. Sabía que su pronunciación del latín era siniestra, pero por nada del mundo iría a reconocerlo en aquel preciso momento. Y en cuanto a aquel bendito quidquid, pues fuera a saber Dios si estaba o no en los libros, que él no lo recordaba en absoluto, pero a fuer de ser sincero aquello no era garantía de nada, pues en lo que hacía a latinazgos siempre había sido algo flojo de mollera en el seminario, y que si al fin se había ordenado sacerdote no era tanto a causa de sus cualidades intelectuales, sino por la hermosa voz de barítono que lo hacía descollar entre sus hermanos durante los cánticos religiosos.

Entretanto, acalorado y sudoroso, Agustín había recobrado un destello de conciencia, y en un sobrehumano esfuerzo intentaba quitarse de encima las frazadas, quedando en cueros y dejando entrever un torso lleno de manchas, la piel reseca y los huesos a la vista. En esos instantes de agonía, su rostro, transfigurado por la fiebre, se arrugaba en una incómoda expresión de dolor, como si un imaginario buitre clavara sus garras en la carne, pero aun así el enfermo permanecía mudo y ni un solo gemido parecía emerger de sus labios.

Habiendo sorteado el escollo del quidquid, aun cuando un rastro de ira le hubiese quedado atragantado en el buche, el fraile mercedario se volvió una vez más hacia el enfermo y prosiguió la ceremonia. Acababa de ungirlo en el pecho con breves movimientos

circulares, intentando impregnar su piel de aquel líquido oleoso, y ahora, para completar la operación, embebió una vez más el algodón en aceite, lo aproximó a la frente del moribundo y repitió la maniobra con idéntico esmero. Y ya estaba por escurrir el algodón y guardarlo en el botellín con los Santos Óleos, cuando se oyó la voz del franciscano.

—Con vuestra dispensa, mi querido padre —dijo ahuecando la voz—, pero temo que no lo habéis hecho como corresponde. Quiero decir, la unción sólo debe hacerse en la frente y en las manos.

—Mil disculpas, su merced —arguyó el fraile benedictino—, pero el Concilio de Trento dice que han de ungirse los ojos, las orejas, la nariz, la boca, las manos, los pies y los riñones.

—Temo que os equivocáis, padre —intervino el dominico meneando la cabeza—. Lo de Trento ha sido enmendado por el Papa Benedicto XIV: ahora sólo basta con ungir al moribundo en la frente. Y si me permite su merced —agregó dirigiéndose al mercedario—, no debéis guardar el algodón usado en la botella. Lo usual es echarle un poquitín de aceite y prenderlo fuego.

Tras decir aquello se enzarzó en un intríngulis de consideraciones teológicas, echó mano de bulas, documentos y leyes canónicas, y estaba por terminar de hablar cuando de pronto se oyó un ruido seco y desafinado. Todos se volvieron hacia la pared y observaron, espantados, la pequeña mancha de aceite que chorreaba muro abajo. Harto de tantas interrupciones, sacado de sí mismo, el fraile mercedario había arrojado violentamente el botellín, que luego de silbar junto a la cabeza del benedictino había ido a estrellarse detrás, en la pared, haciéndose añicos y dejando un reguero de vidrios rotos sobre el piso.

—¡Ya basta, por Dios! —estalló el fraile echando fuego por los ojos—. ¡Mañana mismo presentaré una denuncia ante el obispo!

Y recogiendo sus cosas atolondradamente, dedicando al moribundo una última aunque apresurada bendición, saludó a la dueña de casa y abandonó el cuarto indignado, bufando como un potro salvaje.

Fue preciso dejar pasar algunos minutos para que renaciera la calma. La mujer, munida de una pala y una escobilla, se puso a juntar los vidrios rotos mientras la frailería, con un tono de voz encogido y susurrante, persistía en la ya inútil discusión de qué partes del cuerpo debían ungirse durante el sacramento de la Extremaunción.

Fue entonces cuando Agustín Solana, revolviéndose una vez más bajo las frazadas, pareció recobrar el conocimiento. Con voz entrecortada y áspera, hizo una seña al doctor Azuela para que se aproximara al lecho. No sin cierta inquietud el médico dio unos pasos

y se acercó al enfermo. Por hábito profesional, mientras tomaba asiento sobre una banqueta, cogió la mano derecha de su amigo y le tomó el pulso. Ya había amanecido y afuera se oían los primeros ecos del tumulto matinal, hechos de pregoneros, bueyes y cascos de caballos que retumbaban sobre la tierra y empezaban a animar la ciudad. Clara había terminado de recoger los vidrios rotos mientras los frailes, aún sin ponerse de acuerdo, se hundían cada vez más en la sibilina interpretación de la liturgia. En ese momento, estirando su brazo en dirección al médico, don Agustín Solana le rogó que se acercara aún más, y una vez que el doctor se halló próximo a sus labios lo oyó decir:

—Sácame de aquí a estos cuervos...

Azuela dispensó una tímida sonrisa de complicidad, se incorporó una vez más y caminó hacia donde estaban los religiosos. En tono afable, encogiendo el rostro en señal de preocupación, hizo una ligera reverencia y murmuró:

—Sus mercedes, el enfermo ha recibido los Santos Óleos y está en paz con el Señor. Pero ahora, hablando como médico, debo pedirles que abandonen el cuarto, pues necesita silencio y tranquilidad.

Los tres frailes asintieron solícitos. Uno a uno tomaron sus pertenencias y, antes de salir del cuarto, se acercaron al lecho del moribundo y se santiguaron con un revuelo de cruces. Luego se dirigieron a la mujer deshaciéndose en pésames y rogativas, besando sus manos frágiles, que apenas sobresalían bajo la mantilla de merino, y mientras el doctor Azuela abría la puerta se despidieron con breves inclinaciones de cabeza.

—Mi cuñado los acompañará hasta la salida —anunció la mujer.

Tras cerrarse la puerta, Clara y el doctor Azuela quedaron solos junto al enfermo. La habitación cobró una suerte de intimidad mortuoria. El incensario se había apagado otra vez, de modo que la dueña de casa abrió un cajón de la cómoda, extrajo unas hierbas aromáticas y las puso a arder sobre la escudilla. Un espigado remolino de humo se alzó desde el recipiente y llenó la habitación de un suave aroma a palosanto. Ya no quedaba sino aguardar el fatal desenlace. Don Agustín Solana permanecía adormilado, la boca semiabierta, la respiración frágil y entrecortada. Se adivinaba un raro estoicismo en su expresión. Los ataques de gota habían sido terribles, dolorosos, tan agudos que en ocasiones el doctor Azuela había tenido que administrarle varias dosis de láudano para calmar el tormento. Sin embargo, ahora su rostro exhibía una extraña serenidad, una rara entereza que tal vez, pensaba el doctor, no era sino un último anuncio, pues la vecindad de la muerte solía traer consigo un estado de

insensibilidad, un extravío de los sentidos que ahuyentaba cualquier padecimiento.

Y en eso pensaba cuando advirtió que su amigo, contrayendo apenas los dedos de su mano, lo llamaba una vez más. Azuela se aproximó a los labios del enfermo y trató de escuchar lo que decía, pero la voz de Agustín era tan débil que apenas lograba farfullar sonidos confusos. El médico se arrimó un poco más, percibiendo el cálido aliento que emergía de la boca de su amigo, y recién entonces lo oyó balbucear:

—Recuerdas lo que hablamos, ¿verdad? —suspiró Agustín con la voz entrecortada.

—Lo recuerdo perfectamente —asintió el doctor.

—Hazlo con mucho cuidado, por favor. Y ya sabes, que Clara no se entere de nada…

—Quédate tranquilo, amigo mío. Tienes mi palabra.

Las pupilas de Agustín Solana, ya casi opacadas por un velo de sombras, contemplaron por última vez a Clara y al doctor Azuela y poco después se hundieron tras sus párpados. Movió los labios imperceptiblemente y todo su cuerpo se estremeció. Es el último estertor, pensó el doctor Azuela sin dejar de contemplar al moribundo. Y luego todo fue aguardar en silencio, mientras un halo de tinieblas parecía envolver el cuarto y los cirios, alineados sobre la cómoda, chorreaban sus lágrimas de cebo y esperaban, ellos también, el desenlace final.

La muerte de Agustín Solana se produjo poco después del mediodía. Habían sonado los campanazos del vecino convento de Nuestra Señora del Pilar y, sacado de su modorra, el doctor Azuela se había aproximado al lecho y comprobado la ausencia de pulso. Clara lo había seguido atentamente con la mirada, y tras el gesto del médico, cuya expresión bastó para anunciar lo ocurrido, la mujer se llevó un pañuelo a las narices y asintió gravemente. No había trazas de pesadumbre en su rostro, sino más bien una amarga melancolía ante lo que ya esperaba desde varias semanas atrás. Ahora vendrían los responsos, las ofrendas, el duelo acongojado, las flores y pompas fúnebres, el obituario, la carroza, el entierro y todo aquel rosario de solemnidades que solían acompañar la muerte de un cristiano en estos muy católicos reinos de España.

Lentamente, con paso tímido y apocado, Clara se aproximó al difunto y acarició sus cabellos. Luego se volvió hacia el doctor Azuela y lo besó en la mejilla.

—Gracias, Conrado —susurró—. Has sido muy bueno con nosotros.

II

Dos días después del entierro, el doctor Azuela regresó a la casa de los Solana. Era la mediatarde de un jueves, y Clara lo recibió con el luto correspondiente, vestida de negro y con el rostro velado por una toca de lienzo. Al verla de ese modo, comprendiendo la pena que debía afligirla, Azuela procuró hablar de cualquier cosa y no avivar aún más el dolor que se adivinaba tras los ojos de la mujer. Como un eco de los días pasados, en la casa aún persistía el olor de los emplastos y ungüentos que habían acompañado al enfermo en el último mes. Clara había estado muy ocupada recibiendo a familiares y visitantes, y hasta había tenido que lidiar con un secretario del obispo, quien, el día anterior, habiendo recibido una denuncia de un fraile mercedario en contra de otros tres religiosos, había venido a hacer las averiguaciones del caso.

—Preguntó hasta mi apellido de soltera —recordó Clara con una tierna sonrisa.

Luego mandó a servir té y bizcochos, y durante cerca de media hora ambos se dieron a recordar al difunto con apasionada nostalgia. La luz del sol, a esa hora de la tarde, penetraba escorzada a través de las ventanas y dibujaba sombras que se alargaban sobre el piso. Después de beber su té, el doctor Azuela se echó sobre el respaldo del sillón y preguntó:

—¿Está tu hijo en casa?

—Creo que sí —respondió la mujer, apoyando su taza sobre la mesa—. ¿Quieres hablar con él?

El doctor Azuela asintió y Clara salió de la habitación en procura del muchacho. Poco después regresó acompañada de un joven alto y delgado que, al descubrir la presencia del visitante, se acercó respetuosamente y le tendió la mano.

—Jorge, ¿cómo estás? —saludó Azuela.

El joven murmuró una frase de cortesía y luego, al igual que su madre, agradeció al doctor el apoyo y la compañía que había dispensado en favor de su padre hasta el último instante. Unos pocos días atrás había cumplido veintitrés años; era un muchacho avezado y despierto, de ojos vivaces y algo escurridizos, y vestía una chaqueta de paño negro en la que resaltaba, sobre el corazón, un escudo de plata

en el que aparecían las Armas Reales. Aquel era el uniforme del Real Convictorio Carolino, un prestigioso colegio que funcionaba en el antiguo edificio de la Compañía de Jesús.

—Me ha dicho tu madre que eres un excelente alumno —comentó Azuela observando el escudo.

—Oh, no es tan así —respondió Jorge con cierta timidez—. En realidad he tenido algunos problemas en Catecismo y en Historia.

—Estudian el Catecismo de Fleury, ¿verdad? —preguntó Azuela—. Pues no te preocupes, todo el mundo tiene dificultades con ese libro.

Luego aventuró dos o tres comentarios acerca del Real Convictorio y de algunos hábitos retrógrados que persistían desde su fundación, a saber, unas cuantas reglas y decretos un tanto anacrónicos para la época, ya que para ser admitido en él cada alumno debía acreditar su condición de cristiano viejo, libre de toda mácula de sangre, amén de que estaba prohibido el ingreso de moros, judíos, conversos o cualquier individuo penitenciado por el Santo Oficio.

—Estamos casi a final de siglo y estas gentes se creen en tiempos de Carlomagno —sonrió el doctor Azuela.

Jorge admitió que la apreciación era acertada y observó que no pocas veces había discutido con sus maestros sobre los métodos de enseñanza que prohijaba el Real Convictorio. Se insistía demasiado en Aristóteles, en los escolásticos y en los Padres de la Iglesia, y en cambio se demonizaban hasta el hartazgo las nuevas ideas francesas.

—Muchos de mis profesores hacen cruces al oír el nombre de Voltaire —recordó el muchacho.

—Lo sé —confirmó el médico—. He conocido a varios de ellos, gentes muy preparadas y de una erudición notable, pero por desgracia la mayoría parece llevar anteojeras —y no sin cierta dosis de picardía añadió—: Creo que la máxima aspiración de todos ellos es besar las sandalias del Papa…

Ambos rieron de buena gana y luego, mientras sorbía su taza de té, el doctor Azuela prefirió cambiar de tema.

—Jorge, muchacho, desearía hablar contigo un momento. ¿Quieres que salgamos a caminar?

El joven asintió gustoso. Sería grato echar a andar un poco, salir de aquel recargado ambiente en el que aún subsistía la presencia del muerto, de modo que se calzó un abrigo encima de la chaqueta, saludó a su madre y un momento después, junto al doctor Azuela, se vio caminando por la calle de San Pedro en dirección al sur.

Durante algunas cuadras charlaron al desgaire y de nada en particular. Azuela parecía algo inquieto y escuchaba al joven con cierta displicencia. Había estado aguardando ese momento durante

mucho tiempo, y sin embargo, aún no se resolvía a hablar con franqueza. Tal vez la cuestión lo abrumaba demasiado, o quizá no hallaba las palabras adecuadas para transmitirla. ¿Cómo reaccionaría Jorge ante todo aquello? Sin duda se trataba de algo extraño, un asunto cuyos ribetes podían resultar inimaginables, y aquello lo obligaba a ser cauto y guardar la necesaria prudencia. No obstante, cuando torcieron por la calle de San Bartolomé en dirección al río, el doctor cobró fuerzas y dijo:

—¿Has oído hablar de la Controversia Trinitaria?

El muchacho se sorprendió ante el inesperado giro de la conversación y miró al doctor Azuela con ojos inquisitivos. Por supuesto, había escuchado sobre aquel episodio en sus clases de Historia, pero apenas conocía unos pocos detalles y los recordaba con cierta dificultad.

—No mucho —concedió algo turbado—.Ya sabe usted que ando algo flojo en esa materia. No debe hacer caso a mi madre, doctor, no soy tan buen alumno como ella dice.

—No me digas doctor —le rogó Azuela palmeándolo en el hombro —. Llámame Conrado.

Y enseguida, procurando explicarse, añadió:

—Como sabes, tu padre era un gran estudioso de la historia. Hace muchos años, ignoro por qué, se interesó en la Controversia Trinitaria y leyó cuanto le estuvo a la mano acerca del tema. Y al parecer, dio con algo asombroso.

—¿Qué? —preguntó ansiosamente el joven.

—Bueno, a decir verdad, y para que puedas entenderlo cabalmente, primero debo mencionarte algunas cosas acerca de esa Controversia.

Azuela se detuvo un momento y extrajo un cigarro del bolsillo de su chaqueta. Buscando refugio tras un muro y escudándose del viento, le dio lumbre con su yesquero y luego reemprendió la marcha junto al muchacho. La Controversia Trinitaria, explicó mientras fumaba su cigarro, había sido tal vez el primer gran acontecimiento que sacudiera las bases del cristianismo. A comienzos del siglo IV, y gracias a una decisión del emperador Constantino, los seguidores de Jesús, hasta entonces una secta clandestina perseguida en todos los rincones del Imperio Romano, habían pasado a ocupar el lugar de religión oficial del Estado. Trescientos años de hostigamiento y matanzas culminaban con un decreto por el cual los cristianos obtenían por fin la legalidad y la protección del Imperio.

—Fue una medida estrictamente política, desde luego —explicó el doctor Azuela, observando la punta de su cigarro—. Los cristianos ya

eran una gran mayoría en todo el Imperio, y antes que verse en el incómodo papel de reprimirlos, tal como habían hecho los primeros emperadores, Constantino juzgó que era mejor tenerlos de su lado.

Pero muy poco después, prosiguió, cuando ya Roma y los seguidores de Jesús habían limado sus asperezas, asomó una primera discordia entre las filas cristianas.

—Era una de esas tantas cuestiones en las que se enredan los teólogos —observó el doctor—. Sucede que la doctrina cristiana, al provenir del judaísmo, conservaba algunos puntos en común, entre ellos la tradición monoteísta, y en tal caso, quienes tomaban como divina a la persona de Cristo se veían en un aprieto.

—Creo que entiendo —lo interrumpió el muchacho—. Si Cristo era de naturaleza divina, entonces había dos dioses, el Hijo y el Padre. Y en tal caso no hay monoteísmo.

—Así es —confirmó Azuela tras soltar el humo del cigarro—. Imagínate además lo que sucedió después, cuando se sumó el Espíritu Santo. Aquello parecía una monstruosidad teológica, un berenjenal imposible de sortear, y evidentemente algunos teólogos debieron agarrarse la cabeza ante aquel problema.

Para algunos cristianos, continuó el doctor, el asunto era endiabladamente serio y muchos empezaron a cuestionar el propio monoteísmo. Otros, por el contrario, se vieron forzados a reconocer que Jesús debía carecer de naturaleza divina, pues, aunque fuera difícil y hasta doloroso admitirlo, era el único modo de erradicar el problema. La polémica se desató en varios lugares del Imperio, pero sin duda, las discusiones más acaloradas se produjeron en la ciudad de Alejandría. Allí vivían dos sacerdotes, Arrio y Atanasio, que encarnaban las vertientes opuestas del problema.

—Atanasio apoyaba la doctrina trinitaria —continuó Azuela—. Decía que Dios, Jesús y el Espíritu Santo no eran sino aspectos diferentes de una misma entidad divina. Arrio, en cambio, afirmaba que Jesús había sido un ser superior al resto de los hombres, pero en modo alguno comparable a Dios en cuanto a su divinidad. En buena lógica, decía que si el Hijo había sido engendrado por el Padre, necesariamente debió haber un tiempo en el que no existía, y eso era suficiente para eximirlo de su carácter divinal. El caso es que, tanto revuelo despertó el conflicto, que el propio emperador Constantino, en el año 325, decidió convocar un Concilio para resolverlo.

—¿Un Concilio? —repitió Jorge arrugando el entrecejo—. ¿No es demasiado? Quiero decir, si se trataba de una disputa de orden teológico, no creo que a Constantino le interesara demasiado…

Azuela sonrió con cierta ironía.

—Se nota que eres hijo de tu padre —musitó—. A él también lo intrigó aquella cuestión. Reunir un Concilio a causa de un problema teológico vaya y pase, pero involucrar al Emperador y movilizar todo el aparato romano ya parece un despropósito. Como sabes, Constantino ni siquiera era cristiano, de modo que le debía importar un bledo si Jesús era humano, si era divino o si era el nieto no reconocido del Espíritu Santo. Sin embargo, no sólo convocó al Concilio, sino que puso la posta imperial a disposición de los obispos para que viajaran a Nicea, donde se llevaría a cabo la reunión, presenció todas las sesiones, honró a los obispos con los mayores honores y garantizó con su propia persona la celebración del Concilio. El caso es que, una vez finalizadas las sesiones, por una mayoría abrumadora, la postura de Atanasio, es decir, la idea de que Dios, Jesús y el Espíritu Santo pertenecen a una misma entidad divina, se impuso por sobre la de Arrio y quedó establecida como doctrina oficial. De hecho, a partir de ese momento es cuando nace la Iglesia Católica propiamente dicha —hizo una ligera pausa, aspiró el humo del cigarro y añadió—: Por supuesto, los seguidores de Arrio fueron declarados herejes, perseguidos y masacrados.

La caminata los había llevado hacia una de las riberas del puerto. Allí se veía, sobre la costa, un pequeño tinglado que hacía las veces de astillero y donde, a golpes de martillo, una docena de hombres se empeñaba en calafatear el casco de una goleta. El aire olía a alquitrán, y algunas manchas oleosas se dibujaban sobre las aguas del río. Más allá, algunos negros de la estiba descargaban fardos de mercancías de un buque recién llegado y los apilaban junto a un pequeño despacho de aduanas que autorizaría, soborno mediante, su entrada a la ciudad.

Jorge y el doctor Azuela, un tanto fatigados por la caminata, se echaron a descansar sobre unos troncos y durante algunos minutos contemplaron el inquieto hormigueo de las gentes del puerto. Aún algo aturdido por la muerte de su padre, el muchacho no acertaba a adivinar qué se traía entre manos el doctor Azuela. ¿Por qué lo había invitado a caminar? ¿Por qué toda aquella larga y engorrosa explicación acerca de la Controversia Trinitaria? El sol estaba por caer y hacía algo de frío. Abotonándose el abrigo y alzándose el cuello, Azuela continuó:

—A medida que estudiaba todo este asunto, tu padre comenzó a sospechar que había algunos puntos demasiado oscuros en la Controversia Trinitaria. Sobre todo le inquietaba el hecho de que el propio Constantino, desde un principio, hubiese apoyado las ideas de Atanasio y no las de Arrio. ¿Qué motivos tendría para ello, él, que era un político y además ni siquiera era cristiano? Porque el Emperador

no sólo prefería la postura trinitaria, sino que además, una vez finalizado el Concilio, puso todo el aparato militar de Roma para destruir a Arrio, aniquilar a sus seguidores y censurar todo escrito que oliera a arrianismo.

—Es cierto —reflexionó Jorge—. Parece una desmesura. A menos que Arrio…

Azuela lo miró con cierta inquietud. Ya había adivinado que el muchacho era despierto y sagaz.

—A menos que Arrio ¿qué? —preguntó.

—A menos que Arrio no hubiera sido un simple hereje más —completó Jorge—. Quiero decir, tal vez sus doctrinas no hablaban sólo de cuestiones teológicas, sino de algo que ponía en serios aprietos al Imperio. Pues de lo contrario, y usted me corregirá si me equivoco, no parece razonable que un concepto tan abstracto y doctrinal como la tesis de la unicidad de Dios, fuese tan peligroso como para hacer tambalear la estabilidad de Roma.

El doctor lanzó una carcajada.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó—. ¡Eres el vivo retrato de Agustín!

Recordó entonces que Agustín Solana, después de mucho estudiar la cuestión, había llegado a una conclusión semejante: la herejía de Arrio debía contener algo mucho más riesgoso e inquietante, algo que en verdad amenazaba a Roma y al propio Constantino. Por esa razón, y luego de hurgar en infinidad de libros y documentos, Agustín había sospechado que se trataba de algo delicado, y tras algunos escarceos había terminado contactándose con un grupo de españoles interesados en la misma cuestión.

—Hace tres o cuatro años tu padre viajó a España, ¿lo recuerdas? —continuó Azuela—. A ti y a tu madre les dijo que era por asuntos de negocios, pero en realidad fue allá para encontrarse con aquellos hombres. Al parecer, ellos estaban bastante más avanzados en el tema y allí tu padre se enteró de muchas cosas. Pero aparte de eso, los españoles le entregaron unos documentos que arrojan algo de luz sobre todo este asunto. No resuelven el misterio, y además contienen dos o tres puntos demasiado resbaladizos, pero al menos constituyen una pieza más para armar este rompecabezas.

Jorge pareció algo sobresaltado ante las palabras del doctor. De pronto se le revelaba una insospechada faceta en su padre. ¿Controversia Trinitaria? ¿Documentos? ¿Rompecabezas? Jamás había pensado que don Agustín pudiese esconder un secreto semejante, y menos aún que su viaje a España hubiera tenido aquel insólito propósito.

—¿Quiere usted decir que mi padre vio documentos que prueban la verdad sobre Arrio? —preguntó.

—Yo no he dicho que la probaran —replicó el doctor negando con la cabeza—. Pero tal vez podrían contribuir a ello.

—¿Y dónde están esos documentos?

Azuela se mesó las patillas.

—En tu casa —dijo.

El muchacho se puso de pie con brusquedad.

—¿En mi casa? —repitió—. ¡Pues vamos, quiero verlos!

—Eso haremos, Jorge, ten calma. Sólo quería ponerte al corriente de todo antes de que vieras los documentos. Tengo que prevenirte, eso sí, de que todo esto puede ser un tanto peligroso. Nadie sabe hasta dónde podrían llegar las cosas y tu padre me hizo prometerle que te lo advertiría.

Jorge pareció algo confuso ante las exageradas precauciones del doctor. Pero meneó la cabeza y con un gesto de precaria madurez, observó:

—Descuide usted, Conrado, procuraré estar a la altura de las circunstancias.

Y tras decir aquello ambos abandonaron las inmediaciones del puerto y subieron por la calle del Rosario en dirección a la casa de los Solana. Durante el trayecto, el doctor Azuela mencionó que él mismo había tenido oportunidad de ver los documentos, y que el propio Agustín le había confiado la tarea de enseñarlos a su hijo, pues, aquejado por aquella grave enfermedad, sabía que su hora estaba próxima y deseaba que el muchacho se hiciera cargo de ellos. “Haz que tome la posta”, había dicho el moribundo al doctor, “pero por favor, Conrado, ambos abran bien los ojos, porque no tengo idea de qué hay detrás de todo esto”.

Llegaron a la casa y sin perder tiempo se dirigieron al estudio de don Agustín Solana. La habitación, en la que había un escritorio de palisandro y varias bibliotecas, había sido el refugio de Agustín durante años. Jorge aún recordaba la silueta de su padre sentado frente al escritorio y hundido entre numerosos papeles y cartapacios, o arrellanado en su sillón, al caer la tarde, gozando de la lectura de algún libro.

Ya había oscurecido, de modo que Jorge encendió unas velas y de pronto el cuarto se transformó en un juego de sombras danzantes. El lugar olía a madera y al cuero de los libros, y desde los muros llegaba la espectral visión de aquellas bibliotecas atestadas de volúmenes, todos ellos prolijamente alineados sobre las estanterías y dispuestos en riguroso orden alfabético. Jorge miró al doctor Azuela intrigado

mientras éste, luego de quitarse el abrigo, se sentaba tras el escritorio. De una de las gavetas extrajo una llave, se volvió hacia una de las bibliotecas, descorrió unos libros y dio con un pequeño estuche de madera ayuno de todo ornamento que luego llevó hacia el escritorio. Había una rara sensualidad en sus movimientos, como si aquel pequeño cofre, tan sencillo como austero, contuviese algún papiro egipcio a punto de ser desvelado.

Azuela sopló ligeramente para quitar el polvillo acumulado sobre el cofre, introdujo la llave y la hizo girar en la cerradura. Abrió la tapa y con gran delicadeza extrajo un cuadernillo forrado en tafilete rojo.

—Aquí tienes —dijo poniéndolo en manos de Jorge.

El muchacho tomó el cuadernillo y sintió que sus dedos temblaban de ansiedad. No había señal o inscripción alguna en la cubierta, sino tan sólo aquella encuadernación en tafilete que ya se veía algo reseca y agrietada. Abrió la tapa y acercó el cuadernillo a la luz de las velas. El tono amarillento de las páginas, el suave olor a humedad que se desprendía del papel, le hizo pensar que se trataba de un documento muy antiguo. Sin embargo, la letra le resultaba familiar: aquella apretada caligrafía, aquellos trazos finos y levemente inclinados hacia la derecha, pertenecían a su padre. Absorto, notando que sus dedos apenas le respondían, el joven leyó las primeras líneas. Pero luego de un momento alzó su rostro y miró al doctor con una agria expresión de asombro. El texto parecía indescifrable: estaba compuesto por frases truncas que se interrumpían y evitaban cualquier posible interpretación.

—¿Qué es esto? —preguntó el muchacho desconcertado.

Azuela tomó el cuaderno entre sus manos y sonrió con una ligera complacencia.

—No te preocupes —dijo—, es natural que no puedas comprenderlo. Este cuaderno contiene el texto que escribió Arrio denunciando los muchos arreglos y contubernios que sucedieron durante el Concilio de Nicea, pero el documento es tan valioso que tu padre, luego de regresar de España, resolvió dividirlo por la mitad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, existía el riesgo de que lo extraviara o de que alguien se lo robase, de modo que copió el texto en dos cuadernos diferentes: uno de ellos contenía la primera parte de cada frase y el otro la segunda. De esa manera, el uno sin el otro carecían de sentido...

Jorge pareció inquietarse ante aquella explicación.

—Entiendo —se apresuró a decir—. Algo así como el *symbolon* griego: dos mitades de una medalla que deben reunirse para completar un mensaje.

—Algo así —concedió el doctor.

—Muy bien. Pero ¿dónde está la otra mitad?

Azuela enarcó las cejas y su rostro adquirió un gesto de incertidumbre.

—Ésa es una buena pregunta —dijo con cierta gravedad—. Sin embargo, muchacho, la verdad es que no tengo idea. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, tu padre jamás quiso decírmelo. Pero en fin, habrá que contentarse con esta mitad, al menos por ahora...

Jorge clavó sus ojos en los del doctor.

—¡Pero eso es imposible! —protestó airado señalando el cuadernillo—. Usted mismo dijo que una mitad sin la otra carecen de sentido.

—Lo sé, Jorge, lo sé, y tengo la esperanza de que alguna vez demos con el otro cuadernillo. Pero mientras tanto hay algunas cosas que podemos empezar a investigar. Si lees el texto con cuidado verás lo que quiero decir.

El muchacho abrió nuevamente el cuaderno y fue descorriendo las páginas copiadas por su padre, sembradas de notas al margen en las que aludía al texto o señalaba algún punto en particular. En efecto, las frases de Arrio aparecían cercenadas por la mitad, pero aun así era posible advertir numerosas alusiones al Concilio de Nicea, a las graves diputas entre Arrio y Atanasio y a ciertas oscuras maquinaciones que la Iglesia había llevado a cabo para hundir a los arrianos y proclamar el dogma de la Santísima Trinidad.

—Según tengo entendido —continuó Azuela—, el libro original de Arrio fue censurado y quitado de circulación. De hecho, ni siquiera fue puesto en el Index Librorum Prohibitorum, el catálogo de libros prohibidos por el Santo Oficio. Incluirlo allí hubiera significado admitir que existía, y lo que pretendía la Iglesia era borrarlo del mapa, hacer de cuenta que jamás había sido escrito.

—Pero al menos una copia se ha salvado —observó Jorge.

—Así es. Sin embargo, sólo te he contado una parte del asunto. Como podrás notar cuando leas el texto con más tiempo, Arrio menciona constantemente un *Quinto Libro*, así lo llama él, que se supone contiene algo bastante comprometedor. Tu padre supuso, en un principio, que ese *Quinto Libro* debía ser alguna de las obras perdidas de Arrio, es decir, uno de los muchos textos contrarios al trinitarismo que fueron quemados después del Concilio de Nicea. Pero más tarde se desdijo de esa conclusión. Había algunos puntos que no encajaban, y por lo tanto, era imposible que Arrio lo hubiese escrito.

—¿Y entonces quién lo hizo?

El doctor Azuela se encogió de hombros.

—Lo ignoro, y eso es precisamente lo que Agustín quería averiguar. Sabiendo quién fue el autor del *Quinto Libro* se podrían atar muchos cabos…

Jorge acarició las páginas amarillentas, alzó la vista y dijo:

—Sea como fuere, ese *Quinto Libro* parece ser muy crítico del trinitarismo.

—Del trinitarismo y de toda la Iglesia —completó el doctor Azuela—. Si avanzas en la lectura verás que pone en tela de juicio a las jerarquías eclesiásticas y a la propia Roma. Fíjate en esto.

Azuela tomó el cuadernillo y rebuscó entre sus páginas hasta dar con un pasaje que decía:

> *Las águilas oprimen a nuestros hermanos. Ya lo han dicho los antiguos en 11.1; 12.11; 12.12; 12.14; 12.15; 12.16. Así leemos en el Quinto Libro.*

—Las águilas —explicó Azuela—, aluden evidentemente a Roma, por supuesto, ya que esa ave era el símbolo del Imperio.

—¿Y la serie de números? —preguntó Jorge.

El doctor suspiró largamente.

—Pues la verdad es que no lo sé, aunque es probable que se refiera a documentos de la época o algo por el estilo. El caso es que Arrio, amén de sus denuncias en contra de Atanasio y de la Iglesia, dejó también algunos acertijos que, dicho sea de paso, tu padre sólo alcanzó a descifrar en parte. —Azuela se detuvo un momento y extrajo otro cigarro del bolsillo—. Pero hay algo más en todo esto, algo en verdad inquietante…

El doctor cerró las tapas del cuadernillo y lo dejó sobre el escritorio. Encendió el cigarro con la llama de una vela y, tras aspirar el humo lentamente, lo apoyó sobre un cenicero de porcelana. Él también, al igual que Jorge, sentía un grave desasosiego frente a aquel cuadernillo rojo. Una voz en su interior le advertía que las notas de Arrio eran como un tizón ardiente, un testimonio capaz de resquebrajar los cimientos de la Iglesia.

—Lo que más preocupaba a Agustín —prosiguió—, era la inusitada violencia con que Roma había censurado los escritos de Arrio. Historias de censuras ha habido a montones, pero este caso es distinto. Como te he dicho recién, luego del Concilio de Nicea la Iglesia aniquiló todo lo que oliera a arrianismo y pretendió acabar con la herejía para siempre. Sin embargo, tu padre tenía buenas razones para pensar que, aún hoy en día, las denuncias de Arrio podrían resultar peligrosas…

—¿Aún hoy en día? —repitió el joven—. ¡Pero eso es absurdo! ¿Cómo podrían incomodar a Roma hoy los escritos de un hereje del siglo IV?

—Pues vaya uno a saber. Pero Agustín parecía estar sobre alguna pista al respecto. Poco antes de morir me dijo: “Hay algo en los Evangelios, Conrado, no sé bien de qué se trata, pero creo que el nudo de todo esto hay que buscarlo allí”. —Azuela chupó una vez más su cigarro y largó el humo con sobrada parsimonia—. Y aquí es donde entras tú, Jorge. Tu padre pensó que, aun cuando pudiera ser riesgoso, alguien debía llegar hasta el fondo de todo esto; averiguar sobre ese *Quinto Libro* y descubrir qué demonios era lo que molestaba tanto a Roma.

—Y lo que aún la sigue molestando... —aventuró el joven.

El doctor hizo un gesto de aprobación y apagó su cigarro. Afuera comenzaba a oscurecer.

—Sí, tienes razón —observó—. Es que todo esto aún me parece un tanto inverosímil. Pero en fin, ya veremos hasta dónde nos conduce este cuadernillo...

El joven se vio, de pronto, inmerso en una vorágine que apenas acertaba a comprender. Aquella espinosa situación lo mareaba como un viaje en alta mar. Todo había sucedido con demasiada rapidez: la muerte de su padre, aquel extraño cuadernillo rojo, las advertencias del doctor Azuela. En otras circunstancias hubiese despachado aquel asunto y continuado su vida con normalidad. Pero el recuerdo de su padre, el deseo de que “tomara la posta”, pareció animar su espíritu y conferirle una insólita chispa de vigor.

—Creo que me ha convencido, Conrado —admitió sin demasiado entusiasmo, y no sin cierta reticencia, añadió—: Pero, a decir verdad, no veo qué pueda hacer yo en todo esto.

—Eso es lo de menos, Jorge —concedió el doctor—. Lo importante, por ahora, es que estés dispuesto a ayudarme. Yo también le prometí a tu padre que seguiría con la investigación. Por cierto, hay algunas cosas más que debo comentarte, pero se ha hecho algo tarde y me esperan en casa.

Azuela se puso de pie, tomó el abrigo y se lo echó sobre los hombros.

—Una cosa más —dijo antes de salir—. Tu madre no debe enterarse de esto.

—¿Por qué?

—Te lo he dicho antes: no sabemos hasta dónde puede llegar este asunto, y por eso es mejor no involucrarla. Además, la muerte de Agustín la ha puesto demasiado sensible: no sería bueno preocuparla

aún más… Y ahora, si me disculpas, debo retirarme. Ven mañana a mi casa alrededor de las cuatro. Seguiremos hablando.

Luego se calzó el sombrero, hizo una última advertencia al muchacho —“Guarda bien los documentos en ese cofrecillo”—, y finalmente salió de la casa.

La noche cerrada le impidió advertir, mientras emprendía la marcha, que dos sombras inescrutables seguían sus pasos en medio de la oscuridad.

III

> La trinidad, su concepción de un padre, un hijo y un espectro, articulados en un solo organismo, parece un caso de teratología intelectual, una deformación que sólo el horror de una pesadilla pudo parir.
>
> Jorge Luis Borges: *Una vindicación de la cábala*

Jorge se alarmó súbitamente cuando, la tarde del día siguiente, cerca de las cuatro, mientras se aproximaba a la casa de Azuela, halló a la esposa del doctor frente a la puerta de entrada conversando con un teniente de guardia. La mujer se veía inquieta y nerviosa; hacía aspavientos con las manos, se mordía los labios y una oleada de sangre le enrojecía las mejillas. El muchacho apresuró el paso y un momento después se halló próximo a la mujer, mientras el teniente de guardia se despedía con una amable inclinación de cabeza.

Supo entonces de la infausta noticia: el doctor Azuela no había regresado a casa la noche anterior. Hacía varias horas que la familia había dado aviso a las autoridades y, según el informe de un sargento de milicias, dos piquetes de soldados estaban buscándolo por toda la ciudad. Entre sollozos y con la voz entrecortada, la mujer se hizo un momento para dar el pésame a Jorge por la muerte de su padre, y luego, ante las insistentes preguntas del muchacho, se mostró desconsolada y temerosa por la desaparición de su marido. Azuela jamás faltaba a su casa en las noches, y en el supuesto caso de que alguna urgencia médica lo obligara a ausentarse durante mucho tiempo, siempre enviaba a algún criado a dar aviso a la familia.

—Ayer estuvo conmigo —explicó Jorge aún aturdido por la noticia —. Creo que se fue alrededor de las ocho, y acordamos en vernos hoy aquí.

—Sí —confirmó la mujer—, sé que fue a tu casa. Pero, a menos que haya ido a ver a algún paciente y no hubiese podido avisarme, no me hago idea de dónde pueda estar.

—Bueno, no tema usted —intentó consolarla el joven tomándola de las manos—. Seguramente aparecerá en cualquier momento —y

ofreciéndose a auxiliarla en lo que fuera, añadió—: ¿Puedo hacer algo por usted?

—Oh, no —respondió la mujer—. Tú ya tienes bastante con lo de tu padre. De todos modos, muchas gracias.

Se despidieron con la promesa de que, ante cualquier novedad, ambos se comunicarían de inmediato. Jorge saludó a la mujer, se volvió sobre sus pasos y emprendió el regreso hacia su casa. Pero bastó que se viera solo, apurando el paso entre los tenduchos de una feria que se alzaba sobre la calle Monserrat, para que un tumulto de ideas se agolparan en su cabeza. De pronto le corrió un temblor por la espalda al pensar que, tal vez, la desaparición del doctor Azuela tuviese alguna relación con lo que habían tratado la noche anterior. La idea sonaba algo descabellada y hasta insólita, pero, ¿no había advertido el propio Azuela acerca de los riesgos de todo aquello? ¿No había insistido en guardar cuidado ante un asunto cuyos alcances parecían tan inciertos?

Jorge deambuló algunas horas sin rumbo alguno y al caer la tarde regresó a su casa. No tenía hambre, de modo que se excusó ante su madre y marchó directamente a su habitación. Poco después se calzó un gorro de noche, se arrojó sobre la cama y se arropó desordenadamente bajo unas mantas. Sentía una extraña pesadez en todo el cuerpo. En unos pocos días su apacible existencia se había visto sacudida por hechos inesperados, y aunque la muerte de su padre era con mucho el más doloroso, lo ocurrido al doctor Azuela le provocaba una rara sensación de perplejidad.

Poco más tarde, como imbuido por un extraño ardor, saltó del lecho y se dirigió al estudio de su padre. Encendió unas velas y añadió varios leños al hogar, que ardía allí desde la mañana temprano. Luego se dirigió a la biblioteca, tomó una vez más el cofrecillo, giró la llave y extrajo el cuadernillo rojo. Seguía algo desconcertado frente a toda aquella cuestión, y ahora, ante la visión de aquellas páginas algo ajadas, su mente se disparó como un potro furioso. ¿Qué significaba todo aquello? En principio, debía reconocer que la historia sonaba algo ridícula. Por más que tratara de hilvanar sus pensamientos, de poner un orden a toda aquella situación, intuía que se trataba de un despropósito. ¿La Controversia Trinitaria? ¿Arrio? ¿Atanasio? ¿El *Quinto Libro*? Todo ello no parecía más que una disparatada colección de iniquidades. ¿Qué podían importarle a él semejantes refriegas teológicas? ¿A qué inquietarse ante las especulaciones de Arrio y Atanasio en torno a la unicidad divina? Sin embargo, mientras sus ojos se concentraban en el hogar y veía chisporrotear los leños, cayó en la cuenta de que aquel cuadernillo rojo podía ser la mecha oculta de un

polvorín. Por cierto, había una buena razón para ello: a todas luces, pensaba el joven mientras descorría las páginas amarillentas, su padre no habría malgastado tantos años de estudios e investigaciones por una simple controversia histórica. Sin duda, algo valioso debía haber tras ella. Y en cuanto al doctor Azuela, ¿qué podía haberle sucedido? Poniéndose de pie, inquieto, yendo a remover los leños con un atizador, sintió un leve estremecimiento al imaginar una vez más que la desaparición del doctor pudiese tener alguna relación con todo aquello. Y en tal caso, conjeturó, ¿no corría peligro él mismo?

Pero era inútil enredarse en aquellas especulaciones. Por lo pronto, Jorge se aproximó a otra de las bibliotecas y, ladeando la cabeza, fue recorriendo los anaqueles en busca de libros que hablaran sobre la Controversia Trinitaria. Muchas veces había hurgado el joven entre aquellos estantes; muchas veces, de niño, se había entretenido observando los raros dibujos de un bestiario medieval, los mapas y gráficos de una edición ilustrada de la Odisea, las desopilantes criaturas de las que hablaba Plinio en su Historia Naturalis, las obras de Luciano, de Cicerón, de Apuleyo, los grabados de Gustav Dore que ornaban su ejemplar del Quijote. Pero jamás se había detenido en las obras de menor cuantía, aquellas que su padre relegaba a los anaqueles inferiores de la biblioteca. Fue allí donde encontró, después de mucho explorar, tres o cuatro libros que versaban sobre la Controversia Trinitaria. Los llevó hacia el escritorio y los apiló junto al tintero de porcelana que había pertenecido a Agustín. Durante dos horas se enfrascó en la lectura, hundiendo sus ojos entre aquellas páginas, tomando notas, dejando algún pedacito de papel a manera de señalador cuando creía dar con algún pasaje importante y deseaba cotejarlo con el de algún otro libro. Tan ensimismado estaba que ni siquiera advirtió, mientras tiritaba de frío, que apenas quedaban en el hogar unas pocas brasas a punto de apagarse. Cuando se levantó del escritorio, entumecido y con las manos heladas, había llenado algunas cuartillas de notas dispersas: fechas, datos, nombres, pero, en resumidas cuentas nada, ninguna información que pudiera resultarle demasiado útil.

Transcurrieron varios días sin novedad alguna. Amén de estudiar en el Real Convictorio, Jorge trabajaba en el negocio de su padre, un pequeño saladero ubicado al oeste de la ciudad, pero la enfermedad de Agustín había mermado las faenas y casi no había trabajo, de modo que el muchacho disponía de bastante tiempo libre para ocuparse del tema. Por lo demás, cada mañana se allegaba a la casa del doctor Azuela y preguntaba a la familia si había alguna noticia, algún rumor del que pudiera echar mano, pero después de una semana de ausencia

las esperanzas comenzaron a derrumbarse. La mujer del doctor, visiblemente angustiada, se había encerrado en su cuarto y no hablaba con nadie, a excepción del párroco del lugar, que cada tarde, después del ángelus, visitaba la casa para darle consuelo. No había rastro alguno del doctor, y ya el piquete de soldados había abandonado la búsqueda.

Fue entonces cuando Jorge, metido una vez más en el estudio de su padre, comenzó a vislumbrar la posibilidad de abandonar todo aquel asunto. No sólo tenía la sensación de que aquello no conduciría a nada, sino que además, sin la ayuda del doctor Azuela, ¿qué podía hacer él ante aquella enredosa trama? Una incómoda lucha interior se instaló en su espíritu, pues, aun cuando sentía deseos de arrojar todo aquello al bote de la basura, el recuerdo de su padre aparecía una y otra vez. “Agustín quería que tomaras la posta”, había dicho el doctor Azuela. Y se hallaba hundido en aquel dilema, una tarde, viendo el carro de un lechero que pasaba a través de la ventana, cuando de pronto recordó al profesor Viviani. Era una posibilidad algo remota, quizás hasta imposible, pero si alguien podía auxiliarlo en aquel momento era sin duda aquel viejo profesor. Masculló el asunto durante un rato y luego, a toda prisa, tomó una pluma del cajón del escritorio, la hundió en el tintero, acomodó frente a sí una cuartilla de papel y garabateó algunas palabras. Después plegó la hoja en tres partes, la introdujo en un sobre y llamó a un criado.

—Ramón, ve hasta la casa del profesor Viviani y entrégale esta nota —le ordenó—. En ella le ruego si puede recibirme mañana a las nueve. Pregúntale si está de acuerdo y luego vuelve con la respuesta.

El criado abandonó la casa, montó a caballo y espoleó al animal con un recio taconazo en los ijares, mientras Jorge, asomado al hueco de la ventana, observaba el remolino de polvo que levantaban sus patas. Por un momento, ya vuelto a la comodidad de un sillón, tuvo un chispazo de incertidumbre. ¿Había hecho bien?, se preguntó mientras su cuerpo tiritaba de impaciencia. ¿No era demasiado precipitado el involucrar a Viviani en todo aquello?

Pero apenas tuvo tiempo de examinar la cuestión. Cerca de media hora después regresó el mensajero, clavó las bridas del animal frente a la casa y, ante el apremio de Jorge, que lo interrogó a los gritos desde la ventana, informó que el profesor Viviani lo recibiría con gusto a la mañana siguiente.

—¿Dijo que a las nueve está bien? —preguntó anhelante.

El criado asintió mientras anudaba las riendas del animal a un poste y se sacudía las ropas. Jorge, por su parte, suspiró aliviado ante la noticia y, cediendo a un impulso irrefrenable, se abismó una vez

más en la lectura de aquellos libros. Quería ordenar sus pensamientos, llegar a casa de Viviani con todo a punto y sin grietas que hicieran vacilar su memoria. Tan absorto se hallaba en la lectura que, en un momento, sintió un dolor punzante en la cabeza y dio un respingo sobre el escritorio: sin darse cuenta se había quemado un mechón de pelo con la llama de las velas. De repente saltó de la silla arrojando el libro a cualquier parte y manoteó sus cabellos con desesperación. Parecía un loco dándose golpes a sí mismo. Pero afortunadamente nada sucedió, a excepción de un ligero ardor y algunos pocos cabellos chamuscados, de modo que prosiguió su trabajo hasta cerca de las once, cuando, fatigado y con los ojos vidriosos, apagó las velas y marchó a su cuarto.

Durmió mal, revuelto entre las frazadas, incómodo y asaltado por mil pensamientos que se le clavaban como garras en la piel. Por fin, tras advertir los primeros claros de la mañana, saltó de la cama ansioso y fue a lavarse la cara en un aguamanil de loza que había pertenecido a su padre. Trató de hacer tiempo hasta la hora convenida: salió a la calle, entró nuevamente, se cambió dos o tres veces de ropa, hojeó una gaceta llegada de España y devoró unos bizcochos que habían sobrado del día anterior. Por fin, cerca de las ocho y media, abandonó la casa y se dirigió a lo de Viviani. Seguía demasiado tenso, y ahora, advirtiendo que el frío de la mañana había puesto a temblar su cuerpo, apretó el paso hasta entrar en calor. Algunas calles más adelante se desabrochó la chaqueta y sintió su pecho jadeante y nervioso. Aún padecía una grave incertidumbre ante lo que pudiera ocurrir. Ignoraba cómo podría reaccionar Viviani frente a aquella historia; ni siquiera imaginaba de qué modo plantearle el asunto, con qué palabras empezar a hablar, y varias veces durante el trayecto los fantasmas del arrepentimiento sobrevolaron su cabeza y lo tentaron a regresar a su casa. Pero todo aquello se desvaneció de repente al doblar por la calle San Juan y divisar el caserón de Viviani.

Jorge atravesó las rejas de hierro, llamó a la puerta y fue recibido por la mujer del profesor.

—Pasa, muchacho, te esperábamos —dijo la dueña de casa.

Jorge entró a la sala de estar, se quitó la chaqueta y fue conducido hacia el comedor.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó la mujer—. Aún queda un poco de chocolate del desayuno.

—No, gracias —respondió el joven.

—Aguarda aquí entonces, mi marido bajará enseguida.

Jorge agradeció con un gesto de cabeza y mientras la mujer salía del cuarto buscó un sillón para sentarse. Fue entonces cuando advirtió

que no se hallaba solo en la habitación: había alguien más allí, alguien cuya presencia velaban unos cortinados de raso que dividían el cuarto en dos ambientes. Con una mezcla de timidez y curiosidad el joven se puso de pie, caminó unos pasos y descorrió el grueso telón verde musgo. Lo que vio, casi atontado y absorto, fue la criatura más tierna y hermosa que hubiese podido imaginar en toda su vida. La joven se hallaba sentada en una mecedora junto a la ventana, y lejos de ocuparse en tareas femeninas, tales como tejer o bordar canutillos, leía un pequeño libro en francés cuyo título Jorge conocía demasiado bien: La *religieuse*, de Denis Diderot. El sol de la mañana daba por entero sobre la muchacha y parecía jugar con los bucles de su cabello. Una curiosa reminiscencia le trajo el recuerdo de las *madonnas* de Rafael, con aquella virginal dulzura que animaba sus rasgos, y por un momento permaneció mudo y casi paralizado ante aquella visión.

Por su parte, al descubrir la presencia de Jorge, la muchacha alzó los ojos del libro y se quedó mirándolo con idéntica sorpresa. El joven estaba casi petrificado y no acertaba a decir palabra. Sin duda, el hechizo de aquellos ojos, la ternura de la mirada, el extraño halo matinal que envolvía su belleza adamantina, lo habían encandilado como a un tonto.

—¿Qué sucede? Te has quedado boquiabierto —dijo la muchacha con una voz no exenta de cierta picardía.

Mientras sentía un cosquilleo en todo el cuerpo, Jorge intentó ensayar alguna respuesta, pero su cabeza era un hervidero en el que se atropellaban las imágenes de aquella joven sentada en la mecedora, el título del libro —quizás algo impropio para una muchacha de su edad —, y hasta la visión de una pava y un mate que descansaban sobre una mesilla contigua y que llamaron su atención, pues no era usual que las mujercitas bebieran el mate de ese modo, con bombilla, en lugar de hacerlo de manera más femenina, en una taza de porcelana o de arcilla, tal como indicaban las costumbres. Por un instante Jorge imaginó sus labios rosados, tiernos, jóvenes, sorbiendo aquella infusión de un modo casi varonil y con un gesto de refinada travesura en los ojos.

—¿Tú… tú quién eres? —tartamudeó el muchacho después de un momento.

Y estaba por oír la respuesta cuando escuchó un ruido a sus espaldas.

—La señorita es mi sobrina —resonó la voz del profesor Viviani.

Jorge se volvió lleno de vergüenza y descubrió la espigada silueta del dueño de casa. Viviani era un hombre delgado, muy alto y de una elegancia casi estrafalaria. Iba vestido con un chaleco de paño azul

abotonado hasta el cuello y rematado por un corbatín del mismo tono aunque algo más oscuro. Por debajo del chaleco le asomaba una camisa flamenca de mangas holgadas que terminaban en dos puños acampanados. El pantalón, de color gris oscuro, se pegaba a sus piernas como si fuese a medida y terminaba enfundado en dos botas de cuero recién enceradas. Por lo demás, pese a su rostro endiabladamente serio y adusto, el profesor Viviani era de carácter afable y tenía una sonrisa fácil, abierta, luminosa, que inflaba sus negras y largas patillas confiriéndole, cuando reía, un aspecto algo caricaturesco.

—¡Profesor! —saludó Jorge al verlo—. Muchas gracias por haberme recibido.

Viviani le extendió una mano huesuda y áspera.

—Estoy a tus órdenes, muchacho —dijo amablemente.

Jorge conocía al profesor desde hacía algunos años, cuando éste enseñaba Teología y Filosofía en el Real Convictorio, y ambos habían hecho buenas migas al descubrir que una mutua pasión por la literatura los aunaba aun fuera de clase. Infinidad de veces el muchacho había dejado el Convictorio y marchado junto al profesor hacia alguna taberna cercana en la que ambos, ginebra mediante, charlaban sobre los clásicos griegos y latinos, sobre el Dante y Petrarca, sobre los enciclopedistas franceses y sobre las novelas de caballería, un género al que, curiosamente, Viviani frecuentaba con ardor juvenil. Sin embargo, sus propios gustos habían acabado por condenarlo. Era un hombre demasiado liberal para su época, y aún más para las severas autoridades del Real Convictorio. Enseñaba Teología de un modo racional, casi cartesiano, tratando de emparentar la fe con la razón y aventurándose, en ocasiones, a criticar sutilmente los más encumbrados preceptos de la fe católica. Semejante postura, con el tiempo, le había granjeado el disgusto y la desconfianza de muchos colegas para quienes Viviani, pese a su apellido, era un “afrancesado”, un mote algo incómodo en los dominios españoles. Y aquel oprobioso estigma había terminado por obligarlo a renunciar. “Es lo mejor que hice en toda mi vida”, había confesado Viviani aquella vez ante las preguntas de Jorge. Ahora, sin hacer a un lado sus gustos y preferencias, el profesor seguía dando clases particulares y de vez en cuando viajaba a la Universidad de Chuquisaca a dar charlas y seminarios.

Aquella mañana, Jorge se excusó una vez más por haberlo importunado y le pidió hablar a solas. Viviani se volvió hacia su sobrina y en tono cordial dijo:

—Julia, querida, ¿te molestaría dejarnos solos por un momento?

La muchacha abandonó la mecedora, envolvió el libro con ambas manos junto a su pecho y salió del cuarto haciendo una reverencia. Para Jorge fue como si una deidad pasara a su lado y dejara una estela divina, y por unos instantes quedó aprisionado por un extraño embeleso, como si una tierna melodía hubiese estado caracoleando en sus oídos. Tal era su expresión que Viviani, no sin cierta mordacidad, enarcó las cejas y murmuró:

—No te precipites, muchacho; sólo tiene dieciséis años…

El joven cayó en la cuenta de su perturbación y, por justificar en algo su asombro, comentó:

—Es que, ¿Diderot? ¿Le permite usted leer a Diderot?

—A Diderot y a muchos más —acentuó Viviani con una sonrisa en los labios—. Te sorprenderías de lo avispada que es la damita. A los catorce años ya se sabía de memoria algunas tragedias de Racine… Pero bueno, no has venido a pedirme su mano, ¿verdad? —bromeó, alisándose el chaleco—. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

Durante cerca de media hora, casi sin respiro, Jorge se afanó en poner al tanto al profesor de lo que había sucedido. Procuró no olvidar detalle alguno y recordarlos con la mayor fidelidad, evocando los comentarios del doctor Azuela, mientras Viviani fumaba su pipa de marlo y escuchaba con atención. A cada momento el joven tenía la sensación de estar caminando sobre un terreno enfangado. Aquel planteo sonaba demasiado insólito y fuera de lugar, pero la expresión de Viviani, cuyos ojos seguían el relato con gran interés, le inspiraba confianza y lo animaba a seguir. Por fin, cuando acabó de hablar, permaneció en silencio un momento interrogando con la mirada al profesor.

—Caramba —suspiró Viviani soltando una gran bocanada de humo —. ¿Y dices que el doctor Azuela ha desaparecido?

—Al menos hasta ayer no se sabía nada de él —observó el muchacho.

—Eso es bastante extraño —reflexionó el profesor—. La gente no se desvanece como por encanto, y mucho menos un hombre de la condición de Azuela. Quiero decir, podría desaparecer algún mendigo o algún vagabundo, pues algunos se emborrachan y caen al río, o tal vez se duermen en la bodega de un barco y aparecen en el Brasil. Pero el doctor Azuela…

Dejó la frase en suspenso y tomó una bella tabaquera de plata en cuyo frente, grabada con maestría de artesano, se podía ver la figura de un caballo alado al que Jorge gustaba identificar con el célebre Pegaso. Con dos dedos pellizcó algunas briznas de tabaco, las depositó en su pipa y aproximó el yesquero hasta que empezaron a arder.

Había una rara delicadeza en sus movimientos, en aquellas manos resecas y huesudas. Por fin dio una chupada a su pipa y exhaló un denso remolino de humo azul. Entretanto, Jorge lo observaba impaciente y ansioso. Aún ignoraba cómo reaccionaría Viviani frente a aquel insólito panorama, qué ideas se despertarían en su cabeza, o si, por el contrario, juzgaría todo aquello un simple disparate y mandaría al muchacho a paseo. No obstante, un minuto después, el profesor carraspeó un par de veces y dijo:

—La cosa parece tener sus bemoles, a qué negarlo. Y si lo de Azuela tiene que ver con esto, no quisiera imaginar en qué lío te has metido.

En ese momento apareció en el cuarto una anciana de aspecto frágil y temeroso, que avanzó hacia ellos apoyándose en un viejo bastón de caña. Vestía una ceñida camisa blanca, mantón de lana de vicuña sobre los hombros, faldas de paño y medias grises. Una pequeña cofia rodeaba sus cabellos blancos y envolvía su rostro lleno de arrugas. Extendió su nudosa mano a Jorge y saludó:

—Es un placer conocerte, muchachito.

Y ante la perplejidad del visitante, Viviani comentó:

—La señora es la abuela de Julia. A propósito, no te he dicho que ambas viven en Córdoba. Están aquí de visita por algunos días.

Jorge se puso de pie y saludó a la anciana.

—El placer es mío, señora —y con una breve sonrisa añadió—: Y la felicito por la nieta que tiene.

—¡Ah, esa niña sólo me da dolores de cabeza! —suspiró la mujer con fingida irritación—. Por cierto, ¿qué le has dicho que se ha quedado tan embelesada contigo?

Jorge empalideció de repente y miró al profesor Viviani, quien reía entre dientes de la traviesa aunque deliberada indiscreción de la anciana.

—Mi suegra no puede con su papel de celestina —dijo el profesor —. Al parecer, ya le anda buscando marido a Julita.

La vieja dio un tierno coscorrón en la cabeza de Viviani y le soltó una cariñosa reprimenda. Luego se ofreció a traer algo de beber, una copita de ron, un té, algún zumo de fruta, y ante la negativa de ambos saludó nuevamente y dejó el cuarto auxiliándose con su bastón.

—¿Y bien? ¿Qué dice usted, profesor? —inquirió el muchacho cuando se quedaron solos.

Viviani encendió su pipa una vez más y rumió la idea un momento. En sus ojos se dibujaba una mezcla de incertidumbre y curiosidad. Se notaba que el asunto lo había intrigado, y en ocasiones él mismo, según confesó más tarde, había albergado ciertas sospechas sobre

aquel incierto episodio de la historia del cristianismo. Sin embargo, ¿cuán desatinado podía ser, ahora, remover el polvo de una cuestión que llevaba tantos siglos bajo tierra?

—Bueno, en principio debería ver esos documentos que tienes —advirtió soltando una bocanada de humo.

Jorge hizo un gesto presuroso y dijo que los traería de inmediato, que no le tomaría más de media hora el correr hasta su casa y regresar con ellos. Pero Viviani lo atajó a tiempo señalando el riesgo que ello podría comportar.

—Mejor no —advirtió moviendo la cabeza—. Después de lo que me has dicho, es preferible que ese cuadernillo permanezca en su sitio.

Luego se ofreció a que ambos fuesen hacia allá, y ante el acuerdo del muchacho, que juzgó la decisión más que oportuna, se calzaron los abrigos y dejaron la casa. Era cerca del mediodía y asomaban nubes de tormenta por el sur, mientras se escuchaba el rumor de algún trueno cuyos ecos hacían retemblar la vidriería de las casas. La amenaza de lluvia hacía que pregoneros, carros y transeúntes apresuraran la marcha, pues unas pocas gotas bastaban para anegar las calles de tierra y sembrarlas de charcos y lodazales que hacían imposible el transitar por ellas. Cerca de media hora después, cuando ya se desprendía una fina llovizna, Jorge y el profesor Viviani llegaron a la casa. Todo sucedió muy rápido entonces. Marcharon al estudio de Agustín, sacaron el cuadernillo del cofre y durante un par de horas Viviani estuvo hojeándolo atentamente, avanzando y retrocediendo en la lectura, procurando descifrar las notas de Arrio y tomando apuntes cuando alguna palabra o alguna frase parecía llamar su atención.

—Esto es más intrincado de lo que pensé —observó el profesor, más tarde, alzando los ojos del cuadernillo.

—¿A qué se refiere? —inquirió el muchacho.

—Bueno, es evidente que Arrio está queriendo decir algo entre líneas. La mención de ese *Quinto Libro* lo demuestra. Y además, esa serie de números que aparece en varias de sus notas de seguro hace referencia a algo. ¿Pero a qué?

Viviani tomó una cuartilla y, a vuelapluma, escribió la misma serie con que el muchacho ya se había tropezado antes:

11.1; 12.11; 12.12; 12.14; 12.15; 12.16

—Aquí hay algo que me suena familiar —dijo enseñando el papel a Jorge—. Pero no acierto a descubrir qué puede ser.

El joven tomó la cuartilla y apenas la miró sus ojos vibraron de entusiasmo. Recordó que él también había creído notar cierta

familiaridad en aquellos números, y que luego de haber cavilado algún tiempo había tenido una extraña ocurrencia.

—Puede que sea una tontería —concedió—. Pero he estado pensando si no podría tratarse de versículos bíblicos.

Viviani se quedó inmóvil por un momento y contuvo la respiración. Desde la pared se oyeron las campanadas de un pequeño reloj de péndulo, mientras afuera empezaban a arreciar los primeros chubascos. Jorge se puso de pie y trabó los batientes de las ventanas, al tiempo que un cabrilleo de gotas empezaba a golpear los cristales.

—Caramba, no es mala idea —observó el profesor echando una ojeada a la serie de números—. Pero claro, si se trata de versículos bíblicos, el problema consiste en saber a qué libro de la Biblia pertenecen. Incluso adivinar si corresponden al Antiguo o al Nuevo Testamento. Pero insisto en que la idea puede ser provechosa. ¿Tienes una Biblia a mano?

El muchacho asintió, fue hacia la biblioteca y un momento después regresó con el libro. Era un enorme volumen en cuarto forrado en cuero marrón, que años atrás solía estar sobre un atril de lectura, siempre abierto en el libro de los Salmos, junto al hogar de la casa y flanqueado por dos cirios cuya luz daba un tinte amarillento a sus páginas. Jorge lo abrió sobre una mesilla y durante algunos minutos ambos fueron descorriendo hoja tras hoja y libro tras libro, deteniéndose en aquellos versículos cuyo número coincidía con la serie copiada por Arrio. Sin embargo, tras revisar las Escrituras de principio a fin, se hizo evidente que la conjetura del muchacho había sido errónea.

—No te desanimes —sugirió Viviani—. Fue sólo una idea y no resultó, pero ha sido mejor que andar a tientas. Tenemos esos números que parecen una clave y las posibilidades son infinitas, quiero decir, podrían corresponder a cualquier cosa y nos llevaría toda la eternidad buscarlas una a una. Por eso es necesario dar con una pista, un criterio que nos ayude a orientarnos y a descartar aquellas opciones que son absurdas. En otras palabras, mi querido amigo, tenemos que pensar como lo haría un jugador de ajedrez: ante una determinada posición en el tablero existen miles de posibilidades, pero el ajedrecista no se detiene a pensar en todas ellas pues le llevaría un año por cada movimiento. Lo que hace es, de entrada, excluir las jugadas inútiles y absurdas, y de ese modo concentrarse en las más provechosas. *Pluralitas non est ponenda sine necessitate*.

—¿Y eso? —preguntó Jorge.

—Es el principio de Occam. Me extraña que no lo recuerdes pues lo he enseñado en clase. Significa, traducido con cierta ligereza, que

no deben introducirse más entidades de las necesarias para dar cuenta de algún fenómeno. Esa serie de números podría ser cualquier cosa, por cierto, pero es difícil y hasta ridículo, por ejemplo, que se trate de números de una rifa o precios de la carne en el mercado.

—Creo que entiendo —observó Jorge—. Es como separar la paja del trigo, desechar las alternativas remotas…

—Así es —confirmó el profesor—. Tu idea de que fuesen versículos bíblicos no era en absoluto desatinada: está dentro de lo posible, ya que hablamos de algo relacionado al cristianismo. No resultó esta vez, pero quién sabe, tal vez hemos estado cerca...

Esa tarde, luego de explorar dos o tres conjeturas más, Jorge y el profesor resolvieron postergar la búsqueda hasta otro momento. Viviani debía ocuparse de asuntos personales que le demandarían cerca de una semana, de modo que ambos acordaron volver a encontrarse una vez que el profesor dispusiera de tiempo. No obstante, y para mayor seguridad, Viviani copió las frases de Arrio en algunas hojas sueltas y las guardó en su chaqueta.

—Será mejor tener un duplicado... Nunca se sabe lo que podría suceder.

Antes de retirarse, notando que aún persistían algunos chubascos, Viviani rogó al muchacho algún atuendo para guarecerse de la lluvia. Y así, envuelto en un capote de hule y cubriéndose la cabeza con una vieja gaceta, dejó la casa y pronto desapareció bajo el fino aguacero que azotaba la ciudad.

Algo había quedado revoloteando en su cabeza, algo que apenas acertaba a vislumbrar, pero su mente habituada a los rigores de la lógica parecía insinuarle que habían descuidado un detalle esencial. Sintiendo las frías gotas de lluvia en el rostro, eludiendo los infinitos barrizales, Viviani se mordía la lengua tratando de adivinar qué era lo que habían pasado por alto. No podía saber que, en los días siguientes, una inesperada y súbita ocurrencia vendría a trastocar las cosas. Por fin, muy lentamente, los resultados comenzarían a aparecer.

ROMA, AÑO 65 D.C.

Mientras se quita el yelmo y las armas, dejándolas en el suelo, el general Quinto Fabio Licino contempla la tina repleta de agua, alumbrada por un cerco de velas y candelabros. Ha sido una dura jornada en los campos de entrenamiento. Sus tropas han recorrido varias millas soportando la aspereza del terreno y cargando el pesado equipo de combate. Luego han practicado lucha cuerpo a cuerpo, han arrojado su *pilum* hacia blancos de madera y se han ejercitado en el uso del *gladium*, la terrible y poderosa espada corta que desde hace tiempo emplean los soldados romanos en sus batallas. El general Licino, como siempre, ha participado en las maniobras como un legionario más, acompañando a sus tropas y entrenando junto a los soldados, y a causa de ello siente el cuerpo fatigado, lleno de sudor y cubierto de polvo de la cabeza a los pies. Ahora se quita la pechera de cuero, el ceñidor de cáñamo y por fin las sandalias anudadas hasta la rodilla. El agua tibia, piensa el general, aliviará su cansancio y librará su cuerpo de tierra y sudores. Pero una idea horrible inquieta su espíritu, pues, en esta ocasión, no entrará a la tina para tomar su acostumbrado baño, sino para suicidarse.

Ha caído la noche en Roma y afuera se escucha el paso de una cuadriga. Ya casi desnudo, el general se contempla a sí mismo en un espejo de bronce pulido. La luz es escasa y parpadeante, pero el metal le devuelve la imagen de un hombre corpulento, de gran estatura y rostro algo feroz. Su piel curtida y cetrina está llena de cicatrices. Sus brazos son anchos y fuertes y rematan en dos puños sólidos, de gruesos nudillos, capaces de voltear a una mula de un solo golpe. Las piernas, rudas y algo cortas en proporción al resto del cuerpo, exhiben una impresionante musculatura hecha de largas y gravosas caminatas a través de toda Europa, aunque, en cierta ocasión, en las lejanas

tierras de Britania, el filo de una espada enemiga ha cortado su tendón de Aquiles y desde entonces Licino se ha visto obligado a cojear permanentemente.

El general ha nacido en los últimos años del reinado de Augusto, y por tanto ha visto los grandes esplendores y las mayores vilezas del Imperio. Ha sido testigo de las muchas perversidades de Livia, la esposa de Augusto; ha servido al hosco Tiberio, al caprichoso y perverso Calígula, al tartamudo y nervioso Claudio, y ahora está a las órdenes del impredecible Nerón. Desde hace años, sus campañas militares lo han llevado a pelear en Germania, en Britania, en Galia, en Hispania, y una vez en el exótico Egipto, de donde ha traído el bello candelabro de bronce que ahora descansa junto a su tina de baño. Licino es un hombre nacido para la batalla, un espíritu marcial sin otra ambición en la vida que servir al Imperio. Ni siquiera es como la mayoría de los generales romanos, ansiosos de relumbres, triunfos y honores, ávidos de verse desfilar por las calles de Roma coronados de ornamentos y seguidos por largas filas de enemigos vencidos. Pero Licino apenas tolera semejantes esplendores. Marte le ha sido propicio durante años, ha conseguido mantenerse con vida, sus tropas lo respetan y con eso basta para su espíritu.

Mientras bebe un vaso de vino, acaso el último, el general repasa las batallas en las que ha peleado, aquellas en que ha derramado su sangre por Roma una y otra vez, y piensa en el absurdo fin que le espera. Cientos de veces ha enfrentado la muerte en los campos de batalla, cientos de veces ha escapado a la cuchilla de las Parcas, y sin embargo ahora, por un extraño capricho de los dioses, será su propia mano la que ponga fin a su vida.

El vino resbala por su garganta y alivia en algo sus padecimientos. El general deja la copa, se enjabona el rostro y rasura sus barbas con una pequeña navaja de afeitar. No quiere que su cadáver sea hallado sucio y desprolijo. Mientras tanto, una idea remota acude a su mente: “El día de la muerte es para el alma el día del nacimiento eterno”. Son palabras de Lucio Anneo Séneca, el sabio filósofo que algunos años atrás ha sido preceptor de Nerón. Licino lo ha cruzado varias veces en el palacio del Emperador, ha visto su aspecto señorial y distinguido, su redonda cabeza calva y esa rara expresión que siempre acompaña sus gestos, mezcla de amable atención y pesaroso tormento. El general sabe que el viejo filósofo, nacido en la lejana Hispania, ha hablado y escrito mucho acerca de la muerte. Sus epístolas son leídas por muchos romanos que hallan serenidad y alivio ante las horas finales, pues Séneca afirma que el hombre digno, honesto y libre de conciencia, no tiene por qué temer al último tránsito. No debes

atormentarte ante la muerte, ha aconsejado el filósofo, pues la gran proeza estriba en morir con dignidad. No hay conflicto siquiera en el suicidio, pues no se trata de vivir muchos años sino de hacerlo con sabiduría. En tal caso, morir bien es escapar al peligro de morir mal, y no es contra las leyes naturales el quitarse la vida uno mismo.

Pero ha llegado el momento crucial, el instante en que el general Licino cruzará el umbral incognoscible, y una vorágine de ideas se atropella en su cabeza. Ahora, lentamente, con sus manos rudas y algo vacilantes, dispone sobre una mesilla una pequeña ofrenda a los dioses: unos pocos granos de mirra, trigo y algunas hierbas que ha puesto a arder en el interior de un cuenco. Luego observa la tina una vez más; el agua espejea sobre la superficie como una delgada lámina de cristal y refleja la llama de las velas. Desnudo, tembloroso, el general se introduce en la tina y siente las caricias del agua tibia sobre su cuerpo. Hay un silencio mortuorio en la habitación, como si el tiempo se hubiese detenido, como si la Muerte, respetuosa, hubiese hecho callar todo a su alrededor. Sentado en la enorme cubeta, Licino estira su brazo y toma su *gladium*. Es una bella espada: hoja de doble filo, empuñadura de marfil y ornamentos grabados en oro. Acaso parezca una broma del destino, se dice el general sin quitar sus ojos del arma: aquella espada, que tantas veces se ha hundido en la carne enemiga, ahora será su propio verdugo.

Pese a las recomendaciones de Séneca y a la serenidad que el viejo pensador aconseja ante la muerte, el general no consigue ahuyentar sus miedos. Ahora que el final se aproxima, las palabras del filósofo resuenan distantes, remotas, y Licino apenas halla consuelo en ellas. ¿Qué habrá en el Erebo? ¿Qué insólitas criaturas poblarán las tinieblas infernales? Pero hay algo que parece animar su espíritu en esa hora angustiosa, algo quizás absurdo, pero cuya sola idea le produce una extraña sensación de ligereza: mientras observa detenidamente el *gladium*, mientras descifra los bellos dibujos que adornan la empuñadura, el general piensa que la muerte, después de todo, no ha de ser tan horrible como parece, pues a fin de cuentas bastará una ligera incisión en la carne, luego sobrevendrá el sueño profundo y poco después todo habrá terminado.

Pero ya no más dilaciones ni tormentos. Ha llegado la hora y el general Quinto Fabio Licino aproxima el *gladium* a las venas de su antebrazo. El filo roza la piel de su muñeca y le produce un leve estremecimiento. Y entonces, de repente, un movimiento seco y preciso abre una herida en la piel. El *gladium* cae al piso y el general, imperturbable ante el dolor, apoya su mano sobre el marco de la tina. Lentamente, como extasiado ante aquella visión, Licino contempla las

gotas de sangre que manan de sus venas y caen sobre la superficie del agua tiñéndola de rojo. Es noche cerrada y apenas se oye el graznido de algún ave nocturna. Ahora sólo resta esperar, dejar que el piadoso Morfeo invada su cuerpo y lo conduzca hacia las moradas del sueño eterno.

V

BUENOS AIRES, 1794

Algunos días después, mientras se afanaba en quitar unos yuyos del jardín de su casa, Jorge vio venir hacia sí a un mulato cubierto con un poncho y con un pañuelo anudado a la cabeza. Al llegar hasta él se paró en seco, hizo una reverencia y dijo:

—¿Es usted don Jorge Solana?

El muchacho hizo a un lado su pequeña azada, se secó el sudor de la frente y asintió con la cabeza. Le llamaron la atención las dos enormes patillas que cruzaban el rostro del mulato. Aquel semblante le era familiar, y de pronto recordó que se trataba de un criado del profesor Viviani. Ahogó una sonrisa al advertir que ambos, amo y criado, usaban el mismo corte de patillas, un estilo algo extravagante que consistía en rasurarlas casi totalmente junto a las orejas y dejarlas crecer como penachos a la altura de la barbilla.

El mulato se aproximó unos pasos y le tendió una esquela.

—De parte del profesor —reveló.

Jorge tomó el papel ansioso, lo abrió precipitadamente y leyó:

Ven en cuanto puedas. Creo que encontré algo.
Viviani

Una leve agitación se apoderó del muchacho en ese instante. A toda prisa despachó al mulato con un: "Dile que voy enseguida", se metió en la casa a lavarse las manos, cogió al vuelo un abrigo y salió como una exhalación. Diez minutos después, jadeando y con los cabellos revueltos, llegó a casa de Viviani y sacudió la puerta con dos aldabonazos.

—¡Hombre! ¿Por qué tanta prisa? —exclamó el profesor al recibirlo—. Ni siquiera ha regresado el muchacho que envié a avisarte.

—Lo sé —respondió Jorge aún sofocado por la carrera—. Lo pasé hace dos o tres cuadras...

Viviani sonrió y lo invitó a entrar en la casa. El hogar de leños estaba encendido y la sala exudaba un calor tan abrasante que Jorge

se quitó el abrigo y la chaqueta de paño y quedó en mangas de camisa.

—¿Y bien? ¿De qué se trata? —dijo en tono casi apremiante una vez que se hubo acomodado.

El profesor dejó escapar un largo suspiro y tomó asiento en un viejo sillón de pana junto al hogar. Su expresión era algo desconcertante, y Jorge procuró descifrar algún indicio en ella, pero Viviani era un hombre de exagerada prudencia y apenas dejaba entrever alguna mueca en su rostro. Sin embargo, sus ojos se veían más vivaces que de costumbre y parecían insinuar que no había trabajado en vano. En pocas palabras, dijo mesándose las patillas, creía haber descubierto algo importante en relación a los documentos de Agustín, algo que acaso podría torcer la investigación y llevarla por buen camino. Con todo, al notar que el muchacho parecía demasiado entusiasmado ante aquella noticia, se apresuró a explicar que no debía hacerse muchas ilusiones, pues si bien era un hallazgo de cierta consideración, estaba lejos de ser la respuesta definitiva. “Supongo que es un primer paso”, observó con cierta mesura, “de aquí en más habrá que seguir buscando”. Jorge no cabía en sí de la impaciencia y miraba al profesor como un perro al que están a punto de arrojar un hueso.

—Calma, mi amigo —le aconsejó Viviani en tono cordial—. Antes que nada debo pedirte que tengas paciencia, porque la cosa es algo compleja y tendrás que seguirme con mucha atención...

El joven asintió y trató de serenarse. Bebió un licor de naranja que había traído la esposa del profesor y, ya más tranquilo, se dispuso a escuchar. Era cerca del mediodía y la enorme casona se hallaba en silencio, a excepción del trajín de ollas y cachivaches que provenía de la cocina y anunciaba la vecindad del almuerzo.

La premisa, comenzó diciendo el profesor Viviani, había sido esencialmente correcta: aquella serie de números que aparecía en el cuadernillo de don Agustín se refería, en efecto, a versículos bíblicos, pero un pequeño inconveniente los había hecho extraviar la pista.

—¿Inconveniente? ¿A qué se refiere? —preguntó Jorge.

—Bueno, como sabes, hay muchas traducciones de las Sagradas Escrituras, pero también hay un sinfín de versiones distintas.

—¿Versiones?

—Así es. Se supone que la Biblia es la palabra de Dios, inmutable y eterna, pero al parecer los hombres la han copiado a su antojo.

Luego se acomodó en su sillón, bebió un sorbo de licor y, haciendo gala de sus conocimientos de teología, explicó que las Sagradas Escrituras habían sido objeto de numerosas interpretaciones a lo largo

de los siglos. Toda vez que ocurría una controversia o algún cisma dentro de la Iglesia, el grupo sedicioso elaboraba su propia versión de la Biblia quitando o agregando versículos, modificando la interpretación canónica o suprimiendo íntegramente uno o varios de sus libros. Lutero, por ejemplo, en su versión de las Sagradas Escrituras, había eliminado pasajes y hasta libros enteros, como el segundo de los Macabeos, pues contenía pasajes sobre el purgatorio cuya existencia él negaba de raíz. De ese modo pues, no sólo existía la versión católica, sino también la protestante, la cóptica, la Peshitta, la Vulgata, la Septuaginta y muchas más. Todas ellas diferían en uno u otro aspecto.

—Y ése fue nuestro descuido —apuntó el profesor—. Hay un libro, el II Esdras, que no aparece en la versión que usamos el otro día, y de hecho tampoco figura en ninguna de las versiones actuales. Fue suprimido del canon en 1546, durante el Concilio de Trento. Pero, naturalmente, en época de Arrio aún se utilizaba.

—¿Pero qué es lo que sucede con ese libro? —lo interrumpió Jorge.

Viviani dejó su copa de licor y sin dar más largas al asunto observó:

—En el II Esdras, la serie de números de Arrio sí tiene sentido.

Jorge volvió a acalorarse y se removió en su sillón.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

Por toda respuesta Viviani se puso de pie y le indicó que lo siguiera. Treparon algunos escalones y subieron a una estrecha y oscura buhardilla en la que se acumulaban trastos diversos, un pequeño escritorio, cuadros viejos manchados de humedad y unos pocos artificios con que el profesor entretenía sus horas de ocio. Contra la pared, sobre un pequeño gabinete, había una esfera armilar, un anteojo astronómico y algunas cartas celestes. A un lado, un baúl de madera veteada, con arabescos de bronce, parecía dormir desde siglos atrás, cubierto de polvo y trabado por una cadena cerrada con un grueso candado. Viviani encendió una lámpara de aceite y, sintiendo crujir el piso de madera bajo sus pies, la aproximó al baúl. Era una pieza antigua y descolorida, y por un momento Jorge pensó en los viejos arcones en que los piratas solían ocultar sus tesoros. El profesor destrabó el candado con una pequeña llave, abrió la tapa y de entre algunos papeles y carpetones extrajo una enorme Biblia que parecía tener más de dos siglos de antigüedad.

—Es la edición Clementina —explicó el profesor quitando el polvillo de la cubierta—. Se publicó después del Concilio de Trento, pero vaya a saber por qué aún contenía el II Esdras.

El ejemplar estaba encuadernado en piel de cordero, tenía incrustaciones de oro y sus páginas contenían riquísimos grabados e ilustraciones, muchas de las cuales ya habían perdido el color a causa del tiempo. Viviani se sentó en un banquillo, apoyó la Biblia sobre el escritorio y puso a un lado la lámpara de aceite. Luego la abrió hasta dar con el II Esdras y por un momento Jorge quedó fascinado ante la visión de aquellas páginas escritas en latín, a doble columna e iluminadas por bellísimos dibujos que encabezaban cada capítulo. Un grave silencio se adueñó de la buhardilla. Apenas se escuchaba un ligero cosquilleo en la viguería, fruto quizá de la carcoma o de algún roedor que estuviese rascando la madera. Acto seguido, el profesor extrajo de su bolsillo un papel con la serie de números de Arrio y buscó los versículos correspondientes. Tras dar con ellos, leyó en voz alta:

II Esdras 11.1:	*Entonces tuve un sueño, y he aquí que salió de los mares un águila con doce alas de plumas y tres cabezas.*
II Esdras 12.11:	*El águila que viste… es el reino que apareció en la visión de tu hermano Daniel.*
II Esdras 12.12:	*Pero a él no se le explicó, y por eso la interpreto para ti.*
II Esdras 12.14:	*En lo mismo reinarán doce soberanos, uno tras otro;*
II Esdras 12.15:	*pero el segundo… estará más tiempo que cualquiera de los doce.*
II Esdras 12.16:	*Y esto es lo que significan las doce alas que viste.*

Tras oír aquello el muchacho se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia.

—No veo cómo se relaciona esto con lo nuestro —dijo.

—Pues a mí me ocurría lo mismo —admitió Viviani con una leve sonrisa—. Pero entonces comencé a atar algunos cabos. Primero me intrigó aquella “visión de tu hermano Daniel”, que aparece en el versículo 12.11. Sin duda se refiere al profeta Daniel, que es el autor del libro de ese nombre que aparece en el Antiguo Testamento. Entonces lo leí de principio a fin y me topé con este versículo:

Daniel 7.7:	*…y he aquí la cuarta bestia,*

espantosa y terrible, y en grande manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro… y era muy diferente de todas las bestias que habían sido antes de ella, y tenía diez cuernos.

Jorge escuchó aquello y, casi avergonzado, insistió en que no hallaba nada de provecho en aquel versículo.

—No te preocupes —lo consoló Viviani—. Es natural que no lo comprendas, pues fue escrito precisamente con esa intención...

—¿Quiere usted decir que ese pasaje contiene algún secreto o alguna clave?

—Algo así —reconoció el profesor.

Y luego, mientras acomodaba algunas notas dispersas, explicó que muchos de los libros del Antiguo Testamento no hacían sino reflejar veladamente el estado de opresión que vivía el pueblo de Israel. Por ejemplo, en tiempos de Daniel, era el Imperio Seléucida quien dominaba sobre aquella región, y al no poder denunciarlo abiertamente, el profeta describía aquella cruda realidad por medio de alegorías. De ese modo, la "bestia" a la que mencionaba el capítulo 7, no era sino el propio Imperio, y dado que el libro había sido compuesto en tiempos del rey Antíoco IV, esos "diez cuernos" representaban a los diez emperadores de la dinastía de Antíoco que habían gobernado hasta ese momento.

—Era una artimaña que solían emplear algunos profetas —continuó el profesor—. Ya que no podían darse el lujo de hablar o escribir libremente, recurrían a metáforas o simbolismos para transmitir sus mensajes. Si lees con cuidado verás que la Biblia está repleta de esa clase de cosas. El mismo Daniel, en el capítulo 8, habla de un "macho cabrío con dos cuernos", que en realidad representan a Media y a Persia. También menciona un "cuerno notable", que es sin duda Alejandro Magno, y otros "cuatro cuernos" que se refieren a sus sucesores.

—Muy bien —concedió Jorge intrigado—. Pero, ¿qué pasa con el II Esdras?

Viviani hizo a un lado la lámpara de aceite y apoyó los codos sobre el escritorio.

—Es clarísimo —dijo arrugando la frente—. El libro II Esdras, según se sabe, fue escrito mucho tiempo después del libro de Daniel, cuando ya el Imperio Seléucida no existía. Sin embargo, los judíos continuaban siendo tiranizados, sólo que esta vez el imperio opresor,

la nueva “bestia” que dominaba sobre Israel, eran los romanos. Y Esdras hace lo mismo que Daniel: revelar lo que está sucediendo a través de alegorías. La referencia al águila, por ejemplo, es indudable: era el ave que simbolizaba a Roma. Pero hay muchos otros indicios. El más claro de todos es, desde luego, el de las “doce alas” que menciona el versículo. El autor del II Esdras escribió a finales del siglo I, y en aquellos tiempos las doce alas eran, naturalmente, los doce emperadores romanos que habían gobernado hasta entonces —hizo un esfuerzo procurando recordar y luego observó—: Si la memoria no me traiciona fueron: Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano.

En ese momento Jorge arrugó el entrecejo y meneó la cabeza.

—Espere un momento, profesor. Sé que estoy algo flojo en Historia, pero creo que en esa lista hay un error. Todo el mundo sabe que Julio César nunca fue Emperador. Oficialmente el Imperio comenzó en tiempos de Augusto, en el año 27 antes de Cristo, y para esa fecha César ya llevaba unos cuantos años muerto. En otras palabras, en su lista sólo hay once emperadores para doce alas. La teoría falla…

Viviani clavó sus ojos en los del muchacho y, por un momento, el aire de la buhardilla pareció detenerse. La viguería del techo crujió de pronto, como si una enorme bestia se hubiese posado sobre las tejas. Y cuando ya Jorge esperaba que el profesor admitiera su fracaso, cuando parecía haber derrumbado la compleja y engorrosa explicación de Viviani, éste lo observó con una mezcla de misericordia y compasión y dijo:

—Tienes razón muchacho, para qué vamos a negarlo: tus conocimientos de Historia son espantosos...

Jorge lo miró extrañado y sin saber qué decir.

—¿Qué diablos aprendes en el Real Convictorio? —siguió Viviani, y mientras echaba un poco de tabaco en su pipa, soplando algunas briznas que habían caído sobre la mesa, agregó—: Es cierto que Julio César nunca fue Emperador, y eso aparece en cualquier manual para niños. Pero yo esperaba algo más de ti. Deberías saber que en aquella época, habida cuenta del enorme poder que tenía, César era considerado como uno más de los emperadores romanos. Incluso los historiadores y cronistas lo veían así. Suetonio, por ejemplo, en su Vidas de los doce césares, lo cuenta entre los que ostentaban ese título, y lo mismo Flavio Josefo en sus libros —hizo una pausa, encendió su pipa y observó—: Hazme caso, si quieres saber algo de Historia, deja los manuales infantiles y lee a los clásicos.

Jorge enmudeció y de repente sus mejillas se arrebolaron como dos

pimientos. Durante algunos segundos eludió la mirada del profesor y fingió abstraerse en la Biblia, mientras se prometía que, de allí en más, no abriría la boca sino cuando estuviese del todo seguro de lo que fuera a decir.

—Pero déjame seguir adelante —suplicó Viviani largando una bocanada de humo—. Otro de los versículos del II Esdras, el 12.15, afirma que el "segundo" soberano estará más tiempo que los demás, lo cual coincide perfectamente, pues Augusto reinó durante cuarenta y un años, un período que ninguno de los otros llegó a alcanzar. Por lo tanto, es indudable que el pasaje en cuestión se refiere a él.

Pero había aún más indicios, observó el profesor. Aquellas "tres cabezas" que aparecían mencionadas en el primer versículo, debían referirse a otros tres emperadores. En el capítulo 11 del II Esdras, Viviani había hallado la respuesta.

—Observa aquí —dijo señalando el libro.

Jorge leyó:

II Esdras 11.29:	*…se despertó una de las cabezas… la que estaba en el medio; pues era mayor que las otras dos cabezas.*
II Esdras 11.31:	*Y he aquí que la cabeza… se comió las dos plumas de debajo del ala que hubieran reinado.*
II Esdras 11.32:	*Pero esta cabeza… reinó sola… sobre todos los moradores de la tierra…*

—Aquí —explicó el profesor—, la cabeza del medio es inconfundiblemente la de Vespasiano, y las otras dos, de quienes se dice que eran menores, las de sus hijos Tito y Domiciano. Supongo que el autor del II Esdras, sea quien fuere, debía guardar una particular inquina frente a estos personajes. Recuerda que Vespasiano primero y Tito después, fueron los encargados de aplastar las revueltas en Israel. Y por cierto, el propio Tito fue el responsable de la destrucción del Templo de Jerusalem.

—Está bien —concedió Jorge tratando de recapitular lo que había escuchado—. Déjeme ver si comprendo: tenemos una serie de números que nos conducen a ciertos versículos bíblicos, y a través de ellos nos enteramos de la opresión que el Imperio Romano ejercía sobre el pueblo de Israel. Pero sucede que esos versículos aparecen en un texto de Arrio del siglo IV. Él era cristiano, por lo tanto, cabe suponer que su libro denunciaba la opresión de Roma sobre los seguidores de

Jesús, y que utilizaba aquellos versículos a modo de pistas, como si fuesen una clave, ya que le era imposible decirlo abiertamente.

—Exacto. Quien leyera esos versículos en la época de Arrio comprendería que, si bien se referían al pueblo judío, podían utilizarse perfectamente para describir la situación de los cristianos.

—Muy bien. ¿Pero qué sentido podría tener una denuncia semejante en pleno siglo IV? En la Europa romana ya habían abrazado el cristianismo desde el primer monarca hasta el último campesino. Y en tal caso, ¿quién prestaría atención a las palabras de Arrio?

Viviani meditó un momento y luego dijo:

—Tienes razón. Pero sospecho que Arrio tenía un as en la manga.

—¿Un as? ¿A qué se refiere?

—Al *Quinto Libro*, por supuesto. —El profesor encendió una vez más su pipa—. No sabemos nada de él, pero cabe conjeturar que se trataba de una grave acusación en contra de Roma. De ser así, las autoridades debieron apresurarse a prohibirlo y hacerlo desaparecer. Eso explica el por qué Arrio lo menciona en forma tan escueta. De hecho, quizá trató de reflejar las denuncias que contenía, pero de manera discreta y en clave, ya que semejante información ponía en riesgo su propia vida.

De pronto el semblante de Jorge adquirió un tinte sombrío.

—¿Qué sucede? —lo interrogó el profesor.

—Oh, nada. Es sólo que recordaba al doctor Azuela. Y como usted ha dicho, si su desaparición tiene algo que ver con este asunto, entonces aún hoy hay alguien que pretende ocultar todo esto.

Viviani asintió, aunque de algún modo señaló sus reservas al respecto.

—No nos aventuremos demasiado —dijo haciendo jugar la pipa entre sus dedos—. A fin de cuentas, lo del doctor Azuela puede ser una simple casualidad. Pero bueno, a otra cosa —añadió agitando una mano en el aire—. Lo importante ahora es averiguar acerca de ese *Quinto Libro*. Mientras no tengamos una idea más sólida de lo que pueda ser, no avanzaremos mucho.

Jorge permaneció abismado en sí mismo durante un momento. A decir verdad, había estado hilvanando una pequeña hipótesis, pero la juzgaba tan endeble que hasta sentía algo de recelo en darla a conocer. Ya había fracasado una vez con lo de Julio César, y no era cuestión de reincidir en esas prácticas. No obstante, recordó lo que el propio Viviani había dicho algunos días atrás sobre la necesidad de hallar un criterio con el fin de no buscar a tientas. Además, en sus clases, el viejo profesor solía enseñar que los hombres de ciencia, en ocasiones, arriesgaban teorías con el sólo propósito de orientar la

investigación, pues la mera acumulación de datos estaba tan lejos de constituir una ciencia como una pila de ladrillos distaba de ser un edificio.

—Se me ha ocurrido algo —insinuó por fin el muchacho—. Tal vez hemos supuesto apresuradamente que ese *Quinto Libro* es una obra perdida o antiquísima, cuando bien podría estar entre nosotros sin que nos diésemos cuenta, y quizá su contenido solamente sea comprensible para aquel que sepa cómo interpretarlo. Dicho de otro modo, acaso ese libro esté a la vista de todo el mundo y sólo sea cuestión de descifrar lo que dice.

—No es mala idea —admitió Viviani—. ¿Pero qué es lo que sugieres?

—Bueno —titubeó el muchacho—, tal vez sea un disparate, pero si hablamos del cristianismo y de los Evangelios, ¿por qué no pensar que ese *Quinto Libro* es aquel que ocupa el quinto lugar en el Nuevo Testamento? Ya sabe usted, me refiero al libro de los Hechos de los Apóstoles.

Viviani se rascó la nariz y un ligero brillo apareció en sus ojos.

—Pues, tampoco es mala idea —murmuró sin ocultar un cierto entusiasmo—. Es posible que leyéndolo con cierto criterio o de algún modo diferente del habitual, contenga la respuesta a lo que buscamos.

No hubo mucho más que decir. Jorge acomodó su silla junto a la del profesor, y así, codo con codo, ambos se sumergieron en el libro de los Hechos. El texto describía el modo en que vivían los primeros cristianos y comprendía desde la crucifixión de Jesús hasta el momento en que sus discípulos habían tomado contacto con la propia ciudad de Roma.

Leían en voz baja y cada tanto, cuando alguno creía tropezar con un pasaje llamativo, interrumpía la lectura y ambos comentaban sus impresiones. Era difícil obtener algo de provecho, sobre todo porque ignoraban qué buscar exactamente. Algunos versículos se prestaban a diversas interpretaciones y acaso, en poder de una cierta clave, habrían podido descifrar algún mensaje secreto. Pero después de voltear la última página ambos coincidieron en que no parecía haber nada de interés.

—No importa —dijo Viviani—. Aunque no lo creas, este pequeño tropiezo me ha dado una idea. Es algo que me anda rondando la cabeza desde hace rato. No sé si resultará, pero es posible que este fracaso haya sido necesario para abrirme los ojos.

Jorge tuvo un arrebato de impaciencia.

—¿Pero qué? ¿De qué se trata?

—Aún no, mi querido amigo —lo tranquilizó el profesor—. Tengo

que estudiar el asunto con mucho cuidado. ¿Qué te parece si nos volvemos a encontrar en un par de días?

El muchacho se salía de la vaina por conocer aquella “idea” de la que había hablado el profesor, pero al observar su expresión comprendió que era inútil insistir en ello. Viviani era demasiado prudente y discreto como para esgrimir una idea sin un mínimo de solidez. Necesitaba, él mismo lo había dicho, al menos un par de días para hacerla madurar, o desecharla si fuera el caso. De modo que el joven se esforzó por contener sus ímpetus y, no sin cierta ansiedad, respondió:

—Está bien, en dos días. Usted me avisará, ¿verdad?

—Ve tranquilo, muchacho. En cuanto tenga algo serás el primero en saberlo. Y el único, por supuesto…

Ambos descendieron la escalera de la buhardilla, se despidieron con un apretón de manos y Jorge regresó a su casa. No tenía idea de que, menos de dos días después, el enigma estaría resuelto.

ROMA, AÑO 65 D.C.

El cadáver del general Quinto Fabio Licino, hundido en su bañera y cubierto por una densa capa de agua sanguinolenta, ha provocado enorme revuelo en la casa. Uno de sus esclavos lo ha hallado en la mañana y, sin perder tiempo, ha dado aviso a las autoridades, que de inmediato han enviado una cuadrilla de hombres para recoger el cuerpo y celebrar los funerales conforme a un militar de su rango.

Toda la ciudad ha recibido la noticia con gran estupor. El suicidio del general Licino ha arrancado muestras de sorpresa y desconcierto. Hasta el propio Senado se ha visto sacudido por el infausto episodio, y durante las primeras horas de la tarde muchos legisladores han tejido especulaciones acerca de los motivos del suicidio. Como siempre, han volado rumores de toda clase, pero en el fondo nadie acierta a comprender lo sucedido. El general no era un hombre perturbado ni enfermo. Por el contrario, quienes lo conocían hablan de su temple vivaz y equilibrado. Sólo en unas pocas ocasiones, ante algún revés militar, lo han visto algo pesaroso y abatido, aunque Licino siempre ha sabido aceptar las derrotas con gran estoicismo y jamás ha dejado entrever sus flaquezas en público.

Sea como fuere, es preciso informar al Emperador de lo que ha ocurrido, y para ello el Senado ha escogido a dos de sus miembros, Cayo Fannio y Lucio Régulo. No es un encargo envidiable, pues todo el mundo sabe del tornadizo espíritu de Nerón y es imposible adivinar cuál será su reacción al enterarse de la noticia.

A última hora de la tarde, visiblemente inquietos ante el encargo, Cayo Fannio y Lucio Régulo dejan el Senado y marchan hacia el palacio imperial. Van escoltados por una pequeña guardia que vigila sus espaldas, pues en los últimos tiempos han habido algunas escaramuzas y dos o tres atentados que han puesto en alerta la seguridad de los senadores. No obstante, el breve cortejo avanza

despreocupado y sin grandes muestras de alarma: no es aquella zona de Roma un sitio de cuidado, ya que hay guardias a cada paso y apenas existe peligro alguno que pueda inquietar a los magistrados.

Atravesando fuentes de agua, esculturas, muros tapizados de hermosos bajorrelieves, los senadores Fannio y Régulo avanzan a paso lento mientras contemplan las riquísimas galas que visten a la ciudad. Roma parece desbordante, lista para una magna celebración, exhibiendo sus jardines verdes y repletos de flores, sus edificios y fachadas, sus acueductos, los enormes templos que embellecen el paisaje, y sobre todo las calles, recubiertas de un fino mármol de cantera, que dan a la metrópoli un toque señorial desde los tiempos de Augusto, quien solía jactarse de haber recibido una ciudad de ladrillos y haber dejado una de mármol.

En el palacio imperial todo es lujo y derroche. Los pasillos rebosan de pinturas, estatuas y cortinados. A cada paso relumbran adornos de oro, vasijas recamadas, trofeos de guerra y bustos de viejos emperadores. Tras sortear un revuelo de secretarios, amanuenses y esclavos de toda laya, Fannio y Régulo consiguen por fin una audiencia con el Emperador. La misma tendrá lugar en una dependencia menor del palacio. Es una sala amplia aunque demasiado austera, que en otros tiempos ha servido como biblioteca y salón de lectura al emperador Claudio. Los senadores se acomodan frente a una pequeña mesa y permanecen en silencio. Aún están algo nerviosos ante el difícil trance que les espera. Después de aguardar cerca de una hora, Nerón asoma por fin tras unos cortinados y, haciendo a un lado cualquier formalidad propia de las circunstancias, se deja caer en un sillón junto a los senadores. El Emperador es un hombre de estatura mediana, tiene el cuerpo cubierto de manchas y suele exhalar un olor desagradable. Sus cabellos rojizos, su cuello grueso, el vientre abultado y las piernas delgadas hacen de su figura algo grotesco y llamativo.

Ahora se lo ve un tanto fatigado y ojeroso. Quizás alguna cuestión de Estado lo ha mantenido en vela durante toda la noche, o tal vez se ha entregado al orgiástico placer de alguna fiesta y no ha dormido desde el día anterior. Acurrucado en su sillón, bosteza de un modo aparatoso, se frota los ojos, alisa su túnica y, por un momento, parece desembarazarse del cansancio. Luego observa a ambos senadores y se rasca la barbilla.

—Escucho —dice con cierta displicencia.

Los magistrados se miran entre sí algo aturdidos. No es un secreto para nadie que el temperamento del Emperador suele ser caprichoso y desconcertante: a veces se conduce como un ser vulgar y grosero,

otras como el más refinado aristócrata, paseándose con altivez y soltando frases, epigramas o sentencias en griego que ha aprendido de su maestro Séneca, y con las cuales gusta lucirse frente a cualquier auditorio. Hay alguna vena artística en su personalidad: en ocasiones es imposible advertir si habla seriamente o si finge estar representando una tragedia, y a raíz de ello muchos tienen la sensación de que Roma, a los ojos del Emperador, no es otra cosa más que un gigantesco anfiteatro.

Ahora, no sin cierta timidez, el senador Régulo es quien toma la palabra.

—César —dice algo abrumado—, hemos venido a darte una mala noticia. Se trata del general Quinto Fabio Licino. Esta mañana su cadáver ha sido hallado en la tina de su casa... Se ha dado muerte por sí mismo.

Nerón apenas parece inquietarse.

—Lo sé —responde con una expresión casi inmutable, y luego, como si restara toda importancia al asunto, agrega—: Yo mismo le ordené hacerlo…

Cayo Fannio y Lucio Régulo vuelven a mirarse espantados. Conocen de sobra las desmesuras del Emperador; saben que la vida y la muerte pueden ser, para él, fruto de una decisión caprichosa, y que en ocasiones su errática voluntad alcanza no sólo a delincuentes comunes, sino también a las más encumbradas personalidades de Roma. Sin embargo, ¿qué lo ha animado a tomar semejante medida respecto del general Licino?

—Debo confesarte que lo ignorábamos, señor —admite el senador Fannio, y armándose de coraje pregunta—: ¿Podemos conocer los motivos de tu decisión?

El Emperador mira sus dedos pringosos, de uñas sucias y quebradizas.

—¿Los motivos? —repite casi indignado—. Pues, llamadle ineptitud, si queréis. Algo que un general romano jamás debería permitirse.

—¿Ineptitud, César? ¿Qué clase de ineptitud?

—Muy sencillo, mi querido senador: le he dado una orden y no la ha cumplido...

Fannio y Régulo observan el semblante del Emperador y aguardan una explicación. Ignoran qué puede haber ordenado el César al general. Sin embargo, el propio Nerón se aviene a esclarecer las cosas. Echado en su sillón, bajo la temblorosa luz de una lámpara de aceite, de un modo pausado y hasta algo cansino, habla del reciente flagelo que parece estar invadiendo la ciudad. En los barrios más pobres, en

los suburbios de Roma, han comenzado a aparecer grupos rebeldes cada vez más numerosos que alborotan la ciudad y perturban la paz de los romanos. Son gentes revoltosas, ignorantes, dadas a la magia y la superstición. Dicen que su dios se ha hecho carne y les ha hablado de un reino en el cielo. No parecen ser sino otra secta judía más, pero su líder, a quien llaman Cristo o Cresto, los ha incitado a la insurrección y a desobedecer las leyes del Imperio. Ya el emperador Claudio ha advertido su presencia entre la plebe y ha mandado a echarlos de Roma, pero la medida ha resultado insuficiente y ahora se multiplican cada vez más[1].

—Son una plaga, crecen como ratas —dice Nerón haciendo aspavientos con sus manos—. Por cierto, me he enterado de que me tienen por una especie de demonio maligno, una suerte de "antidiós" o de "anticristo".

Pero él ha decidido frenar los ímpetus de aquellas gentes y para ello ha enviado al general Licino con instrucciones de someterlos, de apresar a los cabecillas y liquidar de una vez a todos los integrantes de esa nueva secta. Sin embargo, el general ha fracasado.

—No ha hecho nada —afirma Nerón—. Le di soldados y pertrechos suficientes, ¿y qué ha sucedido? No ha logrado apresar ni a uno solo de esos cristianos...

Los senadores miran al Emperador con cierta perplejidad. Comprenden que el fracaso de Licino haya disgustado al César, pero les parece una desmesura el haber ordenado su muerte por algo que, a todas luces, merece una pena menor.

—Con tu venia, señor —se excusa Fannio—, pero ¿no has sido demasiado severo al ordenarle que se diera muerte a sí mismo? No pretendo cuestionar tus decisiones, pero Roma no obliga a suicidarse a sus generales por haber perdido una batalla, y menos todavía en el caso de Licino, cuya lealtad al Imperio siempre ha sido indudable.

—¿Lealtad? —sonríe Nerón—. Veo que no estás al tanto de algunas cosas, mi querido Fannio. No le he ordenado matarse por faltar a una misión o, como tu dices, por haber perdido una batalla, sino por motivos aún más infames... Por si no lo sabes, hace tiempo he hecho seguir a Licino por algunos de mis hombres, y al parecer no era tan leal como creíamos.

—¿Qué quieres decir, César? —interviene Régulo.

—Que nuestro general, querido amigo, desde hace tiempo andaba en buenos tratos con esos cristianos. De hecho, según dice uno de los informes, había sido admitido en la secta y participaba en las ceremonias como uno más de ellos.

Fannio y Régulo no caben en sí del estupor. Desde luego, han oído

hablar de esa nueva secta que parece tan refractaria al orden romano, pero jamás habrían sospechado que un general del Imperio acabase enredado entre sus filas. Mientras tanto, Nerón se lamenta de esa verdadera peste que invade Roma y que parece ir extendiéndose por todos los rincones del Imperio. En las provincias del Oriente, en algunas ciudades griegas, en el norte de África y hasta en la propia capital, los seguidores de ese Cristo o Cresto parecen medrar en los barrios bajos y en los villorrios: el panadero, el alfarero, los esclavos, y sobre todo las mujeres, se sienten cautivados por aquel líder que, pese a haber vivido y muerto en tiempos de Tiberio, aún parece animar al vulgo en contra de Roma.

—¿Hasta dónde llegarán esas gentes? —exclama indignado el emperador—. Y dime tú, Régulo, ¿cuántos de mis generales se habrán aficionado a esa secta?

No otro ha sido el motivo para ordenar el suicidio del general Quinto Fabio Licino. Su crimen ha sido imperdonable a los ojos de Roma, casi tan grave como el de traición o el entregarse al enemigo por dinero. Sin embargo, para evitar el escándalo público, Nerón ha preferido la íntima y silenciosa vía del suicidio. No ha querido suscitar habladurías o rumores que avergüencen al Imperio; no ha hecho arrojar a Licino desde la roca Tarpeya, no ha mandado echarlo al Tíber con una piedra atada a los pies y un gancho clavado en la garganta, ni ha pretendido valerse de pócimas o venenos, formas demasiado vulgares de provocar la muerte. Semejantes métodos hubiesen revelado el verdadero crimen del general y vulnerado el prestigio del ejército. En cambio, un discreto suicidio no llamaría la atención, o al menos desviaría los verdaderos motivos. Además, por orden del Emperador, la familia del general no sufrirá castigo alguno, se erigirá un bello túmulo en su honor, sus bienes no serán confiscados y su cuerpo, al igual que en las más honrosas ceremonias fúnebres, será quemado en el Campo de Marte.

—También he ordenado que sus cenizas sean recogidas y depositadas en la hornacina de su casa —añade el Emperador.

Tras un primer sobresalto, los senadores Fannio y Régulo entienden que Nerón, después de todo, ha obrado en bien de Roma y de su pueblo. Hace tiempo que ellos mismos observan escandalizados el modo en que esos cristianos proliferan en la ciudad y agitan al populacho. Por cierto, el senador Fannio ha sufrido en carne propia algunos embates de parte de la secta: no hace mucho sus guardias han debido reprimir un tumulto a las puertas de su propia casa, ya que un grupo de cristianos ha ido a protestar frente a ella y ha acabado arrojando piedras a las ventanas. A causa de ello, Fannio ha elevado

una petición al Senado rogando que se haga algo de una vez por todas en contra de esas gentes. Él mismo ha alumbrado una idea que podría resultar, y ahora, ya que las circunstancias son adecuadas, aprovecha para exponerla ante el Emperador.

—Si me disculpas, César —advierte con cierta prudencia—, he pensado un poco en todo este asunto de los cristianos y creo que una solución militar no es la apropiada en estas circunstancias. El general Licino puede haber fracasado por sus simpatías hacia esa secta, pero por más que envíes un general tras otro no lograrás acabar con ellos.

—¿Por qué dices eso? —pregunta el Emperador.

—Nuestros generales, señor, saben mucho de batallas y conquistas, pero esto es algo diferente. No se trata de arrasar a un enemigo disperso en un campo o agazapado en la montaña. Esos cristianos viven en la ciudad, están entre nosotros, y por lo sucedido con el general Licino, tal parece que han llegado a contagiar su veneno en algunas familias importantes de la ciudad. Creo, César, que para combatirlos es necesario utilizar otros métodos.

El senador Fannio se interrumpe y observa detenidamente al Emperador. Nunca es posible adivinar las reacciones de Nerón, y mientras juguetea con su anillo de hierro, emblema de todo senador romano, implora a los dioses que el César le permita hablar y exponer su plan.

—¿Otros métodos? —repite el Emperador—. ¿A qué te refieres?

—César, de un tiempo a esta parte he estado elucubrando algo al respecto. Como tú, creo que la peste cristiana se está extendiendo demasiado, y tarde o temprano podría amenazar las bases del Imperio. Sin embargo, debemos desechar la *manu militari* en ese caso.

—¿Y qué sugieres hacer?

—Bueno, en principio es sólo una idea, pero si queremos que las gentes de esa secta no sigan propagándose, tal vez sería oportuno crearles una imagen refractaria, algo que asuste al pueblo y lo aleje de ellos.

El Emperador alza su mano y suspira desganado.

—Eso ya se ha hecho, querido Fannio —dice.

Y tras secarse el sudor de la frente explica que, desde hace tiempo, ha enviado agentes a los barrios con instrucciones de mezclarse entre el vulgo y echar a andar rumores en contra de los cristianos. Los emisarios, fingiendo conocer sus rituales secretos, han hecho correr la noticia de que los miembros de esa secta matan a sus hijos, que comen carne humana, que celebran orgías e incestos y otras muchas atrocidades que espantarían a cualquiera. No obstante, la maniobra apenas ha resultado efectiva.

—No hay caso —murmura el Emperador con un gesto de resignación—. Las ratas siguen multiplicándose…

El senador Régulo ha escuchado la breve conversación, los brazos cruzados, las cejas en arco, y parece estar ideando su propia estratagema. La ocurrencia de su colega es ingeniosa, pero como ha dicho el Emperador, no ha surtido efecto entre el vulgo y Régulo cree saber por qué. Es un hombre de gran agudeza, hijo de un liberto romano, y por tanto conoce a las gentes del pueblo y entiende sus necesidades y padecimientos.

—Si me permites, señor —dice llamando la atención del César—, creo saber por qué han fallado tus agentes. En general esos cristianos son individuos muy pobres, muchos de ellos campesinos o artesanos de baja condición, y ya sabes que esas gentes suelen ser demasiado crédulas e ingenuas. En otras palabras, necesitan desesperadamente el aferrarse a un culto y adorar a un dios. Por esa razón, no hacen caso a los rumores ni admiten siquiera que se hable mal de ese Cristo. Tus hombres podrán vociferar cuanto deseen, pero sus creencias son mucho más fuertes que cualquier rumor.

Nerón parpadea intrigado.

—¿Dices que necesitan de una religión, mi buen Régulo? —observa con alguna vivacidad en sus ojos—. Pero entonces, ¿por qué no adoran a los dioses romanos? ¿Por qué no veneran a Mitra, que posee tantos adeptos entre la plebe de Roma y tantos más entre los soldados?

—Dices la verdad, César —admite el senador—. Pero los cultos mitraicos exigen el sacrificio de un toro a sus iniciados, y como te he dicho recién, los cristianos son demasiado pobres, no poseen animales de su propiedad, y mucho menos un toro para entregar en sacrificio. Además, los mitraístas no aceptan mujeres en sus cultos. En cambio, para unirse a los seguidores de ese Cristo no se les pide nada: sólo tienen que bañarse en un río y con eso basta para ser admitidos en la secta.

Nerón se remueve entre los cojines de su asiento y parece algo inquieto. Lo dicho por Régulo suena razonable. Quizás él mismo, que proviene de una antigua familia patricia y ha vivido siempre entre el lujo y la comodidad, ignora las necesidades más apremiantes del pueblo. ¿Qué puede saber el César de lo que ocurre en los suburbios? ¿Cómo podría entender las urgencias del vulgo quien jamás ha padecido miserias ni estrecheces? Además, en materia religiosa, el propio Nerón es el menos indicado para hablar. Descree de los dioses romanos y, si en alguna época ha rendido culto a Cibeles, la diosa madre siria, algunos desengaños le han hecho perder la fe y hasta ha

llegado a orinar sobre una estatua de la misma.

Ahora el Emperador se ha puesto de pie y deambula a través del cuarto, las manos a la espalda, los ojos clavados en el piso, la barbilla hundida entre la redondez de su papada. Tal vez, murmura para sí mismo, sea el momento de emplear otra táctica para combatir a esos cristianos. Sus agentes han fracasado y la vía militar ha demostrado ser impracticable. ¿Qué hacer entonces? Parece una burla de los dioses que el imperio más poderoso del mundo, el ejército más feroz y disciplinado, sea incapaz de someter a unos cuantos revoltosos. Pero quizás el senador Régulo tenga alguna respuesta. Aproximándose al magistrado, el Emperador inclina su rostro y dice:

—¿Tienes alguna sugerencia, Régulo?

El senador se siente algo incómodo ante la mirada del César. En verdad ha estado pensando en alguna maniobra apropiada y ha conjeturado la forma de ponerla en práctica. Pero la idea no es sencilla y tal vez demande una explicación un tanto engorrosa. Peor aun, quizá Nerón acabe por juzgarla un despropósito.

—He pensado, señor —observa Régulo con la voz un tanto menguada—, que si no podemos contener a esos cristianos, si es imposible frenarlos y evitar que sigan creciendo, entonces deberemos hacerles el juego, pero a nuestro modo. Los sabios orientales hablan de aprovechar la fuerza del contrario...

—No comprendo —dice el Emperador—. ¿Qué es lo que insinúas?

—Hablo de manejar sus creencias, de modificar sus cultos de un modo tal que convenga a los fines de Roma. En otras palabras, suplantar a ese dios que tienen por otro que resulte de nuestro provecho.

—¿Quieres ofrecerles otra religión? ¿No has dicho recién que eso es inútil?

—No, César, acaso no me he explicado bien. Ellos adoran a ese Cristo, ¿verdad? Pues bien, no es cuestión de cambiarlo por otro, sino de mostrarlo diferente, alterar su mensaje, investirlo de otro carácter, dotarlo de un discurso distinto que sirva a nuestros propósitos.

Nerón se ha vuelto hacia el senador y lo observa calladamente. La idea parece algo temeraria y difícil de llevar a cabo, pero en el fondo no deja de ser ingeniosa y conviene estudiarla con cierto detenimiento. Con un golpe de sus manos el Emperador convoca a un esclavo y le ordena que llame a su secretario. Mientras tanto regresa a su asiento, cruza sus piernas y durante un rato su expresión cobra un tinte abismado. Los senadores Fannio y Régulo permanecen en silencio; no desean perturbar la concentración del César, que parece estar mascullando la idea con inquietante gravedad.

Poco después entra al cuarto un hombre ataviado con una amplia túnica amarilla que asoma bajo una toga de lana. Su nombre es Publio Seyano y oficia como secretario personal de Nerón. Es calvo, delgado y camina con nerviosa vivacidad. Las yemas de sus dedos están manchadas de tinta, pues se ocupa de la correspondencia del Emperador, de copiar los decretos oficiales y demás faenas administrativas que lo obligan a andar todo el día entre plumas y papiros. Nerón lo ha escogido por su agudeza y capacidad de trabajo, y aunque la confianza es un bien demasiado escaso en la corte, puede decirse que el secretario se ha ganado con creces la del Emperador.

Rápidamente el propio Nerón instruye a su secretario de lo hablado hasta el momento. Seyano escucha con atención, casi sin parpadear. Su mente es ágil y habituada a considerar los más ínfimos detalles. “Habrías sido un buen político”, suele decirle el Emperador, “de no ser porque eres un mejor secretario”.

Cuando Nerón termina de hablar, Seyano ha captado la idea de inmediato y sus ojos vibran de inquietud.

—Por Júpiter, César —dice con un matiz de cierta obsecuencia—. Debo reconocer que has tenido una magnífica idea.

Fannio y Régulo se miran entre sí ahogando un ligero resquemor. Al parecer, el Emperador ha decidido adjudicarse la autoría del plan, y en tal caso, más vale guardar un prudente silencio. Ambos saben que el espíritu del César es demasiado vanidoso, a tal punto que muchas veces, cuando gusta de exhibir sus dotes artísticas ante el público, no vacila en comprar a algunos esbirros para que aplaudan y vitoreen su nombre.

—Oh, sí, magnífica idea —insiste el secretario—. ¿Y ya has pensado, señor, en los detalles del asunto?

—Para eso estás aquí, Seyano —replica Nerón apoyando su mano sobre el hombro del secretario—. Haz valer tu paga y dime cómo podríamos llevar a cabo este plan.

El secretario se rasca la cabeza, respira pausadamente y medita unos instantes. En principio la idea es brillante, aunque es necesario buscar una manera de llevarla a la práctica. De hecho, se trata de manipular las creencias de la secta, tomar la figura de Cristo y mostrarla de un modo tal que sus seguidores, inducidos a creer en ella, la adopten como verdadera y olviden lo que profesaban hasta el momento. Seyano sabe que el populacho es crédulo: cientos de veces, en el Circo de Roma, ha visto cómo unas pocas monedas arrojadas a las tribunas logran tener a las gentes en un puño, conducirlas como un rebaño y persuadirlas de cualquier cosa. Pero también sabe que no es sencillo convencer a tantos miles de adeptos, sobre todo aquellos que

viven en los campos o en los confines del Imperio. ¿De qué modo llegar hasta ellos? ¿Cómo lograr que abandonen sus viejas creencias y consientan en aceptar las nuevas?

Con la mirada reconcentrada, el secretario observa sus dedos sucios de tinta, vuelve a rascarse la cabeza y de pronto dice:

—Libros, César.

—¿Libros? —repite el Emperador—. ¿Qué quieres decir con eso?

El secretario apoya sus codos sobre la mesa y explica:

—Creo, señor, que el mejor modo de propagar tu idea sería escribiendo libros que hablen de ese Cristo y lo describan según nuestra conveniencia. Luego habría que repartirlos entre el vulgo. Deben ser pequeños, sencillos, de fácil lectura —Seyano se demora un momento y luego añade—: Sin embargo, lo primero que debemos hacer es trazar la nueva imagen de ese Cristo. Si procuramos evitar que sus seguidores se conduzcan como hasta ahora, es decir, si queremos que no sean revoltosos ni protesten contra el Imperio, creo que lo más atinado sería convencerlos de que su líder era un espíritu sumiso y amante de la paz.

—Si me permites, César —interviene el senador Régulo—, está visto que esos cristianos son rebeldes y agitadores, que están descontentos con Roma y que cuestionan muchas de las medidas de gobierno. En tal caso, puede que sea conveniente no sólo hacer de ese Cristo un hombre sumiso, tal como sugiere tu secretario, sino algo mejor aun. Me refiero a mostrarlo como alguien ajeno a las cuestiones políticas, un líder meramente espiritual que jamás hable de asuntos terrenales. Dicho de otro modo, si logramos convencerlos de ello, los partidarios de esa secta ya no verán a Roma como un enemigo, ni siquiera como un poder que sojuzga sus vidas: sólo adorarán a su dios, imitarán sus enseñanzas y ellos mismos acabarán siendo indiferentes a los asuntos de gobierno.

Nerón asiente y parece regocijarse con la idea. Por cierto, convencer a los cristianos de que su líder apenas se interesa por las cosas terrenales evitaría las muchas protestas, revueltas y disturbios que suelen protagonizar. Es cierto que la ocurrencia parece algo embarazosa y difícil de llevar adelante, pero tal vez el ingenio de Seyano pueda encontrar la mejor forma de hacerlo.

Ahora el Emperador toma asiento junto al secretario y dedica una mirada complaciente al senador Régulo.

—Debo confesar que eres bastante sutil, amigo mío —admite con un movimiento de cabeza, y tras volverse hacia el secretario agrega—: Está bien. Tú, Seyano, te encargarás de todo. Busca gente de tu confianza que se mezcle entre los cristianos, que hablen con ellos y los

escuchen, que aprendan cuáles son sus hábitos y deseos. Luego haz un informe lo más completo posible, y una vez que lo tengas, procúrate algunos escribas y dedícate a componer libros que hagan de ese Cristo una figura conforme a nuestros propósitos. Más tarde veremos de hacer correr esas leyendas entre el vulgo. Si el plan resulta eficaz, la secta seguirá creciendo, pero se convertirán en los más fieles siervos de Roma...

Poco después el Emperador despacha a su secretario y a los senadores y permanece un instante solo, envuelto en sus preocupaciones, caminando de un lado a otro en aquel austero cuarto que en otros tiempos albergara los libros de Claudio. Tal vez, piensa, ciertos enemigos requieran hacer a un lado las armas y utilizar la persuasión.

1 Cayo Suetonio, una de las pocas fuentes no bíblicas que mencionan a Cristo por aquellos años, dice que Claudio "…expulsó de Roma a los judíos, que provocaban alborotos continuamente a instigación de Cresto [sic]" (Suetonio: Vidas de los doce césares, Libro V). Por su parte, tanto Suetonio, como Tácito y Plinio el Joven, coinciden en calificar al culto cristiano como una "superstición", y sólo difieren en los adjetivos al considerarla, respectivamente, maléfica, perniciosa y depravada (N. del A.).

VII

BUENOS AIRES, 1794

El sábado por la tarde, luego de una inquietante espera que lo tuvo a maltraer, Jorge recibió una nota en la que el profesor Viviani le rogaba que fuera a su casa. El hecho lo sorprendió en el escritorio de su padre, abismado entre papeles y documentos en los que el muchacho había intentado percibir alguna conexión entre la Controversia Trinitaria, el *Quinto Libro* y los versículos del II Esdras. Durante horas había estado hurgando en el Nuevo Testamento, en el cuadernillo de tapas rojas, en los más improbables anaqueles de la biblioteca de su padre, y a fin de cuentas creía haber dado con un punto del que, tal vez, la refinada mentalidad de Viviani podría sacar algún beneficio.

Dejó su casa alrededor de las cinco y un rato después, tras cruzar media ciudad, fue recibido por un criado del profesor que lo invitó a pasar. Poco después apareció Viviani y, sin demorarse en circunloquios, ambos treparon a la buhardilla. La tarde estaba más fría que de costumbre y el aire helado se colaba por toda la casa, pero el calor de la estufa de leños subía hasta el piso superior e impregnaba el recinto de una agradable calidez. Una vez acomodados frente a una mesilla, algo inquieto y no sin cierto entusiasmo juvenil, Jorge sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta y lo puso ante el profesor.

—¿Y eso? —preguntó Viviani.

El muchacho vaciló un momento antes de responder, y luego, con una ligera aunque indudable jactancia, observó:

—He estado leyendo mucho, profesor, y puede que haya encontrado algo...

Con visible entusiasmo Viviani hizo un gesto auspicioso y lo conminó a hablar.

—Adelante, muchacho, soy todo oídos.

Y entonces, mientras exhibía el papel que tenía frente a sí, Jorge explicó que había estado revisando con mucha atención el Nuevo Testamento, más precisamente el libro del Apocalipsis, y que tras releer sus capítulos una y otra vez había dado con un versículo cuyo sentido parecía guardar cierta relación con todo aquello. Extendió el

papel a Viviani y éste leyó:

Apocalipsis 7.4:	*Y oí el número de los señalados: ciento cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel.*

Entonces, no bien el profesor quitó sus ojos de la nota, Jorge se apresuró a advertir que el número ciento cuarenta y cuatro mil era el resultado de multiplicar doce por doce mil, y que en atención al constante lenguaje alegórico del libro del Apocalipsis, la presencia del número doce tal vez fuera una explícita alusión a las doce alas del águila, aquellas que según el libro II Esdras eran los doce emperadores romanos.

Viviani sonrió con un dejo de complacencia. Llevaba puesta una bata de merino anudada a la cintura y unas pantuflas de lana que le abrigaban los pies.

—Veo que has estado trabajando —admitió en un tono algo enigmático, y enseguida agregó—: Pero no debes dejarte engañar por cualquier señal. Eso que has hallado es…, cómo decirlo…, numerología barata.

Jorge frunció el ceño.

—Sí, no te extrañes —continuó Viviani—. Al parecer, la obsesión por el número doce te ha hecho ver algunos espejismos. Fíjate si no: también son doce las puertas del Muro de Jerusalem, doce los apóstoles, doce los signos del zodíaco, doce los meses del año, doce los hijos de Jacob, y si continúas leyendo las Escrituras hallarás unas cuantas cosas más relacionadas con ese número. Sin duda los antiguos tenían algo respecto de esa cifra, por no hablar de los viejos rabinos, que creían descubrir símbolos en todas partes. Fueron ellos los que inventaron la cábala, aunque en parte se la deben a los fenicios. El sistema consiste en utilizar letras del alfabeto como números. Así, pongamos por caso: a = 1, b = 2, c = 3, etcétera. De ese modo, cualquier palabra escrita en letras representa a su vez una secuencia de números. Por ejemplo, en español, la palabra ABADÍA podría escribirse como 1–2–1–4–9–1. Los antiguos rabinos aplicaban este método a las Escrituras y de esa forma creían encontrar relaciones secretas entre palabras cuyas secuencias numéricas sumaban iguales, o incluso predecir el futuro de una persona a partir del valor que sumaba su nombre escrito en números —Viviani se alisó las solapas de su bata y continuó—: Casualmente, en el libro del Apocalipsis hay un caso famoso de esta especie de numerología: en uno de los versículos

aparece la cifra 666 como el número del anticristo, y eso dio pie a generaciones de exégetas bíblicos que trataron de descubrir a quién se refería el autor del libro con ese número. Al parecer, hoy no hay dudas de que se trata de Nerón, pues el nombre Nerón César, escrito en letras hebreas a las que se ha asignado un valor preestablecido, sumaba 666. Sin embargo, la forma antigua de escribir Nerón no contenía la “n” final, por lo que el valor de sus letras daba 616. Por eso aún circulan versiones antiguas del Apocalipsis donde el número del anticristo es efectivamente 616[2].

Jorge escuchó aquella explicación y debió admitir que su teoría del número ciento cuarenta y cuatro mil había sido, una vez más, fruto de su imprudencia. No obstante, Viviani apenas prestó atención a las explicaciones del muchacho. Se había puesto de pie y, cruzado de brazos, deambulaba por la estrecha buhardilla con aires de filósofo griego, la mirada reconcentrada en el suelo de madera, la infaltable pipa en la boca y aquellas insólitas patillas que adornaban su rostro y le conferían aquel aspecto tan extravagante y que tanto embelesaba a Jorge.

—No te preocupes, muchacho —dijo de pronto, mientras recostaba su hombro contra una viga de madera—. Yo he estado viendo algunas cosas y creo haber llegado hasta el verdadero umbral de todo esto.

Jorge lo miró fijamente y contuvo la respiración. Había un gesto de rara insolencia en el rostro del profesor, como si estuviese a punto de confesar una osadía, pero el joven supo de inmediato que tras aquella expresión había algo inquietante.

—He hecho dos cosas —comenzó Viviani sentándose nuevamente —. En primer término, modifiqué ligeramente nuestro criterio original. Pero a ello le sumé algo así como una dosis de temeridad intelectual, algo que ni siquiera yo mismo entiendo cómo se me ocurrió. Y sin embargo, empecé a extraer un resultado tras otro y poco a poco el círculo fue cerrándose.

Jorge no cabía en sí de la agitación. Había tomado el papel con el versículo del Apocalipsis, lo había arrugado con todas sus fuerzas y, como si pretendiera encubrir un objeto oprobioso, lo había deslizado hacia el bolsillo interior de su chaqueta. Ahora observaba al profesor con algo de impaciencia. ¿Qué era lo que había descubierto? Por momentos, y ante la natural parsimonia de Viviani, sentía el impulso de tomarlo por las solapas y apremiarlo a hablar. Pero haciendo un esfuerzo logró contenerse y admitir la pausada cadencia de un hombre que, a fin de cuentas, lo triplicaba en edad.

—Calma, querido amigo —aconsejó Viviani advirtiendo la premura del joven—, no debes inquietarte demasiado. Lo que voy a decirte

requiere su tiempo, y será mejor que no apresures a este viejo si no quieres salir de aquí a los escobazos —se interrumpió un momento y luego dijo—: Antes de comenzar, ¿me acompañas con unos mates?

—Amargos —sentenció el muchacho.

—Por supuesto —acordó Viviani—. Endulzar el mate es propio de herejes.

Jorge asintió con una sonrisa y vio cómo el profesor Viviani, asomándose a la barandilla de la escalera, llamaba a su sobrina Julia y le rogaba que subiera una pava, una yerbera y un mate. Durante unos segundos, por entre el hueco formado por los escalones y el pasamanos, el joven logró atisbar la enrulada cabellera de la muchacha, y una vez más sintió un ligero temblor en la espalda. Pero el hechizo se rompió de inmediato al resonar la voz de Viviani.

—Debo hacer una pequeña introducción —dijo reclamando la atención de Jorge, y una vez que el muchacho distrajo sus ojos de Julia, continuó—: Para comenzar, debemos situarnos en tiempos de Jesús. Como sabes, en aquellos años toda la región de Judea vivía sometida al Imperio Romano. Sin embargo, la astucia imperial era en verdad asombrosa: de un tiempo a esa parte los romanos habían aprendido lo difícil que era gobernar sus colonias: revueltas, alzamientos, disturbios, todo ello implicaba un obstáculo para Roma, que debía lidiar con los descontentos y evitar las frecuentes rebeliones. Pero te he hablado recién de la astucia imperial: después de conquistar tantos pueblos, los romanos comprendieron que la mejor manera de gobernarlos era entregando el poder a individuos nacidos en las propias colonias, gentes que pertenecieran al lugar, aunque en el fondo obedecieran ciegamente al Imperio. Era un recurso de alta política, desde luego. Al opresor le conviene disfrazarse ante el oprimido para evitar que cualquier protesta recaiga sobre él. ¿Hasta aquí me sigues?

—Sí, por supuesto —respondió Jorge—. Roma gobernaba sobre Judea, pero ponía a hombres como Herodes a modo de títeres.

—Exacto —confirmó el profesor—. De ese modo, toda revuelta popular recaía sobre las autoridades locales, mientras el poder verdadero permanecía detrás, inmaculado. En última instancia, hombres como Herodes podían ser reemplazados por cualquier otro y las cosas seguirían igual.

En ese momento resonaron los peldaños de la escalera y poco después asomó Julia con los enseres del mate. Saludó a Jorge con indisimulada frescura, dejó la bandeja sobre la mesa y regresó escaleras abajo. El muchacho pareció arrobado ante aquella edénica visión y por un momento se distrajo de la charla.

—Ya te he dicho que tiene dieciséis años —lo amonestó Viviani al notar la embobada expresión de sus ojos.

Poco después, mientras alcanzaba el primer mate a su huésped, el profesor continuó:

—Pero ese arte que tenían los romanos no era perfecto ni mucho menos. Por más que se empeñaran en utilizar marionetas, era imposible evitar las rebeliones y el descontento en las colonias. Y cuando eso ocurre hay sólo dos maneras de combatirlo: una es a través de la fuerza, mediante el empleo de los ejércitos, y la otra es por medio de la persuasión: a veces resulta más eficaz adoctrinar al vulgo que reprimirlo por las armas. Dicho de otro modo, es preferible aquietar los ánimos antes que pasar a cuchillo a un pueblo entero. No obstante, para lograrlo se necesita de mucho ingenio y experiencia. Y creo que Roma tenía ambas cosas.

Viviani hizo una ligera pausa, se sirvió un mate y lo bebió lentamente hasta que la bombilla hizo gorgoteos.

—Pues bien —continuó diciendo—, como sabes, en la época de Nerón los cristianos empezaban a convertirse en una amenaza para el Imperio, no sólo en Israel, sino hasta en la propia Roma, pues sobre todo las gentes del campo y los suburbios se veían cautivadas por las enseñanzas de Jesús. Ahora bien, aquellos primeros cristianos debieron ser una molestia para el Imperio, pues de otro modo no se explican las muchas persecuciones y matanzas que debieron sufrir. Seguramente perturbarían el orden, rechazarían a los dioses romanos y se negarían a pagar tributos e impuestos. El emperador Claudio intentó echarlos de Roma y fracasó. Nerón también pretendió combatirlos, pero se dio cuenta de que era imposible acabar con ellos: crecían por todos lados y de la manera más insospechada. Entonces, con el fin de paliar la cuestión, ¿qué hacen las autoridades romanas?

—Recurrir a la persuasión —observó Jorge.

—Así es. Pero de un modo increíblemente astuto: contratan a tres hombres con la misión de elaborar un plan destinado a aleccionar a las masas cristianas, a domarlas en realidad, y enseñarles a someterse pacíficamente al Imperio. ¿No crees que es brillante?

Tras decir aquello Viviani miró fijamente al muchacho y sus ojos se iluminaron de entusiasmo.

—Por cierto que es brillante —concedió Jorge algo desilusionado —. Pero con eso no me dice usted nada.

—Claro, mi querido muchacho, porque aún no te he dicho el nombre de esas tres personas.

—¿A quiénes se refiere?

Tras una interminable pausa y luego de encender su pipa, Viviani

respondió:

—A Mateo, Marcos y Lucas, los autores de los tres primeros Evangelios. Son ellos los agentes que Roma contrata a su servicio…

La frase quedó en suspenso y por un momento el aire de la buhardilla pareció detenerse. El muchacho, que tenía la bombilla del mate en la boca, dio un sorbo tan repentino que estuvo a punto de escaldarse la lengua. ¿Había escuchado bien? ¿Mateo, Marcos y Lucas puestos al servicio de Roma? Demasiado aturdido aún, dejó el mate sobre la mesa, llevó un pañuelo a sus labios y tosió dos o tres veces. ¿Qué descabellada ocurrencia era aquella? Si los tres evangelistas habían actuado bajo las órdenes de Roma, entonces todo el cristianismo reposaba sobre un gigantesco engaño. Además, casi por ventura, cayó en la cuenta de que Viviani no había mencionado a Juan, el autor del cuarto Evangelio.

—Debo reconocer que me deja usted algo confundido, profesor —dijo arrugando el entrecejo—. No es una broma, ¿verdad? Y por cierto, ¿por qué no ha metido a Juan en todo esto?

—Oh, Juan. Sí, por supuesto, enseguida te diré por qué no lo incluyo. Y en cuanto a tu otra pregunta, pues no, ten por seguro que no se trata de una broma.

Viviani tomó asiento una vez más, vació su pipa y acomodó unos papeles en los que había garabateado algunas notas. Luego, respirando pausadamente y tras cebarse otro mate, explicó:

—Sí, mi buen muchacho, puede que te suene algo asombroso, pero ya verás que las piezas encajan perfectamente.

Y luego, ante la perplejidad de Jorge, cuyas pupilas vibraban como tizones, comenzó por recordar que los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas solían llamarse *sinópticos*, una expresión griega que significaba “con un solo ojo”. La palabra aludía a que esos tres Evangelios eran muy similares entre sí, no sólo en cuanto a las historias y episodios que relataban, sino también a que habían sido escritos con muy poca diferencia de tiempo uno del otro. De ahí que, en un sentido metafórico, pudieran leerse los tres con un solo ojo.

—Como tú sabes —continuó el profesor—, en la época del nacimiento de Cristo, los judíos diseminados por todo el Imperio estaban ansiosos por la llegada de un Mesías que los librara del poder romano. Y la propia Roma lo sabía perfectamente, como también sabía que los cristianos habían identificado a Jesús como el Mesías. Por eso, tal vez algún astuto funcionario del Imperio tuvo una idea genial: si es preciso combatir a los cristianos y no puede hacerse a través de las armas, ¿por qué no utilizar la persuasión y ofrecerles su tan esperado Mesías, pero invistiéndolo de un cariz pacifista y opuesto

a toda práctica revoltosa?

—¿Y allí entran Mateo, Marcos y Lucas?

—Así es. Ellos se encargan de hablar de Jesús, de contar su vida y sus milagros, pero cuidándose de mostrarlo como un Mesías que predica la sumisión, la mansedumbre y la obediencia, y sobre todas las cosas, como un líder espiritual que jamás cuestiona la autoridad romana. El resto consistió en hacer circular esas historias entre los cristianos y dejar que, poco a poco, se persuadieran de que su Mesías era un ser inofensivo, benévolo para con sus enemigos, un hombre apacible y alejado de las cuestiones terrenales, es decir, todo lo que convenía perfectamente a los fines de Roma para mantener dóciles a los cristianos y evitar las revueltas.

Jorge había escuchado todo aquello casi sin parpadear. De pronto dio en pensar que, si Viviani estaba en lo correcto, siglos de creencias se venían abajo de un plumazo. Y por cierto, aquello explicaba el por qué de tanto secreto, la razón de que Arrio procurase hablar de ello con tanta reserva, pues de seguro la Iglesia Católica, a sabiendas del engaño, habría intentado ocultarlo por todos los medios.

De repente, la fugaz imagen del doctor Azuela cruzó por su mente una vez más. ¿No habría sido él, también, una víctima de aquella trama? Quizás alguien, sabiendo que el doctor investigaba aquellos episodios, habría decidido eliminarlo antes de que descubriera el secreto. Y en tal caso, ¿no corría él mismo un peligro semejante? ¿Y no lo corría igualmente Viviani, ahora que él también se hallaba involucrado?

Jorge sintió una aguda puntada en el pecho, y estaba a punto de mencionar aquello al profesor cuando éste, algo sofocado por el calor de la buhardilla, abrió su bata de par en par y continuó diciendo:

—Quiero que me entiendas, Jorge, no estoy sugiriendo que los sinópticos *inventaran* a Jesús. Por el contrario, la idea habría sido modificar su personalidad y sus intenciones. Hasta ese momento los cristianos protagonizaban tumultos y revueltas porque el verdadero Jesús les habría inculcado el rechazo a Roma. Pero a partir de entonces, una vez que Mateo, Marcos y Lucas compusieron sus libros y pintaron a Cristo de un modo diferente, las cosas mudaron de raíz. Las siguientes generaciones de cristianos, teniendo ante sí los Evangelios sinópticos, comenzarían a pensar que su adorado Mesías era un hombre apacible, manso, indiferente al poder romano, un líder que los llamaba al sosiego y la mansedumbre. Y de ahí a terminar con las revueltas sería cuestión de tiempo.

Aquello distrajo al muchacho de sus preocupaciones y le sugirió un nuevo interrogante.

—Pero, profesor —inquirió con cierto recelo—, aún no comprendo por qué llevar a cabo semejante esfuerzo. ¿No hubiera resultado más sencillo negar la existencia de Jesús, o incluso menospreciar su condición de Mesías?

Viviani se asombró ante la pregunta.

—Lo que dices es muy razonable —admitió vaciando su pipa en un platillo de cobre—, pero en los hechos no podía funcionar. Piensa que en esa época, para los cristianos era algo indudable que Jesús había existido, predicado y muerto en la cruz. Además, sus seguidores prosperaban por todas partes y no había manera de contenerlos. Por eso, negar su existencia hubiese sido absurdo y hasta imposible. Un verdadero estratega, en tal caso, no intentaría acabar con el enemigo sino aprovechar su fuerza.

Viviani interrumpió su alocución, tomó su enorme ejemplar de la Biblia Clementina y dijo:

—Pero bueno, hasta el momento sólo te he enunciado mi hipótesis. Ahora debo enseñarte algunos ejemplos. Aquí hay uno de ellos: se trata del capítulo 5 del Evangelio de Mateo. Todo él contiene una serie de enseñanzas doctrinales que más tarde San Agustín llamó el *Sermón de la Montaña*. ¿Y qué es lo que Mateo le hace decir allí a Jesús? Pues, entre otras cosas, esto:

Mateo 5.5:	*Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la Tierra por heredad.*
Mateo 5.9:	*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.*
Mateo 5.41:	*Y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos.*
Mateo 5.44:	*Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen… orad por los que os ultrajan y persiguen.*

—¿Comprendes? —continuó el profesor—. Cada versículo hace de la mansedumbre y la sumisión una especie de dogma o de virtud. Y ahora dime: ¿qué podía ser más apropiado que esto a los fines de Roma? ¿Qué cristiano se levantaría contra el Imperio después de escuchar a su propio dios hablando de ese modo? “Orad por los que os ultrajan y persiguen”, les recomienda Jesús, es decir, orad por los

romanos. Cualquier imperio se relamería de gusto ante un pueblo así. No hay nada mejor para el lobo que la complacencia de las ovejas...

Jorge acomodó un poco sus ideas y dijo:

—Pero la doctrina de la mansedumbre, o como dice Mateo, de los *pacificadores*, en mi opinión es algo admirable y que debería aprender todo el mundo.

Viviani captó de inmediato la ingenuidad del muchacho.

—Por supuesto que sí —enfatizó mientras limpiaba la boquilla de su pipa—, pero veo que tal vez no me he explicado bien. Celebro que admires el pacifismo, pero ten en cuenta que, en ciertas circunstancias, una actitud semejante acaba por ser dañina y contraproducente. Piensa que en tiempos de Jesús, tanto los judíos como los cristianos eran cruelmente sometidos y explotados como esclavos por Roma. No tenían derechos, eran saqueados constantemente, debían pagar impuestos absurdos y casi no tenían posibilidad de que las cosas cambiaran. Convendrás conmigo que, bajo semejantes condiciones, predicar el conformismo y el pacifismo a ultranza no habría hecho sino perpetuar esa situación. No digo que los judíos y cristianos *debieran* haberse levantado en armas, pues una actitud belicosa no hubiera sido el mejor remedio, y menos aún contra un imperio tan poderoso como el romano. Pero tampoco el servilismo absoluto. Una actitud razonable hubiera sido el protestar moderadamente, cuestionar ciertas leyes, ejercer algún tipo de presión o resistencia en contra de Roma. Sin embargo, los sinópticos incitan a una total resignación. Ni por un momento alientan a los cristianos a oponerse a la autoridad, a objetar sus decisiones, a reclamar derechos o simplemente a criticar de alguna forma al Imperio. Es decir, una vez más, aconsejan todo aquello que convenía perfectamente a Roma.

Había caído la noche y afuera sonaron los campanazos de una parroquia vecina. Viviani dio luz a unas velas y de pronto el cuarto se inundó de sombras que oscilaban sobre los muros. Jorge empezaba a sentir vértigos de todo aquello. Jamás hubiera imaginado que las investigaciones de su padre lo llevarían hacia una hipótesis tan inesperada y extraña como la que acababa de escuchar. Sin embargo, por insólito que pudiese parecer, aún no había escuchado nada.

—Esto es sólo el principio —anunció Viviani—. Todavía queda mucho por hablar.

2 El nombre del Emperador en hebreo era “nrwn qsr” (Nerón-César), donde, según los valores asignados a cada letra (nun = 50; resh = 200; waw = 6; nun = 50; qoph = 100; samech = 60; resh = 200), la suma da 666. Sin embargo, la forma hebrea latinizada “nrw qsr”, arroja un resultado de 616 (N. del A.).

ROMA, AÑO 65 D.C.

El secretario Publio Seyano hace un gesto al guardia y, tras serle franqueado el paso, avanza pasillo adentro hacia el despacho del Emperador. Lo siguen tres hombres, tres escribas que el propio Seyano ha reclutado entre los más hábiles consejeros con que cuenta el Imperio. Ya el secretario los ha puesto al corriente del plan, y ahora, mientras caminan hacia el encuentro de Nerón, los tres hombres notan una amarga sensación de vértigo en la sangre. La tarea encomendada no es sencilla: convencer a buena parte del vulgo que su amado Cristo rechaza a los revoltosos y condena a quienes se levantan en contra de Roma.

En su despacho, el Emperador recibe a los cuatro hombres echado en su triclinio y mascando un trozo de cerdo. Gusta mucho de los buenos manjares, de atiborrarse con las viandas y delicias de la cocina romana, y a su lado se halla su esclavo Enodo, el catador oficial, quien prueba todos los platos y bebidas antes que el César, pues en los últimos tiempos el veneno y las conjuras han estado a la orden del día en la corte imperial.

Los cuatro hombres entran al despacho, toman asiento frente a una gran mesa de mármol y despliegan sobre ella algunos papiros y documentos. Días atrás han estado merodeando por entre los barrios bajos de Roma, allí donde los seguidores de Cristo suelen ser más numerosos, y tras familiarizarse con ellos han podido hacerse una idea cabal de sus más íntimas ilusiones y sus más urgentes necesidades. Saben que son gentes menesterosas, la mayoría desprotegidos o esclavos cuyo más apremiante anhelo es sacudirse el yugo romano, y han advertido que ese Cristo, para ellos, es el líder que ha empezado la lucha, el Mesías anunciado por los antiguos profetas del pueblo de Israel. Por cierto, el sentimiento de los fieles es muy ardoroso, casi obstinado, y muchos de ellos están dispuestos a dar su vida por Cristo,

lo cual los vuelve en extremo riesgosos para el Imperio. Seyano y los escribas han comprendido que es necesario canalizar aquella fuerza, manejarla a su voluntad y dirigirla según los propósitos de Roma.

Nerón ha acabado su banquete y ahora, mientras su ayuda de cámara, el liberto Febo, le alcanza un lienzo para limpiar los restos de comida, enjuga sus manos y su boca y dirige su atención hacia los visitantes.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Qué tienes para mí, Seyano?

El secretario se pone de pie y apoya sus puños sobre la mesa. Desde hace tiempo se permite ciertas libertades frente al Emperador, alguna postura un tanto irreverente, una frase no demasiado cuidadosa en sus formas, pues sabe que Nerón descansa en él muchas de sus responsabilidades y a raíz de ello le concede ciertas prebendas.

—Hemos trabajado mucho, César —afirma Seyano—, pero creo que al fin dimos con algo de provecho.

Y luego, mientras sus manos ennegrecidas de tinta revuelven entre los papiros, explica que él y su pequeño equipo han hallado el ropaje más propicio con el que ataviar a Cristo. Más aún, ha sido bastante sencillo, pues en lugar de tener que inventar una imagen nueva de pies a cabeza, han tomado buena parte de sus ideas a partir de los cultos mitraicos. Si la religión de Mitra se halla tan arraigada en el Imperio, observa el secretario, ¿por qué no tomar prestados algunos de sus rasgos y aplicarlos a la figura de Cristo? De ese modo será más simple el transmitir la idea a las gentes de la secta cristiana, pues muchos de ellos, pese a llamarse discípulos de Jesús, continúan practicando los ritos mitraicos con total naturalidad.

—Si me permites, señor —dice uno de los escribas llamado Fulvio—, hemos pensado en contar la vida de ese Cristo desde su nacimiento, y después de mucho discutir nos pareció apropiado el darle un perfil similar al de Mitra en algunos aspectos, sobre todo en cuanto a su venida al mundo y a ciertos hechos de su vida.

Y entonces, valiéndose de un pequeño papiro que tiene frente a sí, Fulvio enumera algunos ritos de la religión mitraica que podrían emplearse en la persona de Cristo: Mitra, según saben sus devotos desde siglos atrás, ha nacido de una virgen, en un establo rodeado de pastores y junto a tres magos venidos de tierras lejanas que han sabido del nacimiento gracias a una nueva estrella nacida en el cielo. Más adelante ha ayunado cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, ha tenido doce seguidores y con ellos, antes de morir, ha celebrado una última cena ritual, tras la cual ha abandonado este mundo y resucitado al tercer día. Pero además, insiste Fulvio, podrían aprovecharse otras muchas ceremonias que los mitraístas celebran

desde hace centurias, como por ejemplo el bautismo, el alimento sacramental, y el hecho de que en las ceremonias se reparta el pan y el vino entre los fieles, que simbolizan la carne y la sangre de Mitra.

—Todos estos ritos, César —continúa diciendo Fulvio—, son celebrados a diario por gran parte del vulgo romano. Por eso creemos que sería oportuno utilizarlos en nuestro favor, es decir, aplicarlos a la imagen que pretendemos ofrecer de Cristo. De ese modo aprovecharíamos la inercia del mitraísmo y sería más fácil de aceptar por parte de las masas. Pero además, podemos sacar provecho de otros cultos. Tú sabes que a todos esos santurrones que andan por ahí se les atribuyen milagros: devolver la vista a los ciegos, sanar a los enfermos, hacer oír a los sordos, enderezar a los tullidos...

—Lo sé, lo sé —interrumpe el Emperador—. Estamos llenos de esa clase de redentores. Pero la idea es buena, mi querido Fulvio: haced de ese Cristo una especie de salvador milagroso con poderes divinos. Al populacho le encantan esas cosas.

Nerón se revuelca entre sus almohadones y suspira algo sofocado. El vino y los manjares han acalorado un poco su obesa humanidad.

—Bien —susurra complacido—. ¿Qué más tenéis?

Otro de los escribas, de nombre Cestio, se inclina sobre la mesa y observa:

—También hemos pensado, César, en utilizar los libros de los judíos. Allí los profetas anunciaron hace tiempo la llegada de un Mesías que liberaría a su pueblo y además lo describieron con cierto detalle. Los miembros de la secta afirman que Jesús es el Mesías, y creo que, lejos de rechazar esa idea, deberíamos adueñarnos de ella y hacer que nuestro Jesús concuerde con las descripciones de los profetas. De ese modo sus seguidores creerán tener exactamente a quien esperaban.

—Eso me gusta —dice el Emperador—. Ofrecedles un Mesías entonces, y que posea todos los rasgos que anunciaron los profetas en sus libros.

El secretario Seyano acaricia su cabeza y, no sin cierta incomodidad, observa que existe un ligero inconveniente al respecto. Si bien es cierto que los profetas auguraron que el Mesías nacería en Belén, que se convertiría en príncipe de Israel, que cargaría sobre sí los pecados de los hombres y demás, también se sabe que algunos anuncios lo han pintado como un príncipe guerrero, un líder militar dispuesto a liberar a su pueblo de la opresión de los tiranos, y eso es algo que, desde luego, será preciso ocultar a los fieles.

—Es cierto, César —interviene el tercero de los escribas, llamado Plaucio—. He estudiado en detalle los libros de los judíos y, tal como

ha dicho Seyano, muchos de ellos describen al Mesías como un cabecilla guerrero. Por ejemplo, el profeta Miqueas ha dicho que el enviado "…juzgará y administrará justicia entre muchos pueblos y pondrá freno a naciones poderosas y remotas". Es evidente que se refiere a Roma, señor, y eso podría traernos alguna complicación.

El Emperador enarca las cejas y se incorpora de su triclinio.

—Dices bien, Plaucio —admite—. Hemos convenido que nuestro Cristo aborrecerá de toda rebeldía y será un hombre pacífico. Por lo tanto, cuidaos bien de ocultar su condición de guerrero.

El sol de la mediatarde se cuela por entre las ventanas y confiere un matiz ambarino a toda la sala. Nerón ordena cerrar las cortinas, pues en ocasiones la luz intensa daña sus ojos y lo obliga a parpadear repetidamente. Seyano y los escribas notan que el Emperador se halla algo soñoliento: ha comido mucho y su abultado vientre le exige una larga siesta para digerir el almuerzo. Pero se ha hecho traer un preparado de aceites y raíces y con ello logra sobrellevar la modorra.

A continuación, el secretario toma la palabra una vez más y observa que todavía quedan algunos obstáculos por subsanar.

—Por cierto, señor, hay algo que aún nos tiene en ascuas y que no hemos podido resolver.

—¿A qué te refieres, Seyano?

—El odio, César. Como sabes, todo pueblo conquistado abomina de sus conquistadores. Y por desgracia, Roma también padece de ese mismo mal. A pesar de que hemos llevado la paz y el bienestar a muchos pueblos, las gentes se oponen a nuestra potestad, nos rechazan, detestan el dominio romano. Y por cierto, los cristianos reniegan más que nadie de nuestra presencia y nuestra autoridad.

—Sé que nos odian —observa Nerón impasible—, y por eso estás aquí, mi querido Seyano, para neutralizar ese odio.

El secretario retrocede unos pasos y se acomoda detrás de la mesa. Hay un ligero sudor en su frente, pues el trato con el Emperador, aun después de tantos años y de las muchas libertades que se permite al desempeñar su cargo, sigue inquietando su espíritu como la primera vez.

—Oh, no, César —advierte casi en un murmullo—. Creo que no he logrado explicarme bien. Como tú sabes, el odio de un pueblo es algo imposible de eliminar completamente. Si me permites utilizar un símil, diría que es como el cauce de un río turbulento: nada puede contener sus aguas del todo. En nuestro caso, por más que hagamos de Cristo un pacificador y un hombre manso, siempre habrá en el vulgo una cuota de resentimiento que no podremos manejar.

Nerón asiente en silencio y se cruza de brazos. Sin duda el

secretario lleva razón en sus palabras: el rencor de un pueblo es algo tan ingobernable como las olas del mar. Puede ser contenido algún tiempo, quizás hasta aplacado en su intensidad, pero tarde o temprano estallará como una tormenta. Sin embargo, existe una posibilidad: tal como ha dicho Seyano, es imposible dominar las aguas de un río turbulento, pero en cambio su cauce puede desviarse y orientarse en otro sentido. Tal vez allí resida la solución al problema: si el odio de los cristianos hacia Roma es incontenible, entonces será preciso dirigirlo en otra dirección, dar con un chivo expiatorio, algo o alguien que se convierta en el destinatario de ese rencor. En otras palabras, será preciso dar con un culpable en cuyas espaldas recaiga el peso del odio cristiano.

A decir verdad, el propio Nerón tiene alguna experiencia en ello: no hace mucho, quizás en un arranque de locura o tal vez por el disgusto que le causaban los edificios antiguos, ha hecho quemar todo un barrio de la ciudad. Durante seis días y seis noches han ardido numerosos templos, monumentos, casas y hasta algunas mansiones pertenecientes a viejos generales del Imperio. Muchos se han indignado y protestado ante aquella muestra de barbarie. Pero el César no ha vacilado en culpar a los cristianos del incendio, es decir, ha *desviado el cauce*, y ahora son ellos a quienes el pueblo de Roma destina sus odios.

A todas luces, pues, es necesario emplear una estratagema similar a aquella. Pero el problema es ¿hacia dónde encauzar el resentimiento de los cristianos?

Nerón ha abandonado su triclinio y se ha puesto de pie. Seyano y los tres escribas observan su mirada austera y reconcentrada, pero ninguno se atreve a importunar su mutismo. Hay algo de soberbia en el andar del Emperador, y hasta un cierto histrionismo: le complace más que a nadie el sentirse observado y admirado por sus súbditos. Todos saben que, con mucha asiduidad, suele organizar fiestas en las que él mismo, tañendo la lira o cantando a viva voz, entretiene a los presentes durante noches enteras con el sólo propósito de ser elogiado y aplaudido. Pero ahora sus ojos brillan de un modo diferente, como si alguna auspiciosa idea rondara sus pensamientos. De pronto alza su cabeza, mira a los presentes y dice:

—Los judíos.

Seyano y los escribas se miran entre sí algo aturdidos.

—¿Qué sucede con los judíos, César? —pregunta el secretario.

—¡Oh, por Júpiter, mi buen Seyano! ¿Es que no lo ves? Usaremos a los judíos como chivo expiatorio. Entiendo que muchos de ellos no aceptan que ese Cristo sea el Mesías, ¿verdad?

—Así es, César —responde Cestio.

—Pues bien, entonces les echaremos la culpa a ellos de negar a Cristo, de perseguirlo y hasta de haberlo hecho matar. Debemos hacer que los cristianos vean en los otros judíos a sus enemigos, que todos sus odios se dirijan a ellos, que...

—Pero, señor —lo interrumpe Seyano ahuecando la voz—, ha sido Roma quien ha matado a Cristo. Hemos sido nosotros quienes ordenamos crucificarlo, un castigo típicamente romano, por cierto, y eso los cristianos lo saben perfectamente. Es más, veneran la cruz como uno de sus símbolos. En tal caso, parece imposible que no relacionen la muerte de Cristo con Roma.

Nerón aspira una larga bocanada de aire y parece acusar el golpe. Sin duda no ha pensado en ello. Su idea de inculpar a los judíos es ingeniosa, tal vez brillante, pero, ¿cómo evitar que los cristianos asocien al Imperio con la muerte de su líder? Uno de los puntos básicos del plan consiste en que Roma se muestre inocente de la muerte de Jesús.

—Además, César —interviene Fulvio—, hay otro punto que también resulta embarazoso: me refiero a Poncio Pilatos, aquel que era procurador de Judea por entonces. Pilatos era romano hasta la médula y fue él quien ordenó crucificar a Cristo. ¿Cómo haremos para ocultar eso?

Una vez más el Emperador parece inquieto y nuevas líneas de sudor se adivinan en su frente. Por momentos, la idea de persuadir a los cristianos parece demasiado aventurada. Se trata nada menos que de engañar a todo un pueblo, de torcer la historia anulando el pasado y recreándolo nuevamente, y para ello es necesario una gran agudeza y un método sólido y organizado.

—Hablas con razón, Fulvio —admite Nerón enjugándose el sudor del rostro—. Pilatos ordenó matar a Cristo y eso nos juega en contra. Sin embargo, se me ocurre que no debemos desechar el plan a causa de eso —y dirigiéndose al secretario, observa—: Por cierto Seyano, confío en que descubrirás una solución a este asunto.

Tras oír aquello, el secretario advierte que sus compromisos se acrecientan a cada momento. Pero, lejos de arredrarse ante aquel encargo, sus sentidos parecen agudizarse aún más. Ahora se ha aproximado a uno de los escribas y, por encima de su hombro, revuelve algunos trozos de papiro en los que ha tomado algunas notas. Allí, entre párrafos dispersos, el propio Seyano ha apuntado tres palabras: *disimular, suavizar, ocultar*. Las mismas conforman algo así como un modelo, una guía en la que debe inspirarse el plan que se está trazando, pues en toda maniobra de persuasión es imprescindible

utilizar una o más de esas tres herramientas. De pronto, el secretario detiene sus ojos en una de las palabras. Sí, tal vez allí esté la respuesta al problema: dado que se hace imposible negar la presencia romana, quizá lo mejor sea emplear una táctica más sutil.

—Sé qué hacer con Pilatos —murmura el secretario alzando los ojos hacia el Emperador.

Por un instante Nerón lo observa extrañado. Sabe de las inefables mañas del secretario y de sus artes para idear nuevas estratagemas, pero aun así lo sorprende la celeridad con que parece haber imaginado una solución.

—Adelante —dice el Emperador—. Te escucho.

Seyano toma una pluma y garabatea algunas palabras sobre un trozo de papiro. Todos procuran espiar sus dedos y advertir lo que está escribiendo, pero no son más que algunas notas desperdigadas que le servirán para auxiliar su memoria.

—He pensado, César, que si no es posible ocultar la presencia de Pilatos, entonces podríamos optar por suavizar sus rasgos...

¿Suavizar sus rasgos? El Emperador dirige su mirada a Seyano y esboza una mueca de incredulidad. La idea parece algo caprichosa y acaso inverosímil ¿De qué modo endulzar la imagen de un hombre que ha sido tan cruel y despiadado? Todo el mundo conoce de sobra los desmanes de Pilatos y el modo en que ha regido con mano de hierro a los judíos. Todos saben que, durante su gobierno, el pueblo de Judea ha visto por primera vez cómo las tropas romanas, que hasta el momento habían permanecido lejos de la ciudad, se estacionaban en la propia Jerusalem e imponían un régimen de terror entre la población.

—Celebro tu ocurrencia, mi querido Seyano —dice Nerón acariciándose el vientre. Y en un tono de sobrada ironía, agrega—: Pero quisiera ver cómo te las arreglas para hacer de Pilatos un hombre bondadoso...

El secretario contempla sus notas y parece meditar una explicación.

—Comprendo tus objeciones, César —concede amablemente—. Pero en realidad no pretendo, como tú dices, hacer de Pilatos un hombre bondadoso. Creo que eso sería exagerar las cosas, y si hay algo que debemos conservar es la moderación. Lo que yo propongo, señor, es tan sólo atenuar un poco su figura. Por supuesto, será preciso callar todas sus atrocidades, pero también se me ocurre que podríamos presentarlo como ajeno a los episodios. Por ejemplo, es indudable que ese Cristo debió ser un gran dolor de cabeza para él, y que si ordenó crucificarlo fue para evitar que siguiera perturbando el orden. Pero tal

vez podríamos insinuar que Pilatos simplemente era un funcionario, un mero espectador de los hechos, y que la aparición de Cristo no era, para él, más que una cuestión interna entre judíos en la que no convenía meter las narices... En otras palabras, César, podemos hacer que Pilatos se lave las manos ante el problema.

—No está mal —consiente el Emperador alargando su mano hacia una fuente con nueces—. Pero aún así, ¿cómo explicarás que Pilatos haya ordenado matar a Jesús?

—Diremos que lo hizo forzado por las circunstancias. Por ejemplo, que los propios judíos se lo pidieron…

El Emperador sonríe ligeramente y aprueba la idea con un movimiento de cabeza. Cada vez más confía en las ventajas del plan que ha urdido junto a sus hombres y en cómo su astuto secretario parece resolver cada obstáculo.

Pero ahora se ha hecho tarde, el sol ya cae sobre los tejados de Roma y otros muchos asuntos reclaman su presencia. Tras recoger su túnica y pellizcar algunas nueces, el César mira por última vez a Seyano y dice:

—Comenzad a escribir. Y tenedme al tanto de todo; aún falta mucho por hacer.

IX

BUENOS AIRES, 1794

Una noche fría y cerrada se había abatido sobre la ciudad. Afuera, la humedad del río había inundado el aire de una densa bruma que opacaba las calles. Los escasos faroles apenas dibujaban un tenue resplandor que iba extinguiéndose a medida que se agotaba el combustible, de modo que la ciudad entera, pasada la medianoche, se había convertido en una oscura y opresiva caverna.

En casa de Viviani, Jorge y el profesor aún continuaban encerrados en la buhardilla. Ambos estaban exhaustos y un tanto soñolientos después de tantas horas, pero las muchas intrigas y vericuetos, las inesperadas aristas que el profesor había hallado en los Evangelios sinópticos, los mantenían despiertos y en estado de gran excitación.

—¿Dice usted que eso no es todo? —preguntó el muchacho visiblemente asombrado.

—Por cierto que no —respondió el profesor—. He estado investigando bastante y, aunque no lo creas, a medida que avanzaba en la lectura de los sinópticos iba hallando cada vez más indicios.

Jorge estiró sus brazos y espabiló un poco sus músculos, pero aún así permaneció adherido a la silla, contemplando la soberbia estampa del profesor, quien por infinita vez se daba a ordenar sus papeles mientras, con su mano libre, se llevaba a la boca unos pastelitos dulces que Julia había subido antes de irse a dormir.

—¿Y bien? Lo escucho —susurró Jorge.

Viviani rogó un momento hasta que acabara de masticar y luego dijo:

—Veamos, te he dicho antes que los sinópticos procuraban mostrar a un Jesús manso y del todo acorde a las necesidades de Roma. En otras palabras, había que inventarle una imagen nueva de pies a cabeza. Pero en realidad, gran parte de eso ya estaba hecho. Como sabes, los romanos adoraban a los dioses olímpicos que habían heredado de los griegos. Pero además, había otros muchos cultos que convivían en el Imperio: estaban las numerosas sectas judías, los zoroastrianos, los cultos egipcios de Isis y Osiris, los misterios eleusinos y, sobre todo, los devotos de Mitra…

Había mencionado aquello último con una entonación diferente, como si pretendiera llamar la atención acerca de ese punto en especial, de modo que Jorge preguntó:

—¿Los devotos de Mitra? ¿Qué sucede con ellos?

—Bueno, para empezar, se trataba del culto más extendido en todo el Imperio, y tal parece que los sinópticos tomaron mucho de él para darle forma a su Jesús. Por ejemplo, la cuestión del nacimiento. Ya sabes que la concepción de un dios por medio de una virgen era un tópico reiterado en muchísimas religiones de aquella época. Vishnú, Osiris, Attis, Adonis, Zagreus y muchos más habían venido al mundo en el vientre de una virgen. Y de igual modo el propio Mitra. Según los oráculos de Histaspes, Zoroastro dice: "Escuchad, yo os revelaré el sorprendente misterio del Gran Rey que debe venir al mundo: cuando se cumplan los tiempos será concebido un niño formado completamente en el seno de una virgen sin haber tenido contacto con hombre alguno". El niño resultó ser Mitra, por supuesto, pero es obvio que los sinópticos se valieron de aquella idea y la aplicaron a Jesús. No obstante, ése no fue el único antecedente que plagiaron. ¿Sabes en qué fecha nació Mitra? Pues un 25 de diciembre, y para colmo, en un establo rodeado de pastores y campesinos. Pero hay más todavía: según los libros sagrados, Mitra fue adorado el 6 de enero por unos magos que lo visitaron tras observar una estrella en el cielo anunciando su nacimiento. Y eso tampoco es todo. En otro de sus pasajes Zoroastro dice: "Aquel que coma de mi cuerpo y beba de mi sangre, se hará uno conmigo y yo con él", mientras que el Jesús de los sinópticos, como recordarás, dice: "Aquel que coma de mi cuerpo y beba de mi sangre tendrá la vida eterna". Y si aún no te convences, fíjate en esto: poco antes de morir, Mitra celebró junto a sus doce discípulos una última cena en la que repartió pan y vino como símbolos de su carne y de su sangre, y una vez muerto, su resurrección se celebraba en las mismas fechas que nuestra Semana Santa.

Jorge se sobresaltó y, casi atragantándose con un pastelito, dijo:

—Caramba, parece demasiado para ser una coincidencia.

—Cierto. El mitraísmo y el cristianismo son tan similares que algunos teólogos han llegado a decir que la religión mitraica es una creación del diablo para imitar al cristianismo.

—En todo caso debería ser al revés, ¿verdad? —intervino Jorge—. El mitraísmo es muy anterior...

—Bastante, casi seis siglos —enfatizó Viviani, y haciendo una pausa agregó—: Pero déjame seguir adelante, pues aún tengo varios datos más. Muchos de los cultos, jerarquías, cargos y festividades del cristianismo provienen de la religión mitraica. Por ejemplo, la idea del

fin de los tiempos. Para los mitraístas se produciría luego de un Juicio Final donde todos saldrían de sus tumbas, el mal sería derrotado y el bien gobernaría eternamente, es decir, un escenario muy similar al que aparece en el libro del Apocalipsis. También los sacerdotes, por ejemplo, eran llamados “padres” en el mitraísmo, y podría agregar varias cosas más, pero a estas alturas me imagino que ya te habrás convencido, ¿no es así? Mateo, Marcos y Lucas aprovecharon gran parte de los ritos mitraicos y los acomodaron a la vida de Jesús. De esa manera se les hacía más fácil imponerlo entre el público. Imagínate que los fieles aceptarían todo aquello con gran naturalidad, pues llevaban siglos conviviendo con esas costumbres y celebrando esos mismos ritos[3].

Luego observó que, en realidad, todo el cristianismo estaba hecho de retazos de otros cultos y creencias de la época. Apenas existían ideas o rituales que no proviniesen de religiones más antiguas y que los cristianos no se hubieran adueñado para sí. Naturalmente, muchas de esas referencias ya se encontraban en el Antiguo Testamento de los judíos, de donde la liturgia cristiana había usurpado el uso de inciensos y lámparas en las ceremonias, los salmos, himnos, vestiduras, rezos, sacerdotes, mártires, autoridades eclesiásticas y muchas cosas más.

—Y está la cuestión del mesianismo —añadió Viviani—. En la necesidad de mostrar que Jesús era el Mesías, los evangelistas se valieron de todos los textos del Antiguo Testamento en donde se anunciaba su llegada y los ajustaron a la imagen de Jesús. De ese modo, tomaron las profecías de Zacarías, Isaías, Samuel y otros más y las acomodaron a sus propósitos.

—De esa manera el vulgo aceptaba la idea más fácilmente, ¿no es verdad?

—Por cierto que sí. Fíjate, cuando un cristiano lee las viejas profecías y halla tantas referencias que coinciden con Jesús, suele pensar: “Sí, indudablemente Cristo era el Mesías”. Pero la cosa es al revés: no es que Jesús contuviese todas la señales que anunciaba el Antiguo Testamento, sino que Mateo, Marcos y Lucas tomaron aquellos versículos y reconstruyeron la vida de Cristo a partir de ellos. Para darte un ejemplo, acaso el verdadero Jesús nunca haya entrado a Jerusalem montado sobre un asno, pero Isaías y Zacarías predijeron que lo haría de ese modo, y entonces, siglos después, los sinópticos tomaron la idea y la aplicaron a Jesús. Y lo mismo respecto de su nacimiento, de sus milagros, del ministerio en Galilea, del juicio, de la traición de uno de los apóstoles, etcétera. Todo ello aparece en el Antiguo Testamento y fue copiado literalmente por los evangelistas.

Pero insisto, no es que Jesús encarnara al Mesías anunciado, sino que fue descrito de modo tal que coincidiera con los anuncios.

—Creo que entiendo —observó Jorge—. Quienes se asombran de tantas coincidencias entre Jesús y las profecías, son como aquellos a quienes llama la atención que tantos personajes históricos lleven nombres de calles...

Viviani sonrió ante la comparación y, sin perder tiempo, añadió que aún había otros muchos rasgos del cristianismo que provenían de otras religiones. Allí estaban los cultos asiáticos, los devotos de Démeter y Dionisos, las prácticas egipcias, las fiestas y celebraciones populares y demás, cuyos ritos habían aprovechado los evangelistas para "vestir" a su propio Jesús, como por ejemplo el llamar a Cristo "salvador" o "curador", motes que se aplicaban a Asclepios entre los griegos, por no mencionar que Augusto, tras ser divinizado, había recibido los títulos de salvador, hijo de dios, pacificador y benefactor.

—Pero hay algo mucho más llamativo en todo esto —continuó diciendo Viviani—. Fíjate que tanto Marcos, como Mateo y Lucas jamás mencionan directamente a las autoridades romanas en sus Evangelios.

Jorge escuchó aquello y, como rumiando para sí mismo, observó:

—Tiene razón, y parece bastante extraño, ¿verdad? ¿Diría usted que intentaban ocultar su verdadero poder?

—Eso creo —reconoció Viviani extrayendo su tabaquera del bolsillo—. Hay, desde luego, algunas breves alusiones a Roma, posiblemente inevitables. Está Pilatos, por supuesto, aunque de eso hablaremos más adelante. Pero en líneas generales la presencia romana jamás aparece en toda su real dimensión.

Viviani abrió su tabaquera y cargó su pipa una vez más. Luego acercó una llama al tabaco, dio una lenta chupada y expulsó el humo haciendo graciosos arabescos en el aire. Toda la buhardilla, de pronto, quedó envuelta en el suave y dulce perfume del tabaco, mientras el semblante del profesor adquiría una expresión balsámica y desahogada. Pero, apenas hubo soltado la última bocanada de humo, su rostro mudó nuevamente y adquirió un aspecto reconcentrado y pensativo. La cuestión de la presencia romana, explicó, era algo sumamente llamativo. En primer lugar porque los Evangelios, amén de contar la vida de Jesús, describían muchos aspectos de la vida social y política de Israel, y en tal sentido era muy extraño que no mencionaran la presencia de Roma. A su entender, y en ello utilizó las palabras de Jorge, aquello era una manera de encubrir la verdadera autoridad del Imperio. Sin embargo, había una razón aún más sugestiva, algo que desnudaba enteramente el carácter

propagandístico de los sinópticos: tanto Mateo como Marcos y Lucas coincidían en que, si alguien estaba en contra de Jesús, no eran las autoridades romanas sino los propios judíos.

—Son ellos los que, según dicen los sinópticos, prenden a Jesús, insisten en condenarlo a muerte y, tal como escribe Mateo, "buscaban falso testimonio" en él. Asimismo, los sacerdotes judíos aparecen como los más feroces enemigos de Cristo. Pero ellos sólo actuaban bajo órdenes romanas; no había nada que pudieran hacer sin el consentimiento imperial. Sin embargo, Mateo, Marcos y Lucas nunca hablan de tal subordinación. Dicho de otro modo, es como si quisieran hacer recaer la culpa de todo en los judíos. Y esto no lo digo yo, sino el propio San Agustín: en *La ciudad de Dios* escribió que Jesús fue crucificado "por la crueldad e impiedad de los judíos". Es decir, si leyeras a los sinópticos con detenimiento y sin conocer otras fuentes, llegarías a la conclusión de que el principal adversario de Cristo no era Roma, sino el pueblo de Israel y los sacerdotes judíos del Templo.

Con aquella maniobra, observó el profesor, se lograba un muy bien estudiado propósito, a saber, que los cristianos derramaran todo su odio hacia los judíos y dejaran intacto el poder romano. A ello se sumaba, por supuesto, un importante efecto de discordia interna. Era un hecho que todos los imperios —y en ello Roma tenía gran experiencia—, procuraban fomentar la desunión entre sus colonias, pues un pueblo organizado y unido podía ser casi imposible de mantener dominado.

—Creo, muchacho —observó el profesor—, que los sinópticos sabían muy bien lo que hacían: al exhibir a los judíos como enemigos de Jesús, no sólo callaban la presencia romana, sino que también provocaban la rivalidad entre judíos y cristianos. Recuerda aquello que dijo Maquiavelo: *divide et impera*.

Jorge debió reconocer que Viviani estaba en lo correcto. Los sinópticos, y en especial Lucas, mostraban a los judíos como grandes villanos y enemigos acérrimos de Cristo, y sin embargo, jamás decían nada parecido respecto de los romanos. La omisión debía ser deliberada, claro está, pues como había insinuado el profesor, era casi inaudito que los tres Evangelios permaneciesen mudos sobre la presencia de Roma.

Poco después, y haciendo un ligero paréntesis, Viviani mencionó que allí se encontraba el germen del odio entre judíos y cristianos. Durante siglos los seguidores de Jesús habían acusado a los judíos de los peores crímenes y las peores calamidades: no solamente los culpaban por la muerte de Cristo, sino también de la pérdida de Jerusalem durante las Cruzadas, de provocar la famosa peste negra, y

hasta del terremoto que había sacudido a Lisboa en 1755. También observó que en la Edad Media todo el mundo los consideraba portadores de contaminación — se decía que incitaban a los leprosos a arrojar sus sarnas en las fuentes públicas para envenenar las aguas—, se los recluía en barrios aislados y se les prohibía tocar alimentos o mercancías que luego pudiesen comprar los cristianos, de tal suerte que para ir a las tiendas debían valerse de alguien que los acompañara y tomara las mercancías por ellos. Además, debían llevar marcas, vestidos o insignias que los distinguieran ante los demás, y hasta campanillas en el cuello para que todos advirtieran su presencia. Y aquello no era todo: en los primeros siglos de la era cristiana, muchos papas y teólogos habían dicho que el anticristo sería judío, pintaban al mismísimo Satanás con rasgos semitas y hasta decían que el nombre de Judas, el discípulo traidor, no era sino una deformación de la palabra "judío"[4].

—Por no hablar de la Inquisición —agregó Viviani—, que se cansó de arrestar y matar a judíos por considerarlos asesinos de Cristo — hizo una pausa y añadió—: O al menos ése era el cargo que les imputaban públicamente, pues en realidad había razones aún más sombrías.

—¿Cuáles?

—Bueno, ocurre que en muchas épocas los judíos eran dueños de grandes fortunas, y a veces, con el pretexto de acusarlos de la muerte de Jesús, los encarcelaban y les quitaban todas sus pertenencias… En fin, las barbaridades que han cometido los cristianos en contra de los judíos han sido terribles. Y quién sabe cuántos crímenes más se perpetrarán en contra de ese pueblo…

—Es irónico, ¿verdad? —lo interrumpió Jorge—. Quiero decir, el haber cometido tantos crímenes contra los judíos en nombre de un circunciso…

—Cierto —coincidió el profesor—. Y lo más curioso es que el origen de todo ese resentimiento se halle en los propios Evangelios. Es allí donde Mateo, Marcos y Lucas hacen que Jesús tilde a los judíos de "hipócritas", "serpientes" o "generación de víboras", cosas que, desde luego, nunca dice de los romanos[5].

El muchacho se mordió la lengua y pasó una mano por (Crossan, J. D.: ¿Quién mató a Jesús?) (N. del A.). sus cabellos.

—Discúlpeme, profesor —dijo—, pero hay algo que no comprendo del todo: es razonable que los sinópticos cargaran las tintas sobre los judíos, pero también podían haber hecho lo contrario, es decir, dar una imagen favorable de ellos, pues en última instancia, cualquier revuelta cristiana contra las autoridades judías hubiese acabado

perjudicando a los propios romanos.

—Ésa es una buena objeción —admitió Viviani—. Pero las cosas no son tan simples. Ten en cuenta que, en general, todo pueblo oprimido aborrece a sus opresores. En este caso, las gentes de Israel odiaban a los romanos, y un sentimiento como el odio o la venganza no pueden extirparse tal como se corta una pierna gangrenada. Mateo, Marcos y Lucas sabían que es difícil contener el rencor de un pueblo, y por eso eligieron manejarlo, canalizarlo hacia vías que dejaran incólumes a los romanos. Los seguidores de Jesús, aun estando oprimidos por Roma, apuntarían toda su hostilidad hacia las autoridades judías, que después de todo eran meros títeres que podían reemplazarse en cualquier momento. Lo esencial era mantener intacto el dominio romano. Te cito nuevamente a Maquiavelo: *qui nescit dissimulare, nescit regnare*, es decir, quien no sabe disimular, no sabe reinar.

A esas alturas Jorge empezaba a sospechar que los sinópticos, al parecer, habían considerado hasta el último detalle. Con todo, había algo que aún permanecía a oscuras y que ya Viviani había mencionado al pasar: si los romanos pretendían ocultar su poder, ¿qué hacía entonces Pilatos en medio de aquella historia? Él era el procurador de Judea, tan romano como el mismísimo Emperador, y sin embargo Mateo, Marcos y Lucas lo mostraban abiertamente en sus Evangelios.

—Si su teoría es correcta, profesor —insinuó el joven—, los sinópticos deberían haber ocultado a Pilatos.

—Oh sí, Pilatos —replicó Viviani—. Te dije antes que el prefecto de Judea merecía un párrafo aparte.

—¿Prefecto? —lo interrumpió el muchacho—. ¿Pilatos no era procurador?

—No. Todo el mundo lo llama de ese modo, pero el título de procurador lo impuso Claudio después del año 41. Antes se le llamaba prefecto y así aparece en las crónicas de la época. De todos modos, insisto, Pilatos merece un capítulo aparte. Y es que resulta muy curioso el modo en que lo describen los Evangelios. Como tú dices, en principio hubiera sido conveniente encubrir su presencia en toda la historia. Pero ya hemos dicho que ciertos hechos o detalles eran imposibles de ocultar. Y cuando eso ocurría, los sinópticos optaban por enmascarar las cosas. Si recuerdas los pasajes en que aparece Pilatos, verás que su figura está increíblemente suavizada. Lo pintan como alguien bastante ajeno a los problemas internos de Israel. De hecho, no es él quien desea condenar a Jesús, sino los judíos. Pilatos sólo se “lava las manos”, mientras quienes cometen el gran crimen son los sacerdotes del Templo.

Viviani se inclinó una vez más sobre la mesa, hizo a un lado el plato con los pastelitos y dijo:

—Fíjate, por ejemplo, la forma en que lo describe Lucas durante el juicio:

Lucas 23.4:	*Y Pilatos dijo a los principales sacerdotes y a la gente: ningún delito hallo en este hombre.*
Lucas 23.14:	*Les dijo: me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis.*

—Pero el juicio continúa adelante —siguió el profesor—, y los sacerdotes judíos insisten en acusar a Jesús. Y entonces Pilatos les contesta:

Lucas 23.22:	*Él les dijo por tercera vez: ¿pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él.*

Tras oír aquello Jorge observó:

—Quiere decir que, según Lucas, Pilatos consideraba a Jesús inocente.

—Así es. Y de hecho, ya estaba a punto de liberarlo, pero los judíos vuelven a insistir y al final ganan por cansancio. Los tres Evangelios sinópticos hablan de cómo las turbas de judíos reclaman violentamente la condena de Jesús. Y si Pilatos acaba por ordenar la crucifixión, no lo hace por su propia voluntad, sino, tal como dice Lucas:

Lucas 23.24:	*Entonces Pilatos sentenció que se hiciese lo que ellos pedían.*

—Y de nuevo Roma queda sin mancha alguna —observó Jorge.

—Claro. Pero déjame seguir adelante, pues creo que hay algo bastante más sugestivo en todo esto. La mención de Pilatos es tal vez la única referencia que los sinópticos se permiten en relación a la

autoridad romana, y como puedes ver, no podían ser más benévolos y favorables con él. Sin embargo, Pilatos era un hombre aborrecible, y en ello coinciden Filón de Alejandría, Flavio Josefo y todos los testimonios de la época. No obstante, los sinópticos no dicen una palabra de eso, sino más bien al contrario: tanto Mateo como Marcos y Lucas concuerdan al dar una imagen propicia y hasta benigna del prefecto. Por cierto, hay algunos pasajes en que Pilatos hasta da la sensación de ponerse en defensa de Jesús. Pero sin duda eso es parte de la maniobra de los sinópticos.

Luego observó que, pese a aquella imagen apacible y serena, se sabía que Pilatos había sido un hombre monstruoso, sanguinario y hasta algo díscolo, pues estaba casado con la nieta de Augusto, una mujer cuya fama de viciosa y disoluta era ampliamente conocida en todo el Imperio, y de la cual, dicho sea de paso, los sinópticos también callaban por completo. Por lo demás, el propio Pilatos había hecho profanar el Templo de Jerusalem tomando los dineros sagrados para la construcción de un acueducto, lo cual era una afrenta odiosa a ojos de los judíos. En aquella ocasión el pueblo se había sublevado, y Pilatos, enterado de la rebelión, había hecho mezclar entre la multitud a numerosos soldados que escondían garrotes y puñales. Cuando la protesta llegó a su punto más álgido, el prefecto ordenó el ataque y se produjo una horrible matanza. Pero además, Pilatos gobernaba la región con una dureza inconcebible y hasta impropia de la época. Había transformado a toda Galilea en una suerte de bastión militar, había llevado a Jerusalem varias imágenes y símbolos de la legión romana —enseñas provistas de águilas de plata y de pequeñas imágenes del Emperador—, las cuales despertaron varias sublevaciones entre la población, y para gobernar al pueblo se valía del constante auxilio de sus tropas. Tan brutalmente ejercía su puesto que, en una ocasión, hasta había sido llamado a Roma para que respondiera por sus muchas desmesuras. Y más aún, una vez finalizado su mandato, debió retornar a la capital del Imperio, donde fue juzgado y condenado a exiliarse en la Galia.

En resumidas cuentas, prosiguió Viviani, Poncio Pilatos era un gobernante odiado por el pueblo, cruel, abusivo, corrupto y despiadado, y sin embargo, Mateo, Marcos y Lucas lo mostraban como un hombre lleno de moderación, abierto, complaciente, y en ciertos momentos hasta partidario del propio Jesús. Tal era la imagen favorable que se desprendía de los Evangelios, que Tertuliano, unos pocos siglos después, hasta llegó a jugar con la idea de canonizar a Pilatos.

—De todos modos, mi querido Jorge, ya sabes cómo acabaron las

cosas —concluyó el profesor—. Los judíos insistieron una y otra vez en condenar a Jesús, y entonces, Mateo hace decir a Pilatos:

Mateo 27.24: *Viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo, allá vosotros.*

—Y los judíos otra vez son los malos de la historia —reflexionó el muchacho.

Viviani asintió con un movimiento de cabeza.

—Por supuesto. Más aún, en ciertos pasajes de los Evangelios parece como si hubiesen sido ellos mismos quienes programaron el juicio y dictaron la condena. Déjame mostrarte algo.

Viviani se levantó de su silla y se aproximó a un estrecho bargueño que descansaba contra el muro. Abrió una de las gavetas y extrajo una carpeta llena de papeles y anotaciones. Pese al cansancio y lo avanzado de la hora, sus movimientos eran prontos y ágiles, aunque de vez en cuando lo embargaba el sueño y debía ahogar un bostezo tras otro. Cuando regresó a la mesa, demoró unos instantes en ordenar sus notas y dijo:

—Pese a lo que escriben los sinópticos, es obvio que el juicio estuvo absolutamente digitado por los romanos. En estos días —añadió señalando la carpeta sobre la mesa—, he estado leyendo la *Mishná*, uno de los códigos morales y jurídicos por los que se regían los judíos. Allí se prescriben una serie de reglas muy concretas sobre los procesos judiciales que se llevaban a cabo en el Templo. Desde luego, eran reglas jurídicas, pero tenían un fuerte componente religioso, y por esa razón los sacerdotes del Templo se guardaban muy bien de cumplirlas.

Violar o transgredir la *Mishná*, continuó Viviani, era como atentar contra el propio Yahveh, y sin embargo, en el primer proceso a Jesús, aquel que se había llevado a cabo en el mismo Templo, con autoridades judías y fuera de la jurisdicción romana, los sacerdotes habían infringido muchísimas de esas reglas. Por ejemplo, habían juzgado un viernes, que por ser víspera de sábado estaba prohibido. Habían dispuesto espías para seguir y vigilar a Jesús, un recurso ilegal según la *Mishná*. Lo habían arrestado de noche, cosa igualmente vedada por sus leyes. Pero eso no era todo, pues amén de tales inobediencias, Caifás, uno de los miembros del tribunal, había

ocupado simultáneamente los cargos de fiscal y juez, lo cual tampoco estaba permitido. Y además, señaló Viviani revolviendo sus papeles, la sentencia no había sido obtenida por medio de la correspondiente votación que reclamaba el código.

—Todo esto sugiere una cosa —dijo el profesor—: si los judíos violaron sus reglas, fue porque debieron actuar bajo una fuerte presión romana. De lo contrario, jamás se hubieran atrevido a hacerlo. No obstante, de la presión romana los sinópticos no dan ni la menor noticia, sino más bien al contrario: la imagen de Roma aparece dulcificada al extremo, tanto es así que hasta la propia cruz, un símbolo de castigo y muerte, pasó a convertirse en el principal emblema de los cristianos —hizo una breve pausa y en matices de ironía agregó—: Es como si los hijos de Robespierre adoraran una imagen de la guillo tina…

Tras decir aquello, el profesor se demoró un instante y estiró sus brazos entumecidos. Ya se insinuaba una impalpable claridad a través de las ventanas, ya algún gallo cercano irrumpía en cacareos anunciando la madrugada y, sintiéndose invadido por un cansancio tenaz, el profesor acabó excusándose ante el muchacho.

—Queda mucho por hablar, Jorge —carraspeó mientras se las arreglaba para disimular otro bostezo—. Pero si he de ser sincero contigo, la verdad es que ya no puedo mantener los ojos abiertos. ¿Podrás venir mañana en la tarde, digamos a las cinco?

Jorge, quien asimismo había empezado a dar cabezadas de sueño, estuvo de acuerdo en suspender la velada hasta el día siguiente, y mientras ambos descendían por la escalera de la buhardilla, prometió que regresaría a la hora convenida.

Abandonó la casa algo aturdido, abotonándose la chaqueta y anudándose un pañuelo al cuello, mientras un sórdido amanecer se pintaba en las calles de la ciudad. Tenía la sensación de que ya nada sería como antes. Aún quedaba mucho por hablar, había dicho Viviani, y sin embargo, lo escuchado hasta el momento bastaba para inquietarlo sobremanera, para trastocar todas sus ideas en materia de fe religiosa. De ahí en más, ¿qué pensar de Jesús, de las Escrituras, de los evangelistas? Si Viviani estaba en lo cierto, ya nada quedaba sino admitir el gigantesco engaño en que reposaba el cristianismo desde su misma cuna.

Mientras cruzaba la plaza de Monserrat, Jorge sintió un extraño vértigo que lo obligó a detener sus pasos. Algo agitado, tomó asiento en un banco y permaneció allí unos instantes, procurando tranquilizarse y ordenar el caótico escenario en que se había convertido su cabeza. Pero sus propios ímpetus lo mantenían inquieto

y nervioso.

De pronto le vino a la memoria un detalle que había olvidado: el Evangelio de Juan. El profesor ya había advertido que Juan escapaba a toda aquella conjura, pero hasta el momento no había explicado las razones que lo habían llevado a semejante conclusión. Jorge sabía que, en líneas generales, el Evangelio de Juan tenía grandes diferencias respecto de los otros tres, pero debía existir algo aún más relevante, algo que había decidido a Viviani a desligarlo del plan sinóptico. Se prometió que esa misma tarde, cuando regresara a casa del profesor, intentaría desvelar aquel misterioso asunto.

Sonaron seis campanadas en una torre cercana, y Jorge, echándose aliento en las manos, emprendió la marcha hacia su casa. La cabeza aún le daba vueltas y no lograba poner algún concierto a sus ideas. Caminaba con lentitud, mirando hacia ninguna parte y acaso dejándose llevar por su propio instinto. Estaba demasiado conmocionado para advertir que, a escasa distancia, guarecidos bajo la imprecisa luz del amanecer, dos hombres seguían sus pasos.

3 Cito tres frases que resultan, por lo menos, curiosas. La primera es de Ernest Renan: “Si una enfermedad mortal hubiera detenido al cristianismo, Europa hubiera sido mitraica” (tomado de Sánchez Dragó, F.: Carta de Jesús al Papa). La segunda, en un sentido similar, pertenece a Knight y Lomas: “Si no fuera por un ligero giro del destino en los últimos años del Imperio Romano, ahora veríamos a las familias dirigiéndose a la misa del domingo con estampas de ‘Mitra te ama’ en las ventanas de sus automóviles” (Knight, C. y Lomas, R.: La clave secreta de Hiram). La tercera es de Gore Vidal: “La principal tarea de todos los concilios cristianos es tratar de dar algún sentido a todos sus robos” (Vidal, G.: Juliano el apóstata) (N. del A.).

4 San Ireneo escribía en Contra las herejías, que el anticristo provendría de entre los judíos, y afirmaba que sería de la tribu de Dan, pues la misma, según el Apocalipsis, no aparecía mencionada entre los salvados (N. del A.).

5 John Dominic Crossan, católico y especialista en temas bíblicos, ha escrito: “Los relatos de la pasión-resurrección… han sido el caldo de cultivo del antijudaísmo cristiano. Y sin ese antijudaísmo cristiano, el letal y genocida antisemitismo europeo no habría sido posible, o al menos no se habría extendido tanto”

ROMA, AÑO 65 D.C.

El secretario Seyano y sus tres colaboradores aguardan impacientes en uno de los despachos del palacio imperial. Hace ya casi dos horas que esperan a Nerón, pero hoy es día de carreras y ya saben que, después de cantar y tocar sus instrumentos musicales, nada entusiasma tanto al César como los espectáculos de cuadrigas. Ya desde temprana edad ha mostrado pasión por los caballos, y más tarde, siendo Emperador, ha llegado a ejercitarse como auriga en los jardines del Palatino. De ahí que varios días a la semana, interrumpiendo sus tareas de gobierno, concurra a su palco de honor en el Circo Máximo y desde allí, como un espectador más, presencie el rodar de las cuadrigas durante horas. Él mismo es dueño de varios caballos, animales que llegan a valer millones de sestercios, pero el César los obtiene sin gastar dinero alguno, pues Tigelino, su amigo y confidente, posee un criadero de excelentes caballos en el sur de Italia y cada tanto regala una partida al Emperador, quien los recibe y cuida con el celo de una madre. No ha llegado a las desmesuras de Calígula, quien en sus tiempos de Emperador ha hecho nombrar cónsul a su caballo Incitato y lo ha alojado en una habitación marmolada, cubierto con una manta llena de joyas y adornos. Pero sí, antes de cada carrera, Nerón ordena apostar soldados en las inmediaciones de las caballerizas con el fin de que nadie haga ruidos y desvele el sueño de sus animales.

Ahora, escoltado por su guardia de pretores, el Emperador llega al palacio y marcha hacia la habitación en que aguardan Seyano y los escribas. Al verlo entrar, el secretario y los tres hombres se sorprenden ante su figura desarrapada y sucia. La túnica del César está llena de polvo y aureolada por manchas de sudor. Sus ojos se ven desencajados, coléricos, y hay una alarmante expresión de malhumor en su rostro.

Seyano es el único que se atreve a preguntar, aunque ya conoce la

respuesta de antemano.

—¿Problemas en el Circo, César? —dice tímidamente.

—¡Es una vergüenza! —truena el Emperador; su voz se oye entrecortada y ronca, quizás ha gritado mucho en la arena el día de hoy—. ¡Esos jinetes estaban comprados! ¡Creedme que haré investigar este asunto y rodará hasta la última cabeza!

Seyano se encoge de hombros y adivina que los “verdes”, el equipo con el que simpatiza Nerón, no ha salido bien librado en las carreras. Con todo, ahoga una irónica sonrisa al advertir la indignación del César: es raro que se escandalice ante ciertos jinetes comprados, ya que él mismo, en más de una ocasión, ha corrompido jueces o amenazado a los propios aurigas rivales con tal de ver a su equipo triunfante.

Pero así como estalla de repente, la furia del Emperador suele amansarse con igual facilidad. Ahora ha hecho a un lado sus iras, ha ordenado una jarra de vino para aplacar la sed y, por fin, ha tomado asiento frente a una vasta mesa de madera en la que, sobre un largo tablero de cuero, descansan pequeñas estatuillas de marfil que remedan una carrera de cuadrigas. Nerón suele jugar con ellas como si fuese un niño. Cada una de las finísimas miniaturas —tanto caballos, como jinetes y cuadrigas—, es una obra de exquisita orfebrería, y hasta una de ellas, tallada con especial esmero, representa al propio Nerón vestido con una túnica verde y asido a las riendas de un carro.

—¿Qué novedades tienes, Seyano? —dice el Emperador mientras un criado llena su copa de vino.

El secretario mira a los escribas y, no sin cierto orgullo, dice:

—Hemos empezado a escribir, César, tal como tú lo pediste. Por ahora es sólo un bosquejo y habrá que pulirlo y darle forma, pero confiamos en que, una vez terminado, cuente con tu aprobación.

El Emperador bebe con fruición y un hilo de vino se escurre por su barbilla. Aún está algo agitado y resuella como si estuviera en el Circo.

—Bien —asiente—. ¿Y qué es lo que habéis hecho hasta ahora?

Seyano hace un gesto envolvente con sus manos y observa que cada uno de los escribas ha trabajado sobre algún punto en especial. Por ejemplo, Fulvio ha creído oportuno comenzar su libro enumerando los antepasados de Cristo.

—Así acostumbran los judíos, señor —se apresura a explicar el propio Fulvio—. Los príncipes tienen linajes que se remontan hasta sus más antiguos profetas. El primero de ellos es un tal Abraham; he rastreado toda su genealogía en los libros judíos y he hecho que nuestro Cristo descendiera de ella.

—Bien —acota el Emperador llevando un pañuelo a su boca—, eso lo hará más verosímil ante los fieles.

—En cuanto a Plaucio, César, ha aprovechado algunos ritos mitraicos —observa Seyano.

—Así es, señor —dice el escriba—. Digo en mi libro que Cristo fue bautizado, que pasó cuarenta días en el desierto y, al igual que Mitra, que comenzó a predicar y a sanar a los enfermos.

—¿Y tú, Cestio? —pregunta el Emperador.

—También he utilizado cosas del mitraísmo, César. He escrito que Cristo nació de una virgen.

Nerón se ve complacido y elogia el trabajo de sus hombres, pero en la expresión de su rostro es posible notar un leve dejo de inquietud. En el día de hoy, mientras presenciaba el espectáculo de las cuadrigas en el Circo Máximo, sus ojos han advertido un cierto descontento en las tribunas. Sabe que, en los últimos tiempos, el vulgo se ha mostrado satisfecho con las medidas de su gobierno y muchos hasta veneran su figura de príncipe de los romanos. Pero mientras todo ello sucede, mientras la plebe se entretiene y vitorea a los aurigas, la economía del Imperio se está desangrando. Algunas pestes han diezmado las cosechas de granos, los gastos son muy elevados y, en el aspecto militar, el mantener tropas en los confines del Imperio demanda enormes sumas de dinero. A raíz de ello las deudas se han ido acumulando y las riquezas son cada vez menores. Pero además, el propio Nerón ha dilapidado gran parte de las arcas romanas: en los últimos años ha hecho construir edificios y templos fastuosos, ha comprado esculturas griegas por un valor incalculable, ha gastado millones en el Circo Máximo y, por cierto, en orgías desenfrenadas en donde el lujo y el derroche adquieren ribetes de bacanal. Todo ello es, a qué negarlo, parte de su excéntrica personalidad. Alguien lo ha escuchado murmurar, en secreto, su admiración hacia Calígula por haber disipado en tan poco tiempo las riquezas del Imperio. Pero ahora es preciso reconstruir el tesoro, pues aun cuando el Circo aligere el clamor popular, muchos han empezado a notar que las arcas de Roma están a punto de vaciarse.

Desde su sitio, mientras oye hablar a los escribas, el secretario Seyano parece haber advertido que el semblante del Emperador esconde alguna íntima contrariedad.

—¿Qué ocurre, César? —pregunta intrigado.

Nerón se vuelve hacia el secretario y suspira amargamente.

—El Circo, amigo mío —suspira angustiado—. Hoy he escuchado algunas quejas y abucheos en las tribunas. Los guardias han podido controlarlo, pero si esto continúa de ese modo algún día estaremos en

serios problemas —el César contrae su rostro y se pierde en una mueca de abstracción. Luego bebe otro sorbo de vino y dice—: Sin embargo…

Las palabras quedan en suspenso y por un momento los escribas contemplan en silencio al Máximo Príncipe de Roma. Hay un leve impudor en su mirada, una extraña luminosidad que el secretario Seyano conoce de sobra: pese a sus muchas desmesuras y extravagancias, el Emperador es un hombre inteligente y posee gran agudeza para dilucidar ciertos asuntos. No en vano ha tenido los mejores maestros de Roma, aunque, si se trata de artimañas y trapacerías, nadie lo ha educado mejor que su propia madre Agripina, a quien, entre otras cosas, debe su puesto de emperador de los romanos.

Ahora el secretario lo observa, mudo, sentado en su butaca, y cree adivinar que el Emperador ha estado rumiando alguna idea para sanear la economía romana. No obstante, prefiere tantear la situación.

—¿Es que tienes algo en mente, señor? —pregunta sin quitar sus ojos del César.

Nerón toma algunas de las estatuillas de marfil y las acomoda sobre el tablero, en posición de largada, como si remedara una de las carreras del Circo.

—Ciertamente, querido Seyano —susurra mientras sus labios soplan sobre una de las estatuillas para quitarle el polvo—. He estado pensando un poco en todo ello. Las cosas se han vuelto difíciles últimamente, y creo que hay un solo remedio para sanearlas.

—¿A qué remedio te refieres, señor?

Nerón observa la estatuilla con su rostro y dice:

—Cuando un príncipe se halla en apuros de dinero, mi buen Seyano, cuando ya ha robado y saqueado a otros pueblos y las deudas del tesoro se han vuelto colosales, no queda sino una sola alternativa: aumentar los impuestos…

El secretario asiente con la cabeza y se aproxima al tablero. Sin distraerse de la conversación, Nerón ha hecho avanzar algunas de las piezas, como si estuviese disputando una carrera de verdad, y, tal como era previsible, la cuadriga que lleva la delantera es la que tiene por jinete a la propia estatuilla del emperador.

—Pues, estoy de acuerdo contigo, César —admite Seyano ante el diagnóstico del Príncipe—. Pero convendrás conmigo en que el cobro de impuestos siempre ha sido una cuestión sumamente delicada. Recuerda que Roma ya ha debido soportar algunas rebeliones por esa causa. Además, el Imperio ha crecido mucho en los últimos tiempos, sus fronteras se han ensanchado hasta los sitios más remotos, y como

tú sabes, eso dificulta bastante el cobro de tributos.

—Lo sé, mi buen Seyano, lo sé. Pero es precisamente allí donde entras tú. Como has dicho recién, nuestro sistema fiscal es bastante precario: nunca podré saber con certeza, por ejemplo, si mis recaudadores en Hispania me envían todo el dinero o se quedan con parte de él. Pero ese no es el único problema: también están aquellas gentes que se niegan a pagar...

—Te refieres a los cristianos, ¿verdad?

—Así es. Tal parece que ese Cristo los ha convencido de rechazar el pago de impuestos, y eso es algo que debemos cambiar —Nerón hace una pausa, quita algunas briznas de polvo del tablero y prosigue—: ¿No te parece, querido Seyano, que si intentamos convencerlos de que su dios es amigo de Roma, también podríamos inducirlos a pagar impuestos?

El secretario parpadea aturdido y mira a los escribas, quienes parecen haber comprendido la maniobra del Emperador. Todos saben que el tema de los impuestos siempre ha sido algo enojoso para Roma. Tiempo atrás, Calígula ha firmado un decreto aumentándolos exageradamente; más tarde el emperador Claudio, reconociendo los desmanes de su antecesor, los ha reducido en gran parte y aliviado el bolsillo de los ciudadanos, pero a consecuencia de ello las arcas del Imperio se han visto gravemente dañadas. Y por supuesto está el caso de Grecia: Nerón tiene planeado viajar pronto a la Hélade, y a raíz de la admiración que siente por ese pueblo, ha jugado con la idea de recompensarlos dándoles la libertad y la exención de impuestos. La medida, por cierto, redundará en un nuevo perjuicio a las arcas romanas, y por ello, insiste el Emperador, es preciso aguzar el ingenio y extremar las medidas fiscales.

—De eso hablo, mi buen Seyano —continúa el César; algunas muecas de fatiga se insinúan en su rostro—. Sería provechoso encontrar la forma de persuadir a esos cristianos, convencerlos de pagar sus tributos a Roma... Por el momento es sólo una ocurrencia, pero la dejo en tus manos, querido amigo.

Una vez más el secretario regresa a sus papeles, hunde la pluma en el tintero y, mientras anota la sugerencia del Emperador, su rostro parece vislumbrar alguna idea al respecto. Ahora seca la pluma y limpia sus dedos en un lienzo de cáñamo.

—Creo que tengo algo en mente, César —murmura entre labios—. Pero déjame estudiarlo un poco y hablaremos en unos días. Ahora, si me permites, hay un asunto algo espinoso que debemos resolver: me refiero a la cuestión de los zelotes...

Nerón hace a un lado sus estatuillas y se vuelve hacia el secretario.

La sola mención de los zelotes le provoca una grave inquietud. Constantemente recibe informes de Israel en los que se habla de ellos y de los muchos disturbios que causan en la región. Los zelotes forman un contingente de rebeldes, casi una facción política dentro de la sociedad judía, y desde hace tiempo su principal objetivo ha sido el quitarse de encima a las autoridades romanas. En líneas generales coinciden con la visión política de los fariseos, pero, a diferencia de aquellos, poseen una organización de tipo militar, esconden armas entre sus ropas, se ocultan en sitios clandestinos y cada tanto llevan a cabo atentados contra las autoridades. Desde hace tiempo se han convertido en una pesadilla a los ojos de Roma, y aunque las milicias del Imperio han logrado contener sus ataques y revueltas, muchos generales les temen por su audacia y sus incursiones sorpresivas.

—¿Los zelotes? —pregunta Nerón algo abrumado—. ¿Qué es lo que ocurre con ellos?

—Oh, señor, creo que tenemos un problema. Sucede que ese Cristo se rodeaba de algunos zelotes...

—¿Y qué hay con eso?

—Bueno, si pretendemos conferirle una imagen de humildad y mansedumbre, deberíamos ocultar el hecho de que había zelotes entre sus filas.

—Así es, señor —interviene Fulvio—. Si afirmáramos que esas gentes seguían a Jesús, daríamos a entender que el Mesías empleaba métodos violentos, que se aliaba con los peores enemigos de Roma, y eso echaría abajo todo nuestro plan.

El Emperador envuelve su rostro con ambas manos y dice:

—Bien, Seyano, borra a los zelotes de todo esto. Haz que no aparezcan entre los seguidores de Jesús.

El secretario mordisquea el cañón de su pluma y dice:

—No es tan sencillo, señor. Sucede que los cristianos recuerdan muy bien a los zelotes que seguían a Cristo. Hemos hablado con algunos de ellos y nos dicen que había un tal Simón, un tal Judas y posiblemente otros más. Y como tú sabes, aún sigue habiendo muchos de ellos en Israel. Por eso, sería algo aventurado el borrarlos de la historia o decir que Jesús no se juntaba con ellos. Tengo para mí que debemos emplear una estrategia diferente, pero hasta ahora no se nos ha ocurrido ninguna.

Nerón ha vuelto a manipular sus estatuillas y, mientras sus dedos juguetean con los pequeños caballos de marfil, su agobiado rostro parece ajeno al tablero. La carrera se ha vuelto encarnizada y una de las cuadrigas parece disputar la delantera a la del Emperador. Sin embargo, mientras ambas riñen por alcanzar la punta, el César parece

hundirse en sus propias cavilaciones. El planteo de Seyano lo ha dejado algo incómodo. Sin duda lleva razón en lo que dice: negar la presencia de los zelotes resultaría absurdo. Pero acaso haya una forma de subsanar el aprieto.

Tomando su propia cuadriga y aproximándola hacia la meta, el Emperador vuelve sus ojos hacia el secretario y dice:

—Creo que tengo la respuesta, Seyano.

—¡Oh, César, dímela por favor!

—Calma, amigo mío, calma tu impaciencia y dime una cosa: ¿recuerdas cuando hablamos sobre Poncio Pilatos?

—Lo recuerdo, señor.

—Dado que era imposible negar su presencia, tú mismo sugeriste moderar sus rasgos, mostrarlo como un hombre sobrio y tolerante. En otras palabras, propusiste disimular su figura y moldearla según nuestros propósitos. Pues bien, eso es justamente, mi querido secretario, lo que tendréis que hacer con los zelotes, aunque en sentido opuesto al de Pilatos. No neguéis su carácter violento y su odio hacia Roma, pero mostradlos como seres aborrecibles, traidores e indignos.

—Creo entenderte, señor, quieres decir que no ocultemos el hecho de que algunos de ellos seguían a Jesús, pero sí debemos insinuar que éste los rechazaba, que tenía problemas y discusiones con ellos, que eran hombres infames y perversos...

—Así es, mi buen Seyano —concede Nerón en medio de un bostezo—. Debéis hacer que los propios cristianos se espanten al oír sus nombres.

Tras decir aquello, el Emperador abandona sus juguetes y se pone de pie con intenciones de marcharse. En otra habitación del palacio lo aguarda una tina con agua caliente, ropas limpias y un costosísimo aceite de mirra que suele untarse en todo el cuerpo después de cada baño. Su idea respecto de los zelotes ha despertado curiosidad en los escribas y en el secretario. Sí, acaso una imagen atroz, exageradamente engañosa, logre hacer de ellos seres abyectos y detestables entre los cristianos. Pero habrá mucho que trabajar en ello. De hecho, todo el plan se vuelve cada vez más complejo y Seyano ha pensado que, tal vez, haga falta sumar un cuarto escriba a la tarea. Pero de ello se ocupará en otro momento, pues ahora, al igual que el Emperador, él y sus hombres se hallan rendidos de cansancio y necesitan dormir.

XI

BUENOS AIRES, 1794

Tras dejar la casona del profesor Viviani, Jorge caminó algunas cuadras y poco después, con los primeros rayos del sol, arribó a las puertas de su casa. Era un amanecer frío, y aunque el cielo estaba claro y ayuno de nubes, había caído una helada que escarchaba los pastos y ponía rigideces de cristal en los charcos de agua. Poco antes de cruzar la puerta, mientras empuñaba el gélido picaporte de hierro, el muchacho advirtió con el rabillo del ojo las siluetas de dos hombres que atravesaban la esquina y seguían de largo. En otras circunstancias, aquello hubiera sido un episodio trivial e intrascendente. Sin embargo, a esas horas de la mañana, cuando sólo andaban los boyeros, el carro de la leche y algún que otro vagabundo sin techo en que cobijarse, la presencia de aquellas dos figuras le despertó un cierto recelo. Entró a la casa pensando en ello, evocando el irremediable recuerdo del doctor Azuela, y no pudo evitar que un repentino estremecimiento le corriera a través del espinazo. No obstante, tras quitarse el abrigo y colgarlo sobre un perchero, resolvió hacer a un lado aquellas preocupaciones. Tal vez, murmuró para sí, no se trataba sino de personas comunes y corrientes, dos individuos que se hallaban de paso por allí, y sólo su propia imaginación, acalorada por los recientes sucesos, lo había empujado a elucubrar semejante fantasía.

Un rato después se echó a dormir a pierna suelta, y sólo despertó varias horas más tarde, cuando uno de los criados golpeó la puerta de su cuarto y anunció:

—Ya son las cuatro, señor.

Jorge abrió los ojos, se desperezó lentamente y recién entonces advirtió la profundidad con que se había entregado al sueño. Sin duda la noche anterior había sido más que fructífera, pero tantas horas despierto y en constante vigilia habían mermado su atención y agotado sus fuerzas.

Tras dejar su lecho se vistió con gran parsimonia, se dirigió a la cocina a beber una chocolatada y luego, tras saludar a su madre con cierta parquedad, abandonó la casa y marchó a encontrarse con Viviani.

En el camino recordó una vez más el Evangelio de Juan. Seguía intrigado acerca de los motivos que habían resuelto a Viviani a descartarlo de su hipótesis. ¿Por qué tan sólo Mateo, Marcos y Lucas integraban la conjura? ¿Qué ponía a Juan fuera del propósito de los sinópticos, más allá de las conocidas diferencias que existían entre su Evangelio y los de aquellos?

Jorge se prometió insistir en ello en cuanto viera al profesor. Sin embargo, restaba saber algo aún más inquietante: si Juan estaba libre de toda vinculación con los sinópticos, ¿cómo es que había llegado a integrar el canon bíblico? Aquello abría un sinnúmero de enigmas e interrogantes. Suponer que Mateo, Marcos y Lucas habían conformado un plan a las órdenes de Roma, demandaba explicar de qué modo habían logrado formar parte del Nuevo Testamento. Jorge sabía que en el siglo IV, durante los Sínodos de Roma, Hipona y Cartago, los más altos jerarcas de la Iglesia se habían reunido para aprobar o desechar los numerosos Evangelios que circulaban por entonces. Algunas crónicas afirmaban que había hasta un centenar de ellos. No obstante, tras aquellos Sínodos, la Iglesia había resuelto elegir sólo a cuatro: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Y en tal caso, admitiendo que aquellos jerarcas estuvieran al tanto del plan sinóptico, ¿por qué habían permitido la inclusión de Juan entre los libros oficiales?

Todo ello daba vueltas en su cabeza y no acertaba a explicarse los motivos. Pero sus pensamientos se interrumpieron de pronto al llegar a casa de Viviani, donde tenía lugar un pequeño ajetreo frente a la puerta de entrada. Tres hombres vestidos de librea iban de un lado para otro acarreando maletas y arcones que depositaban en un coche estacionado sobre la calle. Sin decir una palabra Jorge se coló entre el ir y venir de aquellos criados, entró a la casa y descubrió al profesor Viviani charlando animadamente con su sobrina Julia. No tardó el joven en comprender que aquellos preparativos anunciaban la partida de la muchacha hacia Córdoba, tras la breve estancia en casa de su tío. Jorge avanzó unos pasos, miró a ambos y un amargo pesar se apoderó de su espíritu al comprender que ya no vería aquellos bucles, aquella mirada tierna y acaso algo traviesa con que había soñado en los últimos días.

Al notar la expresión del muchacho, Viviani se excusó fingiendo otros asuntos y los dejó solos. Afuera, el cochero acomodaba los cofres y maletas, pasaba revista a los ejes del carro y embridaba las cabalgaduras.

Lívido y con la respiración agitada, Jorge avanzó hacia Julia y balbuceó:

—No sabía que regresabas tan pronto.

La muchacha se encogió de hombros ante lo que no era sino una frase de compromiso. Advertía la incómoda posición de Jorge, cuyas manos temblaban de inquietud, y por librarlo de aquella embarazosa situación, preguntó:

—¿Conoces Córdoba?

—No.

—Entonces ya tienes un motivo para venir a visitarme.

Por un momento Jorge pensó que un ángel había susurrado aquellas palabras en su oído. ¿Julia lo invitaba a visitarla? De pronto, en medio de una angustiante perplejidad, su imaginación se disparó hacia los bellos paisajes cordobeses, hacia aquel maravilloso edén primigenio enclavado entre las sierras del que tanto había oído hablar, y, dejando volar su fantasía, se vio paseando del brazo con Julia una soleada mañana de verano.

Estaba por decir algo, quizás otro más de sus comentarios inoportunos, cuando se oyó el grito de uno de los cocheros, quien, desde la reja de entrada, anunció que las maletas estaban cargadas y el coche listo para salir. Casi inmediatamente apareció la abuela de Julia llevando un pequeño maletín de mano, y tras cambiar un amable saludo con Jorge apremió a su nieta a abordar el vehículo. Hubo una mirada cómplice entre los dos jóvenes, una expresión hecha de sobreentendidos y hasta de cierta picardía, y poco después, mientras Viviani y su mujer acompañaban a la anciana hasta el coche, Julia se aproximó al atribulado muchacho y lo besó en la mejilla. Más aturdido aún, sintiendo un ligero ardor en su rostro, Jorge observó cómo ambas mujeres se despedían de sus parientes y trepaban a la carreta. Poco después, un fustazo del cochero sacudió el lomo de los caballos e hizo crujir los arneses del vehículo.

—Adiós —saludó Julia a través de la ventanilla.

La mano de Jorge se agitó en el aire con un movimiento breve y desolador. Quizá por primera vez notó que sus músculos se helaban, que su cuerpo tiritaba inexplicablemente, y enseguida sintió una odiosa impotencia al ver que el coche se alejaba sin remedio.

Pero apenas tuvo tiempo de pensar en ello. Cuando, un segundo después, el carruaje hubo doblado la esquina, Viviani lo tomó del brazo y le dijo:

—Ven, vamos adentro.

Pasaron a la sala de estar, el muchacho se quitó su abrigo y lo arrojó sobre un sillón. Un olor a café recién hecho inundaba toda la casa. Jorge y el profesor se dirigieron a la buhardilla sin demorarse un instante. Allí, sobre la pequeña mesilla, Viviani había dispuesto un alto rimero de papeles, dos o tres libros y su viejo ejemplar de la

Biblia.

—Bien, querido muchacho —dijo frotándose las manos—, vayamos a lo nuestro de una vez.

Durante unos pocos minutos ambos recordaron lo hablado hasta el momento y pusieron algo de orden en sus cabezas. Pero una cierta agitación parecía carcomer el espíritu de aquellos hombres. Resuelto a seguir adelante, Viviani se desembarazó de algunas notas que había borroneado, tomó otras más y, dirigiéndose al muchacho, preguntó:

—¿Recuerdas cuando hablamos del juicio a Jesús?

—Sí, por supuesto —respondió Jorge—. ¿Qué sucede con eso?

El profesor miró una vez más sus papeles y dijo:

—Bien. Quedamos en que los judíos habían violado gran parte de sus leyes al juzgar a Cristo, y que sin duda ello se debía a que actuaban presionados por Roma. Sin embargo, he estado pensando un poco y hay otra posible explicación: puede que ninguna de esas violaciones ocurriera en realidad, es sólo que Mateo, Marcos y Lucas, al ser agentes a sueldo de Roma y posiblemente ciudadanos romanos, sencillamente desconocieran aquellas reglas. Hicieron un buen trabajo al reconstruir la figura de Jesús y al hablar de las costumbres hebreas de entonces. Pero cometieron varios errores, entre ellos ignorar la *Mishná* y los muchos preceptos jurídicos con que se manejaba el pueblo de Israel.

Jorge pensó en aquello un momento y comprendió que Viviani debía estar en lo cierto. Ningún escritor familiarizado con las costumbres judías pasaría por alto semejantes detalles, lo cual probaba una vez más que los Evangelios sinópticos habían sido escritos por tres impostores. Pero aún había otra cuestión.

—Dijo usted que Mateo, Marcos y Lucas cometieron varios errores. ¿Es que hay más?

—Oh, por cierto que sí —enfatizó el profesor—. De hecho, hay un episodio que demuestra casi inexorablemente el engaño de los sinópticos.

—¿A qué se refiere?

—A los antepasados de Jesús. Como recordarás, el Evangelio de Mateo comienza con una larga lista de nombres que integran la genealogía de Cristo. Pues bien, entre ellos está Phares, cuya madre Thamar era, según el Génesis, una prostituta. También Rahab, la madre de Booz, era prostituta según aparece en el libro de Josué. Y un tercer miembro de su árbol genealógico, Salomón, había sido engendrado por David y Betsabé cometiendo adulterio. En otras palabras, los tres personajes representaban manchas de impureza en el linaje de Cristo, algo realmente inexplicable tratándose del Hijo de

Dios.

—Es cierto —admitió el muchacho—. Tal parece que nuestro Mateo descuidó esos detalles. Y ahora que lo menciona, también está el hecho de la prostitución. Tengo entendido que estaba pésimamente vista entre los judíos, ¿verdad?

—Así es. Lo cual nos lleva a la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que Mateo incluyera a dos prostitutas y a un hijo bastardo entre los antepasados de Jesús? Y la respuesta, querido amigo, es que el verdadero autor del libro de Mateo ignoraba esos detalles, y los ignoraba porque, si bien estaba familiarizado con la cultura judía, ciertas cuestiones se le escapaban. Seguramente, para trazar el árbol genealógico de Jesús, debió haber hurgado en los libros del Antiguo Testamento, pero tal parece que sin demasiada atención.

—Comprendo —observó Jorge—. Quiere decir que no sólo desconocía la *Mishná*, sino también algo elemental para cualquier judío de la época, a saber, que el Hijo de Dios jamás podría tener prostitutas entre sus antepasados.

—Dices bien —concedió el profesor—, lo cual nos lleva a la obvia conclusión de que Mateo no pertenecía a la cultura judía.

—Y es un indicio más de que tal vez era romano...

Viviani asintió quedamente, dejó sus papeles y se puso de pie. Aquella sería una jornada muy larga, anunció, y por lo tanto se ofreció a traer café y algo con que llenar el estómago. Regresó poco después, portando una bandeja de plata con dos tazones de café y unos cuantos bizcochos recién horneados. No había puesto aún la bandeja sobre la mesa cuando dijo:

—A propósito, he estado viendo otra cuestión interesante: el asunto de los impuestos.

—¿Qué sucede con los impuestos? —preguntó Jorge mientras revolvía su café.

—Bueno, como recordarás, Mateo, Marcos y Lucas narran en términos muy similares aquella célebre anécdota sobre el pago de tributos al César. Hay un momento en que un grupo de fariseos se acercan a Jesús acompañados de los funcionarios de Herodes y, en términos de gran cordialidad, le preguntan si es lícito o no pagar impuestos al César, es decir, si él cree que sus seguidores deben aceptar o negar su tributo al fisco romano. Aunque no lo parezca, el episodio es bastante complejo y seguramente crucial para toda esta historia. Hacía tiempo que los funcionarios de Herodes vigilaban a Jesús; sabían que era un líder, y por lo tanto, necesitaban conocer y sondear sus opiniones políticas con el fin de averiguar hacia dónde apuntaban. Con ese propósito, aquellos fariseos y los funcionarios de

Herodes se reunieron para indagarlo. Según escribe Mateo:

Mateo 22.16: *Le enviaron discípulos de ellos [los fariseos] con unos partidarios de Herodes y le dijeron: Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con verdad el camino de Dios y que no te dejas influenciar por nadie.*

—Es decir —continuó Viviani—, que en principio le conceden gran autoridad moral y admiten que siempre habla con la verdad. Estaban seguros de que Jesús no temía expresar sus opiniones, por más comprometedoras que fueran. Entonces, alguien del grupo le pregunta:

Mateo 22.17: *Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito pagar tributo al César o no?*

—Como podrás imaginar —continuó el profesor Viviani—, la pregunta era más que decisiva. Responder por sí o por no significaba sencillamente ponerse a favor o en contra de Roma. Por otra parte, nadie ignoraba que el verdadero Mesías sería aquel que condujera a los fieles a levantarse contra el gran imperio opresor. En tal caso, si Jesús contestaba que no, esto es, si recomendaba a sus seguidores abstenerse de tributar, aquello podía ser la mecha que encendiera el polvorín. Los fieles se negarían a pagar y hasta podrían desatar una rebelión. De hecho, ya habían sucedido algunas revueltas en la región causadas por el tema de los impuestos que Israel debía pagar a Roma. Todos, pues, aguardaban impacientes la respuesta de Cristo, incluso los funcionarios de Herodes, que estaban listos para echarle el guante. Y finalmente, ¿qué contesta Jesús? O mejor dicho, ¿qué le hace decir Mateo? Pues aquello de:

Mateo 22.21: *…pagad al César lo que es del César…*

Viviani echó dos cucharadas de azúcar en su café y dijo:

—¿Comprendes? El Jesús de Mateo se declara a favor del pago de impuestos, es decir, aconseja aquello que precisamente convenía a Roma, pues, ¿qué mejor regalo para un recaudador que la ciega complacencia de los contribuyentes?

Se hizo un breve silencio en el que apenas se oía el metálico tintinear de la cuchara con que el profesor revolvía su taza. Jorge no parecía del todo convencido. Arrugaba el entrecejo mientras, con un gesto reconcentrado, miraba las caprichosas volutas de humo que emergían de su café.

—No, espere un momento —dijo por fin—. Sé que el episodio es un tanto embarazoso y que ha dado algunos dolores de cabeza a los exégetas. Pero su interpretación, profesor, se me hace difícil de aceptar. Coincido en que la pregunta era vital, y que la opinión de Jesús podía llegar a provocar un levantamiento en contra de Roma. Pero creo que la respuesta fue más bien una argucia retórica. Posiblemente Jesús no opinara así, pero recuerde que estaba ante los funcionarios de Herodes, y si hubiese rechazado el pago de impuestos, lo más probable es que los mismos funcionarios lo denunciaran a las autoridades romanas y que éstas lo encarcelaran de inmediato.

Viviani pareció estallar en un gesto de entusiasmo.

—¡Pues claro, muchacho! —exclamó dejando su taza sobre el platillo—. ¡Lo que dices es completamente cierto! De seguro el verdadero Jesús estaba en contra del Imperio y por supuesto de pagar tributos al César. Pero recuerda que estamos considerando a los sinópticos como agentes a sueldo de Roma. En tal sentido, Mateo, Marcos y Lucas lo muestran admitiendo el pago de impuestos, y ése es el mensaje que recibieron los cristianos. No olvides algo muy importante: que eran gentes algo rústicas, y que la mayoría de ellos no se detendría en sutilezas ni se preguntaría si Jesús decía una cosa o quería decir otra. Pagad tributo al César, escribe Mateo, y eso es precisamente lo que habían de escuchar los cristianos.

Jorge pareció reflexionar un momento y luego dijo:

—Bueno, reconozco que no lo había pensado de ese modo. Y ahora que usted lo dice, puede que tenga razón. Lo que es indudable es que, con ese artilugio de los sinópticos, Roma sale ganando una vez más.

—Pues claro. Y existe un pequeño corolario a todo esto: en verdad no estoy muy seguro, pero sospecho que la doctrina de la pobreza cristiana también se desprende de aquí.

—No comprendo.

Viviani abrió su ejemplar de la Biblia y dijo:

—Me refiero a esos versículos de Mateo que dicen:

Mateo 6.19:	*No os hagáis tesoros en la Tierra.*
Mateo 6.20:…	*sino haceos tesoros en el Cielo.*

—¿Los recuerdas? —preguntó Viviani, y ante el gesto afirmativo

del muchacho, agregó—: También está el célebre pasaje de Marcos en el que desaprueba la riqueza: aquello del rico, el camello y el ojo de la aguja. Y asimismo Lucas, cuando proclama explícitamente la bienaventuranza de los pobres.

—Está bien. Pero, ¿qué sucede con ellos?

—Bueno, insisto en que no estoy muy seguro, pero en mi opinión la doctrina de la pobreza también favorecía a los intereses de Roma. Los sinópticos intentaban convencer a los cristianos de no apegarse a los bienes terrenales, pues de ese modo el cobro de impuestos se haría mucho más sencillo; quiero decir, los seguidores de Jesús no tendrían recelo alguno en despojarse de sus bienes. Además, y esto es claro como el agua, cuanta menos riqueza desee el pueblo, más quedará para sus gobernantes. Hay un punto, sin embargo, en que el Jesús de Mateo aparece reprobando a los *publicanos*, que eran precisamente los encargados del cobro de impuestos.

—Oh sí —recordó Jorge—. ¿Cómo explica eso?

El profesor se tomó unos instantes y luego dijo:

—Muy sencillo. Roma tenía una infraestructura muy precaria para el cobro de impuestos, y por tanto contrataba a ciertos individuos para hacerlo. Estos publicanos compraban un permiso que los autorizaba a recaudar y obtenían el derecho para hacerlo en alguna provincia o ciudad determinada. El problema era que, si no lograban cobrar lo suficiente, ellos mismos tenían que absorber las pérdidas. Por esa razón debían ser implacables, y supongo que no vacilarían en quitar hasta las últimas migajas a los contribuyentes. Como te imaginarás, el pueblo los odiaba por eso, y de ahí que el Jesús de Mateo los reprobase. Sin embargo, salvo en la propia Roma, los publicanos eran gentes nacidas en las colonias. En Israel eran individuos judíos los que ocupaban esa función, y cuando Mateo pone a Jesús en contra de ellos, si no me equivoco, estaría usando una vez más el ardid de provocar el odio mutuo entre cristianos y judíos. Recuerda a Maquiavelo…

Si bien el propio Viviani, tal como acababa de confesar, abrigaba algunas dudas acerca de aquella idea, Jorge se mostró bastante convencido y observó que, a esas alturas, ya no se asombraba de las refinadas maniobras con que los sinópticos habían llevado adelante su estrategia. Pero apenas acababa de digerir aquella hipótesis cuando el profesor arremetió una vez más.

—La cuestión de la pobreza es muy interesante —observó—. La Iglesia siempre ha tenido que lidiar con muchos fieles que cuestionaban la fastuosidad de los tesoros vaticanos y la vida opulenta que llevaban los cardenales y los obispos. De hecho, hubo decenas de

sectas mendicantes que pretendían un cristianismo acorde a la pobreza de Jesús, y todas ellas fueron aniquiladas por la Iglesia. Todas ellas salvo una: los franciscanos...

—Oh sí —exclamó el muchacho—. Siempre me he preguntado por qué la Iglesia los toleraría, ya que Francisco y sus seguidores aborrecían las riquezas del clero.

—Así es, y la respuesta hay que buscarla en el Papa Inocencio III. Como sabes, Inocencio fue aquel famoso y grandilocuente Papa que recibió a Francisco en Roma a comienzos del siglo XIII. Era un pontífice cruel, poderoso y genocida, pero es innegable que tenía un gran talento político. Francisco —prosiguió Viviani— era un joven perteneciente a una familia adinerada y de excelente posición. Pero cierta vez, invadido por un raro delirio místico, eligió convertirse en un ser humilde e indigente que, entre otras cosas, se entristecía profundamente al observar todo el lujo del que vivían rodeados el Papa y los cardenales. Frente a Inocencio, y con palabras acongojadas, el joven de Asís había confesado su aversión ante aquella suntuosidad, y en algún momento sus palabras llegaron a inquietar seriamente a muchos cardenales. Pero el astuto Papa no lo rechazó ni lo contradijo en absoluto. Más aún, simuló alabar su modestia y su humildad, lo instó a que predicase la doctrina de la pobreza en todo el mundo cristiano y hasta aprobó la fundación de la Orden franciscana.

—Entiendo —lo interrumpió Jorge—. Era otra forma de sembrar aquella idea entre los fieles, mientras la Iglesia seguía acumulando tesoros. Pero en tal caso, ¿por qué sólo la Orden franciscana? Quiero decir, si había tantas sectas que alababan la pobreza, ¿qué razones tuvo Inocencio para autorizar únicamente a los franciscanos y rechazar al resto?

Viviani se frotó las manos para darse calor.

—He ahí el meollo del asunto —dijo—. Como te he dicho recién, Inocencio era un político muy hábil, y desde un principio advirtió que Francisco, con todo su rechazo a la fastuosidad, la riqueza y la corrupción que reinaba entre el clero, jamás cuestionaba el orden social y jerárquico de la Iglesia. No ponía en duda su papel de rectora de la cristiandad y respetaba la figura del Papa como vicario de Cristo. Tal como escribía un cronista de la época: “Francisco no intenta atacar, disturbar o ni siquiera alarmar el orden eclesiástico constituido”. En cambio, las demás sectas, como por ejemplo los albigenses, esas sí que representaban un peligroso estorbo. Desde hacía tiempo atraían a sus filas a todos los descontentos, a los pobres, a los que añoraban un cristianismo más puro, pero no sólo hablaban en favor de la pobreza, sino que además negaban toda autoridad

legítima a la Iglesia. Por eso, al apoyar la creación de la Orden franciscana, el Papa contrarrestaba a aquellas sectas con sus propias armas. ¿Alguien pretendía un cristianismo sencillo, teñido de una pobreza apostólica? Pues bien, Inocencio le ofrecía la Orden franciscana, a la cual, desde luego, tenía bajo su más absoluto dominio. Naturalmente, Francisco jamás supo de la maniobra del pontífice, y para colmo, poco después de la muerte de su mentor, los franciscanos fueron tan vilmente engañados que la Iglesia los reclutó en una feroz guerra en defensa del orden establecido y de sus incalculables propiedades.

Jorge meditó unos instantes en aquella idea y pareció conforme con la interpretación de Viviani. Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos una vez más.

—Aún hay otro punto interesante —dijo Viviani mientras se apresuraba a tragar un bizcocho— Recuerdas a los zelotes, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —respondió el muchacho.

—Pues bien, todo el mundo sabe que eran una facción profundamente antirromana, una especie de partido político diría yo, que abominaban del Imperio y en general de cualquier autoridad extranjera que pisara sus sagradas tierras. Como muchos judíos de la época, su fiebre mesiánica los hacía pensar en la llegada de un nuevo reino, y creían apresurar su venida a través de la violencia. Incluso llegaron a protagonizar una rebelión armada en contra de Roma, aunque fueron sofocados con cierta facilidad. El caso es que, entre los seguidores de Jesús, había varios zelotes.

—Sí, recuerdo a Simón y a Judas —intervino el muchacho.

—Así es. Dado que Jesús era considerado el Mesías que libraría a Israel del Imperio, es natural que muchos zelotes se unieran a él. Sin embargo, los sinópticos debieron verse en aprietos ante esa circunstancia: si procuraban mostrar a un Jesús manso y amigo de Roma, la presencia de zelotes entre sus filas parecería un contrasentido.

—Entiendo —dijo el muchacho—. Dejaría entrever que se rodeaba de enemigos del poder romano.

—Por supuesto, y Mateo, Marcos y Lucas debían sortear ese escollo de alguna manera. Ocultarlo hubiera sido poco práctico y acaso imposible, de modo que, si estoy en lo cierto, prefirieron algo mucho más efectivo: en el caso de Simón, la estrategia consistió en negar que fuera zelote. Fíjate que en el libro de los Hechos de los Apóstoles se lo llama decididamente Simón el Zelote. Sin embargo, Mateo y Marcos lo mencionan como Simón el Cananita, y Lucas lo llama Simón el Celador. Es decir, los tres niegan su verdadera identidad.

—Muy ingenioso —comentó Jorge—. Pero, ¿y en cuanto a Judas?

—¡Ah! —Viviani hizo un gesto de admiración—. En cuanto a Judas utilizaron un recurso mucho más imaginativo. Escucha bien y observa qué sutileza —el profesor bebió un sorbo de café, secó sus labios y continuó—: Todos los sinópticos lo llaman Judas Iscariote, y hasta no hace mucho tiempo, los estudiosos bíblicos creían que Iscariote significaba "habitante de Cariot", que era una pequeña ciudad ubicada en Judea. Pero esta hipótesis tenía un ligero inconveniente.

Viviani explicó entonces que, desde siempre, se había pensado que los discípulos de Jesús eran todos ellos oriundos de Galilea, y el hecho de que Judas pudiese haber nacido en Cariot parecía indicar una pequeña incoherencia. Por esa razón, los exégetas habían terminado por desechar aquella idea, y en su lugar había surgido otra más probable. Según se pensaba ahora, Iscariote no significaba "habitante de Cariot", sino que venía de *sicariote*, una palabra griega que a su vez derivaba de *sicae*, es decir, "daga" o "puñal". En tal caso, continuó el profesor, un sicariote debía ser alguien que llevaba un puñal entre sus ropas, y Judas Iscariote, desde luego, significaría "Judas, el que lleva el puñal".

—Quienes portaban armas, naturalmente, eran los zelotes —añadió Viviani—. Eso quiere decir que, para cualquier persona de la época, el sólo nombre de Judas Iscariote era un símbolo inequívoco de pertenencia al partido zelote. Debo admitir que esto parece arruinar mi teoría, porque entonces Mateo, Marcos y Lucas estarían diciendo abiertamente que había al menos un zelote entre los seguidores de Cristo. Sin embargo, emplearon un recurso muy astuto: ya que mostraban a Judas como zelote, y por lo tanto como un acérrimo enemigo de Roma, nada mejor que hacer de él un hombre miserable y odioso: como sabes, Judas pasó a la historia nada menos que como el malvado traidor de Jesús...

Jorge pareció caer de repente.

—¡Tiene razón! —exclamó a viva voz—. ¡Un ejemplo brillante de propaganda!

—¡Por supuesto! —acordó Viviani—. Para los cristianos de hoy en día el nombre de Judas sigue siendo aborrecible, y para los de entonces el mensaje era bien claro: quienes odian a Roma son canallas y traidores.

Luego, mientras llenaba una vez más su taza de café, observó que el tema de Judas había sido objeto de muchos debates en el seno de la Iglesia. Durante los primeros siglos de la era cristiana, su figura había despertado gran interés en muchos teólogos, que parecían competir entre sí para ver quién le adjudicaba más perversiones, vicios,

desenfrenos y maldades. Por citar sólo un caso, Viviani habló de Papías de Hierópolis, quien lo mostraba exageradamente gordo, lleno de pus y de gusanos, y muriendo miserablemente en un sitio donde, aun después de mucho tiempo, era imposible pasar sin cubrirse las narices a causa del hedor.

—Caramba —admitió el muchacho—. Tal parece que la propaganda hizo efecto...

—Desde luego. Y aunque no lo creas, hay quien ha dicho que el nombre de Judas representa al judaísmo, pues la palabra puede descomponerse así: *Juda[i]s[mo]*. De ser así, ello supondría que los sinópticos también utilizaron su figura para empeorar aun más el odio entre judíos y cristianos.

Tras decir aquello, Viviani se tomó un respiro y luego observó que, aun guardando cierta prudencia, ya no tenía dudas de que el verdadero Jesús debía haber sido un hombre extraordinario y muy valiente, pero sobre todo, un gran líder cuyas prédicas inquietaban gravemente al Imperio Romano. De lo contrario, no se explicaba por qué había ganado tantos adeptos. El pueblo buscaba un Mesías, desde luego, pero difícilmente hubiera aceptado a uno que sólo hablara de cuestiones espirituales. Había otras necesidades mucho más urgentes, tales como sacudirse el yugo romano, y para ello era necesario un líder político, alguien que pudiera cohesionar a las gentes y levantarlas en contra del Imperio. Y en cuanto a la propia Roma, los hechos hablaban por sí mismos. En aquellos tiempos había infinidad de cultos religiosos, de líderes sectarios, de hombres que se proclamaban el Mesías, y sin embargo, las autoridades imperiales apenas se preocupaban por ellos. Roma nunca había perseguido a nadie por motivos religiosos, sino al contrario: toleraba las creencias de cada pueblo, ni siquiera intentaba imponer sus propios dioses, y hasta el propio judaísmo era considerado una *religio licita*, esto es, un culto aceptado y protegido oficialmente por el Imperio. Por eso, si Roma había condenado a Jesús y perseguido a los cristianos, debía ser porque éstos, en realidad, no eran un movimiento espiritual, sino un grave escollo de orden político.

—Y de ahí que los sinópticos procuraran tergiversar el mensaje original —siguió el profesor—. Debían mostrar a las generaciones siguientes de cristianos que Jesús nunca había cuestionado las estructuras de poder romanas; que si algo había de revolucionario en su mensaje, lo era en sentido puramente espiritual. De ese modo, mi querido amigo, Roma contrató a Mateo, Marcos y Lucas, si es que esos eran sus verdaderos nombres, para que escribieran la historia según sus propósitos: Jesús es un manso cordero, no protesta en contra del

Imperio, alienta el pago de impuestos, predica la obediencia y, de paso, es injuriado y perseguido por los judíos. El resto, claro, consistió en divulgar esas ideas por los cuatro rincones del Imperio.

Jorge estaba por mencionar algo cuando se oyó la voz de un criado que llamaba al profesor desde la sala.

—¿Qué ocurre, Manuel? —preguntó Viviani asomándose al hueco de la escalera.

—Señor, ¿podría usted bajar un momento? —dijo el criado.

Haciendo a un lado sus papeles, el profesor se puso de pie, se excusó ante Jorge y abandonó la buhardilla. No mucho después regresó algo inquieto, con el rostro ceñudo y un aire de preocupación que llegó a alarmar al muchacho.

—¿Qué sucede? —lo interrogó Jorge.

Sin decir una palabra, Viviani lo tomó del brazo y lo condujo hacia un pequeño ventanuco similar a un ojo de buey. Desde allí era posible divisar la calle, y en un primer vistazo el joven alcanzó a observar algunas carretas y unos pocos bueyes. Sin embargo, con un breve gesto el profesor le indicó que dirigiera sus ojos hacia la vereda contraria. Ya había caído la noche y estaba algo oscuro, pero aun así Jorge pudo avistar la negra silueta de un hombre que se encontraba allí, recostado contra la pared y en una actitud por demás sospechosa. Estaba enfundado en un grueso gabán, tenía las manos en los bolsillos, el cuello alzado y un amplio sombrero que apenas le dejaba asomar el rostro. Jorge se volvió hacia el profesor y, ahuecando la voz, murmuró:

—¿Qué hace ese hombre allí?

—No lo sé —respondió Viviani de igual modo—. Pero dice Manuel que está hace más de una hora.

La extraña figura apenas se movía. Sólo de cuando en cuando entrechocaba sus botas para calentarse los pies, o quitaba sus manos de los bolsillos, las llevaba a la boca y se echaba aliento en ellas. Por lo demás, su presencia era inexplicable. No había nada ni nadie a su alrededor, ni parecía existir motivo alguno que lo retuviera en aquel sitio.

Jorge y el profesor se lanzaron a especular acerca del misterioso individuo. En principio, sugirió el muchacho, daba la impresión de estar vigilando la casa, pero llamaba la atención que no hiciera ningún esfuerzo para ocultarse. Sin dejar de observarlo, y acaso un tanto encandilado por lo que estaban estudiando, Viviani relacionó aquella presencia con el asunto de los sinópticos y, desde luego, con la desaparición del doctor Azuela. Jorge se estremeció al oír aquella idea.

—¿Cree usted que tenga algo que ver con todo esto?

—Tal vez me estoy dejando llevar —consintió el profesor—. Pero no estará de más permanecer atentos...

El joven miró nuevamente al extraño y dijo:

—¿Tiene usted armas en la casa, profesor?

—¿Armas? Pues, tengo un viejo trabuco naranjero, pero hace tanto tiempo que no lo uso que debe estar algo herrumbrado.

—No importa. Sería bueno tenerlo a mano, aunque más no sea para alardear.

Viviani concordó con el joven, descendió la escalera una vez más y dio instrucciones a su criado para que empuñara el trabuco, se apostara junto a la ventana y no quitara sus ojos de aquella enigmática sombra. Luego trepó una vez más a la buhardilla y, tras echar un último vistazo hacia fuera, invitó a Jorge a continuar con lo suyo.

—No te preocupes —dijo—. Manuel es bastante corajudo, y si es necesario echará a ese tipo a culatazos.

A partir de ese momento, si bien ambos retornaron a la mesa dispuestos a continuar, la atmósfera de la buhardilla se tornó algo más inquietante. Era perturbador imaginar a aquella siniestra figura al otro lado de la calle, guarecida entre la espesura de la noche y quién sabe con qué propósitos. No obstante, aún restaba mucho por hablar, y pronto Viviani y el muchacho parecieron olvidarse de la acechante presencia. Por cierto, había algo cuya explicación aún tenía en vilo al joven.

—Profesor —dijo en cuanto ambos se hubieron sentado nuevamente—, aún no me ha dicho usted nada acerca del Evangelio de Juan.

—¡Oh sí, Juan! —exclamó Viviani alzando las manos—. Ya casi lo había olvidado.

Con suma delicadeza el profesor extrajo nuevamente su pipa, le echó un pellizco de tabaco y la encendió con su yesquero. Su rostro pareció cobrar una extraña luminosidad. Se revolvió en su asiento algo nervioso, pasó la mano por la mesa quitando algunas hebras de tabaco y dijo:

—Pues bien, hay varias cosas en cuanto a Juan. En primer lugar, el hecho más evidente de todos: Juan es el único de los cuatro Evangelios que menciona en forma explícita la presencia de las autoridades romanas. Por ejemplo, hay un momento en que los sacerdotes del Templo están discutiendo acerca de Jesús, y entonces dicen:

Juan 11.48: *Si dejamos que siga actuando así, todos creerán en él. Entonces las autoridades romanas tendrán que intervenir y destruirán nuestro templo y nuestra nación.*

—Fíjate que Juan no deja de acusar a los sacerdotes judíos, pues es cierto que entre ellos había muchos que renegaban de Jesús. Pero va más allá al decir que esos sacerdotes respondían a las órdenes de Roma, algo que los sinópticos no mencionan en lugar alguno. Hay otros versículos más que hablan de ello, pero ahora quisiera detenerme en un episodio muy interesante, sobre todo porque lo narran los cuatro Evangelios, de modo tal que es posible advertir las diferencias.

Viviani se interrumpió un momento para ordenar sus papeles. Jorge aprovechó para observar las delicadas manos del profesor, tan huesudas que parecían ayunas de carne. Sus dedos se movían con graciosa ligereza entre las páginas; eran, se dijo para sí, manos habituadas al suave contacto del papel, al diestro manejo de una pluma de ganso, a la tibia rugosidad del cuero que vestía sus libros. Por una caprichosa asociación de ideas pensó en los nigromantes y alquimistas, cuyas manos debían trasegar, con infinita prudencia, preparados mágicos y elixires maravillosos. Por cierto, en más de una ocasión, aquella cerrada y lúgubre buhardilla se le había antojado una suerte de gabinete alquímico repleto de atanores, redomas, alambiques y hornillos alumbrados por el rescoldo del crisol, y al propio Viviani enfrascado en el perpetuo ejercicio de colar, mezclar, calentar y enfriar diversas sustancias con el propósito de obtener, alguna vez, la esquiva fórmula de la piedra filosofal. Pero sus ocurrencias se vieron interrumpidas un minuto después, cuando, tras dejar su pipa sobre el cenicero, el profesor observó:

—¿Recuerdas la noche del Jueves Santo? Me refiero al momento en que apresan a Jesús en Getsemaní. Pues bien, hay un detalle muy sugestivo que revela el criterio dispar entre los sinópticos y Juan. —Viviani abrió una vez más su ejemplar de la Biblia, lo hojeó hasta dar con el versículo que buscaba y dijo—: Observa aquí, es la forma en que Mateo relata el episodio:

Mateo 26.47: *… [vinieron a apresarlo] mucha gente con espadas y palos, enviados por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo.*

—Esto indica —prosiguió Viviani alzando sus ojos—, que según el testimonio de Mateo quienes prendieron a Jesús venían “enviados por los sacerdotes y ancianos del pueblo”. Cualquiera entendería, pues, que fueron los judíos quienes arrestaron a Jesús.

—Y quienes ordenaron hacerlo —intervino Jorge.

—Cierto. Y lo mismo sucede con los otros sinópticos: Marcos 14.43 copia casi textualmente el versículo de Mateo, y Lucas 22.47 dice primero que “un tropel de gente” fue a prender a Jesús, y poco más adelante insiste en que eran “los jefes de los sacerdotes, los oficiales del templo y los ancianos”.

—¿Y el Evangelio de Juan? —preguntó el muchacho.

—Pues sólo Juan dice la verdad. Escucha:

Juan 18.12: *Entonces la tropa romana, con su tribuno al frente, y la guardia judía prendieron a Jesús y lo maniataron.*

Jorge lanzó un largo suspiro de asombro que hizo oscilar la llama de las velas.

—¿Comprendes? —siguió Viviani—. Juan acepta que había judíos entre los perseguidores, pero destaca en primer lugar a los que comandaban la captura: la tropa romana y el tribuno, que como sabes, era un cargo oficial dentro de las milicias del Imperio. Además, Juan habla de la “guardia judía”, y no del pueblo todo, es decir, son unas pocas autoridades las que están en contra de Jesús, y no la gente común del pueblo, tal como insinúan los sinópticos, y sobre todo Lucas al hablar de “un tropel de gente”.

El muchacho hizo un nuevo gesto de admiración. Sin duda aquello era muy revelador: el hecho de que los sinópticos, en una situación semejante, omitieran hablar de las tropas romanas, debía obedecer a algo más que un simple descuido. La presencia de los soldados tenía que haber sido más que notoria, con sus armas, sus uniformes, sus escudos, su formación militar, y sin embargo Mateo, Marcos y Lucas no decían una palabra acerca de todo ello. Se demoraban en detalles sobre los judíos, a saber, que llevaban palos y espadas, que actuaban bajo las órdenes de los sacerdotes y demás, pero, curiosamente, ninguno parecía haber notado a los soldados del Imperio.

—La explicación es sencilla —concluyó Viviani—: Había que ocultar la presencia romana y, de paso, inculpar a los judíos.

—Entiendo. Si los Evangelios sinópticos pintaban a Jesús como amigo de Roma, era un contrasentido que los propios soldados del Imperio fueran a arrestarlo.

—Así es. Pero déjame seguir adelante con Juan. Cuando van a detener a Jesús se produce un ligero tumulto en el lugar. Los discípulos intentan defender a su maestro y ocurre un pequeño hecho de sangre. Marcos 14.47 lo relata de este modo: “Y uno de los presentes, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja”. Esto, una vez más, desnudaría la presencia de zelotes entre los seguidores de Cristo, y es por eso que Marcos, si bien relata el episodio, jamás da testimonio de quién es el que desenfunda el arma. En cambio, Juan 18.10 lo dice con todas las letras: “Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al siervo del sumo sacerdote”.

Jorge se rascó la barbilla y dijo:

—Una prueba más de que Jesús se rodeaba de zelotes y de que Juan es el único que dice la verdad.

Viviani asintió y, tras dejar su pipa una vez más, extrajo de su bolsillo un hermoso reloj de oro con sus iniciales grabadas. Lo abrió con cuidado y miró la hora: las 4.30. Después se levantó de su silla y fue a echar un vistazo por el ventanuco. La siniestra figura seguía allí, de pie, inmóvil, recortada contra las sombras. Pensó en que no mucho después amanecería y que la luz del sol acabaría por revelar sus rasgos. Pero ahora había que continuar trabajando, de modo que cerró la tapa de su reloj, se volvió hacia Jorge y observó:

—Hay otro punto curioso respecto de Juan. ¿Recuerdas el momento de la crucifixión, cuando se produce un inexplicable temblor de tierra? Pues bien, todos se asombran porque creen que la propia muerte de Jesús ha provocado el terremoto. Entonces, según los sinópticos, un centurión que estaba presente comenta a sus soldados: “Verdaderamente éste era el Hijo de Dios”, o, como dice Lucas: “Verdaderamente este hombre era justo”.

Jorge sonrió al tiempo que enarcaba las cejas. Por cierto, aquel célebre pasaje, cuya comprensión siempre le había resultado algo esquiva, ahora parecía adquirir un tinte diferente.

—Oh sí —comentó señalando las páginas de la Biblia—. Resulta extraña la actitud del centurión, ¿verdad?

—Más que extraña, yo diría que es casi ridícula —enfatizó Viviani —. Es obvio que un soldado romano jamás expresaría una cosa así. Para las tropas del Imperio, Jesús era un delincuente más, un agitador que perturbaba la paz, o tal vez un bandido o un salteador de caminos, y el hecho de que haya sido crucificado junto con dos simples ladrones, es una muestra indudable de que Roma lo consideraba de ese modo. Por eso, afirmar que el centurión y los soldados lo tuvieran por “justo” o por el “Hijo de Dios” es casi

absurdo.

—Pero con ello los sinópticos lograban suavizar la imagen de las tropas romanas.

—Así es. Y Juan, una vez más, relata lo que sucedió en verdad: los soldados maltratan a Jesús y hasta le clavan una lanza en el vientre.

Acto seguido, el profesor observó que aquellas cuestiones podían resultar insignificantes, pero sin duda la casi exacta similitud entre los Evangelios sinópticos y sus notorias diferencias respecto del de Juan, sugerían que había algo más detrás de todo aquello. Y al parecer, su hipótesis encajaba perfectamente: debía haber existido algo así como un acuerdo previo entre Mateo, Marcos y Lucas, un plan dentro del cual, por supuesto, no estaba Juan.

—Y por cierto —añadió el profesor—, el Evangelio de Juan nunca habla de la mansedumbre ni de la sumisión, en lugar alguno glorifica la pobreza y jamás menciona el episodio en que Jesús se manifiesta por el pago de impuestos al César.

Jorge parecía cada vez más obnubilado por las explicaciones del profesor. Pensó fugazmente en la familiar destreza con que Viviani exponía sus argumentos, en su ingenio para detectar indicios o pruebas allí donde una mente ordinaria no hallaría nada de provecho, y sobre todo en la vastedad de sus conocimientos bíblicos, que le permitía hurgar en cada Evangelio y descubrir las más huidizas relaciones.

Pero en la afiebrada mente del muchacho aún existía una duda.

—Profesor —observó no sin cierto recelo—, a estas alturas ya parece indudable el juego de los sinópticos, y por supuesto, el hecho de que Juan era ajeno a toda aquella maniobra. Pero si usted está en lo cierto, ¿por qué el propio Juan no dice nada en su Evangelio, es decir, por qué no denuncia el arreglo entre los sinópticos y Roma?

Viviani alzó su dedo índice y dijo:

—Ésa es una buena pregunta, muchacho —dio una larga chupada a su pipa y, durante algunos instantes, permaneció en silencio y contemplado el humo que salía de su boca—. He estado pensando en eso una y otra vez, y la verdad es que no se me ocurre una explicación definitiva. Sin embargo, estuve analizando algunas razones posibles. Una de ellas es que Juan, tal vez, ni siquiera tuviera noticias de los Evangelios sinópticos. Ten en cuenta que, si bien hoy conocemos sólo cuatro Evangelios, en realidad se escribieron decenas de ellos, y sus autores no tenían por qué conocerse entre sí. Además, se sabe que el libro de Juan fue escrito unos treinta o cuarenta años después de los de Mateo, Marcos y Lucas, es decir que su autor pertenecía a una generación diferente[6]. Pero hay otra explicación posible…

El rostro del profesor se ensombreció. Con el cañón de su pipa dio algunos golpecitos sobre los papeles que reposaban sobre la mesa y dijo:

—También puede que Juan conociera efectivamente a los sinópticos, y que de hecho los denunciara de alguna forma, en cuyo caso, querido muchacho, sólo resta suponer una cosa: que sus acusaciones fueron censuradas y excluidas del canon cuando se elaboró el Nuevo Testamento.

Un velo de inquietud envolvió al joven y lo sumió en una profunda cavilación. Aquella idea no sólo implicaba una conjura entre los sinópticos, sino también durante los Sínodos en que se había tratado el canon bíblico. Durante el cuarto siglo de la era cristiana, los mayores jerarcas de la Iglesia se habían reunido para estudiar los muchos Evangelios que existían hasta el momento y seleccionar aquellos que, en definitiva, integrarían el Nuevo Testamento. Tras arduas y penosas discusiones, tan sólo Marcos, Mateo, Lucas y Juan habían logrado superar los escollos y ser elegidos entre los demás. Ahora bien, era dable sospechar que, durante aquellos Sínodos, los jefes de la Iglesia estuvieran al tanto del plan de los sinópticos, y en tal caso hicieran lo posible para ocultar las denuncias de Juan. Viviani ignoraba cómo, pero cabía pensar en que acaso le hubieran arrebatado alguna parte.

—Pero, en ese caso, ¿por qué no excluir el Evangelio entero? —preguntó Jorge.

—La verdad es que no tengo idea —confesó el profesor encogiéndose de hombros—. Pero ahora que lo mencionas, es cierto, hubo al menos un intento de exclusión.

—¿De exclusión? ¿Quiere decir que trataron de eliminarlo del Nuevo Testamento?

Mientras se empeñaba en cepillar el cañón de su pipa, Viviani observó:

—Pues algo así. Ocurre que, durante aquellos Sínodos, algunos teólogos consideraban que no debían aceptarse como sagrados aquellos libros que hubiesen sido escritos después del año 100 d.C. Vaya uno a saber el porqué de ese criterio, pero cabe suponer que lo emplearan para evitar la inclusión de Juan, pues se supone que fue compuesto luego de esa fecha. Con todo, no estoy muy seguro de esta idea, pues hay quien dice que el Evangelio de Juan fue escrito antes. Clemente de Roma, por ejemplo, parece mencionarlo en un texto suyo del año 95 d.C., aunque esto se contrapone a la Carta de Diogneto, cuyo autor anónimo lo ubica hacia el año 130 d.C. —Hizo una pausa, lustró la boquilla de su pipa y agregó—: Y ahora que lo recuerdo, hubo otro intento más de supresión.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, como sabes, el Evangelio de Juan era el preferido de algunas sectas contrarias a la Iglesia, como por ejemplo los montanistas o los gnósticos. Eran gentes que rechazaban a las autoridades eclesiásticas, criticaban sus vinculaciones con el Estado y objetaban las numerosas propiedades que poseía el clero. Para ellos, el Evangelio de Juan era el que contenía el verdadero mensaje de Cristo. Pero claro, la Iglesia los consideraba herejes, y a raíz de ello hubo muchos que plantearon la necesidad de quitarlo del canon.

En ese momento Jorge recordó los numerosos libros y documentos que la Iglesia había censurado u ocultado a lo largo de la historia: cartas, manuscritos, tratados y títulos de propiedad, por no hablar de la infausta Donación de Constantino y de las no menos fraudulentas Decretales Seudoisidorianas; todo ello constituía un deshonroso lastre para la historia del catolicismo, ya que, donde hubiera necesidad de hacerlo, la Iglesia no vacilaba en fraguar documentos, falsificar libros enteros o borrar del mapa todo aquello que significara un obstáculo para sus fines. En tal caso, masculló el muchacho, no era extraño pensar que el Evangelio de Juan hubiese podido correr la misma suerte en algún momento.

—Sea como fuere —continuó Viviani mientras guardaba su pipa en un estuche—, Juan logró sobrevivir a todo aquello —y adoptando un cierto aire de misterio, añadió—: Pero quizás el que conocemos hoy no sea el Evangelio original…

El muchacho lo miró fijamente y preguntó:

—¿Insiste usted en que le han quitado algunas partes?

—Es tan sólo una posibilidad, Jorge. Piensa que, si estamos en lo correcto, es decir, si Juan denunciaba a los sinópticos y aun así consiguió llegar hasta nuestros días, tal vez sea porque los pasajes que hablaban de ello fueron eliminados. De todas maneras, es algo que probablemente nunca sepamos con certeza. Y existe otra cuestión importante: el tema de los judíos.

—¿Qué hay con ellos?

—Bueno, hemos visto que los sinópticos, como parte de su maniobra, suelen echar pestes sobre el pueblo judío. En tal sentido, cabría esperar que Juan evitara ese recurso, y sin embargo, el suyo es tal vez el más antisemita de los Evangelios. Constantemente los rechaza, los insulta y dice las peores barbaridades sobre ellos.

—Sí, ¿cómo explica eso?

Viviani fue escueto en su respuesta.

—Bueno, si hemos supuesto que muchos de sus pasajes fueron eliminados, nada cuesta suponer que otros muchos pudieron haber

sido incluidos. Quiero decir, que para darle una cierta coherencia con los sinópticos, quienes tramaron el engaño pudieron haber incluido pasajes antisemitas en Juan. Además, si no me equivoco...

En ese momento resonó la voz de Manuel desde la sala.

—Señor —susurró en un tono casi gutural—, parece que el fulano se ha marchado.

Instintivamente Viviani saltó de su asiento y fue a asomarse al ventanuco. Tardó en acomodar sus ojos a la oscuridad, pero un momento después, mientras Jorge espiaba por detrás de sus espaldas, comprobó que el furtivo merodeador ya no estaba en su sitio. Paseó su mirada por los alrededores intentando adivinar su figura: quizás hubiese cambiado de posición, quizás estuviese oculto tras un árbol, pero una mirada atenta no reveló ningún indicio.

—Puede que no haya sido nada —reflexionó el profesor mientras regresaba a su lugar en la mesa—. Pero será mejor estar atentos.

La charla continuó durante un rato más, hasta que Viviani, tras advertir los primeros claros de la mañana, consultó la esfera de su reloj y sugirió continuar en otro momento. Ya sus facciones revelaban cansancio y falta de sueño, y dado que Jorge, hacía rato, venía ahogando un bostezo tras otro, no hubo mucho más que hablar.

—Será mejor que Manuel te acompañe hasta tu casa —recomendó Viviani.

El muchacho juzgó innecesaria aquella precaución, pero ante la insistencia del profesor terminó aceptando la compañía. Y así, tras acordar una nueva cita, Jorge abandonó el lugar escoltado por Manuel, quien, por mera prudencia, aun cuando estuviese estropeado y herrumbroso, llevaba el trabuco naranjero discretamente escondido bajo sus ropas.

6 En la actualidad, los exégetas están divididos y no hay una conclusión certera respecto de si Juan conocía o no a los sinópticos (N. del A.).

ROMA, AÑO 65 D.C.

La pequeña comitiva de hombres avanza quedamente a través de los infinitos corredores del palacio. Hay gestos de fatiga y preocupación en sus rostros. Al frente de todos, el secretario Seyano permanece mudo y no puede ocultar la punzante inquietud que devora su ánimo. En los últimos días el grupo ha trabajado mucho, pero sólo para advertir que la inmensa tarea, cada vez más, parece desbordar sus fuerzas. Aun así, el propio Seyano ha tomado sus precauciones y empleado a un cuarto escriba, de nombre Libanio, para auxiliar el trabajo de los demás. El tal Libanio es un hombre bajo, de rostro lúgubre y pocas palabras. Ha vivido mucho tiempo entre judíos y conoce sus intimidades. Su expresión, ahora, mientras camina pasillo adelante, se ha vuelto más sombría que de costumbre: en unos instantes verá al mismísimo Emperador cara a cara, y la sola idea parece turbar sus sentidos.

Por fin, el guardia que conduce al grupo se detiene frente a una puerta. Es una de las tantas habitaciones que ocupa Nerón. Seyano mismo golpea suavemente y, poco después, el rostro de un esclavo asoma al otro lado.

—Dile al César que estamos aquí —indica el secretario.

El esclavo entorna la puerta, se vuelve sobre sus pasos y transmite el anuncio al Emperador. La respuesta se demora más de la cuenta y enciende una llama de impaciencia en el secretario, pero un momento después, el mismo esclavo se asoma nuevamente y franquea las puertas a la comitiva.

Adentro, el espectáculo es algo extraño y hasta grotesco: Nerón está echado boca arriba, el torso desnudo, las manos a ambos lados del cuerpo y la expresión reconcentrada. Sus ojos miran fijamente hacia el techo, y el color de su piel, usualmente rosado, parece haber adquirido un rojo alarmante. Sobre su pecho descansan tres gruesas

láminas de plomo que dificultan su respiración y parecen aplastarlo bajo su peso. A juzgar por su rostro, casi al punto de la sofocación, la carga debe ser muy pesada, tanto que hasta algunas de sus costillas parecen a punto de reventar. Pero aquello no es un castigo ni un suplicio que el César se haya impuesto a sí mismo, sino otro más de los muchos ejercicios de que se vale para adiestrar y mejorar su voz. Desde siempre le ha gustado cantar, mostrar su ambiguo talento en los teatros de Roma, y con el fin de pulir sus dotes de artista suele valerse de purgas, lavativas, un severo régimen de comidas —que sólo respeta en ocasiones—, y ejercicios como aquel, con pesadas láminas de plomo que vigorizan y tonifican sus pulmones. Los teatros de Nápoles y Roma suelen contarlo entre sus figuras; en juegos y fiestas su arte es escuchado una y otra vez; y no es raro que en muchos torneos se lleve la palma de la victoria, no tanto en virtud de su voz, cuya cualidad no escapa de lo ordinario, sino más bien por la innegable autoridad de su investidura.

Ahora, y ante un gesto del César, dos esclavos quitan las planchas de plomo y lo ayudan a incorporarse. Un tercer esclavo le acerca su túnica y, poco después, Nerón se reúne con su secretario y los demás.

—Oh, mi querido Seyano, veo que has traído a un nuevo colaborador —observa dirigiéndose al secretario. Su voz aún se oye agitada por el esfuerzo.

—Así es, César —responde el secretario—. Me tomé la libertad de hacerlo, pues el trabajo se nos ha complicado un poco y necesitábamos algo de ayuda. Además, Libanio es un hombre muy valioso y conoce mucho a los judíos. Ya verás cuán útil puede sernos.

Nerón asiente y no dice una palabra. Confía en el criterio de Seyano, cuya habilidad e inteligencia ha podido comprobar más de una vez. Entretanto, el nuevo miembro del grupo se muestra algo incómodo; sus ojos huidizos no se deciden a mirar al Emperador y, aun cuando hace esfuerzos por disimularlo, se nota que sus dientes castañetean del pánico.

—Muy bien, Seyano —dice por fin el César—. Vamos a lo nuestro. ¿Qué nuevas tienes para mí?

El secretario se adelanta unos pasos y despliega sobre la mesa un cartapacio de cuero lleno de rollos y papiros. Sus manos se demoran un instante hasta dar con uno de ellos. Afuera, el sol de la tarde es una bola rojiza que incendia el horizonte y penetra en la sala tiñéndola de matices dorados.

—Hemos pensado en otro recurso, señor —anuncia Seyano mientras alisa uno de los rollos.

—Dime de qué se trata —bosteza Nerón.

—El castigo, César. Sabemos que, en general, los pueblos suelen ser muy temerosos de sus dioses, un temor que en ocasiones los lleva a dar la propia vida o a quitar la de otros. Pues bien, se nos ha ocurrido que podríamos sacar algún provecho de ello.

—Explícate.

El secretario acaricia su túnica y, con voz pausada y clara, observa que desde siempre el terror al castigo ha sido una muy eficaz herramienta de poder. El miedo subyuga y somete a los pueblos, los torna sumisos y fáciles de manejar. Una buena táctica, pues, sería incluir el factor miedo en algún punto del plan, hacer que el propio Mesías atemorice a sus fieles si éstos se apartan de sus doctrinas.

Nerón parece comprender la idea de inmediato. En su mente se dibujan las muchas ventajas que el terror podría ofrecerle: ciega obediencia, pago de impuestos, mansedumbre, resignación.

—Así es, César —interviene el escriba Plaucio—. Hemos descubierto que el pueblo de Israel es muy temeroso de su dios; me atrevería a decir que mucho más que nosotros los romanos. Y ese miedo, en última instancia, es como una enorme energía que podríamos aprovechar y manejar según la conveniencia de Roma.

Nerón pasea su mirada en torno a la sala, mueve sus labios en silencio y luego se dirige a Seyano.

—Pues en verdad parece una buena idea —reflexiona—. Pero ¿cómo pensáis llevarla adelante?

—Hay un modo, César —contesta el secretario—. En sus libros sagrados los judíos hablan del *sheol*. Es el sitio donde moran los muertos, un lugar subterráneo, oculto en las profundidades de la Tierra, más o menos semejante a nuestro infierno o al tártaro de los griegos. Allí los muertos conviven con gusanos, polvo, oscuridad, confusión, lo que ya de por sí es atemorizante. Pero hemos pensado en algo aún peor…

Frente al Emperador, los codos sobre la mesa, Seyano aclara su garganta y señala que, pese a toda su lobreguez y a su aspecto tenebroso, el *sheol* judío no es más que el sitio en donde se amontonan los muertos, relegados al perpetuo silencio y la eterna oscuridad. Las almas quedan allí para siempre, separadas del mundo de los vivos al que es imposible regresar.

—Bien, querido Seyano —acota Nerón—. Pero has hablado de algo peor…

—Así es, César. Ocurre que los egipcios y los persas han desarrollado una noción algo diferente del infierno. Para ellos, la morada de los muertos no es sólo un lugar de residencia, sino también de castigo. Los sacerdotes asustan a sus fieles evocando los suplicios

eternos que habrán de padecer allí en caso de impiedad. En nuestro caso, pues, si el *sheol* es sólo una estancia en la que residen los muertos, podemos inventar un infierno al estilo persa o egipcio, es decir, un lugar que incluya los castigos más horribles para quienes hayan violado las reglas.

El Emperador asiente con la cabeza y se muestra satisfecho. No ignora que el populacho es asustadizo y que teme a las fuerzas desconocidas, pero también sabe, como ha observado uno de los escribas, que manipular ese miedo es la mejor forma de tener al vulgo en un puño.

—Creo que voy entendiendo —concede mirando a Seyano—. Lo que sugieres es que nuestro Mesías hable de tormentos y condenas eternas, ¿no es así?

—Eso digo, César. Nada más terrible que el miedo a pagar las culpas en el más allá. Hemos pensado en utilizar el *sheol* de los judíos, pero haciéndolo aún más atroz. Agregaremos gritos, dolor, suplicios y tormentos cuya sola evocación despierte el pánico de los fieles —Seyano cierra su cartapacio de cuero y, como dando por finalizada la cuestión, señala a Libanio y dice—: Y ahora, si me permites, nuestro buen Libanio tiene algo que decirte...

En un rincón de la sala, casi acurrucado y apretando los dientes, el nuevo escriba permanece mudo y algo temeroso. Al oír su nombre en boca del secretario, sus ojos se revuelven inquietos y sus manos, aferradas a un rollo de papiro al que parecen estrujar, se ponen aún más tensas y rígidas. Es un hombre sumamente apocado, quizás algo acomplejado por su escasa estatura, pero detrás de su timidez se esconde un espíritu inaprensible y tenebroso. Sin mover un músculo de su rostro se pone de pie, atraviesa la sala arrastrando sus piernas y, por fin, sus ojos se cruzan con los del Emperador. Con todo, aún permanece retraído y en silencio. Es la primera vez que se halla en la sala imperial, y su espíritu algo parco y austero no logra adaptarse a la majestuosidad de aquel escenario.

Tras advertir la incómoda situación, es el propio Seyano quien se dirige al César.

—Deberás disculpar a Libanio, señor —explica señalando al nuevo escriba—. Su carácter es algo remiso, pero ya verás lo valioso que puede resultar.

Las palabras del secretario parecen dar algún brío al esquivo Libanio, quien ahora ha alzado su rostro para mirar al César, al tiempo que sus dedos frágiles desenrollan el papiro y lo extienden sobre la mesa. El escriba es un hombre algo calvo, de ojos oscuros y un tanto lobunos; Nerón cree adivinar algo infame en ellos, como si

reflejaran un pasado turbulento que el propio Libanio se esfuerza por ocultar. Pese a ser ciudadano romano, es judío de nacimiento, ha vivido en Cilicia y en Israel y conoce a los seguidores de Cristo, a quienes odia con fervor y ha perseguido y asesinado en numerosas ocasiones.

—Bien, Libanio, habla de una vez —sentencia el Emperador.

El escriba titubea un instante y arruga la nariz. El papiro que tiene frente a sí está algo ajado, manoseado por el uso, y contiene infinidad de notas dispersas de su propio puño y letra. Desde que el propio Seyano le ha encargado la tarea, Libanio ha trabajado sin descanso, a sol y a sombra, estudiando los más abstrusos ribetes del plan y sugiriendo cambios y variantes. Pero su mente inquieta ha hecho algo más: ha ideado nuevos recursos, nuevas formas de inducir a los cristianos al sometimiento imperial.

—Con tu permiso, señor —dice por fin, mientras una aguda conmoción le recorre todo el cuerpo—. He pensado en dos aspectos que podrían sumarse al plan: el primero es el control de los esclavos...

Nerón deja escapar un suspiro largamente contenido. ¡Los esclavos, por cierto! Ya hace rato que se han vuelto un serio problema; en todo el Imperio existen demasiados, fruto de las grandes conquistas romanas, y su creciente número ha provocado algunos trastornos, fugas, sediciones, intentos de rebelión. Las autoridades sienten aquella amenaza latiendo a cada momento, pues saben que una revuelta general de esclavos pondría en serios aprietos a todo el Imperio.

—¿Y qué tienes en mente, Libanio? —pregunta el Emperador.

La voz del escriba se oye pausada y áspera.

—Adoctrinar también a los esclavos, César. Como tú sabes, hay muchísimos entre los seguidores de ese Cristo, y eso es algo que debemos utilizar en nuestro provecho. Mediante un plan conveniente acaso podríamos lograr que acepten su estado de servidumbre, que sean respetuosos con sus amos, que desechen toda posibilidad de rebelión.

—Si me permites, señor —interviene Seyano—, hasta ahora hemos hecho de Cristo un ser espiritual, un Mesías que proclama la felicidad en el cielo. Pues bien, Libanio ha pensado que allí podría estar la clave de todo: con un adoctrinamiento adecuado sería posible inducir a los esclavos a olvidar sus miserias terrenales y resignarse al sufrimiento cotidiano, pues, según su Mesías, la verdadera felicidad está en la otra vida.

Nerón mira a su secretario y luego, una vez más, dirige su atención hacia el nuevo escriba. La idea le resulta original, aunque ignora de qué modo Libanio ha pensado en llevarla a la práctica. Sin duda, tras

su aspecto encogido y casi timorato, tras aquella inefable catadura, el escriba posee un instinto agudo y penetrante. No en vano el Emperador ha advertido, desde un principio, cierta malévola astucia en aquel individuo sigiloso y extraño.

—Bien, lo dejo en tus manos, Libanio —dice Nerón—. Y ahora háblame del otro aspecto que has mencionado.

Ha comenzado a oscurecer en Roma y, como es costumbre, las tropas de guardia se alistan para su ronda nocturna. En los patios del palacio se oye el ir y venir de los soldados, ruido de pasos, entrechocar de metales, caballos que hacen restallar sus cascos sobre la piedra. Será una noche tranquila, murmuran los centuriones entre sí: hay luna llena y eso es presagio de calma.

Mientras tanto, ya algo más suelto que al principio, el nuevo escriba ha recobrado un tanto el color de su rostro y parece más decidido. Con el rabillo del ojo ha notado la satisfacción del Emperador, y eso ha redundado en una mayor confianza de su parte.

—El segundo aspecto, César, concierne a tu propia persona —dice tensando sus manos húmedas y algo vis cosas.

Con un gesto lento, paquidérmico, Nerón se aproxima al escriba y por encima de sus hombros espía el rollo de papiro que se halla sobre la mesa. Cada vez más siente curiosidad por este personaje sibilino cuya mirada, sin embargo, aún le produce una cierta suspicacia.

—¿Dices que me concierne a mí? —pregunta—. Pues habla entonces, dime qué te propones.

El escriba se recoge una vez más y en un apagado murmullo observa:

—Divinizar tu autoridad, señor…

Un breve mutismo se apodera de la sala. Nerón ladea su cabeza y arruga el entrecejo. La ocurrencia de Libanio no parece sorprenderlo demasiado. Ya en otras ocasiones los césares de Roma han acariciado una idea similar. Augusto, el divino Augusto, por iniciativa de su ministro Mecenas —quien había recogido la costumbre oriental de conceder honores divinos a los gobernantes—, logró que en el Asia Menor se erigieran altares con la figura del Emperador, de tal suerte que, después de su muerte, el propio Augusto acabó siendo una deidad más en el panteón olímpico. Años más tarde, el demencial Calígula obligó a sus fieles a adorarlo como a un dios y erigió altares y templos con su figura. Y hasta el propio Claudio, sin quererlo, supo que su imagen era venerada junto a los dioses olímpicos en algunas ciudades de Britania.

—¿Hablas de convertirme en un dios, Libanio? —interroga el Emperador.

—Oh, no exactamente, César.

—¿Y entonces qué?

Una vez más el escriba parece hundirse entre sus papeles. Pero el suyo es un gesto nervioso, quizás un modo de ganar tiempo y acomodar sus ideas.

—No hablo de hacerte un dios, César —contesta por fin—. Te confieso que la idea ha dado vueltas en mi cabeza una y otra vez, pero finalmente la he descartado por ser un tanto aventurada. Ser considerado un dios, señor, tiene sus riesgos: Augusto no debió padecerlos, pues fue divinizado tras su muerte. Pero tu antecesor, Calígula, tal vez llevado por su imprudencia, cometió el error de proclamarse dios en vida y con ello se expuso abiertamente a que el pueblo, al advertir sus debilidades, terminase desconfiando de su imagen divina —Libanio se demora un momento y parpadea inquieto—. Además, los judíos aborrecen a cualquiera que pretenda tomar el lugar de su dios. Recuerda que cuando Pilatos era prefecto de Judea y hacía que sus tropas rindieran honores a una estatua del César, los judíos marcharon a verlo y le dijeron: "Mátanos si quieres, pero quita esas imágenes del César de nuestra Ciudad Santa y de las inmediaciones del Templo". Lo que yo propongo, señor, no es convertirte en una deidad, sino algo ligeramente distinto: persuadir a los fieles de que, si bien no tienes sangre divina en tus venas, son los dioses quienes te han designado Príncipe de los romanos, es decir, has sido puesto sobre la Tierra para gobernar este Imperio, y es tu *autoridad* la que posee un origen divino. Se trata de una diferencia sutil, claro está, pero si no me equivoco evitará unos cuantos problemas.

Nerón acaricia su cabeza y enjuga el sudor de su frente. Sus mejillas aún están algo sonrojadas por el ejercicio. Bebe una copa de vino, escurre sus labios y dice:

—Oh, mi buen Libanio. Tengo que admitir que eres un hombre ingenioso —la expresión del César es algo ambigua; rara vez dispensa elogios a sus servidores—. Bien, dejaré que te ocupes de ese asunto, y haz tu tarea lo más pronto posible. Quisiera leer yo mismo esos libros que estáis escribiendo.

Al oír aquellas palabras, Libanio y el secretario cruzan sus miradas de un modo algo inquisitivo. El escriba mira al Emperador y hace un gesto cediendo la palabra a su compañero.

—Si me disculpas, César —carraspea Seyano—, Plaucio, Fulvio y Cestio se ocuparán de escribir libros. Pero nuestro buen Libanio ha tenido otra idea. Él sugiere una vía diferente para transmitir el mensaje.

—¿De qué hablas? —inquiere Nerón.

—Cartas, señor. Libanio cree que podrían ser más efectivas, o al menos servir como complemento a los libros. La idea sería escribir algunas epístolas que hablaran sobre Jesús y contuvieran las mismas enseñanzas que los libros de Fulvio, Plaucio y Cestio. Luego las haríamos circular entre algunos pueblos del Imperio, tal vez aquellos más conflictivos, y procuraríamos que sus doctrinas se fueran contagiando entre el vulgo.

El Emperador se demora un instante y luego aprueba con un leve gesto de cabeza. Sí, tal vez las cartas posean un toque más personal, más íntimo, y por ende logren hacer carne en los fieles con mayor facilidad.

—Está bien, adelante entonces, poneos a trabajar lo más rápido posible. Y tú, Seyano, mantenme al corriente de todo lo que vaya sucediendo —Nerón vuelve su mirada hacia un esclavo y hace una seña—. Y ahora, señores, si me disculpáis, debo atender otros asuntos.

Con un gesto de parca solemnidad, el secretario y los escribas saludan al César y abandonan la sala. Su destino, ahora, será el despacho de Seyano, donde cuentan con documentos y material suficiente para continuar su trabajo. Entretanto, Nerón se cambia de ropa y acicala todo su cuerpo. El vino parece haber remozado su espíritu y aliviado sus fatigas, pero un viso de inquietud aún revolotea en el fondo de su alma: por más que procura hacerlo, no consigue quitarse la imagen de Libanio de la cabeza. Sin duda el escriba es un hombre perspicaz, astuto como pocos, y el César debe reconocer que Seyano ha acertado al escogerlo para el trabajo. Pero aquella sombría personalidad lo desconcierta. Hay algo, ¿cómo decirlo?, algo quizá peligroso en él: su mutismo, su carácter impenetrable, esa mirada oscuramente felina. Tal vez, cuando todo acabe, el Emperador se vea en la necesidad de hacer algo con él.

XIII

> La censura totalitaria aspira a abolir la sensibilidad temporal. Se nos censura para que perdamos conciencia del tiempo en que vivimos. Se trata de bloquear, de evitar, de amordazar todo aquello que nos permita percibir dónde estamos, cómo estamos y de qué modo vinimos a parar aquí. El sueño de la censura totalitaria es, por supuesto, convertirnos en bellos durmientes; en seres que aprendan a resignarse a su propia ausencia.
>
> Santiago Kovadloff : *La nueva ignorancia*

BUENOS AIRES, 1794

Mientras volvía a su casa escoltado por Manuel, Jorge rogaba que no sucediera ningún contratiempo en el camino, ya que, en caso de problemas, el herrumbrado trabuco que el sirviente llevaba bajo sus ropas no les sería de gran utilidad. Estaba casi amaneciendo en la ciudad, y por entre la agrisada neblina que envolvía las calles, ambos avanzaban a paso firme, aguzando el oído, los ojos bien abiertos, atentos a cualquier ruido sospechoso o a cualquier merodeador que pudiera saltarles a la vuelta de la esquina.

Pero nada sucedió a lo largo del trayecto. Al llegar a su casa, Jorge agradeció amablemente al criado y lo envió de regreso. Estaba algo aterido por el frío, soñoliento por las muchas horas de vigilia, y debió hacer un ingrato esfuerzo para embocar la llave en la cerradura y abrir la puerta. La casa estaba en penumbras a esa hora de la mañana, pero un gesto de pavor se adueñó del muchacho al descubrir, junto al hogar, el rostro de su madre bañado en lágrimas.

La mujer permanecía de pie, al abrigo de los leños, y tenía en sus manos un pañuelo arrugado y húmedo con el que enjugaba sus mejillas. Sin tiempo siquiera de quitarse el abrigo, el muchacho avanzó unos pasos y se aproximó a ella.

—¡¿Qué ha sucedido, madre?! —exclamó tomándola de los hombros.

Clara apenas conseguía hablar. Parecía asustada, como si hubiese visto una aparición, y Jorge creyó advertir que sus manos temblaban sin parar.

—¡Vamos, dime qué pasó! —insistió el muchacho.

Pero la mujer se deshacía en llantos y no lograba sino balbucear algunas palabras aisladas. Por un momento, llevado por su propia turbación, Jorge llegó a sospechar que el motivo de aquel llanto obedecía al recuerdo de su esposo. Pero en verdad, no había trazas de congoja en su expresión. El rostro de la mujer trasuntaba espanto, un miedo visceral que emergía de sus ojos y se adivinaba en la dureza de sus facciones.

—Anoche —dijo Clara, por fin, esforzando la voz—. Anoche..., dos hombres entraron en... la casa…

Jorge abrió los ojos como dos uvas. ¡Dos hombres!, exclamó con un gesto de rabia. Y tras soltar un rosario de gritos e insultos —¡hideputas! ¡cabrones! ¡malparidos!—, sintió que un aluvión de ideas se apelotonaba en su cabeza de un modo caótico y vertiginoso. Mientras intentaba consolar a su madre, el joven supuso que tal vez fueran simples ladrones, rateros en busca de alguna hacienda que pudiese haber en la casa, pero en el fondo de su alma, un oscuro presagio lo invadió como una tempestad. Pensó en los sinópticos, en el doctor Azuela, en la hermética figura que había rondado la casa de Viviani esa misma noche.

—¡Pero dime! —apremió a su madre—. ¿Tú estás bien? ¿Te hicieron algo esos canallas?

Clara negó con la cabeza y se echó en brazos de su hijo. Seguía llorando con desesperación. Jorge sentía el calor de sus lágrimas a través de la chaqueta, y aunque intentaba disimular su ira, una ola de sangre anegaba sus venas y acaloraba su cuerpo hasta hacerlo transpirar. Poco más tarde, aún agitado y confuso, la ayudó a sentarse y con el dorso de la mano acarició su rostro y le secó las lágrimas. Sentía que una feroz impotencia lo dominaba en ese momento. Deseaba reanimar a su madre, abrigarla entre sus brazos, pero al mismo tiempo su piel se crispaba de odio ante los siniestros rufianes que habían invadido la casa.

Procurando serenarse dijo:

—Está bien, madre, lo importante es que no te hayan hecho nada. —Una breve pausa, un breve respiro y agregó—: Y dime, ¿estaban armados?

—Sí —respondió Clara—, uno de ellos traía una pistola.

Un nuevo espasmo le recorrió el espinazo. La sola evocación de una tragedia, el pensar en lo que podía haber sucedido a su madre en la inmensidad de aquella casona, le provocó náuseas y un agudo malestar en el pecho. En ese preciso instante un criado trajo dos vasos y una jarra con agua. Clara y su hijo bebieron algunos sorbos, se aproximaron al hogar de leños y, ya más reanimada, la mujer pareció recobrar la calma.

—¿Se llevaron algo? —preguntó el muchacho.

Clara vaciló un momento antes de responder.

—La verdad es que no lo sé... —murmuró algo aturdida.

Y enseguida, procurando recordar lo sucedido la noche anterior, observó que, tras irrumpir en la casa a través de una ventana, los dos hombres se habían puesto a hocicar por toda la sala revolviendo los armarios, hurgando entre los muebles, metiendo sus narices hasta en los más abstrusos rincones, y luego, mientras uno de ellos le apuntaba con su pistola, el otro había ido a inspeccionar el resto de la casa. Desde la sala, horrorizada ante aquel escenario, Clara escuchaba ruidos confusos, cajones abiertos, papeles revueltos, muebles corridos de lugar. Poco después el hombre había regresado con un gesto de ligera satisfacción en el rostro, y luego de cambiar una seña con su compañero, ambos habían dejado la casa en un santiamén.

De pronto Jorge tuvo una idea funesta. Recordó los papeles que su padre guardaba en el pequeño arcón de la biblioteca, se disculpó apresuradamente con su madre y de un salto apareció en el estudio. Allí el espectáculo era desolador: todo el piso estaba lleno de libros y papeles; había muebles, sillas, mesas, todo fuera de lugar; los cajones del escritorio estaban a medio abrir, y hasta uno de ellos, trabado con cerrojo, había sido violentado a golpes; varios cuadros yacían en el piso, roto el marco o rasgada la tela. El muchacho sintió una grave indignación al imaginar la escena: dos manos extrañas, con dedos como babosas, hundiéndose entre las pertenencias de su padre. Como pudo, esquivando el desorden que reinaba en toda la habitación, se lanzó hacia el anaquel inferior de la biblioteca y metió la mano en procura del arcón. Pero su espíritu se acaloró al descubrir que no había nada: por más que alargó su brazo y palpó hasta el último rincón del estante, sus dedos no descubrieron siquiera el menor rastro del cofre.

¿De modo que ése había sido el propósito de la visita? Sí, ya no cabían dudas de que había alguien detrás de todo aquello, alguien que sabía perfectamente qué buscar y dónde. Jorge se sentó en el escritorio de su padre y se demoró unos instantes acomodando algunos papeles y documentos. Pero entonces, como un coletazo

rápido y fulminante, una súbita idea estalló en su cabeza: ¡Viviani! Desesperado, tembloroso, abandonó el estudio y regresó a la sala. Clara seguía allí, encogida sobre sí misma y envuelta en su mantón de merino.

—¡Madre! ¡Tengo que salir! ¡Es urgente! —vociferó el muchacho atravesando el cuarto como una exhalación.

La mujer apenas logró alzar sus ojos para ver aquella figura que traspasaba el cuarto a grandes zancadas y se perdía detrás de la puerta. Ya los primeros rayos de sol daban de lleno sobre la fachada de la casa, mientras un suave olor a tostadas y café se desprendía de las cocinas.

Jorge salió al patio de la casa a los tropezones. Allí, junto a unas parvas de heno, había dos alazanes amarrados a un poste y mordisqueando unas hierbas. Uno de ellos pegó un ligero corcoveo al advertir la súbita presencia de su dueño. Jorge se aproximó al animal, intentó serenarlo y le palmeó la cabeza y la cerviz. Enseguida le quitó la gualdrapa de un tirón, desanudó la reata y se trepó encima de un salto. No hubo tiempo siquiera de calzarle los arreos, de tal suerte que montó en pelo, como los indios, y una vez que se hubo acomodado aspiró una larga bocanada de aire y le descargó un fustazo en las ancas.

Como si hubiese advertido la prisa del joven, el animal salió disparado brutalmente hacia la calle. Las lluvias recientes habían convertido a la ciudad en un lodazal, pero, haciendo a un lado el peligro, Jorge se lanzó a galope desenfrenado y poco después alcanzó las inmediaciones la Plaza Mayor. Recién entonces cayó en la cuenta de su torpeza: mientras el viento helado le cuarteaba el rostro, comprendió que había dejado abandonada a su madre en la casa, inquieta por lo sucedido la noche anterior y a merced de sus miedos. Había salido tan a las apuradas que la pobre mujer, en ese momento, debía estar haciendo cruces del susto. Pero se tranquilizó al pensar que a esa hora de la mañana ya no habría peligro alguno: demasiadas gentes circulaban por los alrededores y era sumamente improbable una nueva incursión. Se quitó los cabellos del rostro y de un nuevo fustazo apresuró aún más al animal. Tenía que llegar a casa de Viviani, tenía que avisarle de lo ocurrido y, con toda su alma, rogaba que ya no fuera demasiado tarde.

Poco después, con el caballo enfangado hasta las orejas y echando humo por los ollares, Jorge clavó las bridas frente a la casa del profesor y aprovechó el envión para echarse a tierra. Corrió hacia la entrada, se sacudió las ropas bajo el soportal y sin hacer caso de la aldaba arremetió a puñetazos contra la puerta. Fue el propio Manuel

quien se asomó a recibirlo, y de no ser porque reconoció el rostro del joven al instante, habría dado un portazo ante aquella figura desencajada y temblorosa que había aparecido como un fantasma.

—¡Llama al profesor, rápido! —vociferó el muchacho con cierta brusquedad.

El criado no vaciló un instante y, al tiempo que franqueaba el paso al recién llegado, se perdió escaleras arriba a llamar a su amo. Jorge permaneció de pie, deambulando de un lado para otro y mordiéndose los dedos de impaciencia. Algunos minutos más tarde, con los cabellos revueltos y anudándose una bata de lana, el profesor Viviani descendía las escaleras a toda prisa.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó con voz ronca, algo adormilado aún y asiéndose del pasamanos.

Jorge no esperó siquiera a que el profesor terminara de bajar. Sin ocultar su desesperación refirió lo ocurrido en la noche, y aunque sus palabras se atropellaban unas a otras y debía tragar aire a cada momento, consiguió llevar a cabo su relato con cierta prolijidad.

Viviani lo escuchó estupefacto.

—¿Y dices que no se llevaron nada aparte de los documentos? —preguntó.

—Nada —enfatizó Jorge algo más calmado—. Sólo el cofre con los papeles y el cuadernillo.

Viviani se acarició la barbilla en un gesto de preocupación. Las cosas parecían haberse complicado aún más: alguien sabía lo que estaban haciendo y era lo suficientemente osado como para irrumpir en casa de Jorge y llevarse lo que buscaba. ¿Pero quién podría ser? ¿Quién estaría interesado en esa clase de documentos? Puestos a conjeturar sobre el asunto, demorándose en revisar todos los pormenores, Jorge y el profesor advirtieron que aquello debía provenir de largo tiempo atrás. Quizás aquellas gentes ya anduviesen tras los pasos de Agustín Solana, y por cierto, acaso estuvieran relacionadas con la desaparición del doctor Azuela.

—No eran ladrones comunes, de eso no hay duda —observó Viviani—. Sabían perfectamente qué buscar...

Luego hizo preparar café, invitó al muchacho a sentarse y una vez más, por mera precaución, ordenó a su criado apostarse frente a las ventanas con el trabuco en ristre.

—Habrá que aceitar ese vejestorio —murmuró señalando el arma —. Tal vez lo necesitemos de verdad.

Poco después, algo más reposado, Jorge bebió su café y logró serenar sus ánimos, pero sólo para advertir que las cosas parecían haber alcanzado un punto crítico. Ahora, pensó el muchacho, todo se

complicaba hasta límites insospechables: al parecer, aquella magistral conjura sinóptica —tal como la llamaba Viviani—, extendía sus coletazos hasta hoy. Una y otra vez, de un modo harto insistente, su cabeza transitaba por los mismos interrogantes. ¿Quiénes eran aquellos hombres que habían irrumpido en su casa? ¿Quién era el extraño merodeador nocturno que había rondado el caserón del profesor? ¿Habría alguna relación entre ellos y la desaparición del doctor Azuela? Cada pregunta se tornaba un suplicio en la mente del joven. Pero una cosa era cierta: ahora él mismo corría un serio peligro, al igual que el propio Viviani, y era preciso hacer algo al respecto.

—Por lo pronto, habrá que olvidarnos de este lugar —dijo el profesor.

El muchacho esbozó un gesto de perplejidad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Hablo de encontrarnos en otro sitio. Aquí, al parecer, estamos vigilados.

Jorge asintió sin dudarlo aunque, puesto a pensar detenidamente en ello, acabó confesando que no se le ocurría ningún sitio apropiado para hacerlo.

—No te preocupes —lo consoló Viviani—. Ya pensaré en algo. Por ahora, vuelve a tu casa y quédate con tu madre. Pero ten mucho cuidado y no andes haciendo tonterías.

El joven miró al profesor con una mueca de extrañeza. No tenía intenciones de cometer tontería alguna en ese momento. No obstante, comprendió lo atinado del consejo y cerró la boca. Pero aún quedaba una brizna de inquietud en su espíritu.

—¿Y usted? —preguntó de repente—. ¿Qué pasará con usted? Recuerde que los dos estamos hasta el cuello en esto.

—Por mí no te inquietes —respondió el profesor imprimiendo un tono de sosiego a sus palabras—. Además, ¿qué podrían hacerme? Lo único que saben es que tú vienes aquí de vez en cuando. Pero yo soy profesor de Teología y, en caso de que alguien pregunte, diré que estoy dándote lecciones.

Poco después, con una indisimulada preocupación en el rostro, Jorge se despidió del profesor y regresó a su casa. Pese a la actitud de Viviani, cuya serenidad le resultaba al menos llamativa, no conseguía eludir la idea de que el profesor se hallaba en un serio peligro, que había sido él mismo quien lo condujera a esos trances, y que ante una nueva irrupción de aquellos bribones, su ropaje de teólogo quizá no sirviera de mucho, pues, ¿qué clase de hombres serían aquellos? ¿Se contentarían con lo robado en casa de Jorge o, por el contrario, irían

por más, como simples matones, intentando acallar a quienes supieran algo de todo aquel asunto?

Lo primero que hizo al llegar a la casa fue ir en pos de su madre y consolar su angustia. La mujer seguía apesadumbrada y en su rostro aún perduraban indicios de temor. Pero amén de sus esfuerzos por reanimarla, el muchacho trataba de contenerse a sí mismo y fingir ante lo sucedido la noche anterior. Clara no debía enterarse de nada —su propia seguridad estaba en juego—, y era preferible que ignorase la verdad, que pensara en rateros comunes y corrientes antes que sospechar los auténticos motivos que habían alentado a aquellos rufianes a invadir su casa.

Poco después, agotado por el esfuerzo y la noche sin dormir, Jorge marchó a su habitación, se zambulló en su lecho y se arropó hasta los ojos. Pero una hora después aún no había conciliado el sueño. Demasiados nubarrones poblaban su cabeza. ¿En qué iría a terminar todo aquello?, se preguntaba una y otra vez. La sola idea de que un plan urdido tantos siglos atrás aún tuviera sus acólitos, lo espantaba como una visión fantasmagórica y se volvía una pesadilla.

Por fin, cerca de la medianoche, mientras afuera atronaban las campanas de La Merced, los demonios del sueño envolvieron su lecho. Durmió incómodo, revolviéndose entre las sábanas y despertando ante el menor cuchicheo, pero no abandonó la cama sino hasta bien entrada la mañana.

Varios días transcurrieron sin novedad alguna. Jorge se mordía los codos de impaciencia. Numerosas veces tuvo la intención, acaso el impulso, de correr a casa de Viviani y seguir con sus aventuradas reuniones, pero el riesgo que ello implicaba, amén de los consejos del profesor, lo disuadieron de semejante osadía.

Una tarde golpearon las puertas de la casa. Era Manuel, el criado del profesor Viviani, y traía un sobre con una nota de su amo. Jorge despegó el sello de lacre, extrajo el papel y leyó:

Al final de la calle de Monserrat, detrás de la
Parroquia del Socorro, hay un galpón abandonado.
Te espero allí esta noche a las 10.

V.

Jorge alzó los ojos del papel.

—Dile que allí estaré —confirmó dirigiéndose al criado.

Y entonces fue como si de repente soltara una bocanada de aire largamente retenida. Al fin Viviani daba señales de vida, y aunque el

sitio en que habrían de encontrarse no parecía de lo más auspicioso, la nota obró como un bálsamo en su espíritu.

Las horas siguientes fueron de una arrebatadora ansiedad. Jorge iba de un lado a otro de la casa, nervioso, impaciente, reconcentrado en las muchas lagunas que aún existían en su cabeza respecto de los Evangelios sinópticos. Por fin, cerca de las nueve y media, tomó su abrigo, se envolvió una bufanda en el cuello, se calzó un gorro de lana y salió a la calle.

Esa noche hacía más frío que de costumbre. Una feroz sudestada, el día anterior, había arrancado techos, derribado árboles y traído un ventarrón helado que azotaba a la ciudad. Con los labios amoratados, en silencio, tolerando la crudeza del viento, el joven se internó entre callejas solitarias y oscuras, y un rato después sus pasos lo llevaron hacia la zona del Retiro. Allí la ciudad se diluía en algunas chacras desoladas, pequeñas casuchas y unos pocos establos en donde se alojaba el ganado. El muchacho avanzaba algo indeciso; cualquier sonido, el crujir de una rama, la melodía del viento, el ambiguo ronroneo de un sapo, todo se le antojaba infernal y tenebroso. Cada vez más las sombras parecían acentuarse, los árboles se volvían fantasmales, y algún buey cimarrón que estremecía sus cueros ante el paso del visitante adquiría proporciones de monstruo mitológico.

Por fin, a unos cincuenta pasos de distancia, sus ojos divisaron los contornos del galpón fundidos entre la bruma. Notaba en sí mismo una rara mezcla de ardor y entusiasmo. Aquella cita clandestina podía ser el principio de una aventura, y Jorge sentía burbujear sus venas ante aquella extraña odisea que el destino había puesto en su vida. Pero también, el oscuro y enigmático escenario en que se hallaba podía ser el comienzo de una tragedia. Avanzó lentamente y con los cinco sentidos puestos en aquel desvencijado cobertizo. Cerca de allí descansaba una carreta abandonada, un rimero de troncos a medio desbastar, los restos de un muro pintado a la cal y, sobre el pasto, ovillado sobre sí mismo, un lanudo y astroso perro que, al descubrir al visitante, hizo un brusco movimiento y salió disparado hacia la oscuridad.

En ese momento se oyó rezongar la puerta del galpón. Obedeciendo a un impulso el muchacho amagó a echarse al suelo y quedó con ambas rodillas en la tierra, pero el perfil borroso de Viviani, asomando entre la negrura, le devolvió la calma y se irguió nuevamente.

—Vamos, pasa, rápido —lo instó el profesor.

Adentro la oscuridad era absoluta. Había una sórdida pestilencia en el aire, hecha de cueros viejos y vahos de lana húmeda que

obligaban a apretar las narices. Jorge caminó unos pasos a tientas, palpando la frialdad de los muros, hasta que un enorme bulto a sus pies lo obligó a detenerse. Entretanto, el profesor dio lumbre a una vela y rápidamente envolvió la llama con una lonja de cuero para atenuar el resplandor. Ahora sí, por fin, el muchacho pudo observar el lugar con mayor detalle. Bañados por el ocre fulgor de la vela, descubrió una infinidad de trastos viejos, aperos en desuso, una pila de corambres de vaca, restos de lanas enfardadas, ladrillos, tablas, escombros y algunos derruidos sacos de harina que, de seguro, estarían repletos de gorgojos.

—No es el palacio de Versalles, pero servirá —bromeó Viviani ahogando la voz.

Jorge se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia. Luego intentó acomodarse en medio del revoltijo. Miró hacia el suelo y advirtió que el bulto que había detenido sus pasos era un hatajo de papeles amarillentos y libros de comercio a los que su dueño, por alguna razón, había abandonado allí. Con un trapo viejo sacudió el polvo que los cubría y se sentó encima. Por su parte, Viviani logró rescatar una desarticulada banqueta y se acomodó en ella. Ambos, apenas iluminados por el reverbero de la llama, semejaban formas espectrales cuya tenebrosa catadura espantaba por sí misma.

—¿Y bien? —preguntó Jorge en cuanto el profesor hubo de adaptarse a su precario sitial.

Viviani se alzó el cuello del abrigo y se frotó las manos.

—He descubierto el mecanismo disuasor —murmuró.

—¿El qué?

Una comprensiva sonrisa emergió de los labios del profesor. Sentado allí, de cara a la vela, algo encorvado hacia adelante, las sombras de su rostro parecían cortadas a cuchillo. Suspiró ligeramente y dijo:

—El mecanismo disuasor. Se supone que, amén de inventar una doctrina de conducta, los sinópticos también debieron elaborar un castigo para quienes no la cumplieran. En otras palabras, instalar la idea del miedo entre los fieles: miedo a desobedecer las reglas, miedo a apartarse del rebaño, miedo a todo aquello que fuera ajeno a la ortodoxia. Y según creo, dieron con la mejor forma de inculcar ese pánico. El mecanismo disuasor por excelencia, la gran herramienta de persuasión que utilizaron los sinópticos fue, sin duda alguna, el infierno.

Jorge sacudió la cabeza perplejo. Había algo que no cuadraba en aquella hipótesis.

—No, espere un momento —lo interrumpió—. Que yo sepa, los

sinópticos no fueron los inventores del infierno. Se habla de infiernos entre los griegos, entre los persas y hasta en el Antiguo Testamento.

—Y en muchos lugares más —completó Viviani—. Pero hay una diferencia fundamental. Verás, como tú dices, casi todas las civilizaciones antiguas han desarrollado el concepto de infierno de una u otra manera. Sin embargo, con la excepción tal vez de los asirios, ninguna ha creado un infierno tan atroz, tan horriblemente cruel, tan siniestro y despiadado como el que mencionan los Evangelios sinópticos.

Viviani explicó entonces que las nociones más primitivas sobre los infiernos hablaban sencillamente de un más allá, un lugar sin castigos ni tormento alguno, y cuya única característica negativa era cierta lobreguez y oscuridad. Más adelante, en las civilizaciones del Tigris y el Éufrates, los infiernos se habían transformado en sitios sombríos donde la estancia era incómoda a causa de las inmundicias o el mal olor, pero allí los muertos no hacían más que correr una suerte parecida a la de sus vidas, pues quienes iban a dar a aquel sitio eran los pobres y los hombres sin títulos ni poder alguno. Aun así, aquella existencia infernal no implicaba ningún castigo de orden moral, ni era el remedio aplicado a una falta cometida en vida. Muy similares habían sido los infiernos etruscos, los orientales y los germánicos, en los que tampoco existía el concepto de castigo. Y hasta el propio infierno de los judíos —el *sheol* del que hablaba el Antiguo Testamento—, era simplemente una morada para los difuntos, una fosa cerrada y oscura, con algo de suciedad y polvareda, pero sin suplicios ni torturas, pese al hecho de que el Yahveh judío era un dios bastante impetuoso y violento.

—En cambio —continuó Viviani—, el infierno cristiano parece hecho deliberadamente con el propósito de sumir a los fieles en el terror. Fíjate, el Jesús de Mateo, Marcos y Lucas habla del infierno como de “un lugar donde Dios destruye los cuerpos y las almas”, un “vertedero de basura”, un “horno ardiente donde habrá llanto y crujir de dientes”, y otras metáforas tales como “fuego inextinguible”, “tinieblas exteriores” y demás. Por otra parte —siguió el profesor—, el Jesús de los sinópticos repite todo el tiempo: “teme a esto” o “teme a lo otro”, es decir, asusta a sus rebaños con imágenes o historias que ponen los pelos de punta. Y lo cierto es que este miedo ha sido un componente esencial en la doctrina evangélica. Durante siglos los cristianos han vivido horrorizados por el temor al infierno. Los sinópticos les enseñaban que violar la doctrina los llevaría a padecer tormentos horribles. Y sin embargo, observa qué paradoja: alguien dijo que arrebatarle a un cristiano el miedo al infierno es quitarle la

mayor parte de su creencia...

Enseguida Viviani observó que había estado revisando la historia del cristianismo y que le habían llamado la atención la numerosa cantidad de Sínodos y Concilios en los que la Iglesia había tratado el tema del infierno, casi siempre para acentuar sus matices de horror y hacerlo más eficaz como método de castigo. Sin duda, parecía haber una crucial preocupación por intensificar las imágenes infernales.

—Si lo que dijeron los sinópticos te parece atroz —continuó Viviani—, entonces agárrate, porque las monstruosidades que inventó la Iglesia después, las detalladas perversidades que elucubraron los santos y los teólogos, esas sí que son escalofriantes. Los Padres de la Iglesia idearon torturas, formas de castigo y suplicios cada vez más brutales. Fíjate que entre los gnósticos o los maniqueos de la época también se hablaba de infiernos horrorosos, pero tenían un concepto del horror bastante ingenuo y clásico: gusanos, oscuridad, fuego, abismos. En cambio, los Padres introdujeron hasta una suerte de "tecnificación" del horror. Imaginaron máquinas de tortura cada vez más dolorosas y despiadadas, como si buscaran exagerar el miedo de los fieles hasta límites inauditos. Por ejemplo, San Jerónimo contaba que había una gigantesca prensa que trituraba los huesos de los condenados. San Hipólito mencionaba calderas hirvientes. Clemente de Alejandría hablaba de hombres colgados por la lengua, envueltos entre serpientes venenosas y nubes de gusanos. San Agustín decía que estaba lleno de enormes y hambrientas bestias carnívoras que arrancaban la piel de sus víctimas... Y así podría mencionarte decenas de suplicios diferentes: máquinas que descuartizan cuerpos, olas de hierro fundido, cascos de metal calentados al rojo vivo, pozos que vomitan fuego y lava, tenazas incandescentes para arrancar la piel, ganchos para colgar a las mujeres de los pezones y mil inventos y crueldades semejantes. De hecho, en el *Apocalipsis de Pablo*, un texto cristiano del siglo III, el autor habla de un ángel que conduce a Pablo al infierno y le informa que allí existen ciento cuarenta y cuatro mil clases diferentes de torturas —Viviani se tomó un breve respiro y luego siguió adelante—. ¿Comprendes lo que quiero decir? Durante siglos los doctores y teólogos parecen haberse empecinado en una tácita competencia por ver quién exageraba más en la brutalidad de los castigos infernales. Pero eso no es todo. Aunque parezca una locura, a finales del siglo II el monje Tertuliano aconsejaba a los cristianos que no fueran a ver los juegos del Circo, pues luego del Juicio Final se regodearían con un espectáculo aún mejor: ver el suplicio de los condenados en el infierno. Y en el mismo sentido, Santo Tomás escribía aquello de *sancti de poenis impiorum gaudebunt*,

es decir, que los santos se regocijan ante el sufrimiento y castigo de los impíos en el infierno.

Jorge se estremeció al pensar en todo aquello. ¿Hasta dónde era capaz de llegar la mente humana puesta a imaginar atrocidades? ¿Qué macabra perversidad habitaba en la cabeza de aquellos hombres? Eran santos, papas, mártires de la Iglesia, gentes de quienes se esperaba piedad y amor frente al género humano, y sin embargo, ocupaban mucho tiempo en idear suplicios, en crear imágenes sanguinarias y dolorosas, en instalar el miedo en la conciencia de los cristianos. Pero además, el joven se asombraba ante el prodigio de imaginación delirante con que esas gentes elucubraban sus ideas. Tal era la monstruosidad del infierno inventado por los sinópticos que algunos teólogos, espantados ante aquellas imágenes, aventuraban la idea de que los autores de los Evangelios se hubiesen equivocado al transcribir la palabra de Dios, pues de otro modo era imposible comprender semejante ferocidad.

—Pero, ¿de dónde sacaban esas cosas? —preguntó Jorge.

—Vaya uno a saber —contestó Viviani—. Erasmo de Rotterdam solía bromear acerca de ello: decía que algunos teólogos describían el infierno con tal maestría, que uno terminaba por sospechar que habían estado en él.

El muchacho celebró la ocurrencia con una leve sonrisa, pero en el fondo seguía indignado ante aquel plan siniestro urdido en Roma tantos siglos atrás, y que había hecho del cristianismo una religión del pánico. De pronto recordó cuántas veces, durante las misas dominicales, había escuchado al párroco hablar de las penas del infierno; recordó a los fieles haciendo cruces al oír de este o aquel tormento; recordó los manuales de catecismo que la Iglesia imponía en la educación de cada niño: páginas y páginas de grabados monstruosos, rostros helados del miedo, revelaciones inquietantes, y una vez más pensó en el crucial papel que el terror jugaba dentro del cristianismo.

—Y eso no es nada —prosiguió Viviani—. En un tiempo surgieron hombres como Orígenes, Diodoro, Gregorio de Niza o Dídimo el Ciego, que pertenecían a la Iglesia pero estaban asqueados de tanto horror. Entonces trataron de suavizar las imágenes infernales. Dijeron que en realidad el fuego y los tormentos eran más bien alegóricos, una simple invención fantasiosa pero sin contrapartida real. Sin embargo, vinieron los grandes Concilios del siglo V y rápidamente se encargaron de condenar esas doctrinas por heréticas. Todos aquellos que negaran la existencia del infierno o pretendieran relativizar sus castigos, eran tildados de herejes. Y en esos Concilios, como te decía hace un rato, la

Iglesia comenzó a dar mayor importancia al tema del infierno y a la utilización del miedo como recurso. Por aquellos años se formalizó la doctrina, se escribieron tratados acerca del miedo a Dios y se inculcaron nuevas formas de temor en los sermones, en las bulas y en los documentos papales. La idea era, una vez más, acentuar el miedo y oprimir la conciencia de los creyentes con imágenes que causaran sobresalto. —Viviani hizo otra pausa y continuó—: Pero también surgió otra cuestión: la eternidad de las penas. En todos los infiernos anteriores el castigo era finito y estaba restringido en el tiempo. Llegaba un momento en que la sanción concluía, y de hecho, mediante algún subterfugio milagroso, hasta era posible emerger del infierno y pasar a otras instancias celestiales. Pero durante el Concilio de Constantinopla, en el año 543, la Iglesia introdujo el concepto de la pena eterna: a partir de entonces, en el infierno cristiano el castigo es para siempre, nadie sale de allí jamás, no existen el perdón ni el arrepentimiento ni nada por el estilo... Es curioso —reflexionó el profesor—, pero alguien dijo alguna vez que la idea de que Dios no existe jamás ha atemorizado a nadie, pero la de que sí lo hay ha causado horror en millones...

Jorge suspiró por infinita vez. Nada era más abyecto que imponer el miedo como instrumento de dominación, pues aquella nefasta doctrina, exagerada por los sinópticos, era la responsable de un sinnúmero de catástrofes. ¿Cuántas guerras y masacres eran hijas del miedo? ¿Cuántas veces, por temor, el hombre había caído en el desenfreno y la crueldad hacia sus semejantes? Odio, agresión, furia, todo ello provenía de los más recónditos pliegues del alma humana y era engendrado por los demonios del terror.

La noche avanzaba despacio y el frío empezaba a convertirse en una miríada de agujas que se clavaban en la carne. La oscuridad del cobertizo, interrumpida por los breves destellos de la vela, ponía una atmósfera de tinieblas entre aquellas cuatro paredes y evocaba la negrura que debía reinar en los infiernos. Jorge aún intentaba digerir las palabras del profesor. Era indudable que los sinópticos habían empleado el miedo como uno más de sus recursos, y aunque esa doctrina tuviese tantos siglos de antigüedad, nadie podía negar que sus consecuencias llegaban hasta hoy. Por cierto, en muchas ocasiones, mientras veía a los frailes o monjes que transitaban por la ciudad, Jorge se preguntaba qué oscuras pasiones anidarían en la mente de aquellos hombres. Sabía que la educación religiosa estaba llena de rigores y durezas, y conocía a muchos sacerdotes que, al pensar en la cólera de Dios o en las desgracias del infierno, quedaban horrorizados y sin aliento. Se preguntaba qué clase de espíritus

podrían forjarse en los claustros o en los monasterios, allí donde un día tras otro, durante años y años, los aspirantes al sacerdocio debían escuchar sermones sobre el diablo, la ira divina, los castigos eternos, las máquinas infernales, y todo ello en medio de ayunos, sacrificios, penitencias y castigos corporales. ¿Cómo podía reaccionar un joven seminarista, ingenuo y crédulo, ante la idea de un Dios todopoderoso que truena desde el cielo, de un Dios omnipresente que todo lo ve, de un Dios inquisidor que no perdona a sus fieles ni el más mínimo vicio o pecado? Porque el Dios judeocristiano apenas se contentaba con censurar las faltas públicas: su ojo infinito alcanzaba a descubrir, también, las más secretas y furtivas miserias, aquellos vicios impronunciables, aquellas tentaciones subrepticias que la criatura humana relegaba a los más recónditos pliegues de su alma. Y nada ni nadie podía escapar a aquella mirada. No obstante, el siglo estaba llegando a su fin y la criatura humana, gracias al coraje de algunos pensadores, había logrado sacudirse muchos de aquellos recónditos temores con que venía conviviendo desde el tiempo de las cavernas. Algunos filósofos, sobre todo en Francia, habían arrojado luz sobre las muchas supersticiones en que se fundaba el cristianismo. Pero la Iglesia aún insistía en formar a sus miembros bajo la sombra del terror, aún amenazaba con las penas infernales e instalaba en el alma de los fieles aquel antiguo veneno que habían destilado los sinópticos. No, sospechaba el muchacho, un hombre cuyo espíritu es hijo del miedo, de ese temor que llega al paroxismo, no puede sino transformarse en un alma contaminada, en un ser frágil y quizá despiadado, temeroso de aventurarse fuera de su mundo y, a su vez, mensajero de aquellos mismos horrores para las generaciones siguientes.

—Ah, por cierto —recordó Viviani—, el Evangelio de Juan no habla nunca del infierno. Otra prueba más de que era ajeno al plan de los sinópticos...[7]

El frío apretaba cada vez más. Ya era cerca de medianoche y Jorge sentía los pies helados. Afuera se oía un concierto de grillos y chicharras. Viviani se había embozado aún más en su abrigo y, cada tanto, frotaba sus piernas para darse calor. Ninguno de los dos dejaba de tiritar.

—Qué bien vendrían unos mates —acotó el profesor.

—O un chocolate caliente… —soñó el muchacho.

Poco después, paseando sus ojos por el galpón, Jorge descubrió un par de vellones de lana colgados sobre una viga. Tomó uno de ellos y lo colocó sobre los hombros de Viviani; luego descolgó el otro y se envolvió a sí mismo. Era lana vieja, algo húmeda, y despedía un olor

nauseabundo, pero en ese momento era preferible apretar las narices a morir congelados.

Enseguida, buscando algo de calor, Viviani se puso de pie y sacudió un poco sus brazos. Luego se acurrucó aún más bajo el vellón, metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Tengo algo más…

Y estaba por largarse a hablar cuando, súbitamente, un ruido seco interrumpió sus palabras. Por un instante ambos quedaron paralizados. Jorge aguzó el oído y, por entre el rumor de la noche, creyó escuchar pasos cercanos. Alzó su mano en señal de alerta y al mismo tiempo, obedeciendo a un remoto impulso, se echó sobre la vela y apagó la llama de un soplido. Una oscuridad de mazmorra se apoderó del lugar. El muchacho contuvo la respiración y creyó escuchar un murmullo entrecortado. Mientras tanto, alarmado hasta la médula, Viviani manoteó un palo que había dejado a su alcance y en puntas de pie se aproximó a la puerta. A través de una grieta vio dos figuras borrosas que se hallaban a unos veinte pasos de allí. Pensó en vagabundos, merodeadores nocturnos, quizás una patrulla de guardias que anduviese de ronda por el lugar, pero estaba demasiado oscuro para advertir si traían algún uniforme.

Entretanto, las voces se aproximaban cada vez más al cobertizo. Jorge y el profesor aguardaban en silencio, crispados de nervios, temiendo que las puertas se abrieran en cualquier momento. Por las dudas, Viviani había retrocedido algunos pasos y blandía el palo sobre su cabeza, dispuesto a descargar un garrotazo ante el menor atisbo de problemas. El muchacho, por su parte, yacía agazapado junto a unos fardos de paja y listo para echarse como una fiera sobre los visitantes. Pero un momento después las voces parecieron alejarse. Viviani espió una vez más a través de la grieta y comprobó que los dos hombres rodeaban el galpón y seguían de largo, indiferentes, hasta ser tragados por la oscuridad nocturna.

—Ya se han ido —susurró mientras se oía silbar un murciélago por encima del techo.

—Cerca la vimos —dijo el muchacho largando un suspiro.

Acto seguido, ambos regresaron a su lugar y encendieron la vela nuevamente. El susto había pasado. Viviani se concedió un momento de respiro y luego murmuró:

—Como te decía, he descubierto algo más…

—¿De qué se trata? —preguntó Jorge arropándose bajo el vellón.

—La cuestión de los esclavos —observó el profesor—. En aquellos días el número de esclavos era tan grande que se había vuelto inmanejable. Había demasiados en Roma y eso provocaba una tensión

constante en todo el Imperio. De hecho, ya habían brotado algunos conatos de rebelión, y tal como recordarás, existía el penoso antecedente de Espartaco, que había llegado a organizar un ejército de unos 120.000 esclavos bien entrenados y pertrechados.

Jorge recordaba el episodio perfectamente: junto a sus hombres, después de vencer varias veces a las tropas imperiales, Espartaco había llegado a estar muy cerca de tomar la ciudad de Roma, tanto que el propio Senado, receloso de lo que pudiera ocurrir, acabó disponiendo un número inusual de legiones para combatirlo. El resultado fue una masacre espantosa en la que varios miles de esclavos, a modo de escarmiento, fueron crucificados a lo largo de la Vía Apia, y tanto Salustio como Plutarco y Apiano reflejaban en sus historias el horrible "olor a muerte" que mucho tiempo después aún flotaba en las inmediaciones de ese camino.

—El problema era alarmante —continuó Viviani—, y a mediados del siglo I sospecho que estaría entre las más urgentes preocupaciones del Imperio. —La voz del profesor se tornó más cautelosa—. Por lo tanto, se me ocurrió pensar que Roma tendría una buena oportunidad para manejar esa situación a través del plan.

Jorge lo observó intrigado.

—¿Quiere usted decir que el mensaje de los sinópticos iba también dirigido a los esclavos?

Viviani se mostró algo enigmático.

—Sí, aunque no el de los sinópticos...

Sus palabras quedaron aleteando en el aire.

—No comprendo —observó el muchacho.

Una vez más el rostro del profesor adquirió un tinte de hermetismo. La penumbra oscilante dejaba entrever sus ojos pequeños y amarronados.

—Hablo de otro personaje —respondió Viviani—, alguien que, junto con Mateo, Marcos y Lucas, se ocupó específicamente de los esclavos y trató de inculcarles la doctrina de la obediencia y la mansedumbre.

—¿Pero quién? —preguntó Jorge desbordando ansiedad.

El profesor respondió con cierta aspereza.

—Pablo... Sí, no te asombres. Creo que San Pablo tuvo mucho que ver dentro de la conjura sinóptica. Estuve releyendo sus epístolas con mucho cuidado y encajan perfectamente en nuestra hipótesis.

Acto seguido observó que existían varios versículos en los que Pablo se dirigía especialmente a los esclavos del Imperio, siempre en términos de gran cordialidad, aconsejándoles aceptar su destino, subordinarse a sus dueños, complacerlos siempre, reverenciarlos con

honores y no pensar siquiera en protestas o rebeliones. En una palabra, todas y cada una de las actitudes que convenían a Roma.

—Observa esto —dijo mientras sacaba del bolsillo otro papel lleno de notas y lo extendía hacia el joven—. He copiado algunos de esos versículos.

Jorge tomó el papel y lo acercó a la llama de la vela. Con cierta dificultad, bajo la luz titilante, alcanzó a leer:

I Timoteo 6.1:	*Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor…*
Colosenses 3.22:	*Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios.*
Efesios 6.5:	*Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo.*
Tito 2.9:	*Exhorta a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones.*

El muchacho levantó los ojos del papel y enarcó las cejas en un mohín de curiosidad.

—Como verás —anotó el profesor—, el criterio es idéntico al de los sinópticos: San Pablo no sólo jamás cuestiona el régimen esclavista, sino que recomienda a los esclavos la más absoluta obediencia y hasta les ruega que “tengan a sus amos por dignos de todo honor”. ¿Quién podría haber escrito esto sino alguien interesado en mantener en un puño a los siervos? Había que adoctrinarlos, enseñarles a obedecer como algo natural y transformarlos en dóciles corderos. Y si no me equivoco, Pablo se arrogó esa tarea, fue sembrando esos principios a través de sus epístolas y sus viajes… Sí, querido amigo, creo que hay que sumarlo a él también dentro de la conjura sinóptica.

No acababa el muchacho de oír aquello cuando, una vez más, se escucharon voces fuera del cobertizo. Con idéntica rapidez, Viviani apagó la llama de la vela y se aproximó a la puerta con el garrote en la mano. Pero una ojeada a través de la grieta le devolvió la calma.

—Son los mismos de antes —suspiró aliviado.

Jorge se acercó a la puerta y espió a través de la grieta. El anémico brillo de la luna le permitió adivinar las siluetas de los mismos individuos que habían pasado un momento atrás y que, sin duda, regresaban por el mismo camino. Jorge y el profesor se mantuvieron en silencio hasta que los hombres se alejaron, y luego, recobrando la serenidad, se enfrascaron nuevamente en sus asuntos.

La inclusión de Pablo había sorprendido al muchacho. Siempre había llamado su atención el casi enfermizo ardor con que el apóstol parecía haber emprendido su cruzada. Antes de su conversión al cristianismo, el judío Saulo había perseguido y asesinado a muchísimos cristianos, y en aquellos tiempos su crueldad y empecinamiento rayaban la obsesión. Pero tras una milagrosa rodada ecuestre, y habiendo sido "tocado" por la divinidad, Saulo había mudado sus odios, cambiado su nombre por el de Pablo y abrazado el cristianismo con la intransigencia de una mula. A partir de ese momento, sus esfuerzos por regar la fe de Jesús habían cobrado visos de obstinación, y el propio Pablo acabó por convertirse en el más entusiasta de los fieles. Ambas posturas, desde siempre, habían despertado una tímida suspicacia en el muchacho. La conducta del apóstol se le antojaba la de un fanático, un individuo abrumado, inflexible, presa de alguna extraña manía que lo llevaba a comportarse de un modo exagerado y frenético. Pablo parecía encarnar esa personalidad extrema y severa que tantas veces se adueña de los espíritus religiosos, aquellos que rezuman bondad y amor a su dios, y que, sin embargo, cobijan una gorgona en el interior de sus almas.

Con todo, Viviani apenas había insinuado los primeros resultados de su investigación. Ahora, ya repuesto del pequeño incidente con los dos extraños, se guareció una vez más bajo el vellón de lana y continuó.

—Pablo debió estar en contacto con los sinópticos, y de eso no hay duda alguna —observó mientras una de las vigas del techo crujía a causa del viento—. En Romanos 13.7, por ejemplo, aconseja pagar tributo al César y demás cuestiones que ya hemos visto en Mateo, Marcos y Lucas. Pero así como le fue encomendado el adoctrinamiento de los esclavos, Pablo también se ocupó de otras cosas vinculadas a la conveniencia del Imperio. Por supuesto, no desaprovechó la oportunidad de culpar a los judíos de la muerte de Jesús[8]. Pero además, algunos versículos de sus epístolas parecen haber sido escritos por el propio Emperador de Roma.

—¿Cuáles? —preguntó Jorge.

—Hablo de aquellos en los que Pablo presenta a las autoridades

terrenales como una emanación de la voluntad divina. Por ejemplo:

Romanos 13.1:	*Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas.*
Romanos 13.2:	*De modo que quien se opone a la autoridad, resiste a lo establecido por Dios; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos.*

—En otras palabras, nuestro Pablo trata de predicar a los fieles una suerte de legitimación del poder terrenal. Los versículos sugieren que cualquier autoridad, sea cual fuere, ha sido conferida por Dios. Y esto, desde luego, incluye al emperador romano, a quien los fieles deben someterse incondicionalmente ya que ha sido puesto en su trono por voluntad divina.

Jorge releyó los versículos y adelantó una mueca de ironía.

—Es como usted dice, profesor: si esto no lo escribió el propio Nerón...

—Así es. Y piensa en los primeros cristianos. Después de leer a Pablo quedarían persuadidos de que el Emperador de Roma era una suerte de enviado de Dios. Nadie se atrevería a cuestionar su poder ni sus decisiones, pues quienes se opusieran, tal como dice Pablo, acarrearían "condenación para sí mismos". Y más aún, debían tragarse cualquier injusticia, cualquier maltrato o lo que fuere, pues si provenían de Dios, las acciones del Emperador debían ser incuestionables. —Viviani tomó otro de sus papeles y continuó—: Pero además, Pablo no dejó ningún cabo suelto. Amén de lo anterior, y para asegurarse de que los cristianos se sometieran a las autoridades, no sólo habló del Emperador, sino también de los funcionarios menores, los magistrados, a quienes calificaba de "ministros de Dios".

Mira estos versículos.

Jorge tomó el papel y leyó:

Romanos 13.4:	*Porque [el magistrado] es ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme: porque no en vano lleva el cuchillo; porque es ministro de Dios, vengador para castigo al*

	que hace lo malo.
Romanos 13.5:	*Por lo cual es necesario que le estéis sujetos, no solamente por la ira, más aún por la conciencia.*

—¿Lo ves? —prosiguió Viviani—. Pablo quería imponer la obediencia en todos los niveles, asegurarse de que los fieles no sólo creyeran divina la autoridad del César, sino también la de aquellos funcionarios con quienes trataban día a día.

—Y también consiente el uso de las armas...

—Así es. Con eso de que "no en vano lleva el cuchillo", da a entender que los magistrados tienen derecho a estar armados y a emplear la violencia si es necesario.

El profesor deslizó algunos comentarios acerca de ello y luego observó que las doctrinas de Pablo habían marcado una profunda cicatriz en la política occidental. Una vez que el cristianismo logró convertirse en la religión oficial del Imperio Romano, la Iglesia hizo lo imposible para instaurar sus ideas en materia de gobierno. Los Padres de la Iglesia repetían hasta el cansancio aquello de *non est enim potestas nisi a Deo*, es decir, "no hay poder que no venga de Dios", y con ello adoctrinaban a los fieles para que se sometieran pacíficamente al Imperio. Luego mencionó que, sin duda, el pensamiento de Pablo se había demostrado harto eficaz, a punto tal que muchos cristianos, aun viviendo en condiciones miserables y soportando la opresión imperial, no cejaban en su convicción de que la autoridad del César emanaba de Dios. Y no sólo el vulgo se había convencido de ello: San Ireneo, por ejemplo, aun siendo perseguido por orden del emperador Marco Aurelio, seguía afirmando que todo poder terrenal provenía de Dios; Tomás de Antíoco sostenía que era necesario rendir los máximos honores al César, pues era "el hombre establecido por Dios en este mundo"; Atenágoras impulsaba a los cristianos a orar por el Imperio y su engrandecimiento; el mismo Tertuliano exigía que se rezara por el Emperador y se pagaran escrupulosamente los impuestos, al tiempo que escribía: "El Emperador es de nosotros [los cristianos] más que de nadie, ya que es nuestro Dios quien lo ha establecido", y luego insistía en que los fieles rezaran por todos los césares de Roma, ya que en su opinión eran los únicos que podían detener al anticristo o retrasar su llegada; en el mismo sentido, Jerónimo identificaba al Imperio como la única fuerza capaz de oponerse a las huestes del mal; San Agustín llegaba a hacer tal apología de la autoridad imperial que hasta el libro IV de *La ciudad de Dios* se titulaba "La grandeza de Roma es don de Dios". Pero el más

insólito de los testimonios había sido el del monje Eusebio, obispo de Cesarea, autor de una obra llamada *Elogio de Constantino*, en la que no solamente callaba los muchos crímenes perpetrados por el Emperador, a quien consideraba algo así como el Verbo Encarnado, sino que hasta llegaba a justificar las primeras persecuciones de cristianos, pues a su juicio era el propio Dios quien las había enviado para probar a sus fieles.

En resumidas cuentas, era tal la necesidad de lavar la imagen del Imperio, que los mismos cristianos que habían padecido muertes, torturas y persecuciones, ahora cantaban loas a sus victimarios.

Viviani se tomó un respiro y luego dijo:

—Y aunque no lo creas, la doctrina aún continúa vigente en nuestros días. Hace unos cuatro o cinco años el obispo de Córdoba, fray Joseph de San Alberto, dijo a sus fieles: "Oíd, pueblos, obedeced a vuestros superiores: toda potestad viene de Dios. Dad al César lo que es del César"[9].

En ese momento Jorge planteó una vez más la cuestión de la virtual espiritualidad del cristianismo. La vida en esta tierra era, para los creyentes, un lugar de paso, un mero tránsito hacia las moradas celestiales, y por esa razón, aquella prédica acerca del sometimiento a las autoridades no debía ser considerada en un sentido político. En otras palabras, al cristiano le importaba su alma y no las vicisitudes de su cuerpo en este mundo. Sin embargo, aquí estaba precisamente el nudo de la conjura sinóptica. Viviani observó que el objetivo primordial de los sinópticos había sido, sin duda, teñir el mensaje cristiano de un halo de espiritualidad.

—Había que convencer a los fieles de que olvidaran su vida terrenal. Cristo venía a hablarles de otro mundo y a persuadirlos de que aceptaran las desgracias de éste con absoluta resignación. De ahí que los sinópticos lo mostraran como un ser espiritual, ajeno a los asuntos mundanos. Pero eso fue sólo una pantalla.

—¿Entonces el verdadero Jesús no debió ser un líder religioso, sino un líder político?

—El verdadero Jesús, querido amigo, sin dejar de tener sus inquietudes espirituales, debió ser plenamente consciente de la opresión romana, un hombre con ambos pies en la tierra y preocupado por emancipar a su pueblo de aquella tiranía. Quienes lo consideran un líder religioso están olvidando algunas cosas.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, la cuestión de las persecuciones. Como sabes, en aquella época el Imperio estaba lleno de magos, profetas, locos iluminados, augures y predicadores; eran gentes convencidas de la

superioridad de sus verdades que iban de un lado a otro perorando acerca de reinos celestiales, dioses justicieros y demás mercancías religiosas. Pero las autoridades romanas ni siquiera se molestaban por ellos. Sabían que se trataba de nigromantes, vagabundos o iluminados que recorrían los sitios públicos, largaban sus arengas místicas a un grupo de alucinados y al día siguiente se marchaban a otra ciudad. Por lo tanto, si Cristo hubiese sido un predicador religioso, tal como dicen los sinópticos, Roma nunca se habría fijado en él. ¿Quién dispondría una tropa de soldados para capturar a un santurrón andrajoso que hablaba de otro mundo y se rodeaba de una docena de seguidores inofensivos?

Viviani insinuó luego que Jesús, en realidad, debía estar lejos de ser un líder religioso. Por el contrario, se rodearía de hombres lo suficientemente activos y turbulentos como para causar ciertas algaradas y motivar el desvelo de Roma. Pero Mateo, Marcos y Lucas habían callado acerca de ello. El Cristo de sus Evangelios trasuntaba piedad y obediencia, y no aparecía en él rasgo alguno que pudiese incomodar al Imperio.

—Comprendo lo que dice, profesor —asintió el muchacho—. Pero entonces, ¿por qué hubo tantas revueltas de cristianos en los siglos siguientes? Quiero decir, si los sinópticos enseñaban la humildad, el sometimiento y la no violencia, ¿cómo es que los seguidores de Jesús siguieron levantándose en contra del Imperio?

—Qué bueno que lo preguntes —dijo Viviani. Una mueca de regocijo pareció brillar en su rostro—. Lo que ocurre, si no me equivoco, es que la propaganda sinóptica demoró bastante tiempo en hacer carne entre los fieles. Durante los dos o tres primeros siglos aún había cristianos que conocían el mensaje original de Jesús, el verdadero, el que no había sido adulterado por los evangelistas. Tal vez era transmitido por vía oral, o quizá por algún libro que contuviera las auténticas enseñanzas de Cristo y que más tarde la Iglesia debió hacer desaparecer. De lo contrario, no habrían existido aquellas rebeliones ni tantos emperadores habrían ordenado perseguir y aniquilar a las masas cristianas. —El profesor ordenó una vez más sus notas y, como dando un toque final a su exposición, añadió—: Todo se resume en lo siguiente: ¿cómo es que había tantos cristianos rebeldes y levantiscos, si su propio Cristo les ordenaba someterse a las autoridades? Pues, sencillamente, porque muchos sabían que aquello era un fabuloso engaño...

Jorge mencionó entonces que, de acuerdo con la hipótesis de Viviani, debió haber un tiempo durante el cual coexistieron dos facciones de cristianos: los que sabían del mensaje original de Jesús, y

los que sólo conocían de él la imagen perpetrada por los sinópticos.

—Pues, eso creo —admitió el profesor—. Pero más tarde, y a medida que iban brotando las nuevas generaciones, la fuerza de la propaganda sinóptica fue extendiéndose poco a poco. Hacia finales del siglo III quedaban sólo algunos vestigios del mensaje original: tantos años de censuras, persecuciones y matanzas habían acabado con él, y al mismo tiempo, tantos años de imponer la doctrina sinóptica habían conseguido adormecer el espíritu de los nuevos cristianos y transformarlos en perfectos súbditos del Imperio.

—Y entonces llegó Constantino...

—Así es. A principios del siglo IV ya no quedaban ni rastros del verdadero mensaje. Roma había conseguido lo que quería, una doctrina que enseñaba la mansedumbre, permitía la esclavitud, renegaba de la vida mundana y prometía la bienaventuranza en el reino de los cielos. En otras palabras, tenía un pueblo dispuesto a sacrificar su vida terrenal en bien de un anhelado porvenir celeste, que, como te imaginarás, resulta ser el más dócil de los pueblos. Y el emperador Constantino no tuvo más que rematar la operación: hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio y con ello logró que toda aquella masa de fieles estuviese de su lado.

Tras decir aquello se embozó aún más bajo el vellón de lana y soltó un bostezo leonino que lo hizo estremecer. Jorge advirtió que el profesor temblaba de frío; ya llevaban muchas horas encerrados bajo la helada techumbre del cobertizo, y él mismo notaba que sus miembros se adormecían y empezaban a tiritar.

—¿Quiere que regresemos? —preguntó.

Viviani fue amargamente lacónico:

—Media hora más en este sitio y me tendrán que sacar con una picadora de hielo...

7 Existen, sí, varias alusiones al tema de los infiernos en el libro del Apocalipsis, que se atribuye a Juan. Sin embargo, los especialistas modernos están cada vez más de acuerdo en que el autor de ese libro no es el mismo que el del Evangelio (N. del A.).

8 Véase I Tesalonicenses 2.14-15.

9 Esta especie de “teología política” inaugurada por San Pablo (hay un antecedente en el capítulo 9 del libro de Samuel), llegó a estar vigente hasta bien entrado el siglo XIX, cuando el Papa León XII lanzó su famosa encíclica en la que, entre otras cosas, instaba a los fieles a observar los preceptos del Señor, quien “coloca a los Reyes en el Trono”. Y hasta podría extenderse al siglo XX, cuando el

general Francisco Franco aseguraba haber recibido su autoridad de parte de Dios (N. del A.).

Segunda Parte

XIV

> ¿...no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque ello sea ansí, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos.
>
> Miguel de Cervantes Saavedra: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*

Tras despedirse del profesor Viviani en la encrucijada de una calle, Jorge bordeó la Plaza Mayor y tomó por la Calle de las Torres en dirección a su casa. La noche semejaba un bosque desierto y petrificado, y a cada paso el joven, temeroso ante aquella estremecedora quietud, abría los ojos como un lince y observaba cada recoveco en procura de alguien que pudiera estar acechando sus pasos. De a ratos creía notar algún ruido, algún murmullo que rasgaba el silencio; entonces detenía su marcha, se quedaba inmóvil como una roca y aguzaba el oído procurando auscultar entre las grietas de la oscuridad. Tres o cuatro veces creyó oír chasquidos, tableteos, el eco de una rama quebrada, pero acabó por descubrir que era su propia imaginación la que exageraba las cosas y le jugaba una mala pasada. Se sentía demasiado endeble frente a la cerrazón nocturna: sin armas, indefenso en medio de la negrura, podía convertirse en una presa fácil para cualquier atacante, por no hablar de las numerosas jaurías de perros que atestaban la ciudad, con su aspecto de cerberos desencajados, y cuya sola evocación le ponía los pelos de punta.

Algunas calles más adelante le pareció escuchar un crujido a sus espaldas. Se volvió pensando en otro embeleco más de su imaginación, y estaba por reanudar la marcha cuando el negro cañón de una carabina le salió al encuentro. Jorge quedó paralizado del miedo. Aún no podía ver el rostro de quien empuñaba el arma, pero sintió que su

cuerpo se helaba y, por un momento, experimentó una total resignación ante aquel frío cañón de hierro que le apuntaba a los ojos.

—¡Las manos! ¡Alce las manos! —rugió una voz tan oscura como la noche.

El muchacho levantó ambos brazos y recién entonces una delgada claridad le permitió adivinar el rostro de quien tenía enfrente. Era un hombre bajo, de rasgos aindiados, con un fino bigote que culebreaba sobre sus labios y un raído tricornio que llevaba hundido hasta los ojos. Debía estar allí hacía rato, pues, aunque tratara de ocultarlo y mostrarse dueño de la situación, todo su cuerpo tiritaba como el de un perro mojado y hasta la propia carabina parecía a punto de caérsele de las manos.

El hombre se aproximó a dos o tres pasos de Jorge y le ordenó que se volteara y pusiera sus manos contra una pared. Fue en ese preciso momento, justo antes de volverse, cuando el joven reconoció el capote marrón, la chaqueta y los correajes del uniforme militar. Se trataba de un cabo de guardia, quizá del cuerpo de Dragones —a juzgar por el atuendo—, y cuya presencia allí obedecía a una mera cuestión de vigilancia.

Pese al susto que le causara aquella silueta de Hefesto mal entrazado, el muchacho suspiró con cierto alivio. Aquello, pensó mientras el guardia tanteaba sus ropas en busca de algún arma, no sería más que un control de rutina, y dado que no llevaba nada que pudiese comprometerlo, se resignó a tolerar las garras que palpaban su cuerpo.

—¿Qué anda haciendo por acá? —preguntó el cabo una vez terminada la faena. Su voz revelaba una mezcla de susto y fastidio.

—Voy a mi casa —respondió Jorge.

—¿Y de dónde viene?

El muchacho vaciló un momento y luego, sin darle muchas vueltas al asunto, eligió una pequeña mentira.

—De casa de un amigo. Estábamos jugando naipes —y enseguida, tras recordar que aquella práctica no estaba muy bien vista por las autoridades virreinales, agregó—: Pero sin apostar, ¿eh? Jugábamos por simple diversión…

El cabo de guardia no pareció muy interesado en indagar sobre la cuestión, de modo que, tras soltar una breve reprimenda a la que Jorge simuló obedecer, bajó el cañón del arma y dejó que el muchacho siguiera su camino.

El día empezaba a clarear cuando Jorge llegó a su casa y se echó a dormir. Sentía una inmensa fatiga en todo el cuerpo; el frío, la tensión, el pequeño susto con el guardia, todo ello había redundado en

un fuerte dolor de cabeza, amén de los muchos días en que su espíritu venía zozobrando a causa de sus encuentros con Viviani y los inesperados ribetes de la conjura sinóptica. No obstante, durmió a pierna suelta hasta el mediodía, cuando el recio campanero del convento de Nuestra Señora del Pilar lo arrancó de la cama a badajazos.

Los días siguientes hubieron de parecerle interminables. Mientras aguardaba una nueva comunicación de parte de Viviani, Jorge andaba de un lado a otro como una fiera encrespada por el encierro. Sentía arder la sangre en sus venas y, rabiando de impaciencia, debía ahogar a cada rato sus impulsos de correr hacia la casa del profesor.

Una mañana, bien temprano, sonaron aldabonazos en la puerta de entrada. Dado lo insólito de la hora, el muchacho imaginó que podría ser Manuel, el criado de Viviani, quien acaso portara algún mensaje del profesor, quizás el convite para un nuevo encuentro. Pero sus esperanzas se evaporaron al abrir la puerta y descubrir a un oficial de correos, mal afeitado y con los ojos legañosos, quien lo saludó con un aguardentoso buenos días que revelaba una noche mal dormida. Mientras sostenía por la reata a su caballo de postas, el hombre le entregó un sobre, le rogó que firmara una planilla y luego se retiró. De nuevo en la sala, el joven escudriñó la carátula del sobre, comprobó que venía de España y que estaba a nombre de su padre. Seguramente, quien lo había enviado ignoraba el fallecimiento de don Agustín. Jorge vaciló un instante al ver el nombre de su padre escrito con una ampulosa caligrafía que exageraba los trazos y parecía ornar cada letra con volutas y arabescos. Pero en ese momento una fugaz intuición cruzó por su mente. De un cajón del escritorio tomó un estilete, abrió el sobre con cuidado y extrajo el papel. La carta, en efecto, estaba fechada casi tres meses atrás, y aunque no se mencionaba remitente alguno, el muchacho adivinó de inmediato que provenía de aquel grupo de Madrid del que había hablado el doctor Azuela alguna vez.

Con las manos algo temblorosas, Jorge llevó el papel hacia la claridad de una ventana y comprobó que el mensaje era muy breve. Procurando calmar su incertidumbre leyó:

Estimado amigo:
Respecto del asunto que nos compete, hallará usted la respuesta en la célebre comedia de Molière: el Don Juan. Lea especialmente la página 8, renglón 6.
Reciba nuestro más cordial saludo.

El muchacho quitó sus ojos del papel y cayó en un abismo de perplejidad. ¿Una comedia de Molière? ¿Qué demonios tendría que ver eso en todo aquel asunto? Sin comprender aún lo que pudieran significar aquellas crípticas palabras, el joven marchó hacia la biblioteca y, no sin cierta prisa, buscó algún volumen con la obras de Molière. Durante varios minutos revolvió los estantes, inspeccionó algunos muebles en los que su padre solía guardar libros y hasta sondeó en los cajones del escritorio. Pero la breve pesquisa no dio resultado alguno. Por las dudas, marchó a la cocina y preguntó a su madre: quizá, tras la muerte de don Agustín, la mujer hubiese mudado algunos libros de lugar con el objeto de ganar algo de espacio en la ya atestada biblioteca de su marido. De hecho, unos días atrás había llevado una pequeña rinconera con algunos tomos a su habitación. Pero tras un conciso interrogatorio, Clara admitió no haber visto siquiera algún libro de Molière en toda la casa.

Desesperado ante el fracaso de su búsqueda, el muchacho pensó una vez más en Viviani. ¿Quién si no él, que amaba la buena literatura, podría tener en su biblioteca las obras de Molière? Sin embargo, la posibilidad de visitar al profesor en su casa era, a esas alturas, poco menos que una insensatez. Jorge se torturó hasta la noche procurando resolver aquella incómoda cuestión. Y fue precisamente en las horas nocturnas, tumbado en su cama y obnubilado por la más irritante ansiedad, cuando resolvió lo que iría a hacer: en la mañana, bien temprano, tomaría el sobre y marcharía a casa del profesor Viviani, pero a fin de evitar suspicacias o miradas indiscretas, se las ingeniaría para entrar por detrás, sorteando el muro que daba a los fondos de la propiedad. Era una idea algo aventurada y hasta corría el riesgo de que alguna tropa de milicias, al verlo escalando el muro, lo confundiese con un ladrón y le acertara un escopetazo en las nalgas. Pero de algún modo tenía que ver al profesor y no se le ocurría ninguna mejor estratagema.

A la mañana siguiente, con la carta bien escondida entre sus ropas, el muchacho abandonó la casa y marchó hacia su destino. La casona del profesor se erguía sobre un terreno amplio y cercado de eucaliptos y algarrobos. Tras una breve inspección del lugar, Jorge advirtió que existía un terreno baldío cuya medianera daba en parte hacia los fondos de la casa de Viviani. Esquivando zarzas y pastizales crecidos, se internó a través del terreno y poco después alcanzó la pared que dividía ambas propiedades. Medía unos ocho pies de altura, de modo que el joven arrimó un pequeño tronco y lo utilizó a modo de escalón para treparse.

La mujer de Viviani, que se hallaba junto a una criada tendiendo

ropa sobre una soga, casi se desvanece del susto al advertir la negra silueta que se descolgaba muro abajo. Pero bastó que el muchacho dejara ver su rostro, mientras sacudía sus ropas manchadas de un polvillo blanquecino, para que la dueña de casa y la criada recobrasen el color y dejaran de santiguarse.

—¡Por Dios, Jorge! ¿Qué haces aquí? —le gritó la mujer entre indignada y curiosa.

El muchacho se explicó lo mejor que pudo y rogó disculpas por aquella intromisión con visos de pirueta circense. Acto seguido preguntó por Viviani.

—Está adentro, en la biblioteca —respondió la mujer, que aún no se reponía del sobresalto—. Pero deja que yo le avise… No vaya a ocurrir que crea estar viendo una aparición.

Un momento después, tras ser informado por su mujer, el profesor Viviani recibió al joven con un mohín de sorpresa. Vestía su clásica bata de pana y hacía un momento acababa de encender su pipa, cuyo aroma reinaba en la biblioteca a modo de incienso. Miró a Jorge enarcando las cejas y murmuró:

—Presumo que habrás venido por algo importante, ¿no es verdad?

Aunque hubiese algo de ironía en sus palabras, la voz del profesor se oía un tanto alarmada. La presencia del muchacho a esa temprana hora de la mañana, aquel estrafalario modo de entrar, las ingratas circunstancias de los últimos días, todo ello hacía prefigurar la existencia de una nueva contrariedad. Jorge no dijo una palabra, avanzó unos pasos y le extendió la carta. Viviani contempló el sobre de ambos lados, extrajo el papel, lo desdobló ante sus ojos y leyó el mensaje. Luego se quitó la pipa de la boca y miró al muchacho. Había una rara expresión de suspicacia en su rostro.

—¿Y esto? —preguntó adelantando la barbilla.

—Llegó ayer, desde Madrid. Venía dirigida a mi padre —contestó Jorge.

Viviani releyó el mensaje y durante unos pocos segundos permaneció mudo y reconcentrado. Observaba cada palabra y cada letra en procura de señales que revelaran el significado de aquel extraño criptograma. Su viejo oficio académico, habituado a descifrar los jeroglíficos de la teología, había instalado en su rostro un perpetuo rictus de curiosidad, y mientras leía la carta sus ojos titilaban de un modo inusual, ensanchaba las aletas de la nariz, se mordisqueaba los labios, mesaba sus abultadas patillas y toda su humanidad parecía absorta en la faena. Sin embargo, a poco de ello sus especulaciones se vieron interrumpidas por la voz del muchacho.

—¿Tiene usted obras de Molière aquí? —preguntó señalando los

estantes de la biblioteca.

—Me temo que no —se excusó el profesor—. Pero si las tuviera, aun así estaríamos en aprietos.

—¿Por qué lo dice?

—Pues porque existen, que yo sepa, al menos tres o cuatro ediciones del *Don Juan*, algunas en cuarto y otras en octavo, y eso significa que la numeración de las páginas no es igual en todas ellas. La página 8 de una edición puede ser la 7 o la 9 de otra. Y lo mismo sucede con los renglones.

Jorge cayó en la cuenta de que había desdeñado ese detalle. Puesto a considerar el asunto, debió reconocer que existían dos posibilidades: o bien la carta se refería a alguna edición en especial, en cuyo caso era preciso averiguar de cuál se trataba, o bien deberían buscar a tientas, en cualquiera de ellas, hasta dar con algún pasaje que coincidiera con el señalado en la carta y resultara significativo.

Por espacio de algunos minutos ambos se hundieron en un lodazal de conjeturas, pero tras agotar los postulados básicos de toda investigación, se hizo evidente que el mensaje rehuía a cualquier lectura. Habían intentado hallarle algún sentido oculto, algún indicio agazapado bajo su aspecto original, pero nada provechoso parecía emerger de aquellos pocos renglones, y Viviani, desalentado por el traspié, comenzaba a destensar su rostro y adquiría una mueca de frustración que nublaba sus facciones.

—Por lo menos hay algo a nuestro favor —anunció mientras dejaba la carta sobre el escritorio. El tono de su voz revelaba una singular ambigüedad.

—¿Algo a nuestro favor? —repitió Jorge.

—Así es. No tengo idea de lo que significará el mensaje, pero el caso es que esas gentes de Madrid han vuelto a contactarse, y eso quiere decir que no estamos solos...

Jorge admitió que el profesor estaba en lo cierto, y durante algunos segundos vislumbró la posibilidad de estrechar lazos con aquellas gentes. Mientras tanto, Viviani continuaba intrigado con aquella extraña carta y la no menos esquiva referencia a Molière. ¿Qué podía haber en las obras del autor francés que remitiera a la conjura sinóptica? Se puso de pie, caminó hacia el hogar de leños, tomó un atizador y removió las brasas.

—Sea como fuere, habrá que procurarse un ejemplar de ese libro —comentó.

—¿Y usted qué sugiere?

Viviani reflexionó un momento.

—Dantas, la librería de Dantas —dijo alzando el dedo índice—. Lo

conoces, ¿verdad? Es ese portugués bonachón que tiene su tienda en la esquina de San Carlos y Santísima Trinidad.

Jorge lo conocía, por supuesto. Su padre era un cliente habitual y solía comprarle gran cantidad de libros, sobre todo aquellos que el portugués, burlando la prohibición de las autoridades virreinales, guardaba celosamente en un cuartucho trasero en el que, tras ganar su confianza y sortear algunos cerrojos, podían descubrirse las obras más comprometidas de los filósofos franceses y algunos volúmenes censurados por la Inquisición.

—Está bien, vamos para allá —se apresuró a decir el muchacho.

—No, un momento —lo frenó el profesor—. Será mejor que no te vean salir de aquí. Vete por el fondo, tal como entraste, y en un rato nos veremos allá en la librería.

Jorge asintió calladamente, se dirigió hacia los fondos de la casa y, ante el resignado estupor de la mujer de Viviani, se trepó al muro y desapareció tal como había llegado.

Media hora después entraba a la librería de Dantas. El lugar, semejante a una pequeña covacha, era bastante angosto y oscuro; apenas había sitio para moverse entre aquellas cuatro paredes asfixiadas de libros, entre aquellas estanterías que parecían desbordar hacia ambos lados, entre el polvoriento guirigay de manuales, cuartillas y mapamundis que dormían en los anaqueles, y menos aún entre las numerosas pilas de volúmenes, erguidas como columnas de un Partenón de papel, que iban desde el piso hasta el techo y amenazaban con derrumbarse en cualquier momento. Jorge no se explicaba cómo hacía el portugués para desplazarse entre aquel amasijo de libros, ni mucho menos para encontrar alguno, ya que imperaba un desorden tal que sólo una memoria prodigiosa era capaz de sortear. Para colmo, junto a las bibliotecas yacían varias cestas llenas de libros, paquetes a medio embalar y algunas cajas envueltas en papel de estraza, pues amén de aquella tienda, el portugués tenía contactos en todo el Virreinato y cada tanto despachaba alguna remesa hacia las librerías del interior.

Por lo demás, la única claridad en aquel sitio provenía de un pequeño tragaluz ubicado en el techo, pues las ventanas que daban a la calle habían sido cubiertas por dos grandes estanterías, repletas de volúmenes, que apenas dejaban colarse unos pocos rayos de sol. Todo ello hacía del local una suerte de atroz laberinto en el que sólo Dantas, habituado a aquella irregular topografía —o quizá dueño de un secreto hilo de Ariadna—, era capaz de transitar sin extraviarse.

Jorge se hallaba espiando la sección de geografía cuando se abrió una puerta trasera y apareció Dantas. Cargaba un alto rimero de libros

que le llegaban hasta los ojos y venía silbando una vieja morriña que evocaba los aires de su patria. Al ver al muchacho se apresuró a dejar los libros sobre un mostrador y lo saludó con gran cortesía.

—¡Jorge, qué grato verte aquí de nuevo! —dijo mientras le estrechaba la mano. Enseguida el tono de su voz se hizo algo más anubarrado—. Supe lo de tu padre... Créeme que lo lamento mucho.

El joven agradeció el saludo y, por un instante, sus ojos se detuvieron en la casi caricaturesca apariencia del portugués. Era un hombre de baja estatura, de andar zancajoso, y casi siempre iba vestido con una pelliza anudada hasta el cuello, pantalones de franela y pantuflas de lana que abrigaban sus pies del frío. Pero lo que más llamaba la atención era el perpetuo rubor de sus mejillas, tan rojas como una manzana, que contrastaban con la mortuoria palidez de su rostro y le conferían el aspecto de una marioneta de feria. Por lo demás, Dantas poseía un carácter afable y era un buen conversador, aunque su acento era tan cerrado que, alguna vez, bromeando con su hijo, don Agustín Solana había dicho que el portugués parecía hablar del mismo modo en que se escribía el hebreo: sin vocales.

En ese momento entró Viviani a la librería. Saludó al portugués con una ligera reverencia, luego se aproximó al mostrador y dijo:

—¿Tendrá usted algo de Molière?

Dantas soltó un leve suspiro y se pasó la mano por la calva.

—Hmm… ¿Molière? —repitió ahuecando la voz—. Sabréis que es un autor no muy bien visto en estos reinos, ¿verdad?

Aquello significaba, por supuesto, que las obras del francés integraban las listas del Santo Oficio, aquel infame catálogo en que la Iglesia incluía los textos más impertinentes, las ideas más heterodoxas y los autores cuya pluma abría heridas en el rocoso murallón del pensamiento oficial. A causa de ello, su lectura, posesión o compraventa estaban prohibidas en los muy católicos reinos de España. Sin embargo, el rocoso murallón estaba repleto de grietas, y si algún lector se atrevía a desafiar la clandestinidad, siempre era posible dar con alguna covachuela en donde hacerse de aquellas páginas malditas.

—¿Y qué obra de Molière estáis buscando? —preguntó el portugués. En su expresión se adivinaba una secreta complicidad.

—El *Don Juan* —repitieron casi a dúo Jorge y el profesor.

—¿El *Don Juan*? —masculló Dantas como si rebuscara en su memoria—. Qué curioso, ayer en la tarde un cliente me pidió la misma obra…

Un ligero cosquilleo invadió a ambos visitantes. ¿Sería aquello una simple coincidencia o habría algo más?

—¿Un cliente? —inquirió el profesor, y simulando un tono despreocupado, agregó—. Y dígame usted, ¿sería muy osado el preguntar de quién se trata?

Dantas se encogió de hombros y tragó saliva.

—Pues no lo sé. La verdad es que jamás lo había visto antes… —El librero sacudió la cabeza ligeramente y regresó a su propósito—. El *Don Juan*, ¿no es así? Y decidme, ¿buscáis la versión original o la traducción española?

Viviani y el muchacho se miraron aturdidos. En medio de tantas especulaciones no habían contado con esa posibilidad: bien podía ser que el mensaje correspondiera al texto original de la obra, lo cual no haría sino entorpecer aún más la investigación. No obstante, aquello sonaba un tanto improbable, de modo que, tras vacilar un segundo, el propio Jorge convino en pedir la versión española. Dantas tomó un pequeño candil, giró sobre sus pasos y mientras se perdía por una puerta trasera, anunció:

—Veré qué puedo hacer…

Jorge y Viviani permanecieron en silencio, husmeando entre los anaqueles y tratando de ahogar su impaciencia. Unos minutos más tarde el portugués regresaba con un ajado y ceniciento volumen entre sus manos. Era una edición en octavo, encuadernada en tafilete marrón y ayuna de toda pomposidad. Sobre el lomo, escrito en pequeñas letras doradas, podía leerse: Molière: *Don Juan-Tartufo*.

—Aquí tenéis —dijo el librero extendiendo el ejemplar—. Dos comedias al precio de una.

Viviani tomó el libro con ambas manos, y estaba a punto de abrirlo, de examinar aquella tan singular página 8 cuando, pensándolo detenidamente, resolvió que sería más oportuno el hacerlo en otro sitio. Pese a que el portugués era un hombre de confianza, amigo de las nuevas ideas y, en materia religiosa, un tanto dado a la blasfemia —día y noche solía jurar “por el coño de la Virgen”— no parecía aconsejable tratar aquella cuestión frente a sus oídos. Viviani preguntó el precio, que resultó estar dentro de lo razonable, pagó de su propio bolsillo y, tras saludar al librero, abandonó la tienda en compañía del joven.

Cerca de allí había dos tabernas enfrentadas por una ochava y entre las cuales existía una vieja rivalidad, ya que ambas aseguraban despachar el mejor aguardiente de la ciudad, lo cual no era sino una absurda y falsa arrogancia pues se abastecían de la misma marca y el mismo proveedor. Jorge y Viviani entraron en una de ellas y se sentaron en una descompuesta mesa hecha de troncos a medio desbastar. Había una docena de parroquianos, tres o cuatro de ellos de

pie junto a la barra y los demás en torno a una mesa en la que dos pardejones se disputaban una acalorada partida de naipes.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Viviani—. Ten en cuenta que son las diez de la mañana…

El muchacho dejó escapar una sonrisa y pidió una chocolatada. A su vez, el profesor se decidió por un café y algunos bizcochos para llenar el estómago, pues no había comido nada en la mañana y ya sus tripas sonaban más fuerte que las trompetas de Jericó.

—Muy bien —dijo mientras aguardaban a que el mozo trajera el pedido—. Veamos de una vez por todas qué hay en esa dichosa página 8.

Abrió el ejemplar con gran delicadeza y comenzó a voltear sus páginas. El papel estaba algo agrisado y bastante reseco, de tal suerte que parecía a punto de quebrarse a cada vuelta de hoja. Al llegar a la página 8, renglón 6, Viviani contuvo la respiración y leyó atentamente. Fueron varios segundos en que el muchacho, notando su pulso acelerado, fijó sus ojos en el rostro del profesor esperando advertir alguna mueca reveladora, algún gesto de sus facciones que tradujera lo que estaba leyendo. Pero el rostro de Viviani proyectaba una rigidez hermética y era imposible descifrar sus rasgos.

Por fin, quitando su vista del libro, el profesor miró al joven y dijo:

—Aquí no hay nada…

Su voz sonaba algo turbia y confusa.

—¿Cómo que nada? —preguntó descorazonado el muchacho.

—Sí, al menos yo no encuentro ninguna señal que parezca relevante.

Con un gesto algo precipitado, Jorge tomó el libro y lo volvió hacia sí. Demoró un momento en acomodar sus ojos al texto, pero luego, tras leer el párrafo y no sacar nada en limpio, alzó su vista hacia Viviani y dijo:

—No puede ser… Algo estamos haciendo mal.

Tras decir aquello, Jorge se concentró una vez más en el párrafo y leyó con mayor atención. Sus ojos se detenían en cada palabra, en cada letra, mientras procuraba desentrañar algún significado, alguna sutil referencia que pudiese revelar el sentido de aquel pasaje. Sin embargo, tras ensayar en vano alguna idea, terminó por admitir que no encontraba nada que pudiera ser de provecho. En efecto, el renglón 6 de la página 8 contenía un parlamento de Esgaranel, el criado de don Juan, en donde aquél preguntaba a su amo si no se arrepentía de haber matado a un comendador seis meses atrás. Eso era todo. No había otras referencias ni nada que pudiera insinuar algún indicio.

Jorge y el profesor vacilaron un momento; ya habían pensado en

aquella posibilidad: tal vez la nota se refería a otra edición del *Don Juan*, o acaso, tal como había sugerido el librero Dantas, a la versión original en francés. No obstante, resuelto a no darse por vencido, Viviani se tomó algunos minutos y examinó otras páginas en busca de alguna señal. La obra contaba las peripecias del célebre don Juan, un personaje licencioso cuyos juegos amatorios escandalizaban a la sociedad de su tiempo. El propio Esgaranel reprobaba la conducta de su amo, pero don Juan, fiel a la infidelidad, se vanagloriaba de ella y hacía votos por la más absoluta libertad en cuestiones de amor. Ser fiel, aducía el protagonista, es una necedad si el corazón se siente atraído por otra persona, y él mismo encarnaba esa idea casándose una y otra vez y burlándose de los cánones establecidos, a tal punto que el propio Esgaranel acababa diciéndole: "Tarde o temprano el cielo castiga a los impíos".

Lo que seguía después no eran sino los tópicos y enredos propios del teatro de Molière, que imprimía a su comedia los lances habituales del género y las peripecias típicas de una obra de tal naturaleza. Pero en todo el texto no parecía haber nada que pudiese emparentarse a la conjura sinóptica. El mozo ya había traído el café, la chocolatada y los bizcochos, y ahora, mientras espolvoreaba algo de azúcar en su taza, Viviani adoptó un semblante opaco y reflexivo. Había algo que aún inquietaba su espíritu, una ingrata sensación vecina al desencanto, pues intuía que habían pasado por alto alguna referencia, algún mínimo detalle que podría contener la respuesta. Decidido a exprimir aun más el texto de Molière, tomó el libro y volvió a hojearlo. Nuevamente su rostro adquirió una expresión cavilosa y abismada. Jorge lo observaba atónito, en silencio, y por momentos creía distinguir un ligero borboteo que manaba de la cabeza del profesor, como si un hervor de ideas tuviese lugar en ella y estuviera a punto de entrar en ebullición. Poco después, alzando sus ojos del texto, Viviani tragó uno de los bizcochos, bebió un sorbo de café y luego recordó que Molière había vivido en un tiempo de grandes conflictos religiosos. La Francia de entonces, donde católicos y protestantes vivían en perpetua riña, era escenario de persecuciones, crímenes y torturas en nombre de Dios. En virtud de sus personajes libertinos y heterodoxos, el teatro de Molière no había tardado en caer bajo la guadaña de la censura, e incluso él mismo, en una época, era vigilado y perseguido por la llamada Compañía del Santo Sacramento, una sociedad secreta que velaba sus acciones a través de donativos, visitas a prisiones, ayuda a misioneros, etcétera, pero que en el fondo tenía grandes lazos con la Iglesia y el poder establecido.

—Eso pone a nuestro Molière en una situación embarazosa —

comentó Viviani—. Quiero decir, si la Iglesia lo vigilaba y condenaba sus obras, tal vez no fuera solamente porque eran subidas de tono...

—¿Sugiere usted que había algo más? —preguntó Jorge.

—No lo sé. Pero ya que estamos especulando, podríamos suponer que sabía algo acerca de la conjura sinóptica, y que...

—...y que lo transmitía veladamente a través de sus obras —completó el muchacho.

—Es posible —admitió el profesor, y tras dar otro sorbo a su taza de café, añadió—: Pero no te hagas muchas ilusiones, Jorge, porque tengo la sensación de que estamos arando en el mar. —Señaló una vez más el libro y dijo—: No hay nada en esta obrita que parezca ni remotamente emparentado con lo que buscamos.

Jorge bebió su chocolatada y se limpió los labios con el puño de la camisa. Ya era casi mediodía y afuera pasaba una reata de mulas llevando sacos de harina y fardos de paja. Un visible desaliento se había enclavado en el rostro del muchacho. Miraba a las mulas a través de la ventana, pero sus ojos apenas se detenían en ellas. Fue entonces cuando el profesor, mientras desmenuzaba un trozo de bizcocho entre sus dientes, murmuró algo ininteligible.

—¿Qué dice usted? —preguntó el joven.

Viviani tragó apresuradamente, aspiró una bocanada de aire y con el dorso de la mano barrió algunas migas que había sobre la mesa.

—Digo que se me está ocurriendo algo —masculló en un tono de suma prudencia.

Jorge pareció apremiarlo con la mirada. Sabía que las ideas de Viviani, aun cuando no pasaran de una mera corazonada, eran como chispas en medio de la oscuridad.

—¿Algo como qué? —preguntó.

El profesor apoyó los codos sobre la mesa y dijo:

—Bueno, puede que sea una tontería, pero estaba pensando en que tal vez esa “página 8, renglón 6”, de que habla la carta, no se refiera a la obra de Molière... —Se detuvo un instante y luego prosiguió—: Quizá se trate de una clave o algo por el estilo... Sí, eso debe ser, una especie de clave, y es posible que tu padre supiera el código para descifrarla.

Jorge convino en que era una hipótesis razonable. No obstante, aquello suponía un obstáculo infranqueable: sin el código necesario parecía casi imposible interpretar el mensaje. Por un momento pensó en que, tal vez, revisando entre las pertenencias de su padre, sondeando entre sus libros o hurgando en los cuatro rincones de su estudio, podría dar con algún papel o algún cuadernillo que contuviese la clave. Pero la búsqueda podría ser interminable, y eso

siempre y cuando la respuesta se hallara en el estudio, pues acaso don Agustín Solana la hubiese escondido en otro sitio, o bien la recordara de memoria, en cuyo caso no quedaba sino resignarse al fracaso.

Viviani terminó su café y sus bizcochos y dijo:

—Por ahora no hay nada más que hacer. Ve a tu casa y busca en el estudio, aunque no creo que hallemos nada. Y ahora te ruego mil disculpas, pero me están esperando en otro sitio. —Señaló las tazas sobre la mesa y dijo—: Y no te preocupes por esto; yo invito.

ROMA, AÑO 65 D.C.

Envuelto entre las sábanas de su cama, Nerón despierta con un opresivo y lacerante dolor en el pecho. Sin embargo, no son sus ejercicios, no son las gruesas láminas de plomo con que suele adiestrar sus pulmones y mejorar su voz, sino el angustioso tormento que lo visita noche tras noche desde que ha ordenado asesinar a su madre.

A veces, cuando sus funciones se lo permiten, el Emperador se reconcentra en sí mismo y evoca el momento en que, hastiado por la impetuosa personalidad de Agripina, harto de sus muchas intrigas y desmanes, ha ordenado a sus esbirros que le den muerte. Poco después, movido por circunstancias aún más oscuras, ha hecho lo mismo con su esposa Octavia, y desde entonces toda su vida se ha vuelto un incesante suplicio. Cada noche los demonios del sueño invaden su alcoba, cada noche tiene horribles pesadillas en las que el fantasma de Agripina, ataviado como una de las Furias, irrumpe en su lecho y desgarra su piel hasta quedar en carne viva. Tales apariciones lo aterrorizan y han hecho del César un ser desconfiado, temeroso y atroz.

Ahora deja su lecho y se encamina hacia los baños. Allí lo espera una tina repleta de agua caliente y sales perfumadas. Es una costumbre que guarda desde niño: tomar baños a diario, calientes en invierno y fríos en verano, mientras un grupo de cortesanos, músicos y esclavos miman su cuerpo y atienden sus deseos. Pero hoy es diferente: el César no se halla con ánimos de recibir a nadie, de modo que, excepto un par de esclavos, ha hecho salir a todo el mundo de la habitación. Es un día tranquilo en Roma, no hay sobresaltos ni asuntos urgentes que atender, pero aun así el Emperador no consigue apaciguar sus nervios. Aquellas horribles e inquietantes pesadillas no son nada frente a la tortuosa realidad que vive día a día, pues, aun cuando la ciudad parece calma y el gobierno marcha sin sorpresas,

toda la corte imperial se ha convertido en un soterrado escondrijo de conspiradores. Todo el mundo simula agrado y devoción hacia el César; todo el mundo sonríe y se inclina ante su presencia, pero ¿cómo adivinar lo que subyace tras aquellos rostros complacientes? No hace mucho ha tenido lugar un intento de conspiración organizado por un grupo de soldados, algunos nobles y varios senadores encabezados por Cayo Pisón. La sombría conjura, desde un principio, ha estado maquinada con prolija minuciosidad: cada paso y cada acción, incluido el asesinato del César, han sido calculados y urdidos con implacable precisión, y hasta ha sido fijado el sitio en que perpetrar el atentado. Pero ciertas delaciones y errores han hecho fracasar el plan justo un día antes de llevarse a cabo. El Emperador, tembloroso y colérico, ha hecho apresar e interrogar a todo el mundo, y finalmente, obtenidas las confesiones, se ha apresurado a ordenar la ejecución de todos los implicados. Incluso el propio Séneca, su antiguo y sabio preceptor, ha sido emparentado a la conjura —aunque sin demasiadas pruebas— y forzado a cometer suicidio. Por esta vez Nerón ha salido indemne. La conspiración ha quedado en la nada y sus protagonistas abonan la tierra con sus huesos, pero desde entonces el Emperador desconfía de todos y cree ver un traidor hasta en el más inofensivo de sus eunucos.

Ahora, mientras enjabona su cuerpo, el César piensa en que el poder es una muy delgada telaraña, tan frágil como el más endeble de sus hilos. Parece un contrasentido, pero el hombre que maneja los destinos del mundo, el Príncipe cuya autoridad impera sobre millones de súbditos, se descubre solo y a merced de una hoja de cuchillo. Es cierto que el pueblo lo ama y vitorea en el Circo; es cierto que él mismo parece confiar ciegamente en su guardia pretoriana. Pero en los entresijos de la corte aún pululan enemigos encubiertos, Janos de dos caras, lobos disfrazados de ovejas. ¿Cómo saber lo que piensan, en el fondo, aquellos nobles y generales con quienes tropieza día a día en los corredores del palacio?

Poco después Nerón deja la tina y se calza un manto de color púrpura, mientras uno de sus esclavos unge su cuello y sus brazos con aceite de mirra. Aún siente el asfixiante dolor en el pecho y respira de un modo casi estentóreo, pero le aguardan demasiadas faenas y debe hacer a un lado sus padecimientos.

En una sala contigua esperan Seyano y los escribas. Nerón se encamina hacia allá con el sol de la mañana reverberando en los pasillos. Aún no se le quita de la cabeza el tormentoso recuerdo de su madre, que redobla su pulso y agita su respiración. Tras desandar el amplio y marmolado corredor, un esclavo lo recibe frente a la

habitación y le franquea la puerta. Adentro, el secretario y los cuatro escribas se ponen de pie para recibir al César. Les sorprende el ver su rostro desencajado, la frente plegada de arrugas, los ojos agobiados por el remordimiento. El secretario ya ha visto esa expresión otras veces; no ignora que el alma del César hierve como un abismo volcánico, pero sabe que en tales circunstancias debe llamarse a silencio y no hurgar en aquellas tormentas que opacan a su Príncipe.

Mientras Seyano y los escribas lo observan mudos, expectantes, Nerón avanza unos pasos y se derrumba en uno de los sillones. Por un instante su rostro agarrotado parece distenderse.

—¿Y bien, querido Seyano? —murmura con los párpados semicerrados—. Habéis hecho llamarme, ¿no es verdad?

El secretario enjuga el sudor de su frente y adelanta una mueca de satisfacción.

—El trabajo está terminado, César —anuncia complacido.

Recién entonces el Emperador emerge de su aturdimiento. Sus ojos parecen chispear y sacude su cabeza de un lado a otro, como ahuyentando el azote de sus recuerdos. Sobre la mesa descansan unos cuantos papiros, algunos abiertos o a medio enrollar, y en la expresión del secretario se adivina una grieta de impaciencia por conocer la opinión del César. El trabajo ha sido embarazoso y arduo; los escribas han debido extremar su ingenio para reconstruir la doctrina cristiana según sus propósitos. Confían en haber alcanzado sus metas, pero sólo el Príncipe de Roma es quien dará el último veredicto.

—Todo está allí, señor —observa el secretario señalando los papiros—. Tú dirás si es de tu agrado.

Nerón se adelanta unos pasos, toma uno de los rollos y lo abre con cierta torpeza. Por unos instantes sus ojos recorren el texto impasibles. Desde hace tiempo sufre de una ligera miopía, un mal que ha heredado de su padre, de modo que en ocasiones debe acercar el rollo a sus ojos para leer. Entretanto, Seyano procura mirar de soslayo el rostro del Emperador. Se siente conforme con su trabajo, pero en su cabeza aún chisporrotean algunas dudas respecto del propio Nerón; en los últimos tiempos, alarmado por las maquinaciones y enredos de la corte, el César se ha vuelto más errático y mudable que de costumbre. En ocasiones, hasta la más infame trivialidad enciende su cólera, y Seyano teme que un simple capricho lo impulse a tomar los papiros y arrojarlos por el aire. Pero nada de eso ocurre. No sin cierto alivio el secretario cree advertir un ligero entusiasmo en el rostro del Príncipe. Sus ojos parecen regodearse con la lectura, y de cuando en cuando una imperceptible sonrisa brota de sus labios.

Afuera se oye un rumor de caballos que trotan sobre las calles de

piedra. Mañana habrá carreras en el Circo, de modo que en los establos del Emperador todo es ajetreo y movimiento. Aún algo inquieto, mientras Nerón toma otro de los papiros, Seyano espía una vez más su rostro, observa su perfil aniñado, su cabello de un rubio rojizo, su gruesa y estrambótica papada, y se pregunta qué pensamientos ocuparán la mente del hombre más poderoso del mundo.

Tras echar un vistazo a los tres primeros rollos, Nerón se aclara los ojos y la emprende con el cuarto. Es el trabajo de Libanio, el último de los escribas, aquel de quien el César recela por su carácter velado y hermético. El papiro contiene el texto de varias cartas en las que Libanio, poniendo como destinatarias a algunas ciudades del Imperio, ha procurado hacer énfasis en el adoctrinamiento de los esclavos, en mostrar la autoridad del César como de origen divino y en la necesidad de extender las enseñanzas de Cristo por todo el orbe. Agazapado en un rincón, la mirada felina y acechante, el propio escriba observa al Emperador sin mover un músculo de su rostro. Sus dedos juegan nerviosamente con los pliegues de su manto, pero es la única señal, el único indicio que se permite para exhibir su inquietud.

Por fin, tras una breve lectura de cada uno de los papiros, Nerón alza su mirada y, como si fuese un basilisco, sus ojos petrifican a todos los presentes. Allí están, cuidadosamente alineados sobre la mesa, los rollos de papiro con que Roma intentará persuadir a los rebeldes cristianos. El secretario y sus hombres han hecho un buen trabajo y no han dejado nada al azar. Los papiros hablan de Cristo y de su venida al mundo; cuentan de sus antepasados, de sus milagros y de muchos episodios que describen al propio fundador de la secta. Pero también, en términos sencillos y comprensibles para el populacho, los escribas han enhebrado su mensaje de mansedumbre y docilidad, han arengado al vulgo a obedecer las leyes del Imperio y han insistido en las abominables torturas infernales que padecerán quienes se rebelen a sus doctrinas. Por último, relatan los días finales de Jesús, el modo en que fue traicionado por un zelote y cómo los judíos, transformados en seres viles y aborrecibles, convencen al prefecto romano para que lo haga crucificar. Sí, piensa Nerón, alguna vez la propia Roma le agradecerá el haber convertido a aquellos rebeldes en mansos corderos.

—Te has ganado el salario, mi querido Seyano —dice el Emperador—. Los dioses dirán si lograremos convencer a esas gentes, pero tú has cumplido con tu tarea.

El secretario hace una reverencia y por primera vez se permite una muestra de júbilo. Su orgullo se dibuja en una esmerada sonrisa que

ilumina sus labios. Enseguida, con un breve gesto de su mano, reconoce el esfuerzo de los demás escribas en la consecución del trabajo. Sin embargo, no todo está terminado: aún resta llevar a cabo la segunda parte del plan, quizá la más ingrata y embarazosa.

Nerón apoya su mano sobre uno de los rollos y dice:

—Ahora hay que dar a conocer esto en los cuatro rincones del mundo...

Su voz, algo alterada por las demenciales pesadillas, resuena en la habitación dejando un eco vibrante. Sí, ahora es preciso llevar a cabo la etapa más engorrosa del plan, y Nerón sabe que de ella dependerá el resultado final. Llevar el mensaje hacia los confines del Imperio tardará mucho tiempo, acaso años hasta que las siguientes generaciones de cristianos olviden las viejas ideas y se contagien de las nuevas. Para ello será necesario emplear las grandes rutas romanas y llegar hasta las costas del África, hasta las colonias asiáticas y hasta el centro y norte de Europa. Desde luego, uno de los puntos estratégicos será la propia Israel: allí es donde ha nacido Cristo y donde más arraigadas están sus enseñanzas, razón de más para acentuar la prédica y redoblar los esfuerzos.

—Id hacia allá —dice el Emperador—, mezclaos entre las gentes, hablad en los templos, en las plazas, en las grandes fiestas públicas. Cualquier auditorio será de provecho.

De pronto, ovillado en su rincón junto a la puerta, el oscuro Libanio se remueve en su asiento. Su rostro semeja una máscara sombría y rígida. Con la mano alzada llama la atención del Emperador y dice:

—Disculpa mi intromisión, César, pero hay algo que me impide obedecer tu orden...

Nerón clava sus ojos en la inescrutable figura del escriba. No está acostumbrado a que sus decisiones y mandatos sean cuestionados por nadie, y menos aún por alguien de quien no se fía demasiado. Pero en el fondo siente curiosidad por conocer los motivos del escriba.

—¿Qué es lo que te impide obedecerme? —pregunta algo desconcertado.

—Oh, César —contesta Libanio—, con gusto iría a la tierra de Israel para cumplir tus órdenes, pero sucede que en algunos sitios me conocen y saben que he perseguido y asesinado a muchos cristianos…

Nerón ladea su rostro y se vuelve hacia la ventana. Le cuesta sostener la mirada de Libanio; hay algo intimidante en el escriba, algo que el propio Emperador no acierta a reconocer tras aquellas facciones pétreas y acaso infames. No obstante, la objeción parece inquietarlo: durante años, Libanio ha sembrado el terror entre los seguidores de

Jesús, ha actuado de un modo sanguinario y feroz, cazándolos como ratas y apaleándolos hasta morir. Por lo tanto, su presencia en Israel podría echar abajo toda la factura del plan. Sin embargo, una idea algo descabellada parece germinar en la cabeza del Emperador. Tras un instante de vacilación, se dirige nuevamente al escriba y pregunta:

—Dime una cosa, Libanio, esos cristianos parecen gustar de ciertas milagrerías y prodigios, ¿no es así?

—Eso parece, César —contesta el escriba.

—Muy bien, entonces podrías simular una conversión, decirle a todo el mundo que, súbitamente, una señal en el cielo o algo similar te ha convencido de tus errores pasados y que ahora te has hecho cristiano. Si logras convencerlos, tu arrepentimiento será tomado como un milagro y eso te facilitará las cosas.

Libanio asiente sin abrir la boca y se dispone a estudiar la idea. Pero en ese momento se oye una vez más la voz de Seyano.

—Volviendo a nuestro mensaje, César, también hemos pensado en las sinagogas de los judíos. Allí, durante las ceremonias, los rabinos y los doctores se juntan para leer y comentar sus libros sagrados. Pero hay un momento en que los fieles pueden tomar la palabra y decir lo suyo. Sería una buena oportunidad para inmiscuirnos entre ellos y difundir el mensaje.

Nerón aprueba la sugerencia y se frota las manos oleosas por el aceite de mirra.

—Sí, es una buena idea —conviene—. Y ahora que lo dices, mi querido Seyano, se me ocurre pensar en las comunidades judías: como sabes, hay muchísimas dispersas a lo largo del Imperio, y en la mayoría de ellas hay gentes de la secta cristiana. Sería un buen sitio para encontrar prosélitos.

El secretario acaricia su barbilla y observa:

—Si me permites, César, tengo entendido que en muchas de esas comunidades se habla el griego. —Y señalando los papiros agrega—: Tal vez debamos traducir estos libros a esa lengua.

—Bien, traducidlos entonces...

Afuera, el restallar de los caballos se hace aún más intenso. Cada golpe de casco reverbera en la oquedad de los pasillos y se vuelve un estrépito ensordecedor. Con todo, y pese a sus muchas preocupaciones, el César parece regodearse con aquel sonido y ya palpita las carreras del día siguiente. Pero ahora está cansado, no ha dormido bien y dos profundas ojeras enmarcan su rostro. Uno de sus esclavos ha entrado a la sala portando una infusión de hierbas aromáticas y relajantes. Son las que prescribe su médico, el griego Caricles, toda vez que Nerón se siente agobiado y exhausto.

—Bien, señores —dice mientras bebe un sorbo de la amarga infusión—, continuad adelante con el plan. Y ahora dejadme solo, por favor, pues debo atender otros asuntos. —Mientras se retiran, el Emperador llama a su secretario—: Tú quédate Seyano, debo hablar contigo.

Algo sorprendido, el secretario observa cómo los demás abandonan la sala y, tras cerrarse la puerta, dirige su mirada hacia Nerón.

—Tú dirás, Cesar, en qué puedo servirte.

El Emperador retrocede unos pasos y toma asiento junto a la mesa. Se lo ve algo más calmo, fruto quizá de las adormideras que Caricles agrega a su infusión. Un ligero bostezo deforma su rostro por un momento. Bebe un par de sorbos más y luego, hincando sus ojos en Seyano, dice:

—Ordena que maten a Libanio.

El secretario da un leve respingo en su silla. No es la primera vez que recibe órdenes de esa clase: en los últimos tiempos el César ha sido pródigo en muertes, prisiones y exilios. Pero aun así no entiende qué lo ha llevado a tomar semejante determinación. Alarmado, aunque sin por ello mostrarse irreverente, se aclara la garganta y murmura:

—¿Puedo preguntarte, César, por qué quieres deshacerte de él?

—Es un hombre demasiado inteligente —susurra el Emperador.

Aquello no parece un argumento, pero Seyano conoce los hilos del poder y sabe que la inteligencia, en ocasiones, despierta el recelo de quienes ocupan el trono. Casi sin esperanzas, intenta hacer reflexionar al Emperador.

—Pero, César —alega con fingida humildad—, Libanio ha hecho un gran trabajo para el Imperio.

Nerón estalla como un perro rabioso.

—¡También Cayo Pisón lo hizo, y Silvano, y Escauro, y Séneca, pero eso no impidió que planearan asesinarme!

De pronto, el secretario observa el rostro del Emperador y advierte una mezcla de furia y perturbación. Aquel semblante lo arredra un poco, pero trata de mantener la serenidad y no exaltar aún más al César. Desde luego, sabe que el destino de Libanio está sellado: por más que interceda en su favor, el escriba se ha vuelto un enemigo en potencia, y a los ojos de Nerón no es más que un lobo al acecho, un individuo peligroso que ante el menor atisbo de conjura se transformará en otro Cayo Pisón.

—Te lo diré una vez más, Seyano: deja que Libanio complete su trabajo y luego haz que lo ejecuten.

Algo intimidado por la decisión del Emperador, Seyano se pone de

pie, inclina su cabeza y dice:

—No te preocupes, César, tu orden será cumplida.

XVI

BUENOS AIRES, 1794

Después de una noche interminable —las tinieblas del insomnio habían invadido su cuarto—, Jorge se levantó con los músculos agarrotados y la cabeza dando vueltas. No era la primera vez que le sucedía. En la última semana, la falta de sueño se había convertido en un flagelo y cada día, al abandonar su lecho, el joven sentía que sus fuerzas comenzaban a menguar y que su mente iba perdiendo lucidez. Era el momento en que, tras percibir el aire helado de la mañana, caía en la cuenta del extraño derrotero que había tomado su vida en los últimos tiempos. Lo que el profesor Viviani había sacado a la luz, aquella magna conjura urdida en los orígenes del cristianismo, lo convertía en depositario de un secreto cuyo peso era demasiado agobiador. Se preguntaba entonces, por infinita vez y de un modo casi obsesivo, hacia dónde conduciría toda aquella pesquisa y qué endiablados resortes se ocultarían bajo el plan de los sinópticos, pues, a juzgar por los recientes sucesos, parecía indudable que la maniobra extendía sus tentáculos hasta la actualidad. Sin embargo, aún más acuciante era imaginar lo que ocurriría de ahí en más. ¿Qué hacer con toda aquella información? ¿De qué modo revelar la existencia de un plan cuyos ribetes parecían tan insólitos? Jorge comenzaba a sospechar que las certeras conclusiones del profesor podrían resultar demasiado inverosímiles; cualquiera que supiese de ellas se escandalizaría, o bien supondría que Viviani era un loco trastornado, una especie de nuevo heresiarca empecinado en socavar las bases del cristianismo.

Y en esos pensamientos se abstraía por milésima vez, aturdido por la falta de sueño, cuando se oyeron golpes en la puerta de su habitación.

—Jorge, soy yo —se escuchó la voz de su madre—. ¿Puedo pasar?

Aún a medio vestir, el muchacho se apresuró a calzarse los pantalones, se enfundó una camisa limpia y dejó entrar a su madre.

—Ya era hora de que te levantaras —susurró la mujer. No había un matiz recriminatorio en sus palabras, sino más bien algo de asombro al advertir lo avanzado de la mañana—. Toma, han dejado esto para

ti.

Acto seguido le extendió un pequeño sobre que Jorge tomó con más ansiedad que sorpresa. De seguro debía tratarse de un nuevo mensaje de Viviani, y una vez que Clara se hubo retirado del cuarto, el muchacho tomó un estilete, rasgó la solapa del sobre y extrajo el papel. Un rapto de incertidumbre lo invadió al notar, después de una breve ojeada, que aquella no era la letra del profesor. Parpadeó algunas veces con el fin de aliviar la irritación de su ojos, y luego, arrimándose a la ventana, leyó el escueto mensaje:

Si está interesado en averiguar la verdad, lo espero esta noche a las diez en la esquina de Santísima Trinidad y la Calle de la Piedad.
Y por favor, venga usted solo.

Jorge releyó aquellas líneas dos o tres veces. Sentía la cabeza algo obnubilada, como en una suave borrachera, y sus ideas parecían brincar como dados en el interior de un cubilete. La nota era breve y sencilla; no contenía frases ambiguas ni requería de una sesuda interpretación. Pero su misma simpleza era demasiado exasperante: no había nombres, datos ni nada que permitiera especular sobre el origen del mensaje. Tras revisar el sobre y el papel una vez más, Jorge permaneció en silencio un momento y trató de acomodar sus entendederas. Pero aun así la nota parecía resistirse a cualquier exégesis. De pronto dejó la habitación y corrió en busca de su madre. Cuando al fin pudo hallarla, metida de bruces entre las macetas del jardín, fingió cierta naturalidad y preguntó:

—Madre, ese sobre que me diste hace un momento, ¿quién lo trajo?

Clara abandonó sus flores por un instante, sacudió sus manos sucias de tierra y dijo:

—No lo sé. Esta mañana abrí la puerta y estaba allí, tirado en el piso. ¿Por qué lo preguntas?

Jorge temió que la curiosidad de su madre se transformara en un problema —por cierto, desde algunos días atrás Clara venía advirtiendo la huidiza conducta de su hijo—, de modo que hizo un gesto de indiferencia, como restando notoriedad al asunto, y regresó al interior de la casa.

Ahora urgía avisar de aquello a Viviani, y el muchacho pensó en que una vez más se vería en el furtivo papel que había representado unos días atrás, escalando el muro que daba a los fondos de la casa y rogando que, en esta ocasión, la mujer del profesor no se desmayara del susto. Con esa idea en mente, cogió al vuelo su chaqueta de paño,

metió el sobre en uno de los bolsillos interiores y salió de la casa.

En el camino fue sopesando sus dudas. Por infinita vez, mientras apresuraba su marcha por entre las callejas de la ciudad, se preguntaba quién podría haber escrito el mensaje. La ausencia de indicios le impedía siquiera una mínima conjetura. No obstante, debía existir una razón para que el anónimo autor callara toda referencia y deseara ocultar su identidad. Pero entonces, una sospecha atroz se instaló en su espíritu: ¿no se trataría de una trampa? Después de todo, la nota indicaba aquello de "venga usted solo", un requisito que, en atención a las circunstancias, despertaba una cierta inquietud en el alma del muchacho. Pero se consoló al pensar que, si en verdad alguien procuraba hacerle daño o empujarlo hacia alguna emboscada, probablemente no hubiese utilizado un anzuelo tan sospechoso.

En esos pensamientos estaba cuando llegó a lo de Viviani, rodeó la casa hasta alcanzar el fondo, trepó el muro de un salto y cayó al otro lado. Grande fue su sorpresa al incorporarse y ver al profesor en el jardín, echado sobre una mullida tumbona y fumando su pipa. Casi no hubo gesto alguno en el dueño de casa; meneó su pipa en el aire con resignada tranquilidad, acarició su barbilla y dijo:

—Recuérdame que haga construir una puerta en ese muro.

Jorge sonrió mientras quitaba el polvo de sus ropas, y una vez más rogó disculpas por su indiscreta irrupción. Era una mañana soleada, de principios de septiembre, y aunque hacía algo de frío ya se insinuaban los primeros estertores de la primavera. Viviani había estado asoleándose un poco, respirando ese aire que ya traía algo de auspiciosa calidez en su aliento, y a causa de ello sus dos enjutas mejillas se habían teñido de un saludable sonrojo primaveral. Jorge eludió algunos brotes recién podados, se aproximó al profesor y le tendió la nota.

—Alguien la dejó esta mañana en mi casa —observó sin más comentario.

Haciendo a un lado su pipa, Viviani tomó el papel y leyó detenidamente. Cuando por fin alzó su mirada, reparó en que el muchacho aún permanecía de pie y lo invitó a sentarse en una mecedora que había junto a la suya. Luego hizo dos o tres preguntas de rigor y se quedó en silencio un instante mientras procuraba encontrar sentido a los hechos. Había una expresión ligeramente inquisitiva en su rostro, como esos sabuesos que olisquean el aire en busca de algún rastro. Pero al cabo de unos minutos Jorge advirtió que su antiguo profesor se hallaba tan desconcertado como él. Aprovechó entonces para insinuar sus propios temores: ¿no sería aquello un engaño, una astuta celada para atraparlo? Se acomodó en

la mecedora y con visible inquietud preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Viviani respiró con ligera gravedad. Era cierto que, de tratarse de alguna trampa, quien la hubiese ideado no habría escrito un mensaje tan furtivo ni sospechoso. Pero habida cuenta del peligro que acaso anidara tras aquella nota, la pregunta del muchacho no era fácil de responder.

—En verdad no sé qué decirte —observó el dueño de casa tras un momento de vacilación—. Todo esto parece bastante extraño, pero hay algo que está claro: si no acudes a ese sitio esta noche nos quedaremos con la espina toda la vida...

Jorge reconoció que el profesor tenía razón: aun cuando aquello pudiese resultar un anzuelo, una tentadora carnada para su hambrienta curiosidad, tenía que hacer a un lado sus temores y correr el riesgo, de modo que, tras pensarlo un poco y descartar otras posibilidades, resolvió que se presentaría a la cita. Hablaron entonces de tomar ciertas precauciones: Viviani sugirió acompañar al muchacho y ocultarse en las cercanías, o bien que el propio Jorge, por las dudas, llevara algún arma oculta entre sus ropas y pudiera defenderse en caso de problemas. Pero luego de examinar ambas opciones con cierto detalle, acabaron por desecharlas y encomendarse a la buena suerte.

—Muy bien, Jorge —dijo Viviani ahogando un cierto resquemor—. Pero quiero que vayas con mucho cuidado y que abras bien los ojos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió el joven.

Poco después se despidieron con un apretón de manos, Jorge trepó al muro una vez más, brincó al otro lado y emprendió el regreso a su casa envuelto en la agria sensación de que su vida, a partir de ese momento, comenzaba a formar parte de un siniestro y acaso fatal engranaje.

En la noche, luego de una cena ligera que engulló a las apuradas, el muchacho dejó su casa y tomó por la Calle de la Piedad. Había refrescado bastante, pero el cielo estaba despejado y un rumor de constelaciones acompañaba su marcha y sembraba la esfera nocturna de chispazos luminosos. Algunas cuadras más adelante dio con la Calle de la Santísima Trinidad. Allí se alzaba la Catedral de la ciudad, una inmensa mole de piedra erizada de columnas, arcadas, torretas y campanarios. Su fantasmal estampa se veía aún más terrorífica en virtud de algunas antorchas que iluminaban su fachada y le daban el mortecino aspecto de una construcción gótica. Tratando de aguzar la vista, Jorge miró a su alrededor y no descubrió presencia alguna. Ya debían ser poco más de las diez, y sin embargo nada se movía en las

cercanías, a excepción de algunos árboles cuyas ramazones parecían parpadear al ritmo de las antorchas. Permaneció allí inmóvil, casi sin respirar, atento a cualquier ligera escaramuza, hasta que un momento después oyó un chasquido y una voz gutural que pronunciaba su nombre.

—Eh, Solana, por aquí...

El muchacho se volvió con cierta brusquedad y sus ojos hurgaron en vano entre las sombras. La voz había sonado próxima, tal vez a menos de una decena de pasos, y sin embargo nada parecía alterar la muda quietud de la noche. Un nuevo llamado orientó su atención, y entonces sí, tras la reja de hierro que cercaba la Catedral, le pareció ver una borrosa figura que se mecía entre la oscuridad. Jorge se aproximó a la reja y quedó algo aturdido: no había nadie allí, y por más que esforzaba sus ojos no lograba distinguir más que sombras y opacidades. Pero un momento después algo pareció moverse entre la espesura. El muchacho se tomó de la reja, miró una vez más y descubrió la cabeza de un hombre oculta bajo un arbusto. Sintió algo de temor ante aquella visión: la extraña cabeza se hallaba a la altura del suelo, confundida entre las ramas del arbusto, pero aun cuando Jorge intentaba agudizar su vista no conseguía distinguir el resto del cuerpo. Debió ponerse de rodillas para advertir que, en realidad, su misterioso interlocutor se hallaba en el interior de un pozo del que apenas asomaban su cabeza y sus hombros.

—Vamos, Solana, venga por aquí—lo instó el hombre una vez más —. Apresúrese.

Jorge no pudo evitar un repentino impulso y durante unos segundos estuvo a punto de huir de allí. La noche cerrada, los sólidos muros de la Catedral irguiéndose como un castillo de fábula, aquella lacerante voz que lo conminaba a aproximarse, todo ello le había erizado el espinazo y había tensado su cuerpo como el de un felino acosado por un cazador. Pero no había ido hasta allí para salir a la disparada ante el menor contratiempo, de modo que intentó amansar sus nervios, escaló la reja con dos o tres zancadas —últimamente aquella práctica se le había vuelto corriente—, y cayó al otro lado arañando sus ropas con el tallo de un rosal.

—Por aquí —repitió el hombre mientras se perdía en el interior del agujero.

En cuclillas sobre la tierra, Jorge se asomó a la boca del pozo y divisó una estrecha escalera de piedra que descendía hasta el fondo. Acaso por instinto echó una ojeada a su alrededor y luego, encogiendo sus piernas, comenzó a bajar peldaño a peldaño. Cuando al fin sus botas alcanzaron el suelo, un olor a tierra húmeda le invadió las

narices. El hombre, cuyo rostro aún no alcanzaba a reconocer, lo aguardaba a dos pasos de allí, alzando una lámpara de aceite cuya luz apenas reverberaba en su derredor. Vestía un grueso capote que le llegaba hasta los pies y un sombrero de fieltro anudado por debajo de la barbilla. El muchacho permaneció un instante observándolo, intentando descifrar sus rasgos, pero la escasa luz apenas le devolvía un juego de sombras informes y titilantes. Iba a susurrar algo cuando el otro se adelantó y dijo:

—Sígame, por aquí.

Enseguida se volvió sobre sus pasos y comenzó a caminar. Jorge, que apenas conseguía disimular su horror, vaciló un momento y luego marchó tras la encapotada figura. Sentía una cruda indefensión frente a aquel desconocido: observaba sus espaldas, los pliegues de su capote, la oscilante lámpara que pendía de su mano, y se estremecía al pensar que, en cualquier momento, el hombre podría volverse sobre sí mismo, descorrer su capa y como por artes de birlibirloque extraer el cañón de un arma y apuntarlo hacia sus ojos. Por lo demás, se preguntaba hacia dónde conduciría aquel ancho y extraño pasadizo. A juzgar por el sonido hueco de sus pasos, el suelo debía ser de piedra o ladrillo, mientras que el techo, de forma ligeramente abovedada, le provocaba la extraña sensación de encontrarse el interior de un enorme escarabajo.

Anduvieron algunos pasos en medio de la penumbra. Aquel inusual pasadizo, tan hermético y cerrado como una ratonera, parecía imitar las célebres catacumbas en que se refugiaban los primeros cristianos. Las paredes algo húmedas, tapizadas de un sedimento granulado que se mezclaba con la tierra, sudaban gotas de lodo por entre las coyunturas, mientras que el aire, a medida que se adentraban, iba enrareciéndose cada vez más hasta volverse casi asfixiante.

Algunos pasos más adelante el hombre se detuvo y colgó su lámpara sobre un remache clavado en la pared. Cuando la llama se hubo aquietado, Jorge miró en su derredor y comprobó que el pasillo aún seguía extendiéndose hacia adelante, aunque era imposible determinar hasta dónde podía llegar.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó sin muchas expectativas.

El hombre alzó la barbilla y señaló hacia la oscuridad.

—No tiene sentido ir más allá —dijo—. Esto sigue igual por cuadras y cuadras.

Fue entonces cuando el muchacho cayó en la cuenta de dónde se hallaba. Durante años había escuchado rumores que hablaban de una red de túneles subterráneos, una trama secreta de galerías que atravesaban las vísceras de la ciudad. Se decía que muchos de ellos

habían sido construidos por los jesuitas antes de su expulsión, y que el gigantesco entramado comunicaba, a través de un sinfín de corredores, los principales edificios de la urbe. Uno de los brazos, según conjeturaban algunos, nacía en la Catedral y cruzaba la Plaza Mayor en dirección al Fuerte; otro llegaba hasta la cripta de la capilla de San Lorenzo; otro más alcanzaba las catacumbas de San Francisco y de allí se ramificaba hacia la iglesia de la Merced y la de San Juan Bautista. Pero aun cuando había muchas habladurías al respecto, la existencia de aquellos túneles no pasaba de ser, a juicio de la mayoría, más que un viejo mito propio de espíritus artificiosos. Por cierto, los más imaginativos referían la existencia de miles de cadáveres, esclavos negros torturados, prisioneros de guerra, monjas descarriadas y, por supuesto, armas, joyas, tesoros y hasta momias embalsamadas.

Demasiado aturdido por aquel escenario, Jorge se recostó contra uno de los muros y miró a su extraño acompañante reclamando una explicación. La respuesta no se hizo esperar: menguando su aire de misterio, el hombre se despojó del sombrero y dijo:

—Me llamo Vedia, Alfonso Vedia. Fui amigo de tu padre…

Jorge se sorprendió del tuteo, aunque en modo alguno le sonó irrespetuoso. No había visto nunca a aquel individuo ni recordaba que su padre lo hubiese nombrado jamás, pero aun así había algo en su rostro que le resultaba fa miliar.

—Quiero disculparme por todo esto —dijo el hombre señalando los techos abovedados y la opresiva sensación de encierro que transmitían aquellos muros—. Pero necesitaba hablar contigo en algún lugar seguro.

Su voz se oía algo crispada y ronca, tal vez a causa del aire helado que corría por aquellos pasadizos. Ahora que se había quitado el sombrero, Jorge tuvo ocasión de observar su rostro con mayor nitidez. Lo que más llamó su atención fue el rugoso aspecto de sus mejillas, tan picadas de viruela que parecían haber recibido una perdigonada. Sus ojos, enturbiados por la oscuridad, miraban con cierta mesura y apenas pestañeaban. La nariz era algo gruesa y estaba montada sobre un bigotazo cuyas puntas remataban hacia arriba. El cabello, escaso en la frente y algo enmarañado en el resto de la cabeza, disputaba sus últimas batallas al veneno de la calvicie. Jorge no pudo evitar que la imagen de Quevedo le viniera a la memoria.

—¿Amigo de mi padre ha dicho usted? —repitió asustándose del eco de su voz.

—Así es. Nos conocimos hace años, por mera casualidad. En aquella época yo también estaba interesado en algunos aspectos del cristianismo. Había ciertas cuestiones que no encajaban, y tu padre,

que era un espíritu libre de prejuicios, me hizo comprender que era necesario abrir los ojos, observar allí donde los creyentes no se atreven a mirar...

Hablaba con una rara parsimonia, tanto más llamativa por lo impropio de la situación. Jorge aún mantenía un prudente escepticismo frente a aquella silueta quevedesca: en los últimos tiempos el umbral de su desconfianza había aumentado considerablemente.

—Entonces tu padre y yo comenzamos a estudiar los orígenes del cristianismo y a descubrir algunas cosas — prosiguió Vedia—. Había muchos puntos demasiado oscuros, lagunas, piezas que no se ajustaban a su sitio, hasta que tu padre viajó a Madrid y muchos cabos sueltos empezaron a anudarse.

Jorge asintió, dando a entender que estaba al tanto de todo aquello.

—Muy bien —dijo interrumpiendo la explicación—. ¿Y qué es lo que pretende usted ahora?

Con un gesto algo nervioso, Vedia escarbó el interior de su sombrero intentando restaurar su redondez.

—Tu padre —recordó—, me dijo que si alguna vez le ocurría algo tú debías tomar la posta. Naturalmente, él sabía lo riesgoso de la situación y no quería obligarte. Por eso evitó decírtelo personalmente, pues pensaba que de ese modo tú asumirías el compromiso para no defraudarlo: ya sabes, nadie se niega a la última voluntad de un moribundo. Pero él no quería eso, y entonces le rogó al doctor Azuela que hablara contigo, que sondeara el terreno, y en caso de que tú estuvieras de acuerdo, te confiara todo lo que sabíamos.

—¿Usted conoció al doctor Azuela? —atinó a preguntar el muchacho.

—Sí, aunque no personalmente. Y también sé que él estaba al corriente de todo. Por desgracia, alguien resolvió quitarlo del camino…

Dejó la frase en suspenso, como si un inquietante augurio revolotease en su cabeza.

—¿Alguien? —repitió Jorge—. ¿Pero quién?

Vedia suspiró y se encogió de hombros. La respuesta a aquella pregunta no era nada sencilla. Y estaba por decir algo cuando se escuchó un sonido reseco en el fondo del túnel. Durante un segundo ambos se quedaron tiesos como estatuas, aguardando en un sepulcral silencio que pronto se volvió aterrador, hasta que un nuevo crujido los arrancó de su letargo. Vedia se echó sobre la lámpara y ahogó la llama de un soplido. Ahora la oscuridad era absoluta. Jorge se recostó sobre

la pared, como buscando un punto de apoyo, y sintió en sus manos la fría dureza de la piedra. El sonido continuaba retumbando, cada vez más cercano, cada vez más ostensible, hasta que fue evidente que se trataba de pasos humanos. El muchacho sintió que su pulso se encabritaba; aun cuando podía huir hacia el extremo opuesto del túnel, aquella endemoniada negrura le cerraba el paso: era como un obstáculo, un sólido murallón imposible de sortear. De pronto oyó la voz de Vedia.

—Sígueme, por aquí —susurró el hombre apremiándolo a escapar.

Jorge se despegó del muro y sintió un repentino vahído, como un ciego a quien le arrebataran su bastón. Caminó una media docena de pasos, tanteando el aire con sus manos, y luego tropezó con una pared. Sin duda había equivocado el rumbo. En vano miró hacia ambos lados de su cabeza; en vano procuró atisbar la silueta de Vedia, pero no había siquiera un atisbo de luz que pudiese orientarlo. Un vago instinto lo impulsó a tomar hacia la derecha. Avanzó, tembloroso, apretando los dientes con fuerza. Tanteó una vez más el muro, se detuvo, aguzó el oído, volvió a retomar la marcha, pero notó con espanto que se había desorientado. Sus músculos estaban algo entumecidos y el frío le tensaba la piel. Quería llamar a Vedia, localizarlo en medio de las sombras, pero advirtió que su propia voz podría delatarlo ante quien trataba de huir. Aquello semejaba un mal sueño, una de esas turbulentas pesadillas en que todo se vuelve pantanoso y húmedo y las piernas se niegan a responder. Algunos pasos más adelante el muro se truncó de repente; Jorge palpó el ángulo que formaba la pared y descubrió que ésta continuaba más allá. Debía tratarse de otra galería, un nuevo túnel que se cruzaba con el anterior, y aquello terminó por sobresaltarlo. ¿Cuántas bifurcaciones, cuántas encrucijadas más encerraría aquel tenebroso laberinto? Ya sus esperanzas de ubicar a Vedia se habían esfumado, y lo único en que pensaba era en escurrirse de allí, en dar con alguna salida que lo devolviera a la superficie. Pero a medida que el tiempo se dilataba, el joven se hundía cada vez más en las umbrías garras del monstruo. En un momento sus manos palparon algo sobre el muro: parecía ser una enorme argolla de hierro, y el muchacho pensó en que tal vez las historias de prisioneros, monjas impías o esclavos torturados no debían ser tan inverosímiles como había supuesto. Quizás aquellas catacumbas estuvieran pobladas de cadáveres; quizás, en cualquier momento, sus pies tropezaran con algún rimero de huesos, o acaso, por qué no, acabara dando con algún arcón repleto de monedas de oro.

Los minutos fueron pasando —el tiempo fluía de un modo inasible,

confuso—, y Jorge empezó a sentir náuseas en la boca del estómago. Aquella oscura garganta le provocaba una amarga sensación de ahogo. Podía desplazarse a lo largo del túnel, podía explorar sus infinitas ramificaciones, las muchas arterias y pasadizos que acaso albergara aquel enorme entramado. Pero, ¿cómo fiarse del rumbo? ¿Cómo saber que no se hundiría cada vez más en el vientre de la ballena? Caminó algunos pasos más, avanzando con precaución, temiendo resbalar o caer en algún pozo, hasta que algo extraño detuvo su marcha. Era, a juzgar por el tacto, una sólida reja de hierro que iba desde el piso hasta el techo. Jorge hurgó entre los barrotes y dio con el puño de una manija, pero un enorme candado trababa el pistón de la cerradura. Sin duda, aquel entretejido subterráneo debía estar lleno de callejones sin salida, y aquella idea le provocó un súbito estremecimiento. ¿Qué podía hacer? ¿Volver sobre sus pasos e intentar otro camino? La sola ocurrencia parecía una insensatez: adentrarse en aquella tortuosa geografía era casi una locura, y el joven, midiendo sus posibilidades, resolvió que era más prudente el estarse quieto y permanecer en su sitio: acaso, en la mañana, el sol se colara a través de alguna hendidura y le indicara el camino de salida.

Con esa idea en la cabeza se sentó en el piso, recostó su espalda contra el muro y esperó en silencio. Nada se movía a su alrededor, nada vibraba en aquellas subterráneas cicatrices que recorrían los sótanos de la ciudad. Jorge pensaba en cuán endeble era la criatura humana ante la falta de luz: sus miedos más cervales y primitivos recrudecían, su piel se crispaba, sus músculos se tensaban como cuerdas y el hombre quedaba reducido a la más cruda indefensión. ¿Qué cabía sino resignarse ante la oscuridad, ante aquellos dominios en que reinaban los seres nictálopes, ante el profundo averno en que pululaban las ratas y los murciélagos?

De pronto oyó ruidos y advirtió, a una treintena de pasos, una delgada claridad que se insinuaba en los fondos del túnel. Se acurrucó aún más contra el muro y poco después, tras las rejas de hierro, observó la silueta de un hombre que atravesaba la galería. Llevaba una lámpara y una gruesa escopeta bajo el brazo. ¿Quién podía ser? ¿Un guardia? ¿Un sereno? ¿Acaso un contrabandista que introdujera sus mercancías a través de los intestinos de la ciudad? Agobiado por aquella sórdida amenaza, contuvo la respiración y por un momento se vio acorralado. ¿Cuántos más andarían por allí, recorriendo o patrullando las galerías? Pero sus temores se esfumaron al advertir que el hombre seguía de largo y se perdía entre las sombras.

Transcurrió el resto de la noche en una frágil duermevela. Pensaba en su padre, en Viviani, en Vedia, en aquel raro ajedrez en que se

había transformado su vida en los últimos tiempos. Le parecía casi absurdo el saberse en medio de aquella oquedad, de aquella bóveda cuyo peso lo aplastaba sin tocarlo. ¿Qué hacía él allí, prisionero entre aquellos muros, y todo a causa de una remota conjura cuyas raíces se hundían en los orígenes del cristianismo? Tal vez sólo una caprichosa fatalidad había urdido aquel juego, y mientras aguardaba el amanecer, atento a cualquier sonido —hasta una cercana gotera lo sobresaltaba—, tenía la mortificante sensación de que nunca saldría de aquel sitio.

Despertó, o más bien creyó despertar, cuando una incierta claridad llamó su atención. Jorge se puso de pie —sus huesos crujieron por el esfuerzo—, y caminó hacia el estrecho limbo que alboreaba la galería. El pequeño destello, apenas un tajo de luz que atravesaba la oscuridad, provenía de una ranura en el techo y dejaba entrever los peldaños de una escalera. Con mucho cuidado Jorge trepó los escalones hasta dar con una gruesa compuerta de madera que conducía al exterior. Hizo presión con sus manos hasta que la abertura cedió un poco, lo suficiente como para asomar sus ojos, y luego espió a su alrededor. El sitio en que se hallaba, un estrecho cuarto apenas iluminado por un tragaluz, parecía una especie de trastero repleto de muebles viejos, botellas, cajones y herramientas en desuso. Jorge empujó la compuerta aún más, haciendo rechinar los goznes, trepó los últimos escalones y por fin emergió de aquel oscuro tártaro en que había pasado la noche.

Ahora tenía que salir de aquella habitación. Lentamente, sorteando los innumerables cachivaches que atestaban el suelo, se acercó a la puerta y empuñó la manija. Aún sentía el frío de la noche, y sus manos rígidas y amoratadas apenas lograban responder a su voluntad. Entreabrió la puerta y echó un ligero vistazo: ante sus ojos se abría un angosto pasillo que se extendía hacia ambos lados. Tras advertir que nada se movía a su alrededor, el muchacho abandonó el cuarto y en puntas de pie caminó hacia la derecha. Pronto dio con otra puerta, la abrió con idéntico sigilo y quedó pasmado ante la sorpresa.

Frente a sus ojos se hallaba el altar mayor de una iglesia. Dispuestos sobre una mesilla había un ejemplar de las Escrituras, un cáliz, una vinajera y demás objetos litúrgicos. Sobre la nave principal, acurrucados en sus bancos, tres o cuatro fieles oraban en silencio y de rodillas, las manos entrelazadas, los labios vibrando en un imperceptible murmullo. Casi sin quererlo, Jorge dio en pensar en aquellos feligreses abstraídos en una secreta comunión divina, entregados en cuerpo y alma a su fe, y sintió una aguda consternación al imaginar que ni siquiera sospecharían de las inciertas maquinaciones que se ocultaban allí, justo frente a ellos, en aquel

sagrado libro que descansaba sobre el altar.

Fingiendo un cierto aire de naturalidad, el muchacho caminó a lo largo de la nave en dirección a la salida. Uno o dos feligreses lo miraron de soslayo, sin el menor interés. Cuando hubo asomado al exterior, el sol hirió sus ojos y lo obligó a parpadear. Debían ser las dos o las tres de la tarde; había pasado más horas de las que suponía encerrado en aquel agujero. Algo aturdido, mientras frotaba sus manos para darse calor, se volvió sobre su espalda y recién entonces advirtió dónde estaba: aquella era la fachada de la iglesia de San Nicolás, de modo que, sin saberlo, había recorrido cerca de cuatro o cinco cuadras por debajo de la ciudad.

Pero no había tiempo que perder; ahora necesitaba hablar con Viviani y contarle todo lo ocurrido en la noche. Pensó en ir a casa del profesor y colarse por el fondo, como siempre que urgía hacerlo, pero estaba sucio, tenía el cabello enmarañado y una manga de su chaqueta se deshacía en hilachas. Iría primero a su casa, se lavaría, mudaría sus ropas y sólo entonces marcharía a ver al profesor.

Con esa idea en mente se puso a caminar apretando el paso y cerca de un cuarto de hora después cruzó la puerta de su casa. Clara se alarmó al verlo entrar. El muchacho no lo había notado, pero amén de sus cabellos revueltos, su rostro estaba tiznado de un polvillo negruzco y parecía uno de esos mineros que bucean en los yacimientos de carbón.

—¿De dónde vienes? ¿Qué ha ocurrido? —le espetó la mujer. Sus palabras se atropellaban unas a otras y no lograba serenarse.

—No es nada, mamá —fingió el joven, y por dar alguna explicación, añadió—: Fue sólo una pelea entre muchachones.

—¿Una pelea? —repitió Clara—. ¡Pero estuviste fuera toda la noche!

En el apuro Jorge no había reparado en aquella objeción. Durante un momento se quedó perplejo, sin saber qué responder a las demandas de su madre, y luego hizo un breve gesto de indiferencia, quizás algo brusco y fuera de lugar, como si restara importancia a aquel asunto. En otras épocas, aquella actitud algo insolente habría despertado el enojo de su madre. Pero Clara ya empezaba a vislumbrar que aquel ser que tenía frente a sí, aquel joven en cuyo rostro ya aureolaba una espesa vellosidad, no era el niño que había cobijado en sus brazos, sino un hombre en el amanecer de su madurez. ¿A qué inmiscuirse en sus intimidades? ¿A qué forzarlo a mentir, si era evidente que habría pasado la noche jugando naipes o, tal vez, enredado entre muslos de mujer? Se abstuvo de preguntar el porqué de su desaliño, de aquel renegrido polvillo que teñía la piel de

su rostro, y en cambio, no sin cierta nostalgia de aquel que alguna vez fuera su pequeño, le entregó un sobre con una nota.

—Toma, es para ti —observó con una tímida sonrisa—. Lo trajeron esta mañana. —Y por congraciarse con su hijo añadió, en tono de broma—: Si esto continúa así deberás darme una propina por recibir tu correspondencia.

Jorge sonrió, tomó el sobre y besó la mano de su madre. Al hacerlo notó un vacío abismal en su espíritu: hacía tiempo que no dedicaba siquiera un momento a estar con ella, días y días en que se mostraba distante, en que entraba y salía a las disparadas y apenas se cruzaba con Clara a la hora de la comida. Se prometió a sí mismo el reparar aquella falta. Pero ahora, un molesto cosquilleo importunaba sus nervios: ¿qué contendría el mensaje que tenía entre sus manos? Tal vez era de Vedia, explicando lo sucedido la noche anterior y proponiendo una nueva cita. Jorge se excusó ante su madre, dijo que iba a lavarse un poco y tratando de simular su ansiedad marchó a su habitación. Una vez allí se quitó la chaqueta, la arrojó sobre la cama y abrió el sobre. El mensaje era de Viviani: en letra inusualmente desprolija —el profesor solía ser puntilloso en su caligrafía—, le informaba que había sucedido algo desagradable y lo urgía a encontrarse esa misma noche en el galpón abandonado.

Jorge dobló el papel y quedó sumido en una grave preocupación. ¿Algo desagradable? ¿Qué podía ser? Mientras se quitaba la camisa y llenaba de agua una jofaina, su mente se pobló de mil temores. Hundió sus manos en el recipiente y se lavó la cara, el cuello y las orejas. Sabía que era inútil atormentarse, pensar en qué demonios podía haber sucedido al profesor, de modo que, burlando su agitación, secó su rostro con una toalla y procuró alejar de su cabeza aquel molesto aguijoneo. Ya llegaría la noche, y aunque la espera fuese tortuosa, no cabía sino resignarse al paso de las horas.

XVII

Cuando arribó al galpón abandonado, esa noche, luego de atravesar media ciudad bajo una molesta lluvia, Jorge encontró al profesor Viviani sentado sobre un banquillo y secando sus ropas. Con un puñado de estopa humedecida en resina y un poco de leña de espinillo había improvisado un pequeño brasero y se hallaba de cara a las llamas, absorto, con esa mágica fascinación que ejerce el fuego sobre la criatura humana desde el tiempo de las cavernas. Al verlo de ese modo, Jorge lo reprendió con cierta brusquedad: las llamas eran demasiado visibles, podían delatarlos ante cualquiera que anduviese en las cercanías. Pero Viviani meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—No temas —dijo mientras acercaba sus manos al fuego—, con este aguacero no andan ni los perros.

El joven manoteó un banquillo y se sentó frente al brasero. Sus cabellos chorreaban agua, sus ropas estaban empapadas y tenía las botas enfangadas hasta la rodilla.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

Las gotas de lluvia tecleaban sobre el cobertizo y arrancaban un murmullo sordo y embriagante. Viviani, cuyo rostro parecía afantasmarse a la luz de las llamas, se irguió sobre el banquillo y dijo:

—Han entrado en mi casa…

Jorge frunció el entrecejo y las palabras se atolondraron en su boca.

—¿Entraron? ¿Pero quiénes? ¿Cuándo? ¿Se llevaron algo?

Sólo entonces advirtió lo apresurado y acaso inoportuno de sus preguntas. Viviani intentó apaciguarlo con un gesto y luego, armándose de paciencia, trató de explicar lo que había sucedido. La noche anterior, mientras Jorge deambulaba por las entrañas de la ciudad, un par de fulanos habían irrumpido en su casa y revuelto las habitaciones. Eran robustos como gorilas, con facha de quebrantahuesos, y según observó el profesor parecían tener orden de no abrir la boca mientras hicieran su trabajo.

—Pero ¿usted y su mujer están bien? —preguntó el joven con visible preocupación.

—No nos tocaron un pelo, si a eso te refieres. —Hizo una pausa y

agregó algo de estopa al brasero. Las llamas ondularon en medio de la oscuridad—. Pero se llevaron los documentos…

Jorge se palmeó la frente y largó un suspiro entrecortado. Aquello podía ser el fin de las investigaciones. ¿Cómo recobrar los valiosos documentos que habían pertenecido a su padre? Y estaba por decir algo cuando se oyó una voz fuera del galpón. Ambos quedaron sin aliento durante algunos segundos; tal vez era su imaginación, o acaso la tormenta había provocado un gorgoteo cuyo sonido semejaba al de la voz humana. Aturdidos, conteniendo la respiración, Jorge y el profesor aguardaron en silencio hasta que la voz se oyó nuevamente.

—Jorge, soy yo, Vedia. Ábreme, por favor.

El joven corrió hacia la puerta y espió a través de una rendija. Allí estaba el hombre con quien había hablado el día anterior, ataviado con su enorme capote y su sombrero de fieltro. La cabeza del muchacho se trastocó en un instante. ¿Qué hacía Vedia allí? ¿Cómo había dado con el galpón? Miró de soslayo a Viviani y luego quitó la traba de la puerta. Vedia pasó al interior del cobertizo, se quitó el sombrero y lo dejó escurriéndose junto al fuego.

—¿Cómo sabía usted de este sitio? —le preguntó Jorge a bocajarro.

Vedia hizo una reverencia a Viviani y comenzó a desanudar su capote.

—Espero que no te disgustes —dijo—, pero hace varios días que te estoy siguiendo. Iba a decírtelo ayer, pero…

Dejó la frase en el aire y enarcó las cejas. No era necesario dar explicaciones: algo había salido mal la noche anterior, y contra esa clase de imprevistos no quedaba sino lamentarse. Lo importante era que el joven y él estaban a salvo, que habían logrado emerger de aquellos túneles —a propósito, Vedia se interesó en cómo había hecho Jorge para dar con la salida—, y ahora debían poner todo su empeño en continuar la búsqueda.

Con gran dificultad, Vedia acabó de quitarse el capote y buscó algo en donde colgarlo. Halló un grueso clavo de hierro que sobresalía del muro y dejó su prenda allí, rezumando agua por las costuras. Cuando se volvió, Jorge y el profesor quedaron atónitos: aquel hombre, cuyos aires quevedescos aún sorprendían al muchacho, llevaba una amplia vestidura talar que remataba en un pequeño alzacuello.

—¿Es usted sacerdote? —se sobresaltó Jorge.

—Oh, ésa es otra de las cosas que iba a decirte ayer —susurró Vedia mientras se inclinaba sobre el fuego y tendía su mano a Viviani.

Afuera continuaba el chubasco, y un viento racheado hacía temblar las junturas del cobertizo. No sin cierta dificultad, el propio Vedia se

excusó ante Viviani y dijo que su furtiva conducta obedecía a causas más que razonables. Su cita con Jorge, el haber seguido sus pasos, aquella sorpresiva irrupción en el cobertizo, todo ello no eran sino recaudos, medidas que debía adoptar con el fin de resguardar su propia seguridad. Acto seguido, mencionó su amistad con Agustín Solana y el modo en que ambos, años atrás, habían comenzado a estudiar los Evangelios y descubierto la asombrosa conjura que anidaba en sus páginas.

—Para mí fue un golpe terrible —confesó Vedia—. Todo lo que me habían enseñado, todo aquello en que había creído durante años, de pronto se desbarrancó de un día para el otro. Al principio me negaba a creerlo. Imagínense: no hablábamos de que este o aquel Papa fuese un demonio, o que la propia Iglesia de Roma cobijara a algunos obispos corruptos. Lo que habíamos descubierto era una inmensa maquinación oculta en nuestros libros sagrados, algo impensable para cualquier persona de fe.

Durante mucho tiempo, explicó Vedia, su alma había estado en continua zozobra. Noches enteras había transcurrido en vela, abrumado por sus propios miedos, confuso, ignorando qué hacer, pero sobre todo indignado ante el enorme engaño en que había reposado su vida hasta entonces. En aquella época hasta había pensado en abandonar el sacerdocio: ¿qué sentido tenía el profesar una religión cuyo origen hervía de falsedades? Pero una honda reflexión había acabado por convencerlo de lo contrario. Quizás era mejor permanecer en el seno de la Iglesia, intentar la ciclópea tarea de cambiarla, de mostrar que la imagen de Cristo había sido objeto de una siniestra manipulación orquestada por Roma y los sinópticos, y que su mensaje, lejos de adormecer la conciencia de los fieles o transformarlos en un manso rebaño, era un llamado urgente a luchar contra la tiranía romana.

—Cuando descubrimos que Mateo, Marcos, Lucas y Pablo habían dado vuelta las cosas para acomodarlas a sus propósitos, mi vida se transformó para siempre —observó Vedia. Sus facciones se volvieron algo más sombrías—. A partir de entonces he vivido obsesionado por desenterrar la verdad y llegar hasta el fondo de este asunto.

El caso es que, tras aquel primer descubrimiento, prosiguió Vedia, él y Agustín Solana habían resuelto aunar esfuerzos y continuar las pesquisas. No era una tarea sencilla, por cierto: ¿cómo conseguir pruebas de aquella alocada hipótesis? Y peor aun, ¿a quién revelar lo que ya sabían? Una larga serie de pistas, finalmente, los habían conducido hacia Madrid, y una vez allí, a tomar contacto con un grupo clandestino empeñado en el mismo propósito.

—Madrid fue la confirmación de que estábamos en el camino correcto —afirmó Vedia—. Pero además, nos encontramos con una sorpresa: ellos tenían los fragmentos del libro de Arrio.

Jorge y Viviani se miraron con una mezcla de asombro y recelo. Más allá de las insólitas revelaciones de Vedia, ambos tenían la extraña sensación de estar frente a un personaje algo extravagante. Sin embargo, una rara perplejidad los invadió al advertir que aquel inefable sacerdote, aquel espigado individuo de apariencia quevediana, compartía su mismo secreto. Desde el principio ambos habían debido recluirse, conservar un estricto hermetismo acerca de la conjura sinóptica. Pero ahora ya no estaban solos: Vedia constituía un eslabón más en aquella soterrada cadena.

—Los españoles —continuó el religioso—, poseían una copia del libro de Arrio. Como ustedes saben, sus obras fueron quemadas tras el Concilio de Nicea, pero de algún modo que ignoramos, aquel ejemplar logró sobrevivir a las llamas. Fue encontrado en una biblioteca privada de Alejandría. Su dueño probablemente no tenía idea del tesoro que descansaba en sus anaqueles. El caso es que unos comerciantes árabes lo compraron junto con un lote de libros y más tarde los vendieron en España a un coleccionista. Este hombre era un erudito y un estudioso de la historia, y cuando vio lo que tenía entre manos por poco se desmaya.

De ese modo había comenzado todo. El libro de Arrio contenía unas cuantas noticias que bastaban para derrumbar toda la historia del cristianismo. Allí se hablaba de las fabulosas intrigas que habían tenido lugar durante el Concilio de Nicea, de la brutal tiranía del orden romano y del arreglo que había fraguado el Imperio junto con Pablo y los sinópticos para desfigurar las enseñanzas de Jesús. También, por supuesto, mencionaba un *Quinto Libro* que contenía la doctrina cristiana real y que las autoridades romanas habían hecho desaparecer por completo.

Mientras escuchaba al religioso, Jorge recordó su primera charla con el doctor Azuela. Al oír hablar de Arrio y la Controversia Trinitaria, el joven había sospechado que la virulenta proscripción del arrianismo debía esconder algo más que una disputa teológica. No parecía razonable que algo tan abstracto como la unicidad divina hiciese tambalear la estabilidad del Imperio. Y aquella presunción había resultado correcta: Arrio no representaba un riesgo teológico, sino un extraordinario peligro político.

—Naturalmente, tu padre se trajo una copia del libro de Arrio —aclaró Vedia dirigiéndose al muchacho—. Pero como ya sabrás, lo juzgaba tan peligroso que resolvió dividirlo en dos mitades. Él se

quedó con una y yo con...

—¿Usted tiene la otra? —estalló el muchacho.

—Así es. Y créeme que está bien resguardada.

Jorge pareció atolondrarse ante aquella noticia. Pero en medio de su propia turbación lo asaltó una duda: ¿por qué el doctor Azuela jamás había mencionado todo aquello? ¿Por qué nunca había dicho una palabra acerca de Vedia? Quizá tuviese idea de hacerlo en algún momento, pero su abrupta desaparición lo habría impedido. Sea como fuere, miró a Vedia una vez más y dijo:

—Ayer me dijo usted que conoció al doctor Azuela, ¿verdad?

—Sí, aunque no personalmente —respondió el religioso—. Fue tu padre quien me habló de él.

—¿Y por qué Azuela nunca me habló de usted?

Vedia se demoró un instante y luego explicó que, habida cuenta de los riesgos que todo aquello implicaba, don Agustín Solana había preferido tomar ciertas precauciones. De esa manera, y por razones de protección mutua, había juzgado oportuno que Vedia y Azuela no se conocieran entre sí. En tal caso, si alguno de ellos era perseguido o caía en manos inapropiadas, no pondría en riesgo la seguridad del otro.

—Por cierto —continuó—, si tu padre aún viviera, yo tampoco me habría presentado ante ti. Él me pidió que sólo intentara hacerlo en caso de que le sucediera algo.

Jorge masculló las palabras del religioso y pensó una vez más en su padre. Hasta el último momento de su vida, don Agustín Solana había querido preservar la integridad de sus compañeros. Aquella idea lo turbó durante algunos segundos, pero luego, reparando en la adversa situación en que se hallaban, prefirió hacer a un lado aquellos asuntos y concentrarse una vez más en la conjura sinóptica.

—Está bien —dijo algo apresurado—. Ya hablaremos de eso en otra oportunidad.

Vedia estuvo de acuerdo en aplazar la cuestión y, retomando la charla, se largó a hablar de los numerosos fraudes que denunciaba el libro de Arrio y de cómo, en tiempos del emperador Nerón, Roma había planeado aquel fabuloso engaño. Mateo, Marcos, Lucas y Pablo —o como fueran sus nombres—, habían desdibujado al verdadero Jesús ocultando su carácter rebelde y antirromano. Tal como Jorge y Viviani habían descubierto, Pablo y los sinópticos mostraban a Cristo como un líder espiritual ajeno a la tierra, indiferente a las muchas injusticias del poder romano y cuyo mensaje instaba a los fieles a pagar los impuestos, a no criticar, a no reclamar, a aceptar el orden imperante y, de paso, a concentrar todos sus odios hacia los judíos.

—Disculpe usted —lo interrumpió Viviani—, pero hay un detalle que no consigo resolver. Es seguro que Pablo formaba parte de la conjura, pero lo que no me explico es por qué Nerón ordenó matarlo.

Vedia vaciló un momento y luego respondió:

—Lamento no poder responderle, profesor. Ésa es una cuestión que siempre me ha intrigado. Sabemos, por cierto, de la supuesta conversión de Pablo: antes de hacerse cristiano se cansó de matar a los seguidores de Jesús; después, según dice la versión oficial, hubo una milagrosa conversión y quedó limpio de sus crímenes. Todo eso despierta muchas sospechas, y de seguro Pablo debió ser un individuo tenebroso y acaso enfermo. Pero en cuanto a la decisión del Emperador, que ordenó matarlo hacia el año 64 o 65, no tengo una respuesta sólida. Sin embargo, no creo que haya demasiado misterio. Si usted piensa que Nerón hizo liquidar a su madre y a su esposa, que asesinó a su tía para quedarse con sus bienes, que hizo envenenar a Antonia, la hija de Claudio, por negarse a compartir su lecho, que mandó a ahogar a Rufrio Crispino por jugar a creerse emperador y a su hermano Tusco por utilizar los baños destinados al César, y que ordenó la muerte de senadores, caballeros y hombres de toda condición, no es raro que viera en Pablo a un potencial enemigo y lo empujara a correr la misma suerte.

Viviani asintió con cierta vehemencia. Era muy probable que, obnubilado por su orgía de asesinatos, Nerón también hubiese hecho rodar la cabeza de Pablo teniéndolo por un virtual conspirador. Pero de todos modos, al menos por el momento, aquello no importaba demasiado. Vedia frotó sus ropas húmedas y continuó hablando.

Tras aquella primera etapa, recordó, el mensaje urdido por los sinópticos había comenzado a difundirse a lo largo y ancho del Imperio. Sin embargo, propagar semejantes noticias había requerido muchos años de un arduo proceso, y de ahí que numerosos cristianos, en los primeros tiempos, siguieran protagonizando revueltas en contra de Roma, ya que aún no habían sido alcanzados por el influjo sinóptico. Aquella situación había perdurado hasta principios del siglo IV.

—Para entonces —prosiguió el religioso—, la mayor parte de los cristianos había sido adoctrinada y casi nadie recordaba las enseñanzas originales de Jesús. La nueva doctrina había logrado imponerse ya que, pese a las enormes distancias que abarcaba el Imperio, los cristianos resultaban bastante fáciles de convencer: ya saben ustedes que la mayoría eran gentes poco ilustradas y no se distinguían por ser demasiado críticas de lo que veían o escuchaban.

—Oh, por cierto —lo interrumpió Viviani—, ahora que usted lo

menciona, recuerdo que Flavio Josefo decía que los seguidores de Jesús aceptaban la verdad “con alegría”. En griego, esa palabra puede traducirse como “de manera fácil” o “con demasiada facilidad”, es decir, de un modo crédulo o ingenuo. En otras palabras, no sólo eran iletrados en su mayoría, sino que además estaban demasiado ansiosos por abrazar alguna creencia, y sin duda eso favoreció la situación.

—Cierto —convino Vedia—. Y a partir de entonces el Imperio ya no necesitó reprimirlos. Con Diocleciano se produjo la última de las persecuciones, y tras ella Roma pudo jactarse de haberlos neutralizado.

El aguacero había ido mermando de a poco, y ahora, sobre el techo del cobertizo, retumbaban algunas gotas que se escurrían desde los árboles. Jorge y el profesor escuchaban atentamente el relato de Vedia. Era sorprendente descubrir cuánto coincidían sus palabras con las conclusiones a las que había llegado Viviani.

—Entonces Constantino llegó al trono de Roma y, como ustedes saben, decidió hacer del cristianismo la religión oficial del Imperio. —Vedia se detuvo un momento para secarse algunas gotas de agua que aún resbalaban por su cuello—. Ya eran tantos los cristianos y tal su docilidad hacia la autoridad romana, que el Emperador resolvió tenerlos de su lado. Era una maniobra de alta política, desde luego. El propio Constantino jamás abandonó su vieja religión: siguió adorando al Sol, conservó la imagen del astro en las monedas que acuñaba el Imperio y sólo permitió que lo bautizaran en la fe cristiana el día de su muerte. Además, se sabe que hizo quemar muchos documentos referidos a la época de Jesús, y con esa medida logró deshacerse de un pasado molesto que podía incomodar sus planes. Al mismo tiempo se valió del obispo Eusebio de Cesarea, quien escribió una *Historia eclesiástica* en la que no sólo calló los muchos desmanes de Constantino, sino que deformó la historia de la Iglesia de un modo casi estrafalario, a tal punto que ese libro se podría considerar el mayor compendio de falsedades que se hayan escrito acerca del cristianismo. Con todo ello acabó haciendo realidad el sueño de Nerón y los sinópticos. Roma estaba en paz y ya no tenía conflictos religiosos. Pero entonces, alguien vino a trastocar las cosas…

—Arrio —pronunció el muchacho.

—Así es —Vedia extrajo una petaca de aguardiente, bebió un pequeño trago y la ofreció a los demás. La aspereza del líquido hizo arder las entrañas de Jorge, aunque insufló una grata ola de calor en sus venas.

Arrio, continuó Vedia, sabía del engaño de los sinópticos. Tal vez por alguna oscura tradición oral aún conservaba la verdad sobre

Jesús, y se propuso desenmascarar a Constantino y al Imperio. Escribió y predicó incansablemente en su propia ciudad, Alejandría, y muchos comenzaron a escucharlo. Era muy duro para ellos, pero a fuerza de observar la realidad, de comprender que Roma los engañaba y utilizaba para sus propios fines, algunos empezaron a tomar conciencia de lo que había sucedido. Pronto los seguidores de Arrio se volvieron tan numerosos que el Emperador resolvió intervenir: de algún modo había que frenar aquella embestida. Desde luego, no podía organizarse una acción armada, como en los viejos tiempos, pero en cambio se decidió celebrar un Concilio para acabar con los arrianos. El mismo se llevó a cabo en Nicea en el año 325, y dado que las cosas estaban arregladas de antemano, Arrio fue rápidamente excomulgado y declarado hereje, se suprimieron sus escritos y se eliminó a la mayoría de sus seguidores.

—Por supuesto —enfatizó Vedia—, se hizo necesario enmascarar todo aquello. Pero Roma ya tenía bastante experiencia en esa clase de trapacerías. La historia oficial afirma que el Concilio obedeció a motivos teológicos, esto es, la cuestión de la unidad o trinidad de Dios, pero la verdad es muy distinta: había que aplastar al arrianismo y evitar que se ventilara el secreto.

—Sin embargo, no consiguieron eliminarlo del todo, ¿no es cierto? —intervino Viviani.

—¿Por qué lo dice usted?

—Pues porque luego de Nicea empezaron a brotar sectas cristianas por todas partes, e imagino que eran gentes que sabían la verdad y querían darla a conocer.

—Oh sí, por cierto —confirmó el sacerdote—. Se trataba de coletazos del propio arrianismo. Formaban sectas como los montanistas, donatistas, novacianos, pelagianos, nestorianos y demás. Desde luego, Roma persiguió, torturó y ejecutó a miles de ellos, y una vez más, para justificar su acción, se valió de una bien estudiada campaña de propaganda: todos aquellos movimientos fueron mostrados como grupúsculos que desafiaban la ortodoxia en aspectos rituales o teológicos; por ejemplo, se decía que los pelagianos rechazaban el pecado original, que los nestorianos negaban el carácter divino de María, que los priscilianos celebraban ritos impropios, etcétera. Pero una vez más, todo era una farsa. Las pretendidas sectas eran, en realidad, quienes conocían la verdad sobre Jesús. Por eso la Iglesia intentaba destruirlas, y cuando no podía hacerlo a través de las armas, se valía de otro recurso: la difamación. Para evitar que las gentes se unieran a ellas, Roma inventaba toda clase de barbaridades: que celebraban ritos en honor del diablo, que bebían sangre humana,

que bautizaban a los perros, que escupían sobre los crucifijos y demás patrañas por el estilo. De ese modo, poco a poco, la Iglesia fue diezmando a sus rivales, hasta que llegó el tiempo del emperador Teodosio, a finales del siglo IV, quien, en complicidad con la Iglesia Católica, decretó que el cristianismo debía ser obligatorio para todos los ciudadanos del Imperio, suprimió por la fuerza a las demás religiones, mandó cristianos a arrasar con los templos paganos y decretó que toda herejía era un crimen que debía ser castigado con la pena de muerte.

Vedia se puso de pie, rebuscó entre las herramientas de una mesa y dio con un pequeño escoplo. Luego regresó a su banquillo y comenzó a escarbar la suela de sus botas procurando quitar los restos de fango. Mientras se afanaba en ello, observó que la tercera y última etapa del plan había tenido lugar algunos años después, durante los Sínodos de Roma, Hipona y Cartago. En ellos, la Iglesia Católica se había propuesto resolver el espinoso tema de sus libros sagrados. Hasta ese momento circulaban muchísimos textos que hablaban sobre Jesús; posiblemente llegaran hasta un centenar, según afirmaban algunas fuentes. Pero, con el fin de confeccionar el canon oficial, había que seleccionar unos pocos y desechar el resto.

—Según sabemos —dijo Vedia mientras quitaba el barro de sus botas—, existían varios intereses en juego. Tal parece que algunas de aquellas sectas aún conservaban cierta influencia, y por supuesto, aspiraban a incluir sus propios libros. Pero claro, los jerarcas de la Iglesia, confabulados con el Imperio, lograron desacreditar al resto, impusieron a los sinópticos y a Pablo y terminaron por confeccionar un Nuevo Testamento a su medida, que es el que conocemos hoy.

Viviani alzó sus ojos del fuego y miró al religioso. Había algo que aún parecía inquietarlo.

—Permítame que lo interrumpa —dijo—, pero si esos Sínodos estaban digitados por Roma y la ortodoxia católica, ¿de qué modo se explica lo del Evangelio de Juan? Él no formaba parte del plan de los sinópticos, y sin embargo logró integrar el canon oficial.

—Ésa es una buena pregunta... —admitió Vedia.

El fuego estaba consumiéndose y apenas quedaba algo de combustible. Viviani se aproximó a una cesta de mimbre, tomó un puñado de estopa vieja y lo añadió al brasero.

—Por desgracia no lo sabemos con certeza —continuó Vedia—, pero si Juan consiguió entrar en el canon debió ser a cambio de un precio muy alto.

—¿A qué se refiere? —inquirió el profesor.

—Bueno, es posible que durante aquellos Sínodos la aprobación de

los distintos Evangelios se hiciera a través de algún tipo de votación. La mitología católica suele contar que se dispusieron todos los Evangelios existentes sobre una mesa, y de pronto, cuatro hermosas palomas entraron por una ventana y se posaron sobre los elegidos, que resultaron ser los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Otra versión igualmente fantasiosa afirma que los cuatro textos se elevaron por sí solos en el aire y fueron a posarse sobre un altar. Y una tercera leyenda asegura que aquellas palomas, en realidad, murmuraron a oídos de los obispos cuáles eran los Evangelios verdaderos. Pero, como les decía recién, lo más probable es que haya habido algún tipo de votación. En ese caso, naturalmente, la mayoría de los electores debían estar en connivencia con los sinópticos. Pero el hecho de que Juan haya sido admitido parece indicar que al menos cierta minoría estaba de su parte. No obstante, si logró sobrevivir al proceso, es muy probable que lo haya hecho tras ser mutilado.

Al oír aquello Jorge dio un leve respingo en su banquillo. Recordó que algunos días atrás el profesor Viviani había supuesto exactamente lo mismo: si Juan había llegado hasta hoy, acaso fuera a costa de sufrir algún tipo de censura.

—¿Mutilado dijo usted? —preguntó el muchacho dirigiéndose al religioso.

—Así es. Y hay algunos indicios en favor de esa idea. Por ejemplo, el Evangelio de Juan tenía gran aceptación entre los gnósticos; de hecho, aún hoy una lectura cuidadosa revela muchos elementos afines al gnosticismo. Pero esa secta fue otra de las tantas que sucumbieron a la policía de la Iglesia. De ahí nuestras sospechas: si Juan entró en el canon, tal vez fue a cambio de suprimir ciertos fragmentos, eliminar aquellos pasajes más comprometedores y dejar los más inofensivos.

El chubasco volvió a arreciar de golpe y las ráfagas de viento hicieron silbar las rendijas del cobertizo. Con una pequeña varilla de hierro, a modo de atizador, Viviani removió las brasas y agregó un nuevo puñado de estopa. El frío se había vuelto casi insoportable. Apenas dibujados por la penumbra de las llamas, los tres hombres se ovillaban sobre sí mismos en procura de calor, pero las ropas húmedas se les adherían a la piel obligándolos a tiritar. Jorge sentía los pies congelados. Se había aproximado aún más al brasero y sus piernas casi tocaban las llamas. En un momento resolvió quitarse las botas. “Es sólo un momento”, se excusó ante la mirada atónita de los demás. Y entonces sí, pese a la incómoda situación y al opresivo refugio en que se hallaban, la cercanía del fuego le produjo una embriagante sensación de placer.

Vedia ya se había quitado el fango de las botas y, para templar su

garganta, bebió un nuevo trago de aguardiente y luego pasó la petaca a los demás. Fue entonces cuando el muchacho, aprovechando la pausa, mencionó el enigmático mensaje que había recibido unos días atrás.

—Citaba una obra de Molière, el *Don Juan*, y decía que…

Vedia lo interrumpió algo sorprendido.

—¡Oh, ese mensaje! —repitió enjugándose los labios—. Sí, yo también lo he recibido. Y a decir verdad, no me hago una idea de lo que pueda significar.

Enseguida observó que él también había estado revisando varias ediciones del libro de Molière, aunque sin dar con ninguna respuesta. Al parecer, aquella "página 8, renglón 6" a que remitía la nota, carecía de toda posible interpretación, o al menos él no había conseguido tropezar con alguna que resultara de provecho.

Sobrevino un instante de incertidumbre durante el cual Vedia y Jorge se enredaron en confusas especulaciones. A decir verdad, no cabía ensayar demasiadas alternativas, y por espacio de algunos minutos, mientras el rumor de la lluvia parecía ahogar sus voces, ambos no consiguieron sino embrollarse aún más. Viviani, entretanto, permanecía inerme y procurando escuchar a sus dos compañeros por entre el ensordecedor murmullo.

—Caballeros —dijo, por fin, alzando la voz—, he estado pensando un poco en eso…

Jorge y el sacerdote se volvieron hacia el profesor. Había una chispeante inquietud en sus ojos, una rara vivacidad que el muchacho ya había percibido antes, en sus numerosas charlas, y cuya presencia no era sino el presagio de una idea brillante. Viviani recordó entonces las muchas conjeturas al respecto y cómo finalmente, luego de husmear en detalle entre las obras de Molière, Jorge y él habían debido admitir su fracaso. Pero el profesor era un hombre demasiado terco en ese aspecto. Si bien su carácter rezumaba templanza y moderación, todo aquello que fuera ejercicio del intelecto lo obsesionaba, le arrebataba el sueño y contagiaba su espíritu como si fuera un delicioso veneno. Había fallado en resolver el enigma, pero aquella frustración, lejos de arredrarlo, se había convertido en una incómoda espina que mortificaba sus noches. ¿Qué era lo que había hecho mal? Su mente habituada a los rigores de la teología, a desentrañar aquellas *summas*, aquellos tratados llenos de proposiciones, reglas, analogías —tan similares, en ocasiones, al abstruso lenguaje matemático—, se resistía a aceptar aquel fracaso, y esa misma intransigencia lo había conducido a nuevos razonamientos.

—Ya te lo he dicho alguna vez —observó dirigiéndose al

muchacho—: en ocasiones la razón precisa de cierto matiz demencial. —Permaneció en silencio un momento y luego dijo—: Hemos supuesto que el mensaje contiene un texto cifrado, ¿verdad? Sin embargo, quizás esta premisa sea incorrecta. Alguna vez leí que, durante la guerra de los Siete Años, la policía francesa interceptó un mensaje del gobierno inglés y pasó días empleando a sus mejores criptógrafos para descifrarlo, cuando en realidad nunca había sido escrito en clave... Pues bien, tal vez estemos ante una situación similar.

Jorge sintió un vértigo frío en sus venas. Aun cuando el profesor se mostrara algo reticente, aquel brillo en sus ojos auguraba una respuesta.

—¿Qué es lo que tenemos? —prosiguió Viviani—. Un mensaje muy breve que, de seguro, se relaciona con la conjura sinóptica. Ahora bien, creo que podemos extraer una lección de nuestra propia experiencia. —Miró nuevamente al muchacho y dijo—: ¿Recuerdas que estuvimos ante una situación semejante hace unos días? Me refiero a cuando debimos interpretar el significado de aquella serie de números que aparecía en el cuadernillo de tu padre.

—Sí, lo recuerdo, por supuesto.

—Bien. ¿Y cuál fue nuestra hipótesis de trabajo? Tú mismo la sugeriste, de modo que debes recordarla.

El muchacho se calzó las botas nuevamente y comenzó a anudar los cordones. En su memoria se pintaron las sombras de la buhardilla de Viviani. Allí, noches atrás, bajo la luz de las velas, él mismo había insinuado que la serie de números podría referirse a versículos bíblicos. Y la idea había resultado correcta: los mismos, efectivamente, pertenecían al II Esdras. Pero entonces, ¿por qué no emplear el mismo criterio en este caso?

—Le confieso que aún no comprendo —observó Jorge.

—Es muy sencillo, muchacho —explicó Viviani—. Ese “página 8, renglón 6” podría estar indicando, en realidad, un texto bíblico, más precisamente: capítulo 8, versículo 6.

Jorge experimentó una leve desazón.

—Podría ser —admitió llevando una mano a sus cabellos aún húmedos—. Pero en tal caso, ¿a qué libro de la Biblia se refieren?

Viviani dejó escapar una sonrisa algo sarcástica.

—¿Aún no lo adivinas? —preguntó.

—Pues no.

—Entonces dime: ¿de qué obra de Molière estamos hablando?

Jorge sonrió ingenuamente y respondió:

—Del *Don J*…

De pronto cayó en la cuenta. ¡Por supuesto! ¡El *Don Juan*! ¡No

podía ser otro que el Evangelio de Juan! Más precisamente, capítulo 8, versículo 6 del Evangelio juanino. El muchacho sintió que un hormigueo helado le recorría la espalda. ¿Era posible que allí estuviera la clave del mensaje? No recordaba el texto del versículo, y acaso debía aplazar su ansiedad hasta llegar a su casa y poder comprobarlo. Sin embargo, tras un momento de vacilación, Vedia se puso de pie y dijo:

—Traigo una Biblia conmigo.

En dos zancadas se aproximó a donde había dejado su faltriquera, desanudó las cintas de cuero, metió la mano y extrajo un ejemplar de las Escrituras. Era un volumen en octavo, encuadernado en piel de cordero y cuyo lomo — impreso en letras doradas—, se veía algo desencajado por el manoseo. Vedia se acuclilló frente a las llamas, abrió el ejemplar y rebuscó entre sus páginas hasta dar con el Evangelio de Juan. Sus dedos tiritaban de nervios y Jorge temió que el libro se le cayera de las manos. Cuando por fin halló el versículo, acomodó sus ojos a la penumbra y leyó en voz alta:

Juan 8.6:	*Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo.*

Un silencio de bruma se produjo en ese momento. Vedia alzó sus ojos del texto y su mirada se cruzó con la de Jorge y el profesor. Había una extraña incertidumbre en aquellos rostros. Cada uno procuraba digerir a su modo lo que había escuchado, pero a medida que transcurrían los segundos, mientras la lluvia seguía acribillando el techo del cobertizo, un velo de frustración se fue apoderando de sus facciones. Ciertamente, una primera lectura no revelaba nada singular en aquel versículo: no había mención alguna al dominio romano, al plan de los sinópticos o a cualquier otro aspecto que pudiese resultar significativo. Jorge miró a Viviani en busca de auxilio; tal vez su mente acertara a ver alguna conexión, algún hilo secreto que permitiera unir dos extremos inconexos. Pero en el rostro del profesor habitaba una grave desazón: chasqueaba la lengua, se mordía los labios, arrugaba la nariz y todo un muestrario de pantomimas que no revelaban sino su desconcierto. Por su parte, Vedia parecía hundirse en sus propias dudas. Releía el pasaje una y otra vez y no acertaba a dar con ninguna explicación. Pronto se hizo evidente que la deducción de Viviani había resultado equivocada, y mientras los tres hombres se encogían del frío, una amarga sensación de contrariedad fue

adueñándose del galpón.

Viviani extrajo su reloj del bolsillo y consultó la hora: habían pasado unos pocos minutos de la medianoche, y en el brasero apenas quedaban unos pocos restos de estopa chamuscada. Iba a ponerse de pie, resuelto a ir en busca de más combustible, cuando oyó que Vedia murmuraba algo a sus espaldas.

—Perdón, ¿cómo dice usted? —preguntó casi por cortesía.

Los ojos del sacerdote miraron hacia la oscuridad. Aún se hallaba encorvado frente al brasero y sostenía su Biblia con ambas manos. Una vez más, en tono sibilante, pronunció algo inaudible, una sola palabra cuyos ecos fueron tragados por el rumor de la lluvia.

—Disculpe, no comprendo —insistió Viviani.

Y entonces sí, jadeando como un poseso, Vedia señaló el versículo y exclamó:

—¡Escribía! ¡Juan afirma que Jesús escribía!

Jorge ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Y eso qué puede tener de extraño?

Vedia se incorporó de su asiento con tales ímpetus que casi pierde el equilibrio. Un relámpago fugaz atravesó las aberturas del cobertizo, y por un instante su rostro se empapó de una luz blanquecina.

—¿Es que no lo ven? —preguntó mientras un rumor de trueno hacía vibrar las articulaciones del edificio—. El Evangelio de Juan es el único en mencionar que Jesús escribía. Los sinópticos jamás hablan de semejante cualidad. Hay un par de pasajes donde mencionan que leía, pero lo hacen de un modo un tanto resbaladizo. ¿Y no es eso increíblemente extraño?

Viviani acarició sus patillas y miró al religioso.

—Tiene usted razón —confesó—. No había reparado en ese detalle. Pero, ¿qué puede tener de singular el hecho de que Jesús escribiera?

Vedia intentaba hablar, pero su propia ansiedad le enredaba la lengua. Al fin, procurando aquietar sus ardores, dejó su ejemplar de la Biblia sobre una pila de cueros viejos y miró a sus dos compañeros.

—¿Qué puede tener de singular? —repitió—. Pues, todo. En una época en que sólo unos pocos sabían leer y escribir, es muy llamativo que los sinópticos callaran esa habilidad en Jesús. Mateo, Marcos y Lucas son muy minuciosos al hablar de él, y sin embargo, jamás dicen que sabía escribir. Sólo Juan lo hace, y esto, caballeros, es sencillamente extraordinario.

Un nuevo trueno rezongó en las profundidades del cielo. Vedia permaneció en silencio un momento, contemplando la reacción de sus dos compañeros, y luego agregó:

—Si no me equivoco, esto sólo significa una cosa: Jesús es el autor

del *Quinto Libro*…

Un silencio tenso invadió a los tres hombres. Jorge, aún aturdido por las palabras del sacerdote, miró a Viviani con un semblante algo extraño. Si en principio sonaba un tanto desatinada, la idea del religioso parecía bastante razonable. Aquel libro del que hablaba Arrio, y que presuntamente contenía la doctrina cristiana real, podía haber sido escrito por el mismo Jesús.

—Es sólo una idea —admitió Vedia con cierta inquietud; su voz se oía arrebatada y ansiosa—, pero supongan ustedes que el propio Jesús hubiese compuesto un libro con sus doctrinas y enseñanzas. De seguro, y en atención a lo que hemos visto hasta ahora, el texto condenaría al Imperio y llamaría a levantarse en su contra. Eso sólo habría bastado para granjearse la censura de las autoridades romanas, que habrían hecho todo lo posible por borrar sus huellas. Pero también los sinópticos harían lo suyo: en sus Evangelios, desde luego, ocultarían la existencia de aquel libro, pero irían aún más allá omitiendo el hecho de que Jesús sabía escribir. Piensen ustedes que la mejor forma de censurar un libro es afirmando que jamás se escribió.

—Pero felizmente está Juan… —intervino Viviani.

—Así es. Él sabe que Jesús ha escrito un libro peligroso a los ojos de Roma, pero no puede vociferarlo abiertamente, pues él mismo caería bajo las garras de la prohibición. Entonces, busca un modo ingenioso de revelar el secreto: diciendo que Jesús escribía, contradice sutilmente a los sinópticos y con ello deja una pista muy valiosa.

Mientras escuchaban al religioso, Viviani y el muchacho se miraban entre sí con un dejo de perplejidad. La hipótesis, aun cuando sonara un tanto apresurada —el propio Vedia había admitido que era sólo una idea—, parecía acomodarse a los hechos. Libelos y panfletos en contra del Imperio se habían escrito a montones, pero que el propio Cristo fuese el autor de uno de ellos era algo que Roma debía ocultar a cualquier precio, y ello explicaba sus múltiples esfuerzos por condenarlo al olvido. ¿Cómo habría reaccionado la inmensa masa de cristianos si hubiese tenido acceso a aquel libro y descubierto la verdad? El Imperio debió haberse horrorizado ante aquella sola ocurrencia, y de ahí que desplegara toda su poderosa maquinaria para ocultarlo.

A todo ello, mientras la tormenta comenzaba a amainar nuevamente, Vedia parecía conmocionado por su propio descubrimiento. Caer en la cuenta de que Jesús —el verdadero Jesús—, era el mismísimo autor del *Quinto Libro*, había producido una mueca de agitación en su rostro. Una vez más, bajo la bruma tendida por los sinópticos, emergía un hombre valeroso, rebelde, consciente de

la férrea tiranía romana y dispuesto a liberar a su pueblo de aquel yugo. Jorge y el profesor, a su vez, compartían el raro entusiasmo que animaba al sacerdote, y a modo de improvisada celebración ambos le rogaron un trago más del elixir que guardaba en su petaca. Sin embargo, aquel breve instante de plenitud se esfumó con demasiada rapidez: habían descubierto algo inaudito, poseían la llave de un secreto guardado bajo siglos de engaños y conspiraciones, y no obstante ignoraban qué hacer con ello. Tras un momento de incertidumbre, el propio Vedia observó:

—Sabrá Dios en qué pueda acabar todo esto, pero creo que un primer paso debería ser reunir nuestros cuadernos y de ese modo completar el texto de Arrio. Luego buscaríamos la forma de darlo a conocer.

Jorge escuchó aquello y sintió una ligera oquedad en el pecho. Hasta ese momento no había habido ocasión de mencionar el episodio, y por lo tanto, Vedia ignoraba que el cuadernillo de Agustín, aquel que se hallaba dentro del cofre, había sido robado varios días atrás. Tampoco sabía de aquella copia hecha por Viviani, y menos aún que la noche anterior, mientras él y Jorge recorrían los túneles de la ciudad, dos hombres habían entrado en casa del profesor y sustraído aquel ejemplar. En consecuencia, los únicos testimonios, las únicas pruebas de la conjura sinóptica habían sido arrebatadas y no quedaba sino resignarse. ¿De qué podía servir el cuadernillo de Vedia sin la otra mitad?

—Me temo que es imposible —observó el muchacho. Y estaba por relatar los sucedido cuando Viviani, alzando una mano, interrumpió sus palabras.

—No todo está perdido —murmuró.

Jorge lo miró algo desorientado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que he tomado algunas precauciones, muchacho... —respondió el profesor con indisimulada sorna—. Iba a decírtelo hace un momento: cuando me diste el cuadernillo de tu padre, se me ocurrió hacer dos copias por si había algún problema. Una de ellas la guardé en la biblioteca. Fue ésa la que se llevaron anoche.

—Pero, ¿y la otra? —se sobresaltó el muchacho. Había una febril impaciencia en su voz.

—La otra está a salvo —respondió Viviani.

Jorge suspiró aliviado y recobró el aliento. Sus pies taconearon sobre el piso de tierra, como si lo urgente en ese momento fuese dar por terminada la reunión e ir en procura de ambas copias. Viviani advirtió el gesto y procuró serenarlo.

—Hay un pequeño problema —dijo alzando su mano en el aire—: no la tengo conmigo...

Una vez más el muchacho se encrespó de ansiedad. ¿Qué quería decir Viviani con que no la tenía consigo? Era evidente que no la traía en ese momento, pero no era aquello lo que se desprendía de sus palabras. Más vehemente que nunca, Jorge insistió:

—¿Pero dónde está entonces?

—En Córdoba —respondió Viviani—. La tiene Julia, mi sobrina.

Un incómodo silencio envolvió a los tres hombres. ¿En Córdoba? ¿Con Julia? Jorge experimentó una especie de vértigo en el estómago. Sin duda el profesor habría tenido más de una buena razón para entregar las notas a su sobrina, pero aquello dificultaba las cosas de un modo inesperado.

—No imaginé que las necesitaríamos tan pronto —arguyó Viviani, y como haciendo a un lado un imaginario obstáculo, añadió—: Pero en fin, si queremos seguir con todo esto, habrá que ir a buscarlas.

Vedia y el muchacho se miraron y asintieron en silencio. Sí, era preciso viajar a Córdoba y regresar con los fragmentos de Arrio; aquél era el único modo de proseguir con todo aquello, y durante algunos minutos la discusión recayó en quién de los tres marcharía a Córdoba a recuperar los papeles. Vedia no conocía a la muchacha, y aquello bastaba para descartarlo. Viviani, por su parte, se excusó alegando que, a su edad, un periplo semejante acabaría con sus huesos: la travesía era demasiado larga y accidentada, amén del penoso estado en que solían verse las carretas de postas, cuyos asientos de madera y cuero apenas concedían sosiego a los viajantes. De modo que, previsiblemente, la elección recayó en el muchacho.

—Tú eres joven y apenas sentirás el viaje —lo animó Viviani.

Jorge aceptó el trato a regañadientes, aunque, un minuto después, tras digerir la idea con cierto estoicismo, reparó en que el viaje a Córdoba le permitiría contemplar una vez más a la bella Julia. Su mente ardió en imágenes que aún conservaba como un tesoro: los ojos vivaces de la muchacha, su cabello enrulado, aquella expresión ligeramente picaresca que bañaba su rostro de niña; todo ello sin duda aliviaría la pesadez del viaje. Y quién sabe, tal vez la fortuna le deparase alguna aventura amorosa al pie de las sierras cordobesas. ¿No había insinuado Julia, poco antes de partir, su intención de que el muchacho la visitara alguna vez? El solo recuerdo de la joven, de su melancólica sonrisa, de aquellas facciones precozmente sensuales, lo animaron a aceptar la propuesta.

—Está bien, me sacrificaré —dijo con una hierática expresión de felicidad.

Siguieron hablando cerca de una hora más, ultimando detalles y aguardando a que cesara el chubasco para regresar a sus casas. En principio, la idea era que Jorge viajara a Córdoba la semana entrante, recibiera el cuadernillo con las notas de manos de Julia y regresara lo antes posible. Una vez aquí trazarían algún plan de acción y buscarían la manera de que los textos de Arrio vieran la luz.

—Después, Dios dirá —murmuró Vedia.

Poco más tarde, cuando la lluvia pareció remansarse, los tres se calzaron sus abrigos y abandonaron el cobertizo.

—Que tengas buen viaje —dijo el sacerdote palmeando el hombro del muchacho.

Jorge agradeció con un gesto de cabeza y, por un instante, observó el rostro agrisado del religioso. Una débil, quizá forzada sonrisa, habitaba en la comisura de sus labios, pero en el fondo el joven reconoció una inquietante preocupación frente a lo que estaba por venir. Sin duda, en su condición de sacerdote, pero más aún por ser un hombre de fe, Vedia debía sentir una particular sensibilidad frente a todo aquello. ¿Cuánto tiempo llevaría torturándose, presenciando un desengaño tras otro, viendo tambalear sus creencias como un adolescente a quien, de pronto, acechan los terrores de la madurez?

—Gracias —susurró quedamente—. Espero estar de vuelta lo antes posible.

Se estrecharon las manos y poco después, mientras Vedia tomaba por la calle San Miguel y era engullido por la oscuridad, Jorge y el profesor se alejaron del cobertizo y emprendieron la marcha hacia sus casas. En el trayecto, repleto de barrizales que dificultaban el paso, el muchacho se entregó a una oscura reflexión acerca de todo aquello. Tenían entre manos algo así como un tizón incandescente, una brasa al rojo vivo que tal vez desencadenara un incendio de proporciones colosales. Pero en realidad, había algo que despertaba su curiosidad de un modo casi incomprensible: ¿cómo era posible que el engaño hubiese perdurado tantos siglos? ¿Qué ignotas razones habían logrado que el plan de los sinópticos sobreviviera hasta entonces sin ser descubierto? El verdadero milagro del cristianismo, bromeó el muchacho, consistía en el modo casi providencial en que, pese a estar cimentado en un plan siniestro, había atravesado los tiempos y contagiado a millones de fieles.

—¿Dios lo querrá así? —murmuró Jorge con una irónica sonrisa.

Viviani lo miró entre la oscuridad.

—¿Dios? —repitió el profesor con el mismo tono socarrón; y encogiéndose de hombros, añadió—: Pues, vaya uno a saber, mi querido Jorge. Pero, ahora que lo mencionas, tu pregunta me ha

recordado un viejo cuento que habla de eso. ¿Quieres escucharlo?

Jorge asintió gustoso y, mientras se descolgaban las últimas gotas de lluvia y el cielo empezaba a escampar, Viviani contó la historia de un comerciante llamado Giannotto, hombre de gran fe y rectitud que traficaba sedas en los mercados de París. Giannotto tenía un amigo judío, Abraham, negociante en el mismo rubro, a quien apreciaba mucho por su honradez y lealtad. Sin embargo, se condolía de que un alma tan noble hubiese extraviado el camino de la verdadera religión, y a raíz de ello empezó a rogarle que abandonara el judaísmo y se convirtiera a la fe cristiana. No obstante, pese a los ruegos de su amigo, Abraham se mantenía en sus trece, pero Giannotto insistía tanto y hablaba con tal dulzura acerca de las bondades del cristianismo, que el judío, abrumado por las palabras de su colega, terminó aceptando un pequeño trato: "Muy bien —concedió—, puede que me convenza de tus razones, pero antes de convertirme quisiera ir a Roma y ver a ese que vosotros llamáis el vicario de Dios en la Tierra. Si sus obras logran persuadirme de la superioridad de tu religión, te prometo unirme a ella de corazón, pero si no es así, continuaré siendo judío como hasta ahora".

—Imagínate —dijo Viviani mientras eludía un charco de lodo—, al oír aquellas palabras, Giannotto se dio por perdido. Si Abraham marchaba a Roma, pensó, vería por sí mismo la endemoniada y licenciosa vida que llevaban la mayoría de los clérigos, y eso, naturalmente, lo espantaría de cualquier posible conversión. Trató de persuadirlo y evitar aquel viaje, pero el judío ya había tomado su decisión y pocos días después marchó hacia Roma.

Una vez en la Ciudad Eterna, continuó el profesor, Abraham caminó por sus calles, preguntó a las gentes y escuchó los más variados testimonios. Supo de las costumbres del Papa, de los cardenales, obispos y prelados, y tras algunos días llegó a la conclusión de que la mayoría de ellos vivía entregada a lujos inauditos y placeres vecinos a la depravación. También observó que la envidia, el interés y la avaricia eran moneda corriente en aquel lugar, que los obispados y cardenalatos se vendían al mejor postor, y que los sitios más visitados por la clerecía eran las tabernas y las casas de putas. Aquello, desde luego, impresionó hondamente al judío, quien creyó haber visto lo suficiente y poco después regresó a París.

—Naturalmente, Giannotto lo recibió consternado. Sabía de antemano que el judío, tras haber visto las muchas infamias y podredumbres que cobijaba la ciudad de Roma, no sólo renegaría del cristianismo, sino que lo acusaría de mentiroso y falsario. No obstante, se animó a preguntarle acerca de su viaje y qué opinión le habían

merecido el Papa, los cardenales y la corte romana en general. Por supuesto, Abraham no lo pensó dos veces y respondió que había hallado una ciudad enviciada y corrupta, un antro digno de los peores criminales, y que a su juicio, antes que el centro de la cristiandad, Roma semejaba la antesala del infierno.

El profesor se demoró un instante, escurrió algunas gotas de agua que caían de su sombrero y sentenció:

—Sin embargo, el judío resolvió convertirse.

Con un gesto de sorpresa, Jorge preguntó:

—¿Convertirse? ¿Pero por qué?

—Pues muy sencillo, amigo mío: le dijo a Giannotto que si la religión cristiana aún perduraba y seguía creciendo pese a las muchas aberraciones del clero y a los infinitos crímenes, robos y violaciones que perpetraba la Iglesia, debía ser porque evidentemente estaba protegida por el Espíritu Santo...

Jorge sonrió en medio de la oscuridad y celebró lo ingenioso del relato.

—No es mío —se apresuró a revelar Viviani—. Lo cuenta Boccaccio en el *Decamerón*.

—Pues, vaya que parece actual —observó el muchacho meneando la cabeza.

Y luego ambos continuaron la marcha por entre las enlodadas callejuelas, mientras en la mente del joven, como animadas por una sutil pincelada, ya empezaban a dibujarse las faldas de las sierras cordobesas.

XVIII

Por caminos de tierra y pedregullo, acurrucado en el interior de un coche de postas, Jorge emprendió la marcha hacia Córdoba enredado en mil pensamientos. Los últimos días habían sido febriles, vertiginosos, teñidos de incertidumbre y desasosiego, y a raíz de ello, decidido a recobrar la calma perdida, el muchacho había resuelto hacer de aquel viaje una suerte de pausa, un descanso merecido tras las muchas jornadas de ajetreo. Sin embargo, a poco de ponerse en marcha, el atribulado viajero advirtió lo inoportuno de su aspiración: los muchos barrizales, pozos y aguadas retardaban el paso, obligaban al coche a zarandearse de un lado a otro y no daban tregua a los sufridos pasajeros, que cada tanto debían aferrarse a las manijas con el fin de no caerse de sus asientos.

Compartían la travesía una mujer con su hijo pequeño, un viajante de comercio que apenas hablaba y un individuo obeso, calvo, de barbas pronunciadas, que parecía el más a gusto de todos, pues transcurría la mayor parte del tiempo roncando con tal violencia que hacía retemblar los vidrios.

Las jornadas de viaje eran tediosas y demasiado largas. Arrancaban bien temprano, a las seis, con las primeras luces de la mañana; se detenían cerca del mediodía para tomar alguna vianda y estirar las piernas, y luego reemprendían la marcha hasta la hora del crepúsculo, cuando el vehículo arribaba a alguna posada de mala muerte en la que transcurrir la noche y dar algún respiro a los caballos. Allí los viajeros eran acomodados en cuartos pequeños, cerrados por tabiques de madera, y a la hora de cenar, por lo general, recibían una sopa aguada, un poco de tasajo de cabra, algunos trozos de pan y una botella de vino que olía al más infame de los vinagres.

Pronto el calor, sobre todo en horas de la tarde, comenzó a volverse insoportable. El sol pegaba sobre las corambres del techo y hacía arder la cabina, arrancando vahos a cuero viejo, a sudor, a unos fardos de lana que reposaban bajo los asientos, pero sobre todo a restos de comida, frutas y embutidos que la mujer traía en una canasta y que el aire sofocante había empezado a descomponer. Para colmo de males, en medio de aquella tierra áspera y montuosa, el polvillo del camino obligaba a mantener cerradas las ventanillas, de tal suerte que

el interior del vehículo, por momentos, apestaba como un albañal. El único a quien nada parecía inquietar era el gordo, que a poco de subir a la carreta se echaba sobre un costado, cerraba sus ojos y se entregaba al sueño mientras su rostro se empapaba de sudor. En ocasiones, para evitar aquella asfixiante ergástula, Jorge trepaba al pescante y se acomodaba junto al cochero, un moreno simpático y charlatán que, en una oscura jerigonza, le contaba las historias más inverosímiles de su oficio: aparecidos, lobizones, vírgenes ligeras de ropas y toda una fauna de criaturas que poblaban la soledad de los caminos.

Pero la mente del muchacho, al igual que la desvencijada carreta, oscilaba de un lado a otro con pasmosa brusquedad. No dejaba de pensar en Julia, en aquella Venus aniñada que lo aguardaba al final del viaje. Contagiado por ciertas lecturas recientes, la imaginaba como una graciosa ninfa, danzando en las praderas de la Arcadia, llevando como única prenda una túnica de seda tan sutil como el aire y una corona de lirios blancos anudada a sus cabellos. Pero pronto, sacudido por algún recuerdo que asaltaba su mente, se hundía en penosas cavilaciones acerca del valioso cuadernillo que iba a buscar. ¿Cómo seguiría todo aquello una vez que regresara a Buenos Aires? Vedia había insinuado la posibilidad de unir ambas mitades y darlas a conocer. Pero, ¿no era aquello un despropósito? ¿Quién daría crédito a unos oscuros fragmentos que decían revelar la verdad del cristianismo y anunciaban, a todas luces, la existencia de una remota conjura destinada a encubrirlo? Mientras las ruedas del coche triscaban sobre el pedregullo, Jorge sentía hervir su sangre y aguardaba, ansioso, el final del viaje.

Por fin, arribaron a la ciudad de Córdoba un mediodía sereno y luminoso. Jorge descargó sus petates y luego, por indicación de un boletero, supo que la casa de Julia se hallaba a unas ocho cuadras de allí. Bajo un cielo tan transparente como una pompa de jabón, se largó a caminar gozando del austero aunque bello paisaje cordobés, hasta que sus ojos dieron con la casa de la muchacha. El sitio era como una pequeña finca, cercada por una empalizada y repleta de eucaliptos que impregnaban el aire de un delicioso perfume. Jorge tomó por un estrecho arriate y, cuando estuvo a unos pasos de la entrada, hizo sonar una vieja campana de bronce y aguardó a ser atendido. Unos segundos después apareció un negro vestido de librea que lo recibió con suma cordialidad. El joven se apresuró a presentarse.

—Soy Jorge Solana. ¿Podría decir a la señorita Julia que estoy aquí?

El criado hizo una reverencia y le rogó que aguardara. Un

momento después reapareció y lo convidó a pasar al interior de la casa.

—La niña vendrá enseguida —anunció el negro, y señalando un sillón de mimbre añadió—: Si gusta, puede tomar asiento.

El muchacho dejó sus petates en el suelo y, pese a la recomendación del criado, permaneció de pie admirando una bella y nutrida colección de piedras que descansaban tras la vitrina de un aparador. Se sentía algo nervioso y fuera de sí. El calor, la fatiga del viaje, las arduas noches en que había dormido en posadas sórdidas y andrajosas, todo ello le había provocado una especie de sopor, de tal suerte que un momento después, cuando Julia apareció en la sala, debió hacer un titánico esfuerzo para ahogar un bostezo.

—¡Jorge! ¿Qué haces aquí? —preguntó la muchacha con una sonrisa primaveral. Sus dientes blancos y uniformes encandilaron al joven de tal modo que, en un instante, la fatiga se transformó en eufórico entusiasmo.

Jorge se aprestaba a responder, pero los ímpetus de la muchacha se anticiparon a sus palabras. De un salto se aproximó a donde estaba y lo besó en la mejilla con tal fruición que el joven, tomado por sorpresa, recordando que la vez anterior había ocurrido lo mismo, dio en pensar que acaso fuera una costumbre habitual en aquellas tierras.

—Debes estar rendido —exclamó la joven—, y de seguro hambriento. Pero ven, pasa al comedor; estábamos terminando de almorzar, y con seguridad habrá algo de comida para ti.

Jorge se dejó llevar hacia el salón comedor y, una vez allí, todo sucedió muy rápido. Saludó a los padres y a la abuela de la muchacha, fue invitado a sentarse a la mesa y luego, entre charlas y conversaciones al desgaire, devoró una pierna de chivo adobada y unas papas al horno.

A los postres —una generosa compota de ciruelas—, los padres y la abuela de Julia se excusaron alegando que, en aquella ciudad, al igual que en la mayoría de los pueblos del interior, la siesta después del almuerzo era como el onceavo mandamiento. El propio Jorge fue invitado a echarse un rato en la habitación de huéspedes, pero la propuesta de la muchacha, que sugirió ir a dar un paseo, le resultó mucho más cautivante.

Dejaron la casa y poco más tarde, bajo un aire encendido como un leño ardiente, remontaron una pequeña cuesta y siguieron un estrecho meandro hasta dar con la orilla de un riachuelo. Estaban solos, rodeados de un silencio casi primigenio, y aquel escenario bordeado por riscos y pedregales, aquellas aguas mansas y aterciopeladas que corrían frente a ellos, acentuaban aún más la sensación de intimidad.

Cambiaron algunas palabras y luego, recordando el propósito de su viaje, el muchacho dijo:

—He venido por el cuadernillo.

Julia abrió sus ojos de un modo casi teatral.

—¿Qué cuadernillo? —preguntó asombrada.

Durante un segundo la cabeza del joven dio vueltas como un carrusel.

—¿Cómo qué cuadernillo? —repitió—. El que te dio tu tío, en Buenos Aires, antes de partir hacia aquí.

Recién entonces la muchacha pareció caer en la cuenta.

—¡Ah, ése! —exclamó arrugando el entrecejo—. Pues en verdad ni lo recordaba. —Y con un matiz de cierta desazón agregó—: Entonces, ¿has venido para eso?

Jorge vaciló un momento antes de responder, mientras sentía que un incómodo rubor se pintaba en sus mejillas. Había venido en procura del cuadernillo, ¿a qué negarlo? Pero el segundo propósito de su viaje, aquel secreto anhelo por ver a la muchacha una vez más, no era algo sencillo de confesar. Un extraño pudor lo arrebataba en aquel momento. Julia era, a sus ojos, una criatura indescifrable; su rara frescura lo aturdía demasiado, y en los meandros de su alma el joven no llegaba a decidir si aquellas maneras, aquel insólito desparpajo con que parecía conducirse, era un signo de anticipada madurez o, acaso, el ingenuo comportamiento de una niña que apenas advertía lo indecoroso de su conducta.

—Sí, he venido por el cuadernillo —admitió el joven, y en un arranque de coraje agregó—: Pero también he venido por ti…

Había dicho aquello de un modo inesperado, con la súbita osadía de quien se arroja a un abismo. Siempre había sido algo parco en asuntos amorosos: habida cuenta de su timidez, confesar su devoción a una mujer le hacía sonrojar las mejillas y agitaba su respiración. Pero aun más ingrato era hacerlo en aquellas circunstancias, cuando ignoraba si Julia tomaría aquello como un halago o, tal vez, como un atrevimiento imperdonable. ¿Qué se escondía tras aquella seductora sonrisa? ¿Era acaso una velada invitación o, tal como sospechaba por momentos, un simple gesto de pueril inocencia?

Sus pensamientos se truncaron de repente.

—¿Has venido por mí? —repitió Julia con pasmosa naturalidad.

Jorge aguardó un gesto, una mueca, una señal que revelara los sentimientos de la muchacha. Entretanto, su pulso se había desbocado a tal punto que ya se anunciaban algunas gotas de sudor en su frente. Para librarse del calor que se adhería a su cuerpo, se quitó la chaqueta y quedó en mangas de camisa. Pero aun cuando intentaba resistirse a

aquel enigmático juego, se descubría frágil y vulnerable a los aguijoneos de la pasión. La voz de la muchacha jugaba en sus oídos como una susurrante caricia, y, al igual que las sirenas homéricas, lo empujaba hacia las más inconfesables tentaciones. No obstante, su propia conciencia le advertía los riesgos de aquella situación. “Es una niña”, se decía a sí mismo recordando las advertencias de Viviani. Pero semejante idea lo perturbaba aún más. No era sencillo encontrarse allí, en medio de aquella embriagante soledad y en compañía de una muchacha cuya belleza aturdía sus sentidos. Para colmo de males, las normas del recato y la prudencia imponían su rigor en toda aventura amorosa, amén de las muchas habladurías que hacían de la mujer una criatura diabólica, licenciosa, amiga del pecado y la perdición. Alguna vez, caminando junto a su padre, había experimentado sus primeros ardores juveniles al ver pasar a una dama de formas sinuosas y abultadas, y al notar que el muchacho parecía obnubilarse ante los encantos femeninos, don Agustín le había dicho: “Mira, hijo, la mujer es un animal jodido…, incluso tu madre”. Aquella sentencia, propia de los tiempos, fruto de siglos en que la Iglesia había demonizado a la mujer, quedó grabada a fuego en su mente. Sin embargo, si el espíritu de Lucifer habitaba en cada fémina, todo hombre debía reconocer que el maligno era aun más ingenioso que Dios, pues sabía qué ignotas fibras tocar en el varón, qué ardides emplear para vencer sus tentaciones, mientras que el Señor, hasta el momento, no había logrado inventar ninguna otra criatura que pudiese rivalizar con la hembra en seducción y belleza.

Pero aquellos pensamientos se diluían frente al voluptuoso rostro de la muchacha. En un momento Jorge no pudo contenerse más, la rodeó con ambas manos y, aun a riesgo de ganarse la condenación eterna, la besó en la boca. Fue algo súbito, casi dionisíaco, pero mientras sentía la humedad de sus labios y el calor de su piel aniñada, un murmullo de felicidad invadió su espíritu.

Julia se entregó al juego con gran naturalidad. Lo envolvió entre sus brazos y pronto ambos se dejaron caer sobre la hierba y rodaron bajo las sombras de un eucalipto. El resto de la tarde, en aquel escenario ayuno de tiempo, sucedió con una alegre desfachatez, y mientras besaba el cuello de la muchacha y acariciaba sus senos pubescentes, Jorge se sintió en aquella divina Arcadia que tanto había soñado.

El sol ya daba en escorzo y hacía chisporrotear las aguas del arroyuelo. Un pequeño colibrí aleteaba sobre algunas flores tratando de libar su jugo. Acomodándose el vestido y los cabellos, la respiración aún jadeante y entrecortada, Julia miró al muchacho con

dulzura y luego, mudando la expresión de su rostro, dijo:

—Disculpa mi indiscreción, pero, ¿en qué asuntos andan tú y mi tío?

Jorge se sorprendió ante la inesperada curiosidad de la muchacha. No creía oportuno el desnudar sus secretos y, durante un minuto, procuró ensayar alguna excusa, fingir que sus encuentros con Viviani obedecían a cosas sin importancia. Pero el amor vuelve suelto de lengua hasta al más discreto, de modo que, mientras contemplaba aquellos ojos avellanados, aquella sonrisa picante y sensual —acaso allí anidaba la cualidad diabólica de toda hembra—, Jorge acabó por rendirse y le confió a grandes rasgos los pormenores de la conjura sinóptica.

Cuando terminó de hablar, aguardando una reacción intempestiva o acaso alguna muestra de incredulidad, el muchacho se llevó otra sorpresa. Lejos de escandalizarse, Julia pareció un tanto confusa.

—¿Era eso? —preguntó encogiéndose de hombros. Y con la misma sencillez, agregó—: Pues con ese criterio también podría pensarse que Mateo, Marcos, Lucas y Pablo eran cuatro escritores de la época que buscaban notoriedad, y que para ello escogieron sabiamente la biografía de Jesús, pues su inmensa popularidad en el Imperio les garantizaría un éxito comercial seguro.

Jorge apenas dio crédito a lo que escucharon sus oídos. ¿Cómo podía una jovencita enhebrar ideas de tan refinada ironía?

—¿De dónde sacas esas cosas? —preguntó.

—Es sólo una ocurrencia —admitió Julia—. Pero mi padre siempre dice que los vendedores de libros debieron obtener una buena tajada con todo lo que se escribió acerca de Jesús. Imagínate, cuando Roma adoptó el cristianismo, la Biblia debió convertirse en el libro más vendido.

—¿Eso dice tu padre?

—Sí. Y también suele citar a D'Alembert: él decía que si los Evangelios hubiesen sido libros caros, la religión cristiana jamás habría triunfado...

Jorge sonrió y la besó una vez más. Ya el sol se recostaba sobre las sierras y empezaba a hacer algo de frío, de modo que ambos decidieron regresar a la casa. En el trayecto, bajo un cielo jaspeado en tonos de azafrán, el muchacho siguió hablando acerca de los sinópticos, de los fragmentos de Arrio y del penoso dilema al que se enfrentarían de ahí en más, cuando reunieran ambos cuadernillos y buscasen la forma de revelar la antigua y sórdida conspiración. Con una extraña candidez, mientras estaban por arribar a la casa, Julia lo miró a los ojos y preguntó:

—Pero, ¿en verdad tú crees en eso, quiero decir, en que Roma fraguó todo ese plan junto a los evangelistas?

Jorge se vio algo sorprendido ante la pregunta. Era consciente, por cierto, de que todo aquello sonaba descabellado, fruto de una ocurrencia inverosímil que acaso no tardarían en desechar. Sin embargo, demasiadas piezas encajaban a la perfección.

—No sabría qué decirte —respondió el muchacho—. Sé que parece una tontería, y minuto a minuto me pregunto si tu tío y yo no estaremos locos. Pero también está Vedia, y mi padre, y las gentes de Madrid, por no hablar de los escritos de Arrio, la desaparición del doctor Azuela, los tipos que entraron en casa de tu tío y en la mía… En fin, algo tiene que haber detrás de todo esto.

—Puede ser —dijo la muchacha enarcando las cejas. Y con femenina sorna, agregó—: En todo caso, sería un buen tema para escribir una novela, ¿no crees?

En otras circunstancias Jorge se habría enfadado ante aquel comentario. ¡Para novelas estaba después de tantos desvelos y preocupaciones! Pero no había irreverencia alguna en el tono de la joven, sino más bien al contrario, de modo que hizo un gesto algo ambiguo, sonrió brevemente y dejó pasar la cuestión.

Esa misma noche, tras ser conducido al cuarto de huéspedes, Jorge pasó varias horas revolviéndose en su lecho. El amplio y mullido colchón, las sábanas limpias, la almohada de plumas de ganso, no lograban apaciguar sus ánimos frente a lo que estaba por venir, y sólo consiguió entregarse al sueño cuando ya se anunciaban las primeras luces del amanecer.

Dos días más permaneció el muchacho en casa de Julia, dos días en que gozó de la hospitalidad de la familia, del aterciopelado aire cordobés y de las frecuentes excursiones al arroyuelo en donde, junto a la muchacha, transitó los más exquisitos senderos de la pasión.

Por fin, luego de una melancólica despedida y la promesa de regresar alguna vez, se despidió de Julia una mañana en que el cielo empezaba a anubarrarse y una densa tormenta se anunciaba desde el horizonte. Bajo la chaqueta de paño, metido en el bolsillo interior y envuelto en una funda de hule, llevaba el cuadernillo con los escritos de Arrio.

XIX

La investigación, claro, terminó
donde debía empezar la verdad: en el
umbral inviolable.

Ernesto Sabato: *Informe sobre ciegos*

Una angustiosa palidez se adueñó de su rostro cuando, tras arribar a Buenos Aires, después de un accidentado periplo en carreta, Jorge marchó a casa de Viviani y supo de labios de su esposa que, inexplicablemente, hacía más de tres días que el profesor no regresaba a su hogar. La primera reacción del muchacho fue intempestiva, quizá hasta algo atolondrada.

—¿Cómo que tres días? —preguntó con una rudeza impropia de su talante habitual—. ¿Pero a dónde puede haber ido?

La mujer negó con la cabeza y Jorge alcanzó a notar una cierta indefensión en su rostro. Se la veía temerosa, aturdida por una amarga desazón que opacaba el brillo de sus ojos. Por un instante su memoria lo devolvió al funesto día en que el doctor Azuela había desaparecido y miró a la mujer con una muda y secreta compasión. Sin embargo, se estaba precipitando demasiado. Murmuró una disculpa, dijo que regresaría a la mañana siguiente y dejó la casa enredado en un sombrío presagio.

Sus pasos lo condujeron hacia el Hueco de las Ánimas, frente a la Plaza Mayor. El sitio estaba repleto de gentes que iban y venían, carretas de paso y tenduchos que pregonaban comidas y fritangas. No obstante, para su maltrecha humanidad —aún demasiado fatigada por el viaje—, aquel tráfago humano le resultaba ajeno, casi fantasmal, hecho de espectros que parecían ir y venir hacia ninguna parte. Jorge marchaba entre los paseantes como si una repentina embriaguez se hubiese adueñado de sus sentidos. ¿Qué podía haberle sucedido al profesor Viviani? La noticia, por el momento, no suponía sino una vaga y remota presunción, pero el muchacho sentía como si un enjambre de aves de carroña sobrevolara su cabeza.

Caminó unos pasos más y se sentó en uno de los bancos de la plaza. El sol lo obligaba a parpadear y acentuaba su desconcierto.

¿Qué podía hacer, ahora, sino esperar a que Viviani reapareciera y continuar con sus faenas? Pensó en Vedia, naturalmente, pero ignoraba dónde encontrar al quevedesco sacerdote, a quien, tal vez por imprudencia o acaso por la vertiginosa premura de los hechos, había omitido preguntar su dirección. Sin embargo, por un extraño juego de carambolas, su mente empezó a tejer una idea siniestra. El recuerdo de Vedia obró como una mecha de pólvora y, por primera vez, no sin alarmarse de su propia ingenuidad, se preguntó si no habría cometido el más infame de los errores. ¿Quién era Vedia en realidad? ¿Qué sabía de él? Se había presentado como amigo de su padre, había revelado ciertos pormenores de la conjura sinóptica y hallado una interpretación satisfactoria al mensaje del *Don Juan*, de Molière. Pero un atisbo de sospecha se había instalado en la mente de Jorge. ¿No podría tratarse de un impostor? Mientras el sol pegaba en sus espaldas y hacía arder su cabeza, el muchacho pensaba en que, tal vez, el religioso había fingido todo aquello con el propósito de adueñarse del cuadernillo con los fragmentos de Arrio. Era sólo una posibilidad, claro está, pero suficiente para que un molesto hormigueo asaltara su espíritu. Después de todo, había ciertos hilos sueltos que no lograba anudar. La propia irrupción de Vedia en todo aquel asunto, desde un principio, había estado signada por el misterio. Jorge ignoraba dónde vivía, desconocía su pasado y, a fin de cuentas, sólo lo había visto dos veces en su vida. Pero además, no tenía pruebas de la amistad del religioso con su padre; éste jamás había mencionado su nombre, y ahora que pensaba con más detenimiento acerca de ello, tampoco el doctor Azuela lo había hecho. Todo aquello era decididamente llamativo.

Jorge era consciente de que en los últimos tiempos su cabeza se había convertido en un torbellino de sospechas, dilemas, encrucijadas, recelos; sabía que naufragaba aturdido y que, tal vez, aquella misma incertidumbre lo empujaba a exagerar su desconfianza. Pero si un resto de frialdad quedaba en su espíritu debía reconocer que Vedia, en el mejor de los casos, era un personaje sumamente enigmático. Y en el peor...

Sonaron los campanazos de la Catedral y por un momento el muchacho se distrajo de sus cavilaciones. Eran las doce del mediodía y desde allí, acurrucado en su banco, observó el cambio de guardia a las puertas del Fuerte. Un carro tirado por bueyes pasó a su lado haciendo rechinar sus ejes, mientras el incesante abejeo humano, a causa del calor, empezaba a refugiarse bajo las sombras de la Recova.

Entretanto, inerme ante aquel abanico de posibilidades, Jorge seguía atormentándose y procurando organizar sus ideas. Sí, acaso

Vedia hubiese fraguado toda aquella situación para obtener el cuadernillo, y en tal caso, masculló el joven para sí mismo, cabía tomar ciertos recaudos para evitar contratiempos: no bien llegara a su casa echaría mano del cuaderno que había traído de Córdoba y lo ocultaría, quizás en algún recoveco imposible de localizar, o tal vez bajo tierra, sepultado entre los escombros del jardín. Pero mientras pensaba en ello sintió que otra molesta duda le roía las entrañas: ¿no estaría Vedia, acaso, relacionado con la desaparición del profesor Viviani? Durante algunos segundos temió lo peor, y hasta se culpó a sí mismo por haber dejado a Viviani en manos de quien, tal vez, no era sino el peor de los Tartufos. Sin embargo, como el badajo de una campana, su mente oscilaba de un extremo a otro. Llegaba a preguntarse si aquellas especulaciones no serían el fruto de su aturullada cabeza, demasiado embotada por el cansancio, y si en verdad no estaría viendo gigantes allí donde sólo había molinos de viento.

El grito de un pregonero lo arrancó una vez más de sus pesadillas y decidió regresar a su casa. Llevaba casi dos días sin dormir, dos días en que la fatiga lo había llevado al borde del agotamiento, de modo que se echaría en su cama y trataría de recobrar el sueño perdido. En la noche, pensó, iría hacia el cobertizo abandonado. Era una perspectiva algo remota, pero quizá pudiese encontrar allí algún indicio o alguna señal del profesor.

Con esa idea en mente, luego de arribar a su casa, marchó a su habitación y se desplomó sobre el lecho con la pesadez de un cadáver. La tarde propiciaba un sueño agradable, pues, aunque afuera hacía un calor abrasante, la casa era fresca y corría una tierna brisa a través de las ventanas. Con todo, se hallaba tan obnubilado que el sueño se tornó huidizo: Jorge dio vueltas y más vueltas sobre el lecho, se levantó varias veces a beber agua y, cerca de las siete, mientras comenzaba a anochecer, abrió los ojos como una lechuza y quedó entregado a los demonios del insomnio. Permaneció varias horas más tendido sobre el colchón y asediado por mil preocupaciones, hasta que, en un feroz impulso, irritado por la falta de sueño y los muchos nubarrones que poblaban su cabeza, dejó la cama de un salto y se vistió apresuradamente.

Sentía el cuerpo molido, los huesos le rechinaban y tenía los pies tan hinchados que debió hacer grandes esfuerzos para enfundarse las botas de cordobán. Marchó hacia la cocina en puntas de pie, devoró media hogaza de pan y manoteó algunas velas y un yesquero. El reloj de péndulo marcaba las doce y treinta, y en el interior de la casa todo era silencio y oscuridad. Poco después, no sin antes recoger algunas

galletas para el camino, bebió un último trago de agua y dejó la casa.

Afuera, el calor y la humedad habían derramado una pegajosa bruma sobre la ciudad. Se respiraba un aire apelmazado y vaporoso, y el cielo empezaba a cubrirse de nubes de tormenta. Jorge emprendió la marcha hacia el cobertizo y trató de aligerar su cabeza, ahuyentar los monstruos que, como las garras de un buitre, se clavaban en su carne. Pero a medida que avanzaba, el cansancio y la pesadez del aire iban agrietando sus sentidos. A su alrededor todo cobraba dimensiones extrañas y fantasmagóricas. Un solitario ombú, de ancho y panzudo fuste, revelaba unas formas tan caprichosas que parecía un enorme pulpo enhiesto sobre la tierra. Las calles se le antojaban siniestras, tortuosas, y aunque había transitado por allí miles de veces, cada casa y cada esquina parecían diferentes. El frente de una mansión, recortado entre penumbras y claroscuros, parecía remedar la noble estampa de un barco, iluminado por hachones que resaltaban las bordas y sostenido por columnas que imitaban la arboladura. Más allá, donde la ciudad comenzaba a despoblarse, el brillo de la luna confería al paisaje un aspecto aterrador y alucinante. Un par de bueyes pastando, a un lado del camino, semejaban minotauros de piedra esculpidos por algún divino artífice. Un caballo, esquelético y lleno de mataduras, huía ante su paso y se refugiaba tras una empalizada mientras un coro de murciélagos rasgaba el silencio con su estridente chillido.

Todo parecía irreal, fantástico, y por un momento el muchacho se preguntó si el calor y la fatiga no habrían puesto a delirar sus sentidos.

Arribó al cobertizo un rato después, cuando empezaban a levantarse algunas brisas que anunciaban un vendaval. Sentía las piernas rígidas y pesadas y caminaba arrastrando los pies, como si de pronto hubiese hundido sus botas en un charco de plomo líquido. Abrió la puerta y avanzó en medio de la oscuridad, tanteando las paredes desnudas, reconociendo aquí una rueda de carreta, allá unos aperos viejos, más allá una pila de corambres sobre la que se había sentado alguna vez, en tanto llegaba a sus narices un olor tan extraño y denso que lo obligaba a cubrirse con un pañuelo. Continuó avanzando entre la negrura hasta dar con un antiguo y achacoso bargueño, se abrió la chaqueta, extrajo las velas y el yesquero y, siempre a tientas, mientras su pulso se acentuaba cada vez más y algo parecía martillarle las sienes, dio luz a uno de los cabos, derritió un poco de cera y lo apoyó sobre la áspera superficie del bargueño. La llama de la vela empezó a derramar su luz y Jorge debió acomodar sus ojos a la penumbra; nunca jamás aquel cobertizo se le había antojado

tan lúgubre y solitario, nunca tan aterrador como en ese momento en que todo su pellejo comenzaba a erizarse de miedo, y mientras la vela empezaba a radiar su claridad, mientras poco a poco un tímido centelleo iba revelando contornos, formas y figuras, el muchacho reconoció el brasero con el que solían calentarse las noches de invierno, el banquillo en que gustaba sentarse el profesor y los correajes, fardos, maderos y trastos viejos que se hacinaban allí sepultados entre el polvo. No muy seguro de cuanto pudiera hallar, Jorge paseó sus ojos por entre el revoltijo de cachivaches y durante varios minutos procuró dar con alguna huella del profesor, quizás alguna nota, una prenda de vestir, marcas en las paredes, restos de ceniza o cualquier mínima señal de su presencia. Hundía sus manos entre los fardos con cierta brusquedad, revisaba la mesa de herramientas, descorría las pilas de maderos y espiaba en cada recoveco alargando sus brazos allí donde no alcanzara el haz de la vela, pero amén de una vieja y descolorida panoplia carcomida por la herrumbre, en cuyo frente, cruzado por dos espadas, aún se adivinaba el majestuoso dibujo de un águila y un león, no halló nada que pudiera resultar significativo entre aquel irregular trasterío. Por mera curiosidad —ya no cabían demasiadas esperanzas—, resolvió echar un vistazo al resto del cobertizo. Despegó la vela del bargueño y, como si alzara un gran candelabro, marchó hacia los fondos del galpón. En aquel sitio el paisaje era más o menos el mismo: arneses, pertrechos, sogas de cáñamo, botellas, restos de andamios, material de albañilería, todo parecía descansar allí desde siglos atrás, con la grave solemnidad de una pieza de museo, y Jorge fue abriéndose paso entre aquella irregular maleza de objetos hasta que algo llamó su atención: sobre el piso de tierra, cubierta de polvo y semiescondida entre unos sacos de carbón, se hallaba la hermosa tabaquera de plata de Viviani; el muchacho la recogió del suelo, quitó las motas de polvo y observó la silueta del caballo alado que aparecía en su tapa. Aquello lo hizo estremecer del susto, pero intentó vencer sus propios temores y continuó adelante hasta que, detrás de una vieja mesilla de roble a la que faltaban algunas gavetas, descubrió un grueso madero clavado sobre la tierra que no había visto antes. Aun cuando semejaba un poste, una suerte de viga destinada a sostener la estructura del techo, Jorge quedó algo aturdido: no recordaba que hubiese tirantes ni puntales de ninguna clase en aquel cobertizo, de modo que se aproximó aún más al madero, alzó la llama de la vela y miró hacia arriba intentando perforar las sombras y descifrar el velo de oscuridad.

Pero lo que vieron sus ojos lo dejó horrorizado.

En un principio, la escena le resultó demasiado abrupta, bárbara, desbordante, y sintió como si una brusca ráfaga de viento le hubiese golpeado el pecho de tal modo que salió despedido hacia atrás, perdiendo el equilibrio, trastabillando entre unos sacos de lana y yendo a dar contra un enorme arcón que detuvo su caída; pero algo había rasgado su piel, algo en medio de aquel tropiezo se le había incrustado en la carne, justo debajo de la rodilla, de modo que el joven largó un profundo aullido que se ahogó en medio de la noche y quedó echado sobre el arcón, despatarrado, mientras el cabo de la vela, aún encendido, volaba por los aires y caía junto a un viejo yugo abandonado. Sin embargo, el dolor no había conseguido aturdirlo, de tal suerte que un momento después, intentando ponerse de pie, auxiliándose con el cabo de un rastrillo que descansaba junto al muro, logró recobrar el equilibrio y fue por la vela mientras el dolor en la pierna se volvía tan agudo que lo obligaba a cojear. Palpó la herida con su mano y descubrió que una tibia humedad bañaba la tela del pantalón; luego recogió el cabo de la vela, alzó la mano hasta su rostro y notó que estaba embebida en sangre desde la muñeca hasta la punta de los dedos; de seguro el tajo debía ser tan ancho y profundo que necesitaría de un buen torniquete para frenar la hemorragia. Pero el suplicio pronto se esfumó de su cabeza ante lo que había visto un momento atrás sobre el madero; se aproximó una vez más rengueando, algo mareado por el golpe y la caída, y extendió la vela por encima de su cabeza hasta que sus ojos contemplaron la figura de Viviani clavada sobre una enorme cruz de madera, la cabeza ladeada, el torso desnudo, las manos y los pies atravesados por clavos de hierro que se habían hundido en la carne traspasando músculos, tendones, arterias, huesos, dejando una horrible excoriación llena de colgajos y rodeada por una aureola de sangre oscura y reseca. Pero apenas tuvo tiempo el joven de volver en sí, de recobrar el aliento frente a aquella escena atroz y demencial, pues a un lado, erguida junto a la anterior, una segunda cruz sostenía el cuerpo de Vedia en idéntica posición, los pies y las manos perforados salvajemente, restos de sangre encharcando las heridas, el torso flagelado y contuso, las ropas sucias envolviéndolo como una mortaja y el rostro, ladeado sobre el hombro, detenido en una inquietante mueca de espanto, exhibiendo unos ojos aún abiertos y teñidos de una intensa desesperación.

Como pudo, Jorge se aproximó aún más a aquel repugnante espectáculo. Tenía ante sí la más truculenta suma de aberraciones que jamás hubiese visto. Observó los gruesos clavos que atravesaban las manos y los pies de aquellos hombres; observó sus cuerpos mutilados; vio sus cabellos revueltos, sus ropas hechas jirones, la ominosa

crueldad de la escena; y vio algo más, un detalle sombrío y fatal que le heló la sangre: a un lado, junto a Vedia y al profesor Viviani, próxima al muro posterior del cobertizo, se alzaba una tercera cruz, vacía, desnuda, exhibiendo su macabro porte en espera de otra víctima.

El joven sintió que la cabeza le daba vueltas y por un momento quedó atrapado en un raro estado de inconsciencia. Su mente apenas toleraba el vertiginoso y sofocante escenario que acababa de presenciar. Las imágenes caóticas, el intenso olor que emanaba de los cuerpos, aquella expresión de horror en los ojos de Vedia, todo parecía una oscura alucinación, el instante crucial de una pesadilla. Y sin embargo era descaradamente real.

No cabía la menor duda: casi dieciocho siglos después, Roma volvía a cometer el mismo crimen.

Transcurrieron algunos segundos y luego, tras un breve chispazo de lucidez, Jorge recobró sus sentidos y en un impulso demente salió del cobertizo a toda velocidad.

XX

> Si la violencia y la crueldad le ponen [a Dios] la espada y la llama en la mano, si los príncipes que la practican, haciendo de este mundo un infierno, atormentan en nombre de un dios de paz a quienes deberían amar y compadecer, hay que creer una de estas dos cosas: o que su religión es una barbarie, o que no son dignos de ella.
>
> Marmontel: *Belisario*

Debieron transcurrir algunos meses para que Jorge, abrumado por el recuerdo, lograra poner algún sosiego a su vida. Por su propio bien había juzgado prudente el dejar la ciudad, alejarse de cualquier peligro que pudiera acecharlo, y a raíz de ello había tomado algunas pocas de sus pertenencias y marchado lejos, bien lejos, hacia la muda soledad de un pueblito del interior que se convirtió en su guarida. Allí vivía en un callado anonimato, mezclado entre las gentes como uno más, durmiendo en una pensión barata y ganándose el sustento en empleos miserables. Pero la distancia no había logrado menguar su amargura. Durante todo ese tiempo el joven, acuciado por el recuerdo, no conseguía apartar de su mente una sola de las feroces imágenes que había presenciado. Cada mañana despertaba de un sobresalto, la piel sudorosa, el pecho oprimido, la respiración entrecortada y frágil, mientras las figuras desgarradas de Vedia y el profesor Viviani asaltaban su memoria y sojuzgaban sus sentidos.

Para colmo, en el lastre de sus recuerdos aún gravitaba la presencia de su madre. No había tenido más remedio que huir y dejarla, pero a cada instante evocaba la angustia de su rostro en los últimos tiempos, la reciente viudez, el dolor que impregnaba sus días, y aquello sumaba una desmedida ansiedad a su ya derrengado espíritu. ¿Podría regresar alguna vez, estrecharla entre sus brazos y consolar su infinita tristeza? ¿Y Julia? ¿Qué sería de aquella tierna criatura que aún vivía en su memoria? Más de una vez había pensado en viajar a Córdoba, en contemplar nuevamente el brillo de sus ojos, pero aquello hubiera implicado un riesgo innecesario para la

muchacha. Jorge sabía que arrastraba una suerte de maldición: los sitios a donde fuera, las personas con quienes trabara alguna relación, los oficios en que iría a emplearse, la sola pronunciación de su nombre ante un desconocido, todo aquello se convertiría, de ahora en más, en un abrumador peso al que tendría que someterse.

Había descubierto en carne propia los tormentos de la soledad, el vivir como un prófugo, como un hombre sin patria y sin raíces, alerta ante cualquier señal de peligro. La desconfianza era su mayor aliado en esos días. Recelaba de todo y de todos, y casi sin quererlo se había vuelto un ser callado y ermitaño, una muda sombra que deambulaba por las calles del pueblo como un lobo estepario.

Sin embargo, el paso del tiempo había amansado un poco sus tormentos y, cada tanto, le concedía algún instante de serenidad. Era entonces cuando el muchacho intentaba reflexionar fríamente sobre aquellos funestos días. Hasta donde había podido saber, Viviani, Vedia y él mismo habían sido una pieza más de un confuso y despiadado juego. Dieciocho siglos atrás se había urdido un plan siniestro, un plan cuyos estertores y coletazos llegaban hasta hoy, ocultos, guarecidos bajo siete llaves, y quienes se habían atrevido a hurgar en él, a descorrer el velo de Maya, habían terminado pagándolo con su vida.

Roma había sido endiabladamente astuta en su proceder. Con gran ingenio había desfigurado las enseñanzas primitivas de Jesús y creado una religión a su imagen y semejanza, una Iglesia cuyas estructuras de poder imitaban a las del Imperio hasta en sus más infames detalles. La vieja idea de que, luego de Constantino, el Imperio Romano se había cristianizado, era exactamente al revés: el Edicto de Milán no había hecho sino romanizar al cristianismo, transformarlo en una institución terrenal sujeta a reglamentos, jerarquías, estatutos, prohibiciones y demás vicios propios de toda estructura política. Pero el cristianismo no sólo se había politizado, sino que también se había convertido en una poderosa institución militar. Los mansos cristianos, que hasta ese momento se habían negado a empuñar armas o someterse a toda clase de servicio militar, de un día para el otro se convirtieron en brigadas de combate y milicias guerreras que pasaron a formar parte de la tropa regular del Imperio y comenzaron a saquear los templos de otras religiones, a quemar libros, a destruir imágenes y a perseguir y asesinar a quienes renegasen de la dulcísima y piadosísima religión del amor.

Jorge pensaba en lo absurdo de todo aquello: el solo hecho de que una religión adquiriese forma institucional era un despropósito, una insensatez vecina a la locura. La fe era un don espiritual, íntimo, propio de cada individuo, y aunque cualquiera pudiese renegar de

ella, era indudable que constituía un puente entre el hombre y la divinidad, una sagrada comunión establecida entre el creyente y su dios. En tal sentido, nada había que objetar a las religiones, pues llenaban el hondo vacío espiritual del hombre y lo auxiliaban en sus horas más difíciles. Pero cuando las religiones adquirían toda una arquitectura teocrática, edificaban templos, nombraban jerarcas y establecían dogmas y prohibiciones, no sólo extraviaban su esencia y el más elemental de sus propósitos, sino que además desnudaban sus peores defectos. Convertida en un acto público y ajena a la esfera individual, la fe se transformaba en un arma capaz de generar violencias, fanatismo, persecuciones e intolerancia. Buena parte de la historia de la Iglesia Católica consistía en una larga crónica de excesos, crímenes y barbarie. La Inquisición, las Cruzadas, las guerras religiosas, los innumerables genocidios perpetrados en nombre de Cristo o de Dios, todo ello hablaba de una estrecha alianza entre la cruz y la espada. Jorge se preguntaba cómo una religión que supuestamente predicaba el amor y la dulzura, podía generar tanto odio y ensañamiento entre sus fieles, porque nada era tan inhumano y despiadado como el fanatismo que exhibían los cristianos al guerrear contra el islam, contra los judíos, contra los protestantes, contra las sectas que renegaban de la ortodoxia. Puestos a defender su fe —o a imponerla a través de las armas—, los seguidores de Jesús desplegaban una brutalidad y una saña difíciles de parangonar. Y gran parte del furor criminal que había animado desde siempre al cristianismo provenía de los papas, de los grandes teólogos y doctores, de los Padres de la Iglesia y de muchos personajes que, tras predicar matanzas y genocidios, tras imponer sus maniáticas ideas con el auxilio de los ejércitos, terminaban siendo canonizados por las autoridades de Roma. El propio San Agustín era un claro ejemplo de ello: junto a Santo Tomás era considerado como una de las mayores luminarias de la Iglesia Católica. Su pensamiento había atravesado los siglos y contagiado a infinidad de generaciones cristianas. Y sin embargo, pocos hombres en la historia albergaban tantos odios y rencores, pocos tenían tanta repulsión hacia el género humano y pocos habían escrito y perorado con tamaña ferocidad —y tanta sofistería— en contra de sus enemigos. Era Agustín quien, persuadido de que el horrendo pecado de Adán había contagiado a la humanidad entera, juzgaba culpables a quienes no hubiesen recibido el bautismo cristiano, y con tal rigor sostenía aquella idea que, a su juicio, los niños no bautizados iban directamente al infierno. Asimismo, ateniéndose al mandato bíblico de “no matarás”, Agustín condenaba el homicidio, pero lo aprobaba sin discusión alguna cuando éste era

requerido por Dios. Con esa idea en la cabeza, el santo de Hipona se había convertido en el más temible rival de los herejes de su tiempo. Aconsejaba y aplaudía el exterminio de todas las sectas que se oponían a la Iglesia, y no consideraba que ello fuese un crimen, pues, a su juicio, quienes "declaraban guerras por orden de Dios" no violaban el precepto de no matar. Jorge se preguntaba entonces: ¿qué órdenes?, ¿dadas cómo?, ¿a través de quién? Desde luego, la guerra santa no era una invención de los musulmanes, sino del frenético y trastornado espíritu del santo, quien sin duda la había predicado mucho antes que Mahoma. Por cierto, Agustín celebraba las carnicerías del emperador Teodosio, que había ordenado asesinar a miles de infieles, incluidos mujeres, niños y ancianos, teniéndolo por la imagen ideal del emperador cristiano, alabando su "piadosa humildad" y augurando que "su recompensa es la bienaventuranza eterna que Dios concede sólo a los piadosos verdaderos". Pero además de un temible verdugo, el santo se había convertido en el más exagerado apologista del Imperio Romano —al que consideraba de origen divino—, y por tanto aprobaba cualquier medida que tendiera a perpetuarlo, incluido el asesinato de sus adversarios. De ahí sus violentas arengas en contra de los pelagianos, los nestorianos, los montanistas, los donatistas, los judíos —"hijos del diablo", "culpables del monstruoso pecado de ateísmo"— y demás grupos heréticos cuya única falta consistía en disentir con la Iglesia.

¿Por qué, se preguntaba el muchacho, la historia del cristianismo estaba ligada a tantos crímenes y genocidios? ¿Qué había en los Evangelios que despertaba semejante crueldad y virulencia? Quizá la respuesta había que buscarla en sus propias raíces: el Yahveh del Antiguo Testamento era un dios vengativo, sanguinario, celoso, intolerante y despiadado que reclamaba la sangre y el exterminio de los infieles, que aconsejaba "espadas bien afiladas" e instaba a los judíos a aniquilar a otras naciones con estas palabras: "exterminarás a todos los pueblos que tu Señor Dios pondrá en tus manos"; "no se apiaden de ellos tus ojos"; "asolad todos los lugares en donde las gentes que habéis de conquistar, adoran a sus dioses"; "destruid sus altares y quebrad sus estatuas; entregad al fuego sus bosques profanos; desmenuzad los ídolos y borrad sus nombres de aquellos lugares". Y sus órdenes eran rigurosas, sin medias tintas ni el menor asomo de compasión, pues Yahveh no se contentaba con asolar a un pueblo y destruir sus casas o sus campos: lo que reclamaba ardorosamente era un baño de sangre: "en las ciudades que se te darán no dejarás un alma viviente"; "a todos sin distinción los pasarás a cuchillo". Asimismo, en uno de sus muchos combates y guiando a Saúl en contra

de Amalec, Yahveh le ordenaba: “Ve, pues, ahora, y destroza a Amalec y arrasa cuanto tiene: no le perdones ni codicies nada de sus bienes, sino mátalo todo, hombres, mujeres, muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos”. Pero el propio Yahveh también colaboraba en las masacres: “tomaré venganza de mis enemigos”; “embriagaré de sangre suya mis saetas”; “en sus propias carnes cebaré mi espada”. Y para conseguir la ciega obediencia de sus fieles, el belicoso dios no ahorraba los peores tormentos: “sufriréis hambre... y un ardor que os abrasará los ojos y consumirá vuestras vidas”; “y enviaré contra vosotros las fieras del campo, para que os devoren a vosotros y a vuestros ganados”; “maldito serás en la ciudad y maldito en el campo”; “y enviará el Señor sobre ti hambre y necesidad”; “y hará el Señor que se te pegue la peste hasta que acabe contigo”; “te herirá el Señor con las úlceras y las plagas de Egipto, y también con sarna y comezón, de tal manera que no tengas cura”; “te herirá el Señor con úlceras malignísimas en las rodillas y en las pantorrillas, y de un mal incurable desde la planta del pie hasta la coronilla”; “acrecentará tus plagas y las de tu descendencia con enfermedades malignas e incurables”.

Con tales antecedentes, pensaba Jorge, no era extraño ver a tantos cristianos convertidos en guerreros crueles, hirvientes de odio y capaces de los peores crímenes. Pero tal vez, pensaba, no era la propia religión sino la naturaleza humana, siempre tan ávida de sangre y tan amiga de venganzas y represalias. Sin embargo, había algo peculiar en el cristianismo, algo que parecía exacerbar la hostilidad más que en cualquier otra religión. Nadie torturaba o asesinaba en nombre de Marduc o de Abraxas; los griegos no mataban a los zoroastrianos; los egipcios que adoraban al buey no perseguían a los devotos de la serpiente; no había cultos —a excepción quizá del islam— empeñados en imponer su fe a través de la violencia; en la antigüedad, quien frecuentara los templos de Júpiter, Diana o Apolo, era libre de iniciarse en los misterios de Eleusis, de rendir honores a Osiris o de sacrificar un toro a Mitra; ni siquiera los primeros romanos, antes de la contaminación cristiana, rechazaban los cultos de otros pueblos, incluso aquellos que conquistaban por las armas, y en los muchos siglos de su historia apenas se registraban unas pocas y aisladas controversias religiosas. En cambio el cristianismo, tras convertirse en culto oficial del Estado romano, había iniciado una implacable y nefasta espiral de violencia. Desde su misma cuna, otrora perseguida y martirizada, la Iglesia Católica había desplegado toda su maquinaria asesina con el objeto de imponer sus ideas, de aniquilar a sus rivales y prohibir la existencia de otros dioses y otros cultos. Cismas, tormentas,

discusiones, peleas internas, la religión del amor y la dulzura no procedía siquiera como la más vulgar de las filosofías, que aceptaba discutir, contradecir u opinar diferente. Para la Iglesia, quienes ostentaran ideas heterodoxas debían ser expulsados, excomulgados, tachados de herejes, pues en la mente de los fieles, habituada a los peores arrebatos de la intransigencia, todo aquel que discrepara con el cristianismo no debía ser considerado un oponente, sino un *enemigo*, un rival a quien Dios autorizaba a combatir y aniquilar. Y así, mientras los persas rogaban a los dioses por su futuro, mientras los egipcios pedían que el Nilo bañara sus cosechas y los griegos consultaban sus oráculos para saber cuándo sembrar, los cristianos elevaban sus oraciones a Dios pidiendo la cabeza de sus enemigos, guerreaban llevando la cruz como estandarte y cometían los más salvajes crímenes "en nombre de Cristo". Aquella remanida fórmula parecía justificar cualquier atrocidad, y una vez más Jorge se preguntaba qué extraña aberración había hecho del cristianismo un culto brutal y violento, qué raro veneno anidaba en los seguidores de Jesús, que con tal naturalidad lanzaban sus ejércitos y blandían sus espadas y censuraban y perseguían y torturaban y asesinaban "en nombre de Cristo".

Pero, ¿no sería la propia doctrina, acaso, la responsable de semejante barbarie? Si tanto insistían los Evangelios en exacerbar el miedo, la aversión al pecado, el temor cerval a apartarse del rebaño; si tanto énfasis ponían en describir los tormentos infernales, con todo aquel sombrío desfile de horror, castigos eternos, fuego, cuerpos mutilados y crujir de dientes, no era extraño pues que los fieles, moldeados a imagen y semejanza de aquella disciplina, se convirtiesen en criaturas temerosas, hostiles y agresivas. Ya Lucrecio reprochaba a las religiones el haber inventado mitos e historias que ensombrecían el alma de los hombres y los llenaban de temor, dando origen a actos impíos y criminales. Y aquella idea se ajustaba perfectamente a las enseñanzas del Jesús sinóptico. Durante siglos, la religión del amor había sido inculcada a través del miedo. Desde el Papa en sus bulas hasta el último párroco en su iglesia, pasando por los numerosos Concilios y por los escritos de los doctores, la grey cristiana había aprendido a adorar a su dios a través de coacciones y extorsiones. Justiniano había obligado a convertirse a los paganos amenazándolos con exiliarlos o con confiscar sus bienes; Teodosio amenazó con la muerte a quienes no se convirtieran al cristianismo; los Reyes Católicos obligaron a judíos y musulmanes a abrazar la fe de Cristo bajo pena de exiliarse o morir; los conquistadores españoles impusieron el cristianismo entre los indios americanos a fuerza de

castigos y garrotazos, pues “cristianar a palos” era un recurso habitual de la Iglesia; generaciones enteras habían crecido oyendo sermones plagados de amenazas infernales, temiendo a las maquinaciones del diablo o espantados ante la posibilidad de extraviar el Reino de los Cielos; los cuáqueros recibían su nombre por “temblar” ante el poder de Dios[10]; muchos sacerdotes ayunaban, hacían votos de pobreza o flagelaban sus carnes por miedo a apartarse del dogma; la Iglesia amenazaba constantemente con castigos y excomuniones que provocaban el terror de sus fieles, arredrados ante el fantasma de la herejía; el Jesús de los Evangelios repetía una y otra vez “teme a esto”, “teme a lo otro”, “teme a lo de más allá”; libros, tratados y cuentos infantiles narraban historias de una crueldad despiadada acerca de quienes se desviaban de la recta vía cristiana. Miedo al sexo, miedo al placer, miedo a las mujeres, miedo al conocimiento y a la ciencia, el cristianismo parecía montado sobre una gigantesca pedagogía del miedo, y eso, pensaba Jorge, acaso explicara la desmesurada virulencia que teñía a la religión cristiana a través de los siglos, pues, como había escuchado en alguna ocasión, mucho peor que un león enojado es un león asustado.

Pero amén de ello, el cristianismo insistía en ser la única religión verdadera, tachando a las demás de creencias espurias, falsas, creaciones del demonio. “Yo soy el camino, yo soy la verdad”, salmodiaba el Jesús de los Evangelios, y constantemente aparecía desdeñando a quienes rechazaban sus prédicas, tildándolos de necios, hipócritas, ciegos, insensatos y aconsejando ahogar a quienes no creyesen en sus palabras[11]. En ello hacía gala de la más obtusa y grosera intolerancia, digna de un espíritu tan vehemente como arbitrario. Y la Iglesia Católica se había hecho eco de tales prédicas. En su opinión, ella era la “única”, la “verdadera”, la “santa”, mientras que los otros cultos eran inmorales, perversos, engañosos, y sus seguidores un hatajo de criminales, amigos del diablo, almas corrompidas que vivían en el error y la mentira y no merecían otro sitio más que el infierno. Y todo ello, por cierto, sostenido desde la más infame ignorancia, pues la historia de la Iglesia rebosaba de papas y obispos analfabetos, cardenales que apenas escribían su nombre, huestes de monjes y frailes entre los que sobraban los *illiterati et idiotae*, quienes llenaban los púlpitos y gobernaban la mente de los fieles condenando toda chispa de conocimiento. ¿Cómo asombrarse pues, del metódico desprecio de la Iglesia por el saber? La ciencia era ahogada por la Biblia, el espíritu crítico tenido por artimaña diabólica, miles de libros habían sido prohibidos o quemados, numerosas bibliotecas destruidas, filósofos y pensadores encarcelados, torturados,

arrojados a las hogueras, y todo ello en nombre de la verdadera religión, de la única y santa religión, que parecía empujar al hombre hacia la oscuridad y las tinieblas, pues, al decir de Santo Tomás de Aquino: “El afán de conocimientos es pecado cuando no sirve al conocimiento de Dios”. Sin embargo, generaciones de cristianos aceptaban aquellas fábulas con total espíritu de rebaño. Al igual que la lengua materna, recibían las enseñanzas cristianas por tradición, de padres a hijos, dando por descontada su veracidad y sin admitir jamás la posibilidad del error. En algunos casos, aquella obstinación llegaba al límite de la necedad: “Es una cosa lamentable —escribía el severo, enfermo y cristiano Pascal— ver tantos turcos heréticos, infieles, seguir el modo de vivir de sus padres por la sola razón de que ellos han sido persuadidos de que es el mejor”. ¿Cómo podía el alucinado Pascal ver la paja en el ojo ajeno y no descubrir siquiera la jungla de frondosos árboles que tenía en el propio? Sólo en Cristo está la salvación, se afirmaba hasta el cansancio, sólo en Él la criatura humana puede hallar la verdad irrefutable y única, y aquella maniática doctrina había llevado a tales insensateces que, según afirmaba San Jerónimo, sin Cristo hasta las mayores virtudes se convertían en vicios. Antes de la llegada del Mesías, opinaba el traductor de la Vulgata, la humanidad toda había vivido en el extravío y el error; hombres como Buda, Platón, Heráclito, Anaxágoras o Parménides no habían sido más que simples pecadores. Era cierto que algunos cristianos como San Clemente y Orígenes, mucho más atemperados, rechazaban aquellas ideas y dispensaban de su paganismo a los filósofos y pensadores griegos. Pero allí estaba San Agustín, una vez más, condenando sin remedio a quienes habían nacido antes de la llegada del Salvador. Más aún, exaltado y celoso defensor del Imperio, Agustín esgrimía un largo rosario de calamidades ocurridas en Roma antes de la venida de Cristo, y en todas ellas se preguntaba dónde estaban los dioses romanos en esas circunstancias. Para él, sólo la “verdadera religión” había traído grandeza y prosperidad al Imperio, sólo ella había acrecentado sus fronteras y eximido a Roma de aquellas calamidades que los viejos dioses no habían logrado impedir. Pero, ¿ignoraba el santo que, aún después de Cristo, el Imperio había crecido en gran parte sobre la base de masacres, genocidios y esclavitud? ¿Ignoraba que, después de Jesús, aquellas calamidades habían seguido ocurriendo? No obstante, lo más singular de todo era que Roma había perdurado cerca de mil años adorando a sus dioses, mientras que, una vez adoptado el cristianismo, había tardado menos de un siglo en desmoronarse. El propio Agustín, exagerado panegirista del Imperio, había presenciado

cómo en el año 410 Roma era saqueada por Alarico y empezaba su lenta caída hacia el abismo. ¿Dónde estaba Jesús entonces? ¿Qué pensaría el santo al ver a la ciudad entregada al hambre, al pillaje y la derrota? ¿A qué dioses les echaría la culpa de semejante catástrofe? Pero tales necedades sólo podían ser hijas de la ceguera y el delirio; sólo podían salir de la pluma de quienes, exhibiendo una prodigiosa estrechez de miras, decretaban que el cristianismo era la única "religión verdadera". El Papa Bonifacio VIII lo había dicho sin medias tintas: "Declaramos, afirmamos, definimos y pronunciamos que es del todo necesario para la salvación que toda criatura humana esté sujeta al Pontífice de Roma". En resumidas cuentas, sólo a través de Cristo era posible eludir el error y el pecado y, tal como repetirían los papas hasta el hartazgo, *extra Ecclesiam nulla salus* ("no hay salvación fuera de la Iglesia").

Por otra parte, meditaba Jorge en medio de su soledad, el modo en que el cristianismo propagaba sus doctrinas era decididamente imperioso y hasta despótico. Más que un maestro, el Jesús evangélico parecía un general arengando a su tropa. Sus palabras contenían un matiz autoritario ajeno a cualquier forma de tolerancia o discusión racional. En tal sentido, Jorge contraponía la figura de Cristo a la de Sócrates. Al dialogar con sus discípulos, el sabio de Atenas jamás empleaba un tono imperativo; por el contrario, se mostraba siempre amable y sereno, aceptaba de buen grado a quienes lo contradecían, nunca intentaba imponer ninguna de sus ideas y, en las charlas con sus discípulos, siempre reinaba la más exquisita tolerancia. En cambio Jesús, más allá del contenido de sus prédicas, se mostraba infalible, no aceptaba discusión alguna y sus sentencias eran inapelables, amén de atemorizar con castigos eternos a quienes se atrevieran a desoír sus órdenes.

Jorge pensaba que, más allá de los principios que pudiera sostener, toda moral imperativa era condenable en sí misma. Podía ser bueno y deseable amar a Dios, pero no si alguien *ordenaba* hacerlo. Podía ser loable aceptar y seguir las enseñanzas cristianas, pero no si la Iglesia amenazaba con el infierno a quienes las transgredieran. No se le escapaba el hecho de que Sócrates le hablaba a hombres pensantes y de buena posición, mientras que Jesús debía hacerlo entre campesinos y pescadores iletrados. Pero se preguntaba por qué ese abismo entre la vieja tolerancia socrática y el posterior autoritarismo cristiano. La humanidad parecía haber renegado del filósofo de Atenas en favor de los mandatos de Cristo, como si en cuestiones morales los hombres prefirieran obedecer una orden antes que pensar por sí mismos.

Con todo, la vieja institución romana había perdurado a través de

los siglos y continuaba ejerciendo su maquiavélico poder sobre los fieles, un poder que había escogido la más hábil de las formas de perpetuarse, mostrándose ante el mundo como el más celoso custodio de la moral y las buenas costumbres. Desde siempre el clero había reclamado para sí la posesión de los más altos valores espirituales y esgrimido la llama de Cristo como su máximo estandarte. El hecho de que Jesús viviera en la pobreza y Roma nadara en la abundancia era un contraste absurdo, disparatado, una aberración enorme que estaba a la vista de todo el mundo, y sin embargo, millones de fieles parecían no advertirlo, como tampoco parecían reparar en los infinitos crímenes que abonaban la historia del cristianismo.

Jorge pensaba que las mentiras más peligrosas eran aquellas que lograban subsistir demasiado tiempo, ya que su permanente y omnímoda presencia terminaba haciéndolas indistinguibles de la verdad. Una mentira que ha crecido demasiado se torna invulnerable y no precisa ocultarse. De ahí que ningún cristiano pareciera escandalizarse ante una Iglesia fastuosa y opulenta que insistía en decirse hija y heredera de un Jesús pobre y mendicante. Si nada objetaban los fieles al ver al Papa envuelto en oro y pedrería, si nada decían ante los riquísimos tesoros vaticanos, si no parecía inquietarlos el hecho de que el propio Jesús hubiese condenado el lujo y la abundancia, debía ser, precisamente, porque la mentira había crecido a tal punto que opacaba la verdad.

Solo, en días y noches de interminable y agónica espera, el muchacho rumiaba una y otra vez acerca de todo aquello. En ocasiones volvía a su memoria una idea de Pitágoras, quizás algo extravagante, que había descubierto alguna vez entre las páginas de algún manual de filosofía. El genio de Samos concebía a las órbitas celestes como grandes esferas cristalinas en perpetuo movimiento. Las estrellas, rotando en torno al centro del cosmos, producían un agradable sonido musical, una melodía apacible y uniforme. Sin embargo, en opinión de Pitágoras, el hombre común era incapaz de escuchar aquella celestial y monótona canción. Había nacido con ella y, por tanto, no lograba distinguir su presencia.

10 El nombre cuáquero o quákero proviene de la expresión *to quake at the power of God*, es decir, “temblar ante el poder de Dios” (N. del A.).

11 Mateo 18.6.

NOTA FINAL

Aunque las citas bíblicas son textuales, la trama de este libro es pura ficción. La mayoría de los personajes, lugares y situaciones que aparecen en sus páginas (salvo aquellos reconocibles históricamente), ha sido urdida por la imprudente y errática fantasía de su autor. En consecuencia, y tal como reza la tradicional fórmula para estos casos, cualquier parecido con circunstancias, personas o hechos reales, debe ser tenido por mera coincidencia.

O tal vez no.

AGRADECIMIENTOS

Ya sea en forma directa o a través de su amistad y sus consejos, muchas personas han contribuido a la hechura de este libro. Quisiera dedicarles a cada uno de ellos el espacio y el reconocimiento que se merecen, pero un gesto de tal naturaleza engrosaría demasiado este volumen. Me limitaré, pues, a mencionar sus nombres e intercalar algún breve comentario.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi inefable amigo Antonio Ribas, quien desperdició bastantes horas de su tiempo revisando el original con la paciencia de un orfebre. Sus ideas y sugerencias han sido tan prodigiosas como mi capacidad para arruinarlas.

También agradezco a José Luis Bataller y a Claudio Figueroa por sus trabajos sobre el mitraísmo.

A mi editora, Paula Viale, por una rara cualidad en estos tiempos: el entusiasmo. He revisado el diccionario de sinónimos y no hay otra palabra mejor que esa. Su dedicación y su empeño la convierten en la editora que todo escritor quisiera tener.

A Fabián “Fagu” Saavedra, por una graciosa anécdota que aparece en el capítulo XVIII.

Mis amigos Sebastián Luqué y Mónica Pais me “asilaron” en su casa en momentos difíciles, al igual que Martín Carballada y Ana Preuschoff . Para ellos, mi cariño y mi eterno agradecimiento.

Tengo, asimismo, una infinita deuda para con mi hermana Valeria, con su marido Thomas Salewski y, por supuesto, con el inclasificable Apolito.

De igual modo, y por variados motivos, vaya mi gratitud hacia mis queridos amigos (en orden alfabético): Graciela Abad, Luis Acebal, Rubén Adchjian, Marcelo Álvarez, Sandra Cilia, Alberto Costamagno, Ian Dojas, Quimey Dojas, Sebastián Enricci, Aquiles Ferranti, Mauricio Gerchunoff , Mauricio Klajman, Enrique Lanusse Naón, Pablo Lázaro, Sergio Maslat, Jorge Presta Rozas, Francisca “Paquita” Sánchez Alba, Alexia Vilche y Jacinta Wilson.

Por último, y aunque sea infrecuente agradecer a un cuadrúpedo, no quiero olvidarme de mi perro Jasón, quien se pasó horas echado a mis pies (en realidad, acostado sobre mi cama) durante la escritura de este libro. Hoy Jasón ya no está con nosotros, pero siempre recordaré el

modo en que me regaló, con perruna nobleza, el calor de su compañía.

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Primera parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
Segunda parte
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
Nota final
Agradecimientos
Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Betanzos, Miguel
Los conjurados de Roma. - 1a ed. - Buenos Aires : Grijalbo, 2012
(Novela Histórica Grijalbo) EBook.
ISBN 978-950-28-0628-0

1. Narrativa Argentina-Novela Histórica. I. Título CDD A863

Edición en formato digital: agosto de 2012
© 2012, Random House Mondadori, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-28-0628-0

Conversión a formato digital: Libresque www.megustaleer.com.ar

RANDOM HOUSE MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar